

James Randi



Fraudes paranormales

Fenómenos
ocultos,
percepción
extrasensorial,
y otros engaños.

Introducción de
Isaac Asimov

Lectulandia

En este libro James Randi nos ofrece una incursión didáctica y amena en el mundo de lo paranormal. Randi es uno de los veinticinco miembros fundadores del Comité para la Investigación Científica de los Supuestos Hechos Paranormales (CSICOP), hecho que en su día le convirtió en el único mago prestidigitador en un grupo formado principalmente por personas con relevantes credenciales académicas.

Como ilusionista profesional con cerca de cuarenta años de experiencia en su campo, no existe truco o ilusión para la que no esté preparado. Isaac Asimov, que prologa esta obra, le define como una persona que, no teniendo credenciales académicas, tampoco está sujeta a las restricciones que éstas conllevan, llamando a las cosas por su nombre —tal como las ve— y enfrentándose sin reparos a científicos «pasados de rosca».

Lectulandia

James Randi

Fraudes paranormales

Fenómenos ocultos, percepción extrasesorial y otros engaños

ePUB v1.1

koothrapali 12.04.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Flim-Flam! Psychics, ESP, Unicorns, and Other Delusions*

James Randi, 1982.

Traducción: Vilma Pruzzo de Borgui.

Editor original: koothrapali (v1.1)

ePub base v2.1

Nota del autor

Durante las últimas cinco décadas, el autor ha tenido la suerte de estar bajo la influencia de muchas personas benévolas y reflexivas. El señor Tovell me enseñó algo más que física —despertó mi curiosidad—. Elsie Freedman fue más que una casera —fue una segunda madre—. Harry Blackstone no sólo fue el mago más grande del mundo —también fue una gran fuente de inspiración.

Hace muchos años tuve ocasión de ser presentado a un hombre cuyo nombre resulta familiar para millones de personas, a pesar de que nunca ha sido entrevistado en la radio o en la televisión, o nunca ha dado una conferencia. Tampoco ha aceptado jamás ninguna de las numerosas invitaciones personales ofrecidas por sus admiradores. Su columna para la revista *Scientific American* da prueba de su erudición. Su alter ego, el doctor Matrix, le permite buscar con afán los placeres que su vida real y su esposa Charlotte no le permitirían. Me siento agradecido de que se encuentre de nuestro lado, me emociono al llamarle amigo y me deleito con su compañía. Este libro no habría sido posible sin su ayuda y aliento, y me produce un gran placer dedicarlo al periodista, matemático, humorista y, sobre todo, racionalista, Martin Gardner.

Agradecimientos

Una pequeña parte del material aquí incluido apareció originalmente con mi nombre en *The Humanist*, *The Skeptical Inquirer*, *Technology Review*, *Science et Vie*, *La Recherche* y otras publicaciones. Agradezco enormemente la actitud de sus directores que me permitieron utilizar de nuevo el material en este libro.

El personal de la Biblioteca Monmouth County y de la Biblioteca Red Bank Public se mostró muy generoso en sus esfuerzos para ayudarme.

El señor Brian Coe, del Kodak Museum de Londres, se mostró sumamente paciente y generoso con su tiempo y sus conocimientos al asesorarme acerca de las fotografías de Cottingley.

Por ayudarme de muchas maneras, debo dar las gracias a Piero Angela, al doctor Isaac Asimov, al profesor Persi Diaconis, al doctor Eric J. Dingwall, a Ken Frazier, a Michael Hutchinson, al profesor Ray Hyman, a los doctores Richard Kammann y David Marks, al profesor Phil Morrison, a James Oberg, a Dennis Rawlins, a Hugh Rawson, a William Rodríguez y a Alexis Vallejo.

Y a Broomhilda...

Prefacio

Las aventuras vividas con este libro han sido numerosas. Contratado por un editor muy entusiasta, pasó luego a un sucesor que lo recibió con menos deleite y por último fue heredado por sus productores finales sin ningún tipo de interés por su futuro. Se había planeado para el libro original de tapa dura una primera tirada de 17.500 ejemplares; finalmente se hicieron 5.000 ejemplares. Muy poco después de su aparición oficial, se declaró agotado —con varios miles de ejemplares comprometidos—. ¿Por qué?

Un libro tan buscado debería ser un candidato para una rápida reimpresión en un negocio que ha tropezado con tiempos difíciles. Pero la cruel verdad es que el mercado de libros que promueven la creencia en el fenómeno paranormal posiblemente sea el que más dinero produce en la actualidad, y esto no puede ser ignorado por aquellos que asignan prioridades en las editoriales. Y este libro era una rara ave.

En este momento, tengo frente a mí un enorme archivo de cartas de personas interesadas en comprar el libro. Algunas son bibliotecarios —de Estados Unidos, Inglaterra, Australia, Sudáfrica, Canadá y otros países— que desean hasta seis ejemplares para sus bibliotecas. Las bibliotecas estatales quieren un número aún mayor. Los docentes tienen la intención de utilizar el volumen como libro de «lectura obligatoria». Les aseguro que esto resulta muy halagador para un escritor aficionado.

Y nuevamente, ¿por qué? ¿Por qué este libro es tan buscado? Creo que es porque hay muy poco material disponible que aborde el tema de lo sobrenatural, lo paranormal y lo oculto, tan en boga hoy en día, con un enfoque racional y escéptico. Académicos consagrados se han visto obligados a volcar sus esfuerzos en los aficionados para encontrar las pruebas que respalden sus opiniones.

Desde la publicación de este libro, el escritor Martin Gardner nos ha regalado otro volumen muy interesante, *La ciencia: lo bueno, lo malo y lo falso*, que ahonda en muchos de los temas abordados por nosotros. Esto demuestra, sobre todo, que los paracientíficos hacen mucho bullicio acerca de las críticas que reciben, pero no

proporcionan ninguna prueba que sostenga sus afirmaciones.

Se han incorporado en esta edición un modesto número de notas y correcciones. Un trabajo completo hubiera necesitado un libro totalmente nuevo. Los hechos, tal como se declaran aquí, no han cambiado; pero en algunos casos, nuevos acontecimientos hicieron necesarios ciertos comentarios a fin de actualizar el volumen todo lo posible.

Espero que los lectores interesados busquen más información de este tipo y apoyen a aquellos autores que se atreven a decir la verdad de los temas paranormales. Nuestra recompensa reside fundamentalmente en saber que nuestros esfuerzos estimularon ese tipo de interés.

James Randi.

Rumson, N.J.

Mayo de 1982.

Introducción

por Isaac Asimov

Hace poco asistí a una conferencia en la cual, entre otras cosas, se analizaba la veracidad de los medios de comunicación como transmisores de la información científica.

Uno de los conferenciantes relató desdeñosamente la noticia difundida por un programa de televisión en la que se presentaba a alguien que afirmaba haber perfeccionado un dispositivo de movimiento continuo, un aparato que obtenía energía de la nada.

La noticia se difundió sin ninguna explicación. El programa no hizo ningún esfuerzo para señalar que según el conocimiento científico actual la existencia de dicho dispositivo es sencillamente imposible; que en el pasado se presentaron un gran número de dispositivos de movimiento continuo y que ninguno funcionó realmente; que todos los inventores, en cada uno de los casos, o bien se habían equivocado completamente, o bien estaban perpetrando un fraude a sabiendas.

En ese momento, otra persona presente en la conferencia (un periodista) encontró el asunto divertido. Pensó que se estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

Este dijo: «Y bien, ¿qué daño hace? Los periodistas simplemente informan sobre lo que alguien dice haber hecho y, si no es verdad, ¿qué? ¡Nadie sale perjudicado!».

Me incliné entonces hacia delante y dije: «¿Realmente no ve el daño que produce? El mundo se encuentra actualmente sumergido en una crisis energética. La disponibilidad de energía está disminuyendo año tras año, su precio aumenta año tras año y, como resultado de todo ello, las bases de la civilización se van debilitando año tras año. Si la civilización quiere sobrevivir, la humanidad deberá tomar resoluciones difíciles y adoptar medidas enérgicas lo antes posible. No podemos continuar desperdiciando energía. Debemos desarrollar fuentes alternativas. No podemos seguir mostrándonos tan descuidados con el problema. Entonces, algún periodista cuenta a diez millones de personas que alguien afirma que la energía puede ser obtenida de la nada. Y no asume la responsabilidad de aclararles que esa afirmación es sin duda errónea. Deja al público con la impresión de que, dado que podemos obtener energía de la nada, no hay crisis energética y que, por lo tanto, no debe tomarse ninguna decisión difícil ni adoptarse ninguna medida enérgica. Esto podría simplemente crear

la cantidad necesaria de imprudencia como para impedir que la humanidad resuelva este problema de vida o muerte. Por lo tanto, hará que la civilización se derrumbe. ¡Y usted pregunta qué daño podrá hacer!».

Dudo que el sujeto haya quedado impresionado. Ciertamente, no tenía idea del poder de su profesión ni de sus responsabilidades. No había profundizado hasta qué punto podía hacer el bien; o el mal. Supongo que simplemente consideraba su profesión como una manera de ganarse la vida.

No se trata simplemente de una afirmación sin interés ni de una demostración poco importante de mezquina estupidez por parte de un programa de noticias.

Nunca en la historia, la humanidad se ha enfrentado con una crisis tan profunda, tan intensa, tan penetrante y tan multifacética. Nunca antes hubo tanta gente en la tierra tan dependiente de una tecnología compleja, tan agobiada por sus imperfecciones y con tantas posibilidades de ser testigo del derrumbamiento completo de esa tecnología en cuestión de décadas.

Para salir del apuro, tenemos que abrirnos paso cuidadosamente a través de los rápidos que se extienden frente a nosotros. En cada paso dependeremos de nuestro conocimiento, nuestro discernimiento y nuestra comprensión de la ciencia, de sus potencialidades y de sus limitaciones. Si nos mostramos descuidados y demasiado apresurados, podemos destruirnos a nosotros mismos a través del uso equivocado de la ciencia. Si somos prudentes y estamos bien informados, podremos encontrar la salvación a través de un uso juicioso de la ciencia.

En estas circunstancias, ¿existe algún crimen mayor que el de instruir de forma deliberada y errónea al público acerca de la ciencia, el de engañarlo deliberadamente, el de defraudarlo y el de alimentar y estimular su ignorancia?

No hay ninguna duda de que la insensatez y la falsificación siempre existieron entre nosotros, pero nunca antes habían sido tan peligrosas como ahora; nunca en la historia hemos estado en condiciones peores para luchar contra ellas.

En cualquier otra época de la historia, nos sentiríamos agradecidos ante cualquier obstinado realista que decidiera desenmascarar a picaros y bribones, y aplaudiríamos su valor.^[1] Cuánto más debemos expresar nuestra gratitud y admiración a alguien que lo hace ahora, en este punto crítico de la historia.

James Randi es una persona que tiene la capacidad y el temperamento adecuados para la tarea; ¡no hay nadie mejor!

No tiene credenciales académicas y por lo tanto no tiene restricciones académicas. Es capaz de llamar a las cosas por su nombre en el momento de verlas y no se siente frenado por ninguna cortesía profesional para poner en tela de juicio a aquellos científicos que no sólo caen en la trampa de lo paranormal, sino que en su ignorancia la promueven.

Tiene una profesión que resulta muy útil para su tarea. Es un consumado mago

profesional y no existe ningún truco que no conozca o con el que no pueda enfrentarse —que es más de lo que puede decirse de aquellos científicos que, al abordar la falsificación, se muestran tan ansiosos por aceptar la apariencia superficial —, que resultan más fáciles de engañar que a los niños (ya que los niños son, por naturaleza, escépticos).

Randi asaltó, en uno u otro momento, cada muro y contrafuerte del gran Castillo de la Pseudociencia, y nunca frenó su empuje. Por ello, ha sido llamado el «asesino a sueldo» de la Comisión para la Investigación Científica de los Fenómenos Paranormales (CSICOP) —a la cual él y yo pertenecemos.

Los practicantes de la falsificación pseudocientífica asaltan la ciencia «convencional» con insinuaciones y falsedades, y exigen que, a su vez, los científicos se muestren «abiertos». En otras palabras, ellos pueden golpear pero los científicos no deben devolver el golpe o ni siquiera evitarlo.

Bueno, ¡al diablo con eso! Randi devuelve el golpe y cuando los pseudocientíficos se lamentan, sabe que ha dado en el blanco.

La humanidad tiene las estrellas en su futuro, un futuro demasiado importante como para perderlo bajo el peso de la insensatez juvenil y de la superstición ignorante.

Se dice que el unicornio es una bestia con forma de caballo y un largo cuerno en espiral ubicado en el centro de la frente. Se dice que sólo una virgen puede acercarse a un unicornio. Por esta y otras razones, no existen informes fiables que demuestren la existencia de este animal.

Eso en cuanto a los unicornios. Pasemos ahora a otro disparate.

Y la muchedumbre quedó acallada. Un hombre de avanzada edad, extrañado del repentino silencio, se giró hacia el niño y le pidió que repitiera lo que había dicho. Asombrado, el niño levantó la voz y dijo una vez más: «¡Cómo, el emperador no lleva ropa! ¡Está desnudo!».

Andersen

El vestido nuevo del emperador

Los últimos años han sido testigos del resurgimiento del interés por el fenómeno paranormal. La reciente proliferación de libros, artículos y documentos científicos acerca de la parapsicología (psi) y otros fenómenos sobrenaturales ha llegado, seguramente, a establecer una especie de manera; la televisión y la radio han explotado enormemente el gusto general por lo extraordinario complaciendo de forma desvergonzada esa preferencia. Los estudios han demostrado que mucha gente cree firmemente en temas tales como las fotografías Kirlian, la percepción extrasensorial, el poder de las pirámides, el Triángulo de las Bermudas y las profecías. La lista es larga.

Incluyendo a unos pocos científicos, para otras cosas muy responsables, muchas personas subieron al carro resplandeciente pero tambaleante que atraviesa ruidosamente este período de la historia humana. Algunos, como veremos, tuvieron que retractarse cuando la verdad se hizo evidente; otros siguen aferrándose a sus decisiones y las sostienen por medio de débiles racionalizaciones. Este aspecto es el que más me fascina y el que me impulsó a escribir este libro.

No me preocupan tanto los perpetradores de los mayores engaños ni las maneras extrañas e inesperadas en que éstos fueron aceptados por esa pequeña minoría de científicos. Aquellos antiguos artesanos de lo maravilloso como Uri Geller ya no parecen atraer la atención del mundo académico, a pesar de que siguen interesando en pequeña medida a un público cada vez más reducido. Este libro puede extinguir la última chispa.

Resulta evidente para alguien como yo que ha pasado treinta y cinco años

examinando las supuestas maravillas de nuestra época y las maravillas perdidas de las épocas anteriores, que existen ciertos rasgos y características de la especie. Existe también una perturbadora uniformidad en la charlatanería «científica» utilizada para respaldar esas declaraciones de la existencia de lo sobrenatural —una uniformidad que se ve reflejada en numerosas tragedias científicas, algunas de las cuales surgieron en su totalidad de las mentes de los autoengañados y no como resultado de algún diestro pase de mano o de algún truco psicológico. El lector verá, estoy seguro, que el autoengaño constituye un elemento importante en estas cuestiones.

Cuando viajo ofreciendo conferencias acerca de los llamados comúnmente poderes y acontecimientos paranormales, me tengo que enfrentar a menudo con la observación de que los «científicos se han detenido en ese tema y han establecido su validez». Respondo a dicha observación citando a León Jaroff, director de la revista *Time*, que dijo: «No ha existido ni un solo experimento apropiadamente concebido y apropiadamente dirigido que haya probado la existencia de cualquier poder paranormal». Respaldo plenamente esta declaración y presentaré en este libro algunos ejemplos excelentes que demostrarán lo evidente que esto resulta para cualquier persona familiarizada con las pretensiones de lo paranormal y con los requisitos de una investigación científica.

En mayo de 1976, un grupo de veinticinco científicos, escritores y eruditos —y un solitario mago— se reunieron en un simposio patrocinado por la Asociación Humanista Americana y se dedicaron al examen de «El nuevo irracionalismo: anticiencia y pseudociencia». Estábamos decididos a hacer algo contra los infundados anuncios de milagros y poderes mágicos respaldados por unos pocos científicos y que fueron declarados verdaderos descubrimientos científicos. El resultado de esa reunión fue la creación de la CSICOP y de la revista, *The Skeptical Inquirer*. En resumen, los objetivos de la CSICOP son los siguientes:

- Establecer una red de personas interesada en examinar las denuncias de fenómenos paranormales.
- Preparar bibliografías de materiales publicados que examinen cuidadosamente dichas denuncias.
- Alentar y encargar estudios por parte de investigadores objetivos e imparciales en las áreas requeridas.
- Convocar conferencias y reuniones.
- Publicar artículos, monografías y libros que examinen las denuncias de fenómenos paranormales.
- No rechazar a priori ninguna de las denuncias, sino examinarlas más bien de forma abierta, completa, objetiva y cuidadosa.

El último objetivo incluye un importante principio sobre el que tuve que insistir repetidas veces en mis conferencias: la CSICOP no niega que esas cosas puedan existir ni tampoco lo hago yo personalmente. Sin embargo, a la luz de mi considerable experiencia, basada en el examen de dichas cuestiones, diré que la probabilidad asignada a la existencia de los poderes paranormales se acerca mucho a cero. No puedo probar que dichos poderes no existan; sólo puedo demostrar que las pruebas que los respaldan no resisten un examen completo. Además, insisto en que el peso de la prueba no sea puesto sobre mí, sino sobre aquellos que afirman que dichos fenómenos existen. Las denuncias inusuales requieren pruebas inusuales.

Una cuestión relacionada con este tema es la reclamación de la oposición en el sentido de que yo trato de probar que los psíquicos se valen de engaños reproduciendo sus maravillas a través de éstos. Nunca declararé —ni podría hacerlo en tanto que persona lógica— que mi reproducción de actuaciones psíquicas demuestra que los psíquicos usan un truco similar. Sí que resulta más racional sospechar del uso de engaños en lugar de adoptar la absurda alternativa.

Nosotros, los críticos de lo sobrenatural, estamos acostumbrados a que la oposición y los medios nos atribuyan determinadas palabras, y ya ha llegado el momento de responder. En este libro golpearé lo más duramente posible, con la mayor frecuencia que pueda y a veces de forma contundente e incluso con crudeza. Los buenos modales serán sacrificados en favor de la franqueza, aunque le pese al marqués de Queensbury. Demasiadas voces fueron desoídas durante mucho tiempo. En estas páginas usted descubrirá que la lógica y la racionalidad son fuerzas poderosas que no pueden ser refutadas por el gran volumen de charlatanería pseudocientífica y casi religiosa que el público ha tomado erróneamente por un hecho. El tintineo que usted escuchará a medida que dé vuelta a estas páginas son las lágrimas que caen de muchos ojos. Los gemidos provienen de los charlatanes expuestos aquí a la luz de la razón y de la simple verdad. Se trata de una luz que los lastima mucho.

Hace catorce años, durante una acalorada discusión con un miembro de la élite de la parapsicología, aposté una gran suma de dinero. Siempre tengo a mano un cheque por la suma de 10.000 dólares, pagadero a cualquier persona o grupo que pueda llevar a cabo una actuación paranormal de cualquier tipo conforme a unas condiciones adecuadas de observación. Nunca perdí ni un solo dólar; mi dinero nunca estuvo más seguro, aunque muchos trataron de cobrar el premio. Desde aquel día, más de seiscientas personas se sometieron a pruebas y sólo cincuenta y cinco pasaron las preliminares.

Me explico. Años de experiencia me enseñaron que no necesito desperdiciar mi tiempo viajando a lugares distantes para tratar con la mayoría de los competidores. Establecí un método de pruebas preliminares que descarta muy rápidamente a los

contendientes más débiles y nunca tuve una sola queja por parte de los perdedores, aun cuando invariablemente trajeran a colación tontos pretextos para explicar sus fracasos. Pero en estas extrañas búsquedas, era algo de esperar.

Como un mago profesional que ha actuado en todo el mundo durante más de treinta años, soporté prolongadas sesiones con personas que aducían tener capacidades psíquicas o mágicas. Sólo existen dos tipos: aquellos que realmente creen tener dichos poderes y aquellos que piensan que soy tan torpe como para no detectar sus trucos. Ambos grupos están equivocados.

Un ejemplo del primer tipo es Vince Wiberg, un «zahorí» —una persona que utiliza una varilla u otro dispositivo simple para detectar la presencia de varios materiales, especialmente agua y minerales subterráneos—. También profesa ser un «auragramista» —persona capaz de diagnosticar males del cuerpo con la utilización de la varilla adivinadora—. El señor Wiberg cree realmente en sus poderes, a pesar del episodio relatado más adelante, en el que fracasa dramáticamente cuando intenta demostrar sus poderes. En el segundo tipo podemos ubicar a la señorita Suzie Cottrell, que llevó a cabo una serie de trucos de cartas, que ella presentó como demostraciones «psíquicas», y que fue descubierta de forma evidente. Esto también lo leerán un poco más adelante.

He presenciado muchas sesiones llamadas espiritistas, demostraciones de lectura de la mente y muchos otros milagros aparentes. Traté de ser objetivo en mis observaciones y en mis posteriores conclusiones. Al mismo tiempo, también miré con ojo atento cualquier actividad que se desarrollara durante esas sesiones que tendiera a señalar métodos mágicos o simples argucias. Mi ojo ha tenido un gran entrenamiento.

Me presentaron a unos adivinos en Tailandia que intentaron, de forma descarada, embaucarme con un truco de cambio de papeles que ha sido usado por los magos de Occidente durante un siglo. Dinamarca presentó un charlatán que trató de engañarme con un resplandeciente horóscopo que describía un modelo de virtud y constancia; la carta había sido hecha, sin él saberlo, a partir de la fecha, la hora y el lugar de nacimiento de un violador condenado y ahorcado, que tenía además en su crédito una serie de delitos que iban desde el galanteo hasta la agresión. Inglaterra presentó algunos curanderos fascinantes. Francia, una serie de sensitivos que utilizaban el péndulo. Y los Estados Unidos y Canadá también contribuyeron con algunos fraudes.

No hay duda de que, ya desde la Antigüedad, existen muchas dudas sobre la existencia de los poderes paranormales. Muchos «filósofos de la naturaleza» —que finalmente se hicieron conocidos científicos cuando se crearon sistemas de pensamiento más organizados— refutaron dichos poderes hace ya muchos siglos. En 1692, un zahorí francés llamado Jacques Aymar fue contratado por las autoridades para descubrir a un asesino haciendo oscilar un péndulo. Aparentemente, se creía que se podía detectar la culpabilidad a través de ese medio. Se dice que Aymar condujo a

los funcionarios hasta un jorobado de diecinueve años que posteriormente fue «descuartizado en la rueda», una muerte particularmente desagradable, preferida como castigo para la gente impopular como los jorobados. Nunca sabremos si el éxito de Aymar reside en la tendencia actual de los oficiales de policía de suministrar una lista de sospechosos y luego acreditar al psíquico la identificación del asesino. Pero lo que sí sabemos es que cuando Jacques Aymar se sometió a las pruebas dirigidas en París por el príncipe de Conde, fracasó en todas. Aymar difícilmente pudo haber evitado las pruebas, ya que se había convertido en una celebridad nacional y sigue siendo considerado por los fieles como un operador poderoso. Uno se pregunta qué pudo haber pensado el joven ejecutado acerca de los renombrados poderes de Aymar.

Aymar siguió siendo una persona respetable durante un tiempo a pesar de su espectacular fracaso, pero pronto desapareció del mapa debido a un nuevo escándalo. Si actualmente estuviese trabajando, sin duda podría sobrevivir con facilidad, especialmente si ciertos científicos confundidos decidieran someterlo a prueba.

El uso de «poderes psíquicos» en un tribunal no se limita a la Francia medieval. La ciudad de Watkins Glen, cerca de Binghamton, Nueva York, cree aparentemente en dichos poderes y alienta su uso en los tribunales. Un mago llamado Philip Jordan, famoso porque realiza el truco del golpeteo de mesa y otros malabarismos fuera de catálogo, ha sido contratado por la policía y por la oficina del abogado de oficio para trabajar para ellos en esa ciudad. De hecho, se sienta a la derecha del abogado de oficio y, midiendo el «aura» de cada posible miembro del jurado, decide si esa persona es apropiada para realizar esa tarea. ¿Increíble? El juez no vio nada de malo en ello. Aparentemente, el sistema judicial de Nueva York acepta los poderes sobrenaturales como genuinos y permite que sean utilizados en el proceso judicial en el que se determina la culpabilidad o la inocencia del acusado. La Edad del Oscurantismo aún no ha acabado en Watkins Glen.

El juez aceptó esta disparatada parodia de la razón y también lo hizo el Colegio de Abogados de Nueva York y el Colegio de Abogados del condado de Tioga. Las dos organizaciones defendieron el derecho del abogado de la defensa de citar a cualquiera que deseara asistirlo con su capacidad de experto. ¿Experto? ¿Experto en qué? ¿En trucos de magia? ¿En verdades a medias y en engaños? ¿Acaso alguno se molestó en tratar de averiguar si Jordan poseía realmente la capacidad que decía tener? Bueno, yo sí lo hice. Le ofrecí a Philip Jordan someterse a prueba con la CSICOP. Mi propuesta le fue entregada a través de Bill McKee, de la emisora de radio WENE. Jordan no respondió a nuestras llamadas telefónicas ni a nuestras cartas.

McKee exigió a Bruno Colapietra, presidente del Colegio de Abogados del condado de Broome, una respuesta. «Creo que si esto saliera a la luz pública, sería perjudicial para la dignidad y las tradiciones de los tribunales», contestó Colapietra.

Pero, agregó, no es peligroso en sí «porque los abogados experimentados no necesitarán la intervención de psíquicos». Colapietra aprobó la utilización de los psíquicos, si se hacía «sin ánimo de obstruir». ¿Significa esto que Robert Miller, el defensor público al que se le ocurrió la brillante idea de introducir a un psíquico en los tribunales de Watkins Glen, no es un abogado experimentado? ¿O debería suponerse que es simplemente un ingenuo?

El diario local de Binghamton, el Evening Press, no deseando ofender a los seguidores de Jordan, atribuyó la controversia que había surgido sobre esta estupidez judicial a «cierta envidia profesional». Un comentario muy miope, pero típico del pensamiento del Oscurantismo.

Para no suponer que esta situación es única, considérense las acciones del juez Leodis Harris del sistema judicial juvenil de Cleveland. Este hombre culto se prestó a un reportaje en una revista nacional, Ebony, que aclamó orgullosamente al magistrado por haber dado un paso gigantesco en favor de la lógica. De acuerdo con la revista, el tribunal del juez Harris brinda «buenos consejos una dosis ocasional de astrología». El juez «lee un horóscopo de adolescentes durante el juicio antes de decidir de qué manera será reprendido el joven por su delito». El artículo señalaba que su «uso de la astrología servía tanto para sus colegas como para los delincuentes».

Harris fue convertido de forma instantánea a la astrología, afirmaba Ebony, cuando encontró por casualidad el horóscopo de un joven que estaba frente a su estrado y decidió que la parte negativa de dicho horóscopo «describía al niño a la perfección». Esto lo utilizó en el tribunal.

Todo esto me hace recordar la versión cinematográfica de El jorobado de Notre Dame, en la cual se le vendaban los ojos a la acusada y se le pedía que extendiera la mano hacia dos cuchillos que se encontraban frente a ella. Sería juzgada culpable o inocente según el cuchillo que tocara. Quizás al abogado Miller y al juez Harris les podría interesar perfeccionar esa técnica. Quizás progrese tanto como la astrología y la determinación del aura. Quizás más aún.

El señor Miller nunca contestó a mis solicitudes sobre sus comentarios. En cambio, el juez Harris finalmente sí lo hizo. Éste respondió a mis cartas en las que le solicitaba que afirmara o negara el uso de la astrología en las resoluciones judiciales. Me informó de que nunca usó la astrología en sus decisiones judiciales.

Ciertamente, fue una buena noticia. De todos modos, uno se pregunta por qué Ebony había afirmado que sí lo hacía. Pero cabe hacerse una pregunta aún más importante: ¿por qué el juez se negó a responder mis solicitudes de confirmación o negación hasta que mi artículo apareció publicado en *The Skeptical Inquirer* y por qué no escribió a Ebony pidiendo que la revista se retractara? Nunca apareció retractación alguna.

Cuando investigo las llamadas maravillas psíquicas, el primer paso consiste en determinar si las acciones realizadas son las de un prestidigitador embustero. A partir de eso puede derivarse una probable metodología. El segundo paso consiste en desenmascarar las sesiones espiritistas fraudulentas: el descubridor termina agarrando una tela luminosa —supuestamente el espíritu del fallecido— y el engaño del médium queda claramente en evidencia. La dificultad reside en que la tela u otro mecanismo utilizado en el engaño no siempre resulta obvio y a menudo no puede ser descubierto rápidamente. A veces la prueba material no es más que un diminuto pedazo de papel, un hilo de nilón negro o un bolígrafo pegado dentro de un tubo de papel. Para los no iniciados, estos artículos no significan nada, pero para el investigador experimentado pueden ser fundamentales. También existen los fraudes practicados por grandes charlatanes que no se sirven de un medio físico para sus trucos; afortunadamente, ciertos aparatos modernos, como el magnetófono y la cámara infrarroja, pueden ser utilizados muchas veces a favor de la causa de la sensatez.

Sin ninguna mala intención, registré una vez las expresiones de un conocido (tanto para la policía como para sus fervientes discípulos) especialista, Peter Hurkos, en las sutiles artes de la precognición y la clarividencia. El señor Hurkos aparecía en un popular espectáculo de televisión y describía detalles íntimos de la vida, los hogares y las mentes de algunos espectadores. Sus revelaciones iban seguidas de grandes expresiones de asombro. Cuando al día siguiente me entrevisté con varios legos interesados en la materia, me bombardearon con resplandecientes relatos sobre su increíble exactitud. Cuidadosamente, di la impresión de no haber visto el programa de televisión y los dejé parlotear sobre el tema.

Unos días más tarde, invité a dos de esas personas a mi casa para grabar sus relatos sobre la actuación. Luego les hice escuchar la cinta que yo había grabado del programa y descubrimos, haciendo un recuento minucioso, que este así llamado psíquico había acertado, como promedio, en una de cada catorce declaraciones. Aún más perjudicial para la reputación de este hacedor de milagros era el hecho de que sus aciertos eran tan endebles —por ejemplo, «Hay más personas en la casa; veo a dos o tres»— que cualquier niño podría haber adivinado lo mismo al azar. Para consternación de mis visitantes, sus relatos distaban mucho de ser exactos. Un pensamiento selectivo los había llevado a descartar los fracasos aparentes y los desaciertos obvios para recordar sólo sus «aciertos». Eran creyentes que necesitaban que ese hombre fuera algo genuino y, a pesar de los resultados de ese experimento, siguen siendo devotos admiradores de este charlatán.

Muchos «hombres de ciencia» suponen estúpidamente que por el hecho de haber recibido una capacitación en materia de ciencias físicas o de artes médicas son capaces de mostrar un juicio intachable en la investigación de los supuestos

psíquicos. Nada puede estar más alejado de la verdad. De hecho, cuanto más capacitada científicamente se encuentra la mente de una persona, tanto más fácilmente puede ser embaucada por un hábil embustero. El tubo de ensayo de un científico no miente; otro ser humano sí lo hace. Los científicos resultan más fáciles de engañar cuando piensan de forma lógica. Todos mis esfuerzos como mago profesional se basan en la suposición de que mi audiencia piensa de forma lógica y que por lo tanto puedo engañarla si trabajo conforme a dicha suposición.

Actualmente nos bombardean con las maravillas de la «fotografía psíquica», animales que pronostican acontecimientos y bestias nocturnas que vienen del Más Allá. Se intentó la investigación de esas ridiculeces sobre la base de ilusiones y de un procedimiento científico incompetente. Ya es hora de despertar. Los investigadores capacitados son los que deben abordar estos temas. Tenemos que dejar de desperdiciar dinero y trabajo en ideas tontas. Si realmente hay algo Allá fuera, descubrámoslo. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a intentarlo.

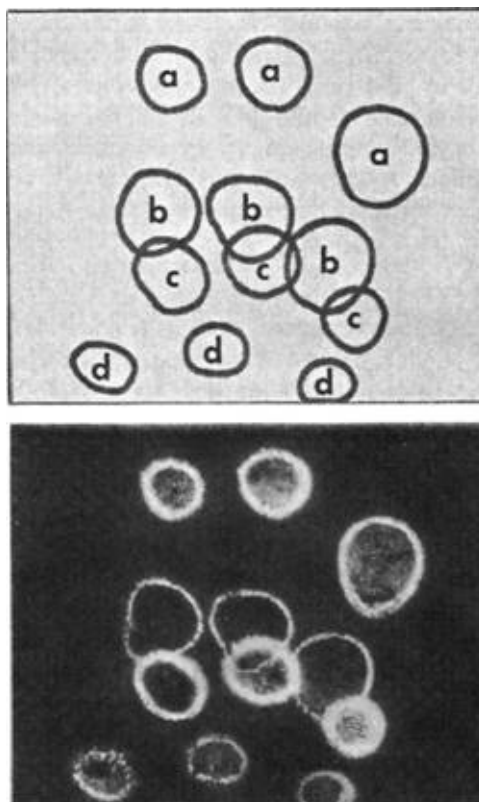
Un solo libro posiblemente no pueda abarcar todas las idioteces que han sido perpetradas sobre el público a lo largo de dos décadas. He intentado explicar al lector los principales acontecimientos en el reino del fraude y he analizado algunos de ellos en detalle para que puedan servir como ejemplo de lo que puede descubrirse cuando se investigan a fondo supuestos milagros. He reunido la información de varias bibliotecas de aquí y del extranjero y he tenido durante muchos años extensos archivos de los que escogí ciertos temas. Un gran número de corresponsales han aportado datos en forma de recortes y declaraciones juradas, y muchos científicos decepcionados me han proporcionado información para contribuir al desenmascaramiento del fraude.

Este volumen necesita una continuación donde podría abordar los temas dejados de lado, por fuerza mayor, en estas páginas. Sin duda, tendría que revelar los hechos relacionados con las 112 escuelas, aquí y en el extranjero, que ofrecen cursos sobre PE y otras ridiculeces. Una de ellas, la Universidad John F. Kennedy de Orinda, California, posee un Instituto de Estudios Místicos y Parapsicológicos, que está bajo la dirección del doctor Pascal Kaplan. Además, ofrece un diploma en Artes. Quizás esta universidad sea la primera en el mundo en verse obligada a retirar de circulación algunos de sus «productos» —como lo hicieron Ford y General Motors— debido a defectos en el procesamiento.

Los pronosticadores —representados por Jeane Dixon, cuyas predicciones grabadas en el teléfono son ofrecidas por el Bell System por el precio de un mensaje— merecen un capítulo propio. Esta misma gran vidente nos asombró en 1977, al predecir que en 1978 la actriz Farrah Fawcett llevaría un corte de pelo a lo cepillo, que el presidente Cárter renunciaría a su cargo y que el papa Pablo VI sorprendería al mundo con su vigor y determinación. Semejante desempeño merece sin duda una

mayor investigación.

Otra muestra de charlatanería, las fotografías Kirlian, continúa fascinando a los crédulos. Se dice que este proceso registra el «aura» humano, pero la ilustración demuestra lo trivial de esta declaración. Un tratamiento más extenso de este tema también necesitará de otro libro.



Los tres dedos medios de la mano izquierda del autor fueron colocados en una cámara fotográfica Kirlian. Se realizaron cuatro exposiciones separadas. En el conjunto marcado con una «a», se aplicó una presión moderada. En «b», la presión fue muy fuerte y en «c», muy ligera. El conjunto inferior marcado con una «d» fue hecho con una presión muy ligera pero presionando la pierna del autor contra la pata de una mesa de metal, conectando al sujeto con la tierra. La imagen «d» de la extremidad izquierda muestra este efecto «lumínico» causado por esa conexión parcial con la tierra. Una gran diversidad de imágenes resulta posible variando simplemente la presión y el aislamiento eléctrico del cuerpo. Aunque las variaciones de temperatura y humedad también pueden afectar la imagen de forma drástica, estos factores no resultan aplicables en este conjunto de pruebas, ya que fueron efectuadas en el período de un minuto. Tal como ocurre a menudo en el caso de estas pseudociencias, los efectos producidos por el método fotográfico de Kirlian son el resultado de variaciones en las condiciones y no de fuerzas o de capacidades paranormales.

Figuras eminentes como la doctora Elisabeth Kübler-Ross, una psiquiatra que presentó pruebas acerca de la supervivencia después de la muerte en un libro muy

vendido, parecen haber obtenido su inspiración, según se ha descubierto ahora, en ciertos comportamientos cuestionables en el seno de la Iglesia de la Faceta de la Divinidad, una institución dedicada a sesiones en las que la congregación goza de relaciones extramatrimoniales con «espíritus» —en la oscuridad, por supuesto. Convenientemente, estos espíritus le predijeron a la doctora Kübler-Ross que sería perseguida por su participación. «Me dijeron hace tres años que la sociedad en la que vivo trataría de destruirme por cualquier medio posible», afirma. Parece que también esta cuestión necesita cierta atención.

En Canadá investigué a Rita Burns, cuya fama se basa en la entusiasta hipérbole de un periodista que citó a varios funcionarios del Royal Ontario Museum. Estos negaron las declaraciones cuando fui a visitarlos y los interrogué. Rita había afirmado que trabajaba con esa augusta organización, utilizando sus supuestos poderes para identificar viejos artefactos. Su desempeño era mucho menos que satisfactorio. Después de haber extraído ciertas sumas de unos pocos hombres de negocios canadienses a cambio de su asesoramiento psíquico, se negó a encontrarse conmigo en un programa de televisión para examinar sus afirmaciones. Ésta es una investigación inconclusa que también necesita una mayor atención.

No produce mucha satisfacción el hecho de saber que en tiempos futuros, más racionales, nuestras palabras serán leídas y creídas con facilidad. Si dichos tiempos no son inminentes, la raza humana quizás no sobreviva a su propia locura, al aceptar sin crítica alguna las declaraciones de los incompetentes y charlatanes que corrompen la ciencia en su búsqueda de ideas estúpidas. Sólo el respaldo y el aliento de ciertos miembros prominentes del mundo académico, aquí y en el exterior, me permitieron continuar la batalla en la que elegí involucrarme. No ha resultado provechosa desde un punto de vista económico, ya que en realidad me ha costado mucho dinero tanto en viajes como en investigación. Pero, de hecho, sí existe una recompensa: la satisfacción y el saludable efecto de decir la verdad.

El hecho de poseer información específica y especializada acerca de cualquier aspecto del comportamiento humano o del medio ambiente y fracasar en el intento de hacer que dicho conocimiento sea aprovechado, constituye, en mi opinión, un gran fiasco de la honradez. No tuve elección. Desde muy temprano me sentí impulsado a investigar y poner al descubierto a los bromistas y a sus discípulos, al constatar el daño emocional y físico que causaban a sus víctimas. El adagio «El sueño de la razón produce monstruos» quedó impreso en mi mente desde hace varias décadas. Ahora he accionado la bocina para despertar al dormido.

Este tipo de declaraciones resulta familiar en la historia humana. Se relaciona con todo demente que alguna vez haya pensado que él solo era el dueño de la verdad última. Pero el paso de los años tiene su manera de apartar a los dementes; confiaré en ese proceso para mi reivindicación.

Lo que tengo que decir es dicho de forma directa y resulta fácil de entender. No apelo a ningún razonamiento complejo ni a fórmulas intrincadas para probar mi opinión, y sólo le pido al lector imparcialidad y una decisión justa. Pero, como muchos de nosotros descubrieron en los tribunales, a menudo existe una gran diferencia entre la Ley y la Justicia. La civilización está mejor asistida cuando estas dos entidades se encuentran en armonía. Apelo a dicha posibilidad.

Hace unos años tuve el privilegio de presentarme en la Casa Blanca a la señora Betty Ford. Al planear mi espectáculo, topé con un pequeño problema relacionado con un pañuelo de seda que tenía la intención de usar. Entonces solicité a la señora Ford que me lo alcanzara cuando se lo pidiera desde el escenario. Uno de sus acompañantes se opuso porque no deseaba que ella se involucrara en el espectáculo, pero esta solicitada dama lo aceptó, pasando por alto la objeción. Me sonrió abiertamente y me dijo, colocando el pañuelo de seda en su cinturón: «señor Randi, estaré encantada de llevar sus colores». Nunca me he sentido mejor en mi vida.

Le pido al lector que consienta y lleve mis colores por un tiempo mientras investigamos las cuestiones que se encuentran a nuestro alcance. Los colores son reales, la causa es buena y, aunque no se consiga la victoria de forma inmediata, de todos modos es segura.

El próximo capítulo es característico del libro: llama a las cosas por su nombre y utiliza un lenguaje directo. En el mismo, probaré las mentiras de dos niñas, demostraré que un escritor, una personalidad muy respetada, era en realidad un tonto y un ingenuo con un ego sobredimensionado, y mostraré que varios «expertos» eran unos egoístas incompetentes que llevaron a cabo un truco provechoso. Por todo eso, seré severamente criticado por algunas personas, pero ya es hora de que esas cosas sean dichas de forma franca y directa, sin temor a recriminaciones. En mis conferencias, he dicho estas cosas durante años. Ahora las pongo por escrito.

Ofrezco media disculpa por el análisis exhaustivo acerca del episodio de las Hadas de Cottingley presentado en el próximo capítulo. El hecho de demostrar con tanta minuciosidad que no existen hadas en el jardín, puede parecer un «exceso», pero creo que es importante para comprender los otros argumentos presentados en estas páginas. Colocaré esto en el centro de atención al enumerar veinte puntos que cubren casi todas las causas de malentendidos que surgieron en los análisis de los llamados acontecimientos paranormales, y me referiré al incidente de Cottingley y también presentaré otros ejemplos para ilustrar esos puntos. En tanto que mago profesional, me acostumbré a utilizar varias sutilezas para engañar, pero nunca en el modo condenado por este libro. Soy plenamente consciente de los numerosos trucos estándares y no convencionales utilizados para alcanzar esos fines, y el engaño de las Hadas de Cottingley analizado en el siguiente capítulo incluye la mayoría de ellos. Al matar el mosquito con una maza, preparo los otros blancos. Les ruego que sean

indulgentes conmigo a través de toda la carnicería.

¡Salid, salid! ¡Salid por la colina! Por arriba, por abajo, ¡Hadas por todas partes!

Anónimo

El número de Navidad del año 1920 de la revista londinense Strand presentó un artículo del eminente y célebre escritor sir Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes. Las aventuras del gran detective habían brindado a The Strand grandes beneficios y una enorme circulación en Inglaterra y en el extranjero, y cualquier presentación de Doyle era muy bienvenida. El artículo, titulado «Hadas fotografiadas, un acontecimiento histórico», era el relato, presentado como un hecho, de dos niñas de Bradford, Yorkshire, que habían fotografiado cierto número de hadas y gnomos con los se encontraban regularmente en Cottingley Glen. Este caso ofrece todas las imperfecciones clásicas de dichas investigaciones. Credulidad, verdades a medias, hipérboles, mentiras directas, información selectiva, la necesidad de creer y una generosa cuota de estupidez se mezclan con la lógica más extravagante y la falsa experiencia encontrada en cualquier parte de ese campo.

En primer lugar, sintetizaré el caso para la defensa. Dado que ese tipo de afirmaciones se topan de inmediato con la incredulidad, los defensores de este cuento estaban y siguen estando a la defensiva apenas se presenta su caso, y cualquier declaración efectuada por ellos constituye necesariamente una defensa de su posición. El relato directo, tal como lo presentan los principales defensores, es, bajo todo punto de vista, un relato muy convincente. Cuando el lector haya alcanzado el final de la presentación inicial, surgirá la siguiente pregunta: ¿cómo podrían refutarse estos hechos? Y uno debe admitir que cabe hacerse la pregunta. Me apresuro a agregar que la cuestión debe ser ponderada sin perjuicios. Prometo rescatar finalmente al lector y presentar una refutación adecuada. Ahora, junto con los «expertos», visitaremos a las dos niñas que crearon uno de los engaños más famosos y perdurables que hayan sido perpetrados contra nuestra especie.

Ha finalizado la Primera Guerra Mundial e Inglaterra se está recuperando después

de haber sacrificado la flor de su juventud en la lucha. Estamos en el año 1920 y el espiritismo está en su apogeo. En todas partes hay manos que son presionadas sobre mesas en habitaciones oscuras con la esperanza de que algún golpecito o crujido señale el regreso de algún ser querido proveniente del más allá. En los Estados Unidos, el gran prestidigitador Harry Houdini hace sus giras por los circuitos teatrales y da conferencias desprestigiando a los médiums espiritistas, mientras su amigo en Inglaterra, sir Arthur Conan Doyle, hace lo mismo pero oponiéndose a él. Doyle, convencido de muchas irracionalidades, adoptó la causa del espiritismo y se convirtió en una de sus luces principales.

Doyle fue nombrado caballero por su contribución a la literatura. Probablemente no exista persona en Inglaterra más conocida y respetada. Su alianza con los espiritistas constituyó un gran impulso para su causa. Declaró que las pruebas de la supervivencia después de la muerte son «apabullantes» y así lo creyó hasta su último aliento. Está en buena compañía. Sir Oliver Lodge y William Crookes, prominentes científicos de la época cuyas contribuciones a la ciencia resultan innegables, también se declararon creyentes y son citados hoy en día como autoridades en la materia.

En mayo de 1920, un amigo de Conan Doyle le contó a éste que habían sido tomadas unas fotografías reales de hadas y gnomos. Doyle se puso en contacto con Edward L. Gardner. Defensor de la teosofía, una filosofía mística que acepta la realidad de esos seres, Gardner cree firmemente en esos temas. Después de haber sido informado acerca de las pruebas por medio de una carta de la hermana de Gardner — a quien Doyle «respeto mucho»—, sir Arthur escribe que la carta «lo colma de esperanzas». Emplea a Gardner para que éste investigue la cuestión en su lugar y los primeros informes de Gardner para Doyle le aseguran que las niñas son sin duda honestas y que provienen de una familia de comerciantes, gente con los pies en el suelo incapaces de mentir.

Doyle recibe copias de dos fotografías —conocidas como fotografía número uno y fotografía número dos— supuestamente tomadas en julio y septiembre de 1917, respectivamente. La primera muestra a Frances Griffiths, de diez años, en compañía de cuatro hadas, tres de ellas con alas y la otra tocando una flauta. Se dice que fue tomada por su prima, Elsie Wright, de dieciséis años, que a su vez aparece en la fotografía número dos, sacada por Frances, sentada sobre el césped con un gnomo.



Frances y las hadas («fotografía número uno»). Kodak Museum, Reino Unido



Elsie y el gnomo («fotografía número dos»). Kodak Museum, Reino Unido

Doyle recibe detalles técnicos. La cámara empleada era una Midg que utilizaba placas de cristal Imperial Rapid en lugar de la película flexible. La exposición era de 1/50 de segundo y los dos días en que se realizaron las fotografías eran soleados y luminosos. El señor Wright, padre de Elsie, había cargado una placa en la cámara y se la había dado a Elsie después de haber sido engatusado por las primas. Las dos niñas habían estado diciendo que a menudo habían jugado con hadas en Cottingley Glen, cerca de su casa. Se llevaron la cámara y regresaron media hora después para revelar la placa. Esto se hizo unos días más tarde y el resultado fue la primera fotografía. Dos meses después, las niñas presentaron la fotografía del gnomo con la misma cámara.

Sir Arthur se muestra entusiasmado. Le ordena a Gardner que trabaje en el caso con la seguridad de que se trataba de una «persona firme conocida por su sensatez y su temperamento». Gardner presenta las placas originales a dos «expertos fotógrafos de primera línea» y éstos se muestran «totalmente convencidos» de que las fotografías son auténticas.

El famoso físico sir Oliver Lodge, consultado por Doyle, reacciona tibiamente, pero Doyle señala que las fotografías fueron tomadas por «dos niñas hijas de comerciantes» y «los trucos fotográficos estarían totalmente fuera de su alcance». También observa que resultaba imposible que las niñas, con toda su inexperiencia, pudieran haber llevado a cabo con éxito un fraude al primer intento.

Pero se proporciona una prueba aún más convincente y autorizada. El señor H. Snelling, con más de treinta años de experiencia en el campo de la fotografía y en el trabajo de estudio, declaró con toda certeza, después de haber estudiado cuidadosamente los negativos y las copias que: 1) sólo había una exposición (por lo tanto, no eran posibles los efectos de la doble exposición); 2) la fotografía número uno fue tomada de forma «instantánea» (es decir, con una velocidad de disparo de 1/50 ó 1/100 de segundo), y 3) las hadas en la fotografía número uno se movieron durante la rápida exposición. Gardner nos dice que Snelling «pone en juego su reputación sin vacilar en la veracidad de su dictamen».

El mismo Doyle lleva los valiosos negativos a la empresa «Kodak» de Kingsway, donde el señor West y otro experto no pueden encontrar «ninguna evidencia de superposición u otro truco». Pero afirman que si se pusieran a trabajar «con todo su conocimiento y sus recursos», podrían producir una fotografía semejante. Doyle afirma: «Resultaba claro que la investigación debía girar en torno a la personalidad y el marco de las niñas en lugar de centrarse en las fotografías mismas».

Gardner hace una fuerte presentación en relación con las fotografías. Indignado por la crítica del mayor Hall-Edwards, una autoridad médica, replica que Doyle no «dio por sentado que las fotografías fueran reales y genuinas», tal como lo afirmaba el mayor. «Resultaría difícil desfigurar más el caso», afirma Gardner. «Los negativos y las copias de contacto fueron sometidos por expertos a las pruebas más exhaustivas conocidas por la ciencia fotográfica. Muchos de ellos se mostraron abiertamente escépticos. Dichas pruebas demuestran, sin ninguna duda, que eran placas de una sola exposición y que, además, no mostraban ningún rastro de los innumerables trucos conocidos». Y añade que dicho fraude sólo sería posible «empleando procesos altamente especializados y artísticos».

El hecho de que Elsie estuviera trabajando en un estudio de fotografía es pasado por alto por Gardner. Niega que «el hecho de trabajar como mensajera y ayudar en un negocio pueda mostrar un alto grado de preparación en esa profesión». Y concluye diciendo: «No somos tan crédulos como eso».

El señor Maurice Hewlett agrega severas observaciones a la discusión cuando describe a Gardner como «carente, según parece, de las facultades lógicas». Hewlett sigue diciendo: «Todos hemos visto fotografías de seres en movimiento rápido... la fotografía no parece tener movimiento alguno... porque en el instante de tomarla el objeto no estaba en movimiento». Gardner replica de inmediato la asombrosa declaración de Hewlett: «Evidentemente, el objeto está en movimiento durante la exposición... y cada una de las figuras de hadas en el negativo revela signos de movimiento. Este fue uno de los primeros puntos que se determinaron». Gardner tiene razón acerca del movimiento de las hadas y Hewlett reconoce finalmente su error.

Varios críticos señalan un aparente defecto en la fotografía número uno de Frances y las hadas. ¿Por qué Frances está mirando directamente a la cámara en lugar de a las hadas? Eso resulta fácil de explicar, afirma Gardner. Estaba acostumbrada a las hadas, pero estaba fascinada con la cámara, una experiencia nueva para ella. Además, se pregunta Gardner: «¿Acaso un falsificador, lo suficientemente hábil para producir una fotografía como ésta, cometería el elemental error de no hacer posar a su sujeto?».

En su libro *The Coming of the Fairies*, Doyle hace referencia a una prueba técnica final de autenticidad. H. A. Staddon, un caballero que se dedicaba a falsificar fotografías, presentó un informe ofreciendo una docena de razones en las que se muestra convencido de que las posibilidades en favor de la autenticidad no son menores a un 80%.

Ahora los investigadores se muestran acalorados. Los expertos presentaron opiniones favorables y los críticos fueron confundidos. Doyle está en Australia asistiendo a unas sesiones y deja que Gardner intente llevar a cabo el Gran Experimento: ¿pueden las niñas presentar más fotografías? No tiene muchas esperanzas ya que en tres años no tomaron ninguna. Además, las angustias de la pubertad se habrían apoderado de Elsie y ya se sabe que las niñas que atraviesan esa etapa pierden contacto con los espíritus y los duendes. «Yo sabía —escribió— que los procesos de la pubertad resultan a menudo fatales para los poderes psíquicos». Pero Doyle recibe una gran sorpresa mientras se encuentra en Australia. Las niñas presentaron otras «tres fotografías maravillosas»: ¡un éxito completo! Las nuevas fotografías fueron tomadas a finales de agosto, varios meses después de que Doyle entrara en la controversia. Este se siente impactado: «Cualquier duda que hubiese subsistido en mi mente en cuanto a la honestidad fue totalmente superada, ya que... esas imágenes de ninguna manera podían ser falsas». Sin embargo, expresando una nota de prudencia, observa que «el hecho de que ese acontecimiento único se hubiese producido en una familia en la que algunos de sus miembros ya se sentían inclinados hacia los estudios ocultos, constituye una coincidencia curiosa». Pero concluye esta

observación diciendo: «Estas suposiciones... son, en mi opinión, traídas por los pelos y remotas».

El informe detallado de Gardner explica a Doyle que sólo fue posible sacar tres fotografías porque hacía un frío abominable y no paraba de llover. Sólo hubo dos días adecuados para que las dos niñas pudiesen llegar hasta la cañada de las hadas para tomar fotografías. Según Gardner, él les había dado a las niñas dos cámaras Carneo, que utilizaban placas individuales y que eran muy diferentes a la Midg que habían utilizado anteriormente. Snelling, el experto que había certificado la autenticidad de las fotografías de 1917, afirma que éstas tienen «las mismas pruebas de autenticidad que las dos primeras». Además, declara que la fotografía «número cinco» es «completamente imposible que sea una falsificación».

Una de las fotografías —llamada «número tres» y que muestra un hada que salta— resulta particularmente interesante. El rostro de Frances aparece algo borroso. Elsie le explicó a Gardner que el hada había saltado hacia arriba en el instante de disparar la fotografía (a 1/50 de segundo) y que Frances «había echado su cabeza hacia atrás» por temor a que el hada tocara su rostro. Nuevamente, los expertos juran que las fotografías no son falsas.



Frances y el hada saltarina («fotografía número tres»). Kodak Museum, Reino Unido

La fotografía número cuatro es muy atractiva. Un hada, vestida a la moda, ofrece una flor a Elsie. Ésta, señala Gardner, no está mirando directamente la figura del hada; parece estar mirando levemente hacia un lado. Gardner afirma: «El ojo humano es desconcertante... Si está quieto y es consciente de que es observado, el espíritu de la naturaleza se retirará y aparentemente se desvanecerá. En los amantes de las hadas, el hábito de mirar al principio levemente de lado es algo común».



Un hada ofreciéndole a Elsie un ramillete de flores («fotografía número cuatro»). Kodak Museum, Reino Unido

Más tarde, en un informe más extenso para Doyle, Gardner afirma que el 26 de agosto de 1920 «se tomaron más fotografías y luego, nuevamente, el sábado 28 de agosto. Las tres reproducidas aquí son las más sorprendentes y asombrosas de la serie». Gardner señala ahora que dispone de veinticuatro placas utilizadas por las niñas y que fueron marcadas secretamente para evitar cualquier equivocación.



Las hadas y su baño de sol («fotografía número cinco»). Kodak Museum, Reino Unido

En agosto de 1921 se produce un intento final para tomar más fotografías. Se proporcionan cámaras estéreo y una cámara filmadora. No se producen resultados,

pero un experimento obtiene un éxito resonante. Involucra al señor T. Hodson que tiene la reputación de ver hadas y otras «apariciones», aunque nunca las fotografió. Sentado en la cañada de las hadas con las niñas, Hodson compara sus observaciones con las de las muchachas. Según Gardner, «él vio todo lo que ellas veían y más aún, ya que sus poderes eran mucho más grandes». Gardner concluye que dado que los relatos de Hodson y de las niñas coinciden, el caso está probado. Así se lo comunica a Doyle.

En *The Coming of the Fairies*, Doyle, al analizar un informe de una corresponsal acerca de un encuentro con hadas, tiene un momento de duda. La escritora describe un avistamiento en Nueva Zelanda, donde estaba «rodeada por ocho o diez diminutas figuras montadas sobre diminutos ponis que parecían duendes de Zetlandia... Ante el sonido de mi voz todas cabalgaron a través del cerco de rosas del otro lado del sendero». Doyle, haciendo referencia a los caballos, admite que son mencionados por varios escritores y se convence a sí mismo de que existen pruebas abrumadoras en favor de las hadas, «pero de ninguna manera he sentido seguridad alguna acerca de esos agregados (los caballos)».

Sir Arthur concluye su extenso libro sobre las hadas con el siguiente comentario: «Mientras damos la bienvenida a una mayor cantidad de pruebas, podemos decir que ya existen las suficientes como para convencer a cualquier hombre razonable de que el asunto no puede ser descartado de inmediato y de que el hecho realmente existe; un hecho que no ha sido conmovido en lo más mínimo por ninguna de las críticas dirigidas en contra del mismo. Dichas críticas, siempre que sean serias y sinceras, deben ser bien acogidas por aquellos cuya única meta es la valiente búsqueda de la verdad».

Sintetizaré el caso para la defensa: dos niñas sin ninguna sofisticación, no familiarizadas con los trucos fotográficos, fotografiaron, sin ningún motivo, varias hadas y un gnomo en una cañada. Las fotografías fueron examinadas por expertos y fueron declaradas indiscutiblemente genuinas y fuera de toda posibilidad de falsificación. Cualquier defecto que tengan las fotografías tiene su explicación; en efecto, esos errores aparentes representan una nueva corroboración de la autenticidad de las imágenes. Doyle, creador de Sherlock Holmes, no puede ser engañado por ninguna falsificación. Frances y Elsie, aún vivas (en 1980 tenían 73 y 79 años respectivamente), nunca admitieron ninguna falsificación, a pesar de no tener ya razones de seguir sosteniendo su inocencia en el caso de haber engañado a personas muertas ya hace tiempo. Finalmente, las niñas carecían de motivo para ser deshonestas. No obtuvieron dinero a partir del episodio y hasta la fecha se han mostrado deseosas de minimizar todo el asunto. Pudieron incluso haber sufrido a causa de la controversia. (En algunos relatos, Elsie y Frances aparecen con los nombres de Iris y Alice. Se trataba de un acuerdo concertado al principio para

proteger las identidades de las niñas y la de la familia Wright, llamada Carpenters).

¿Todo suena convincente? Así es, si uno cree los hechos tal como han sido presentados: que los expertos eran realmente competentes, que Doyle era un pensador lógico, que las fotografías no pudieron ser fabricadas por las muchachas y que no había motivo para hacerlo. Pero permítaseme presentar una «crítica seria y sincera», tan admirada por sir Arthur. En mi opinión, los hechos tal como fueron presentados ante los expertos revelan que Elsie Wright y Frances Griffiths eran astutas niñas que mintieron de manera muy convincente y fueron creídas por algunas personas ingenuas y no demasiado brillantes que estaban en condiciones de transformar un simple engaño en una gran superchería narrada hasta el día de hoy.

Sir Arthur Conan Doyle, la personalidad sobresaliente en esta comedia, constituye un buen punto de partida para nuestro análisis de las Hadas de Cottingley. Doyle era un médico de familia irlandesa-escocesa. La falta de pacientes le impulsó, en 1887, a dedicarse a la pluma y el papel, y desde entonces los fanáticos de la ficción de misterio se han mostrado complacidos acerca de esa decisión. La medicina fue abandonada en favor de su gran personaje detective, Sherlock Holmes, quien, junto con el torpe doctor Watson, le darían a Doyle la reputación de ser uno de los grandes pensadores de la Inglaterra posvictoriana.

Para comprender el impacto de sir Arthur en el asunto que se analiza, debe reconocerse que era considerado una autoridad absolutamente inexpugnable en cualquier tema que quisiera exponer. Eric I. Dingwall, el incansable investigador de los fenómenos psíquicos que contribuyó tanto a nuestra comprensión de los aspectos tanto físicos como psicológicos de dichas investigaciones, conoció personalmente a Doyle, al que calificó de forma muy positiva. «Doyle no se equivocaba nunca y nadie se atrevía a sugerir que pudiera equivocarse en algo», me dijo Dingwall. No estaba acostumbrado a que le pusieran en duda. El cuerpo de caballeros no hizo nada para disminuir su autoridad cuando la Corona decidió otorgarle el honor de ser caballero en 1902, no por su creación de Holmes sino por su contribución como historiador, en especial por la vigorosa defensa del Ejército Británico en Sudáfrica.

En esa época, Inglaterra todavía no estaba preparada para madurar al margen de lo que la reina Victoria había dejado como su sello distintivo: la noción de que el mundo era un lugar muy predecible y de que todo era seguro y estable. Las niñas eran siempre inocentes y frívolas. Los hombres malos tenían las cejas pobladas y vestían de negro. Las personas eran clasificadas para siempre por su nacimiento y educación. Esta era la tendencia de la época.

El mismo Holmes, aunque tuviera en apariencia un intelecto de enormes proporciones, no hubiera podido sobrevivir fuera del mundo de ficción forjado para él por Doyle. Para que sus deducciones fueran correctas, resultaba absolutamente necesario que su mundo presentara cierta coherencia. Las personas en particular

debían conformarse a cierto tipo; de lo contrario, Holmes se hubiera equivocado sin remedio. Este universo ingenuamente inventado fue el que Doyle imaginó y proyectó y es lo que justifica en gran medida su extravagante interpretación de los fenómenos con los que tropezó hacia el final de su vida: las maravillas del espiritismo.

Doyle perdió a su hijo Kingsley en la Primera Guerra Mundial, quizás otra razón que justifica su inclinación hacia el espiritismo. De todos modos, fue arrastrado hacia esta última moda que había comenzado en los Estados Unidos (gracias a otras dos niñas, las hermanas Fox) y que se había arraigado con firmeza en Inglaterra. Se había convertido en una religión reconocida con el nombre general de «espiritismo» y floreció durante la guerra. Doyle se convirtió en uno de sus más ardientes partidarios y su heredero señaló a menudo el triste hecho de que gastó unas 250.000 libras esterlinas en la persecución de ese disparate.

Un escritor excelente y popular, sí. Un gran pensador, no. Doyle dependía de un mundo especial y fabricado para que sus conclusiones fueran correctas. Ese mundo especial era totalmente ficticio ya que, tal como veremos, las niñas no siempre dicen la verdad y las autoridades no siempre ven con una visión despejada.

Dejando de lado por un momento a las personalidades, examinemos las pruebas proporcionadas por las cinco fotografías o, más bien, las cinco fotografías a las que se nos ha permitido acceder. Hay que tener en cuenta que los siguientes datos son aquellos que han sido ofrecidos por Edward Gardner. Tal como veremos, la mayoría de los mismos son erróneos. Las fotografías son:

1. Frances y las hadas. Cámara: Midg Quarter. Película: Imperial Rapid. Distancia: algo más de un metro. Tiempo de exposición: 1/50 de segundo. Luz: día soleado y brillante. Tomada por Elsie en julio de 1917.
2. Elsie y el gnomo. Cámara: Midg Quarter. Película: Imperial Rapid. Distancia: unos dos metros y medio. Tiempo de exposición: 1/50 de segundo. Luz: un día bastante luminoso. Tomada por Frances en septiembre de 1917.
3. Frances y el hada que salta. Cámara: Carneó. Película: no especificada. Distancia: algo menos de un metro. Tiempo de exposición: 1/50 de segundo. Luz: no especificada. Tomada por Elsie en agosto de 1920.
4. Hada ofreciéndole a Elsie un ramillete. Cámara: Carneó. Película: no especificada. Distancia: no especificada. Tiempo de exposición: no especificado. Luz: no especificada. Tomada por Frances en agosto de 1920.
5. Las hadas y su baño de sol. Cámara: Carneó. Película: no especificada. Distancia: no especificada. Tiempo de Exposición: no especificado. Luz: no especificada. Tomada por Elsie en agosto de 1920.

La Midg era una cámara de caja común. Tenía un visor y doce placas de vidrio ubicadas en soportes. Su mayor apertura era de f11 y su velocidad más alta de disparo era de 1/100 de segundo. La cámara Carneio era más pequeña, de tipo fuelle, que admitía placas individuales de cristal y también una placa visor de cristal esmerilado para retratos y efectos especiales. Ambas cámaras utilizaban placas que medían 3 ¼ pulgadas por 4 ¼ pulgadas y estaban montadas en soportes de metal, que eran diferentes en cada cámara. Varios modelos diferentes de cada cámara estaban disponibles.

Las cinco fotografías de hadas reproducidas en este libro fueron obtenidas a partir de los supuestos negativos originales de cristal. Brian Coe, de la Kodak de Londres, preparó cuidadosamente varias copias a partir de cada negativo cuando tuvo que dar su opinión sobre el material para la «British Broadcasting Corporation» (BBC). El señor Coe no es ningún señor Snelling; examinó de forma objetiva las copias y los negativos. Sus descubrimientos son muy interesantes. Las reproducciones en el libro de Gardner, *Fairies*, y las copias posteriores de la obra de Doyle son muy pobres, por lo que el acceso a los negativos originales resulta muy importante. En el caso de la fotografía número dos, parece que el negativo estuviera muy deteriorado o que se tratara de una mala copia, pero mucho más desconcertante resulta el hecho de que no fue tomada con la cámara Midg, ya que el soporte de la placa utilizado de ninguna manera se ajustaría a esa cámara. Sin embargo, en vistas a la otra prueba del caso, esto no tiene mucha importancia; sí la tiene mi observación de que las fotografías que aparecen en el libro de Gardner están muy retocadas, aunque él no lo mencione en el texto.

La primera fotografía de Frances y las cuatro hadas muestra que la información técnica brindada es falsa. La luz sobre el rostro de Frances en la fotografía indica una iluminación indirecta y tenue. Ella no estaba bajo la brillante luz solar. La emulsión utilizada sobre las placas de la Imperial Rapid posiblemente no podría haber registrado dicha fotografía si la velocidad del obturador hubiese sido de 1/50 de segundo, sino que hubiese necesitado una exposición de 1 ½ de segundo a 2 segundos. Los cuadros de los factores de exposición de Kodak demuestran que éste es un hecho indiscutible. Para confirmar esta afirmación sólo nos basta con observar la cascada en segundo plano. Ese efecto borroso se obtiene con exposiciones de ese tiempo y más, y los experimentos del señor Coe corroboran esta observación. ¿Por qué afirmó Gardner que se utilizó 1/50 de segundo? ¿Simplemente porque sabía que incluso las hadas en movimiento no podían quedar «congeladas» en una fotografía a menos de utilizar una velocidad de disparo de 1/50 de segundo o menos! Pero se olvidó de la cascada...

El análisis del señor Coe centrado en la sombra del soporte de la placa indica que probablemente para la fotografía número uno se utilizó una cámara Midg. Pero la

distancia está equivocada, un hecho fácilmente determinado, al mirar a través del visor. Había por lo menos dos metros y no algo más de un metro tal como afirmaban los «expertos».

Los expertos también declararon en sus informes que las hadas estaban en «movimiento rápido». Snelling le dijo a Gardner que cada figura estaba en movimiento de forma independiente y que el desplazamiento muestra un borrón. Absurdo. Las figuras no pudieron haber estado en movimiento, en particular si la velocidad del obturador era de 1 ½ de segundo o más. A menos que el mecanismo de vuelo de las hadas sea totalmente distinto del utilizado por las mariposas, la afirmación de que se estaban moviendo resulta aquí inaceptable.

Frances no mira a las hadas. ¿Debemos aceptar la explicación dada por Gardner en el sentido de que estaba «acostumbrada a ellas»? Difícilmente. Mi explicación es que ya había visto muchas figuras recortadas y no se preocupaba mucho del proyecto de Elsie.

En cuanto a la fotografía número dos, casi con toda probabilidad puede decirse que fue tomada a una distancia de algo más de medio metro. La extraña mano alargada de Elsie se explica por la casual yuxtaposición de sus dos manos, una detrás de la otra, de manera que un examen superficial de la fotografía parece mostrar una mano derecha muy anormal con unos dedos demasiado largos, algo imposible. Gardner afirmó acerca de ello: «En mi primer encuentro con Elsie, pedí examinar su mano... Tracé un contorno de su mano y de sus dedos con un lápiz... que probaron ser mucho más largos de lo normal. Su aparente dislocación en la muñeca... sólo puedo explicarla como el resultado de un escorzo y movimiento». ¡Qué disparate! Se suponía que Gardner examinaría esa fotografía de manera muy detallada y con la ayuda de expertos. Su calco no justificó la apariencia de la mano, y el hecho de sugerir «un escorzo y movimiento» equivale a admitir incompetencia. Ninguno de los dos sirven ni remotamente como explicación.



Ampliación de la «fotografía número dos»



Ilustración de las manos de Elsie en la posición en la que aparecen en la «fotografía numero dos».

En esa fotografía no resulta posible ver sombra alguna donde tendría que haber una sombra del gnomo, pero los detalles en las ampliaciones de los negativos originales de tres por cuatro pulgadas son muy oscuros, de manera que no puede determinarse mucho al respecto. Pero una velocidad de disparo de 1/50 de segundo no detendría de forma tan brusca el flautín del gnomo mientras «oscilaba en su grotesca manita izquierda», tal como afirmó Gardner.

Así concluye el esfuerzo de 1917. Sin embargo, algunas cosas que no fueron aclaradas siguen sin ser explicadas. Gardner admite que otras imágenes fueron tomadas en 1917 pero no expresa ninguna curiosidad respecto a lo que sucedió con ellas. Doyle señala que «se intentaron tomar otras fotografías que resultaron un fracaso parcial y las placas no se conservaron». Apuesto a que fueron descartadas rápidamente como si fueran residuos radioactivos. ¡No hay nada como un conjunto de fracasos dando vueltas por la casa, esperando ser descubiertos!

¿Y por qué las fotos fueron ignoradas hasta tres años después de haber sido tomadas? Simplemente porque los Wright no las tomaron en serio y hasta que la señora Wright no cayó bajo la influencia de la teosofía después de haber asistido a una conferencia de Gardner, no tenía noción de que alguien pudiese tomarlas en serio. De hecho, en una carta reciente Elsie escribe: «Mi padre se sintió muy decepcionado por su escritor favorito, Conan Doyle. Escuché que le decía a mi madre: “Dios, ¿cómo puede un hombre tan brillante como él creer en esas cosas?”». Diez puntos para el señor Wright. La respuesta a su pregunta es que las fotografías habían caído en manos de un hombre que necesitaba esas pruebas de forma desesperada para apoyar sus propios falsos conceptos. Era mala semilla en tierra fértil y, diez décadas después, las semillas siguen floreciendo.

Gardner, Doyle y los expertos estaban convirtiendo una travesura infantil en una *cause célèbre*. El asunto había trascendido y la intelectualidad de Inglaterra estaba entusiasmada. Gardner, agradablemente excitado con su nueva fama, estaba listo para una nueva estafa. Siguiendo las instrucciones de Doyle, Gardner le pidió a las niñas que obtuvieran más fotografías y equipó a Frances y a Elsie con dos cámaras Carneo y veinticuatro placas especialmente marcadas. Era la mejor época para la fotografía de espíritus, proceso utilizado por los médiums para producir sobre las placas fotográficas imágenes de personas que (según les decían a sus víctimas) se encontraban a salvo en el cielo y aun así podían comunicarse imprimiendo sus

imágenes fotográficas a solicitud. Sorprende que incluso creyentes como Gardner y Doyle tuvieran una nebulosa consciencia de que esos médiums podían hacer trampas a través de la doble exposición de las placas, de manera que, como precaución, les proporcionaron secretamente placas marcadas a fin de evitar que las placas de prueba fueran cambiadas por aquellas que habían sufrido una exposición anterior. Cuando los operadores se las arreglaron para producir sombras fotográficas de los difuntos a pesar de esas precauciones, los resultados fueron declarados genuinos, aun cuando la oscuridad de la habitación de sesiones superaba de lejos la del cuarto oscuro fotográfico. Se trataba de otro caso en el que un mínimo de pericia resultaba inútil.

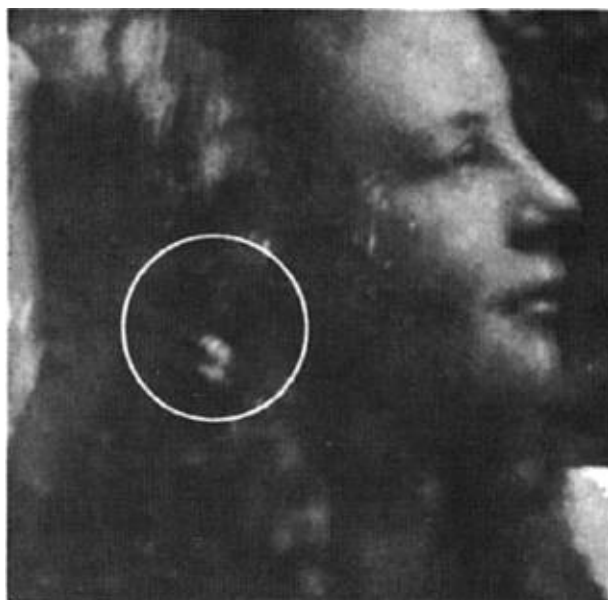
Para las niñas no hubo diferencia con las placas marcadas. Como su método consistía simplemente en disponer recortes de las figuras de las hadas y tomar una instantánea de las mismas, no tuvieron necesidad de cambiar las placas. Pero Gardner le aseguró con gran detalle a Doyle que lo había verificado todo cuidadosamente para estar seguro de que las fotografías producidas finalmente por las niñas fueron hechas con las placas suministradas. («Sí, capitán, tenemos excelentes personas para extinguir incendios en el Hindenburg»).

Se sacaron tres fotografías, aunque Elsie admitió que «intentaron» tomar más. Nadie parece haberse hecho la siguiente pregunta: ¿qué sucedió con las otras fotografías tomadas? Después de todo, las niñas recibieron veinticuatro placas, todas marcadas cuidadosa pero inútilmente por Gardner. Éste sabía que fueron tomadas más de tres fotografías. ¿Acaso las otras no le interesaban? Aparentemente, no estaba interesado en las otras fotografías, incluyendo aquellas que «sólo habían tenido un éxito parcial», las que Elsie «había arrojado... ¡en el arroyo!». Estoy seguro de que en esas fotografías se encontraba la prueba que ni el mismo Snelling hubiera podido dejar de lado.

Gardner dijo que las niñas no pudieron presentar más de tres fotografías porque el clima era húmedo y frío. Mi colega Robert Sheaffer, de la CSICOP, se molestó en verificar los informes del clima —está acostumbrado a hacerlo durante las investigaciones de avistamientos de objetos volantes no identificados (OVNI) y acerca del Triángulo de las Bermudas— y descubrió que en el área de Bradford durante la segunda mitad del mes de agosto de 1920, la caída de lluvia había sido inferior a cualquier otro mes de ese año. Además, el periódico meteorológico British Rainfall informó de que el clima allí había sido frío, en su conjunto, pero seco. Así, la «lluvia casi continua», señalada por Gardner, no se había producido. Inglaterra ese mes había recibido sólo el 56% de la lluvia esperada y Bradford era un desierto relativo.

La primera de ese segundo grupo de fotografías, la fotografía número tres, muestra cierto perfeccionamiento con respecto a las de 1917. La figura del hada es definida y clara, y está suspendida en el aire frente al rostro de la niña. El rostro y la

figura de Frances están de alguna manera borrosos y a menos que se examine la fotografía con cuidado, uno puede aceptar la explicación de Gardner en el sentido de que la niña «echó la cabeza hacia atrás» durante la apertura del obturador de 1/50 de segundo. La siguiente ampliación de la fotografía número tres muestra un toque de luz en el cabello de la niña. Brian Coe, de Kodak, observa que esto resulta coherente no con un movimiento rápido y continuo de la figura, sino con un corto movimiento durante una larga exposición. Utilizando los mismos criterios que antes respecto a la velocidad de la película y la iluminación, resulta claro que esta fotografía sólo pudo haber sido sacada con una exposición de 1 ½ a 2 segundos. Frances mantuvo quieta la cabeza para la apertura del obturador, luego se movió de forma leve y rápida y se mantuvo quieta nuevamente hasta el cierre del obturador. ¡El hada debió haber saltado muy lentamente para quedar congelada en el espacio! Finalmente, la figura del hada está tan bien hecha, comparándola con las otras, que debe haber sido sacada de una revista o de un libro.



Ampliación de la «fotografía número tres».

La fotografía número cuatro es una falsificación obvia que no ha tenido un análisis exhaustivo. El hecho de que las niñas hayan presentado una figura tan mala llevando un vestido de moda resulta realmente cómico. Pero hay que recordar que no estaban tratando con críticos muy brillantes. Sin embargo, lo que resulta gracioso con respecto a este tema es la observación de Gardner (aceptada por Doyle) de que «Elsie no está mirando directamente al duende». Esto concuerda con la supuesta timidez de las criaturas y se supone que constituye una prueba que corrobora la realidad de la triste figurita. Pero, échele otro vistazo a la fotografía. Elsie sí está mirando directamente al recorte. ¡Gardner inventó otro hecho!

Esta fotografía fue objeto de la misma inspección «cuidadosa» que las otras y fue declarada como auténtica incluso por un experto como Snelling que, según Doyle,

«se rió ante la idea de que cualquier experto en Inglaterra pudiera engañarle con una fotografía falsificada». En realidad, nosotros tendríamos que reírnos por una razón diferente. Esta fotografía en particular es tan absurda que cualquier observador inteligente, y más aún un científico con métodos modernos, puede detectar el fraude.

Sin embargo, la fotografía número cinco es la que revela con un cuidadoso examen que Elsie y Frances se engañaron incluso a sí mismas. En años recientes, las damas evitaron decir falsedades directas como respuesta a las preguntas acerca de las fotografías. Esa es la razón, en mi opinión y en la de Brian Coe, por la que la declaración de Elsie de que «sólo se había hecho una exposición sobre cada placa» resulta, a su entender, correcta. Pero esta fotografía es una doble exposición — ¡realizada por error!

El señor Coe proporcionó una de las pruebas de esta afirmación. Me mencionó, mientras examinábamos algunas copias, que la fotografía número cinco mostraba la «duplicación» de uno de los márgenes sobre una copia de contacto. Un examen cuidadoso de la fotografía revela dos pequeñas marcas redondeadas en cada lado del margen inferior. Se trata de la sombra de dos diminutos clips que sostienen la placa de cristal con el soporte de metal. Cada placa debía estar sostenida en dicho soporte a fin de insertarse en la cámara. Consistía en una pieza metálica ancha como la placa, con unos clips doblados en un extremo. La placa estaba estrechamente sujeta y no podía moverse en relación con los clips metálicos. Si toda la placa hubiese sido expuesta al sol y luego revelada, ésta se hubiese mostrado negra, con excepción de las sombras de los clips donde el metal protegía la placa de la luz. Pero en la cámara, una placa expuesta normalmente también está protegida en los cuatro bordes por el efecto de enmascaramiento del marco en la parte trasera de la cámara misma; el efecto de «marco» observado aquí se veía interrumpido por las sombras de los clips.



Sombras de los clips sobre el margen inferior de la «fotografía número cinco».

Ahora bien, si la placa hubiese sido insertada una segunda vez, resultaría casi imposible ubicarla exactamente en la misma posición que antes, a pesar de que la alineación de lado a lado hubiese sido razonablemente precisa. Un segundo uso de la placa en los extremos probaría que fueron hechas dos exposiciones. En este caso, esta prueba puede verse con claridad con una ampliación. El efecto puede observarse en el siguiente diagrama en el cual la porción pertinente de la fotografía número cinco se encuentra ampliada para mayor claridad. Ese efecto no resulta visible en la parte superior del borde porque la sobreexposición muy marcada que resulta de un doble disparo a cielo brillante «borró» toda prueba al respecto.



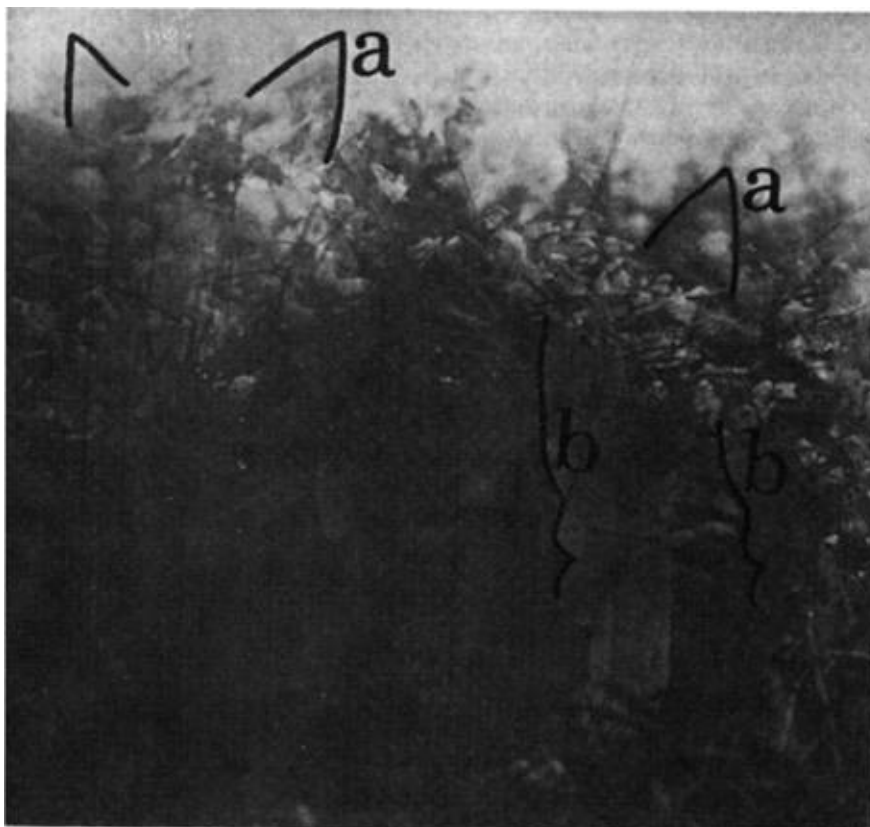
Ilustración del ángulo inferior derecho de la «fotografía número cinco».

A menos que las niñas intentaran cuidadosamente la superposición de dos imágenes, la doble exposición no habría sido necesaria. Una placa de cristal esmerilado podría haber sido insertada en la cámara Carneo (estaba equipada para ese uso) y podrían haberse obtenido efectos maravillosos. Pero evidentemente, para engañar a la gente, con la que utilizaban no eran necesarios estos refinamientos.

Mi conclusión es que las dos niñas efectuaron una doble exposición en el caso de la fotografía número cinco, y que lo hicieron por error. Hubiese resultado muy fácil utilizar la misma placa dos veces por error; otras pruebas demostraron que efectivamente efectuaron una doble exposición.

La prueba arriba mencionada se ve respaldada por la observación de que las sombras en el borde del clip son muy definidas ya que el mencionado clip no se movió con relación a la placa misma. Sólo se observa un desplazamiento de la parte trasera de la cámara.

En cuanto a las pruebas adicionales, una vez más me sorprende que los llamados expertos no lograran observar durante más de sesenta años la existencia de una duplicación de dos de las figuras de las hadas. Las niñas dispusieron una toma con recortes, fotografiaron la escena y luego, al cambiar las placas, se equivocaron y reinsertaron la placa usada. Después de una nueva toma, salieron precipitadamente para revelar las dos placas. Encontraron una en blanco y en la otra observaron una misteriosa confusión de figuras aparentemente translúcidas. Fue un golpe de suerte para ellas. Y los tontos que examinaron las placas declararon que se había producido un milagro.



Un cuidadoso examen de la «fotografía número cinco» revela la duplicación parcial de dos de las hadas recortadas, resultado de una doble exposición. Las líneas dibujadas muestran la repetición.

Un episodio que llegó a difundirse en enero de 1921 entre un periodista y Elsie debió alertar al primero acerca de la verdadera naturaleza del fraude. El periodista fue enviado a entrevistar a la niña por la Westminster Gazette. Al principio ella se negó a realizar la entrevista. Él insistió y finalmente protagonizaron un encuentro muy extraño y forzado.

Elsie comenzó diciendo que no tenía nada que comentar acerca de las fotografías, argumentando que estaba «harta del asunto». Pero el periodista, empeñado en conseguir una historia, le preguntó de dónde venían las hadas. Elsie afirmó que no lo sabía. «¿Vio usted cómo venían?», preguntó el periodista. Sí, respondió Elsie. Pero luego cuando se le preguntó de dónde venían, ella rió y le dijo: «No sabría decirlo». Tampoco diría adonde fueron después de haber bailado frente a la cámara y se molestó cuando él insistió en la pregunta. El periodista decidió que quizás mediante ciertas sugerencias alcanzaría su propósito.

Le preguntó si las hadas pudieron simplemente haber «desaparecido en el aire» y Elsie respondió que sí. Negó que hubiese hablado con ellas o viceversa. Siguieron muchas otras preguntas y el duelo concluyó con un sugestivo comentario de Elsie: «Usted no lo entiende».

En esta entrevista podemos ver el punto esencial de todo el asunto: las niñas crearon un monstruo y sólo deseaban que desapareciera. Como aparentemente es

cada vez más difícil a lo largo de los años decir mentiras directas acerca del tema, vieron que les resultaba más fácil ofrecerles a los periodistas pequeños hechos a medias que pudieran ampliarse a través de elaboradas fábulas impresas.

Entrevistada en 1971 por la BBC-TV en Inglaterra, Elsie declaró que ella «no juraría sobre la Biblia que las hadas estaban realmente allí». En una carta posterior a Brian Coe, ella afirmó que no juraría eso y que si alguna vez lo hubiese hecho, «mis amigos y parientes habrían dejado de gozar de nuestra historia familiar como una gran broma». Además dijo: «Admito que puedo no creer en hadas. En cuanto a las fotografías, digamos que son fragmentos de nuestras imaginaciones, de la mía y de la de Frances».

La misma Frances insistió en ser entrevistada dándole la espalda a la cámara. Preguntó varias veces lo que Elsie había dicho en respuesta a las mismas preguntas y se limitó a mostrarse de acuerdo con sus afirmaciones. El dominio de Elsie sobre Frances, como parece, no había decaído en seis décadas.

Elsie, temerosa de que la reputación de su padre pudiera ser puesta en tela de juicio por ciertas observaciones del señor Coe, le escribió diciéndole que cuando ella discutió el tema con su padre, éste le dijo que «no había por qué mentir y todo lo que él deseaba era que dijéramos la verdad del caso». Ella no le implicó para nada, comparando su honestidad con la de Abraham Lincoln (una elección muy extraña para una muchacha inglesa). Mi pregunta para Elsie es la siguiente: ¿no es hora de decir la verdad? Esas admisiones y evasivas a medias no representan la verdad, Elsie. Se ubican entre una decisión final acerca de las Hadas de Cottingley y una postergación al respecto.

¿Será realmente así? Existe un progreso técnico que Elsie y Frances difícilmente pudieron haber previsto y que los expertos de su época no pudieron conocer. Está relacionado con un sistema muy sofisticado, originalmente desarrollado para examinar las fotos de los satélites. Con esa ventaja estamos en condiciones de arrojar un enorme manto de duda sobre el féretro ya muy bien cerrado de las Hadas de Cottingley.

Robert Sheaffer fue la persona a la que se le ocurrió aplicar esta tecnología de ampliación por ordenador a las fotografías de las hadas. Se aseguró la presencia de William Spaulding, director de la División Occidental de Observación Terrestre de Objetos Volantes (GSW) en Phoenix, Arizona, que analizó numerosas fotografías de OVNIS —con resultados muy interesantes— y que se mostró de acuerdo en colocar las fotografías cuestionadas en el analizador. En síntesis, el proceso consiste en analizar la fotografía minuciosamente por medios electrónicos y reducir diminutos elementos de la imagen a «pixels» (no hay ninguna relación con la palabra «pixies», en inglés: duendes), cada uno de los cuales posee un valor específico. Cuando estas lecturas son cargadas en un ordenador con las instrucciones apropiadas, resulta

posible obtener algunos datos interesantes.

Spaulding solicitó dos cosas del proceso de ampliación. En primer lugar le pidió al ordenador ciertos datos acerca de las figuras de las hadas comparadas con las figuras humanas. ¿Eran tridimensionales? «No», respondió el ordenador. Ninguna hada era «redonda»; era exactamente lo que uno podría esperar de simples recortes de papel, con excepción de la figura del gnomo en la fotografía número dos que pudo haber sido un modelo en profundidad. En segundo lugar, se le pidió a la máquina que buscara la presencia de cualquier hilo o soporte invisibles al ojo humano y la prueba de dicho soporte apareció en la fotografía número cuatro, justo en la posición necesaria para sostener el recorte de papel.



Ampliación por ordenador de la «fotografía número cuatro», que muestra lo que posiblemente sea un hilo. El autor cree que ésta constituye una prueba dudosa; no era necesario un soporte para sostener la figura. La copia está en negativo y muestra la cabeza del hada en la parte inferior izquierda entre las alas del recorte. Ground Saucer Watch.

Spaulding, en nombre del personal que llevó a cabo el análisis de las pruebas, cree con absoluta seguridad en los resultados obtenidos sobre la base de la ampliación por ordenador. «No existe ningún tipo de prueba fotográfica que justifique la autenticidad de estas fotografías de “hadas”», escribió. «Esencialmente, estas fotografías representan un fraude grosero». Spaulding llegó a esta conclusión a pesar de no disponer de la otra información presentada aquí.

¿Y de dónde sacaron las niñas esos recortes de papel? Mientras estaba recopilando material para un libro acerca de la ilustración de principios del siglo XIX, el escritor británico Fred Gettings se topó con un dibujo que le perturbó levemente. Creyente declarado del espiritismo y de las fotografías de espíritus, Gettings reconoció cierta similitud entre las fotografías de un libro de Doyle y ese dibujo del *Princess Mary's Gift Book*. Publicado en 1915 en Inglaterra, este libro para niños fue muy popular en la época. El dibujo ilustraba un poema de Alfred Noyes

titulado «A Spell for a Fairy» (Conjuro para un hada), que da instrucciones precisas para conjurar hadas. Evidentemente, Elsie pensó que las instrucciones eran demasiado complejas y recurrió a los recortes. Todo lo que hizo fue copiar las figuras, realizando algunos cambios. Luego agregó las alas y las recortó. Es muy probable que Elsie hubiese podido fotografiar a las hadas en posiciones tan similares a las de un libro que pudo tener en su casa.



Ilustración para un poema en Princess Mary's Gift Book.
Princess Mary's Gift Book.



Versiones levemente simplificadas de los dibujos de hadas del libro. Nótese la similitud con las figuras de las hadas en la ampliación de la «fotografía número uno».



Ampliación de la «fotografía número uno».

Exceptuando a Doyle, he postergado hasta ahora el análisis de las personalidades involucradas en el fraude. Esas consideraciones deben ser presentadas, ya que pueden encontrarse en las personalidades de los actores de este drama los ingredientes que permitieron el desarrollo de semejante engaño.

El señor Snelling, «experto» en fotografía, escribió en una carta a Gardner: «En mi opinión, son... imágenes intactas». No pudo ver en ellas «ningún rastro... de un trabajo que involucrara modelos de papel», por lo que se sentía totalmente satisfecho. Snelling era un absoluto incompetente en ese trabajo, tal como lo demuestran las pruebas. Las fotografías son falsificaciones obvias y fácilmente detectables, y, sin duda, no fueron sometidas al análisis esperado por un profesional. Se vio simplemente subyugado por la intervención de sir Arthur Conan Doyle y se mostró exaltado por el hecho de estar involucrado en un momento tan importante de la historia. De hecho, a lo largo de los relatos sobre este asunto se pavonea declarando que su opinión resulta decisiva y «pone en juego su reputación» en relación con la validez de las fotografías. Eso basta en cuanto a la reputación del señor Snelling.

El señor Wright, padre de Elsie, también merece un análisis serio. Aunque varios investigadores pensaron que pudo haber sido el «genio» oculto detrás de la trama, yo no creo que fuera así. En mi opinión, el señor Wright fue un espectador que fue arrastrado a la confusión porque su hija era una impostora convincente. No era necesario ningún «genio» adulto para llevar a cabo ese plan. Elsie —o cualquier otra niña de dieciséis años con sus antecedentes— era muy capaz de sacar cierto número de fotografías a unos recortes de cartón. Era una tarea simple. Los simplones que respaldaron y ampliaron el fraude representan la parte más censurable de todo el asunto. De manera que el señor Wright, persona innecesaria para tramar el asunto,

obtiene puntos a favor por su sinceridad pero no por su manera de educar a los niños.

El próximo personaje que debe ser analizado minuciosamente es Edward L. Gardner, que en 1945 infló aún más el caso de las Hadas de Cottingley con la publicación de *Fairies-The Cottingley Photos and Their Sequel*. El libro fue publicado de buen grado por Theosophical Publishing House, cuyo personal se mostraba ansioso de probar que las hadas, un sostén importante de su locura característica, existían y florecían. Gardner fue el que hizo la mayor parte del trabajo para Doyle y pulió el relato que escuchó de las niñas hasta hacerlo aceptable.

La actividad de Gardner se relacionaba con la teosofía. Era presidente de la Logia Blavatsky de la Sociedad de Teosofía y ofrecía frecuentes conferencias acerca del tema. La elección de este hombre para investigar el asunto de Cottingley le aseguró, sin duda, al ausente Doyle que los resultados de la investigación fueran positivos. Gardner combinó en su trato con los críticos ingenuidad, compromiso con la causa y experiencia, todas las cualidades necesarias para la tarea emprendida. El frontispicio del libro de Doyle *The Coming of the Fairies* presenta un retrato del hombre calificándole de «Miembro de la Comisión Ejecutiva de la Sociedad Teosófica»; por lo tanto, alguien que no podía ser tratado con ligereza.

En ese libro, Gardner se concentra particularmente en los personajes de las dos muchachas y en la familia Wright. Como Doyle, opinó que las pruebas reales resultaban secundarias respecto a las personalidades involucradas, a sus antecedentes y a su integridad. Ningún hombre podía imaginar que «gente común» fuera capaz de montar ese engaño, y especialmente dos niñas. Y para un hombre como Gardner, no resultaba para nada sorprendente que no se le permitiera presenciar el momento en que las muchachas tomaron las fotografías por segunda vez en 1920. Simplemente aceptó las condiciones, aunque con ciertas sospechas —un defecto característico de muchos de los que dicen investigar esos asuntos.

Analicemos ahora a las muchachas. Frances Griffiths, de diez años, llegó de Sudáfrica a Yorkshire hablando una extraña variedad de inglés, por lo que era el blanco de burlas y otras crueldades infantiles en la escuela a la que asistía. Por este motivo, sus vacaciones de verano en Bradford con su prima mayor eran esperadas con entusiasmo. Puede deducirse que Elsie ejercía una gran influencia sobre Frances. El hecho de pedirle que posara con unas hadas recortadas y que luego dijera una inocente mentira a sus padres no resultaba, sin duda, un plan demasiado complicado de urdir para Elsie. ¡Cómo deben haber resonado las risitas burlonas en todo el valle!

Elsie era la principal conspiradora y acusada. Una mirada a sus antecedentes nos trae muchos elementos para pensar. Había trabajado durante varios meses en el estudio de un fotógrafo retocando fotografías. Durante la Primera Guerra Mundial había mucha demanda de ese tipo de trabajo: toda familia con un muchacho en el ejército quería tener el retrato de éste. Los retratos se realizaban mediante un proceso

fotográfico en el que se aislaba al muchacho que aparecía en una fotografía con toda la familia. Esto requería un hábil trabajo de pincel y falsificación. En otros casos, las fotografías de los jóvenes eran insertadas en los grupos familiares para completarlos, una hazaña lograda a través de una falsificación también muy delicada. Pero Elsie no necesitó semejante habilidad técnica para realizar las fotografías de Cottingley. El hecho de que hubiera experimentado ese tipo de cosas en su trabajo representa meramente un interés transitorio, un factor minimizado en la investigación de Gardner.

Elsie, en la época en que Gardner se encontró con ella, trabajaba en una fábrica de tarjetas de felicitación. Resulta evidente que era una artista hábil. En el momento de escribir esto, Elsie Hill, su nombre actual, acaba de presentar un hermoso juego de ajedrez diseñado por ella misma. Su habilidad artística va desde los recortes de Cottingley a las piezas de ajedrez. Su madre les dijo a los investigadores en 1920 que su hija era «una niña con una gran imaginación, que tenía la costumbre de dibujar hadas desde hacía años». Las consecuencias de todos estos hechos resultan claras.

Las Hadas de Cottingley eran al principio simples falsificaciones realizadas por dos niñas como una travesura. Sólo cuando personas supuestamente más razonables las descubrieron, aquéllas fueron elevadas a la condición de milagros y las niñas se vieron atrapadas en una situación cada vez más compleja de la que querían salir pero de la que no podían escapar. Cuando se les pidió que tomaran más fotografías, lo hicieron bajo presión, probablemente disfrutando ya, de alguna manera, del fraude. Actualmente no pueden explicar la historia contada hace algunos años; prefieren evitar el meollo del tema, es decir, no comprometerse. Es obvio que Elsie se preocupa de la reputación de Frances ya que ésta ahora ostenta un cargo que podría llegar a perder si se supiera realmente la verdad.

Quizás me haya «excedido» en este asunto. Pero la larga explicación de la controversia de las Hadas de Cottingley resulta una excelente preparación para la presentación de los veinte puntos que pueden aplicarse a casi todos los ejemplos que analizaremos de aquí en adelante. A continuación conoceremos los puntos salientes de los embrollos paranormales, junto con ejemplos que ilustran cada caso.

1. **Se afirma que el sujeto no busca dinero o fama, por lo que no existe motivo alguno para engañar a nadie.** Ejemplos: las dos niñas no tenían interés en que el engaño les reportara dinero y, de hecho, parece que perdieron más de lo que ganaron. La suposición era que sólo el dinero y la fama resultan motivos plausibles. El ego y la simple diversión no son suficientes. Las hermanas Fox, cuya broma inocente de hacer crujir los huesos de los dedos de los pies condujo a la creación de la más excéntrica de las religiones conocida como espiritismo, ciertamente no tuvieron otro motivo, pero lo que comenzaron creció y se les escapó de las manos en un abrir y cerrar de ojos.

2. **Se dice que el sujeto (un niño, un campesino o una dulce anciana) es incapaz de dominar las técnicas requeridas; la falta de sofisticación no permite el engaño.** Ejemplos: Elsie y Frances eran niñas, por lo que no se las consideraba capaces de utilizar una cámara hábilmente o de presentar los recortes de las hadas. Hoy, los parapsicólogos rusos están confundidos con la señora Kulagina, una campesina que utiliza trucos comunes de prestidigitador.
3. **Se dice que el sujeto no pasó las pruebas concebidas para determinar si poseía la necesaria habilidad.** Ejemplos: Gardner escribió que «puso a prueba la capacidad de dibujar de Elsie y descubrió que... las figuras de hadas que ella había intentado imitar tomando como modelo a las de las fotografías carecían totalmente de inspiración y no tenían ningún parecido con las originales». En Francia, recientemente, Jean-Pierre Girard fue sometido a una prueba de fuerza por su mentor, Charles Crussard, para ver si podía doblar físicamente las barras que parecía poder doblar con la mente. Crussard dijo que Girard no fue capaz de hacerlo, por más que lo intentara con todas sus fuerzas. Girard y Elsie tenían la misma ventaja: trataban con personas simples que pensaban que el hecho de que sus sujetos no pasaran una prueba probaba que eran sinceros. No resulta difícil fracasar en el intento de doblar una barra de metal ni tampoco queda más allá de la capacidad de una niñita no ser capaz de dibujar una imagen decente.
4. **Los defectos descubiertos en la historia o en la acción tienden a probar que el fenómeno es real, ya que un hábil embaucador no cometería esos errores básicos.** Ejemplos: se dice que si Elsie realmente hubiese intentado que la fotografía número uno fuera una buena falsificación, hubiese hecho posar a Frances mirando a las hadas y no a la cámara. Considérese la otra posibilidad: si Frances hubiese mirado a las hadas, todos habrían considerado el hecho como algo natural. En los dos casos, gana Frances. Y cuando Jeane Dixon, la supuesta profeta, predice un acontecimiento que no se produce, es aclamada de todos modos por haber sido lo suficientemente sincera como para llevar a cabo el intento.
5. **Si un fenómeno es coherente con otros previamente señalados, es un hecho que se menciona como prueba contundente de que es genuino.** Ejemplos: la vestimenta y las dimensiones de las hadas producidas en la película por Elsie se ajustaban a los relatos de los libros de cuentos, de manera que se daba por sentada la verificación. El hecho de que las hadas fueran hechas para ajustarse a los relatos y a la apariencia esperada no parece habersele ocurrido a ninguno de los investigadores. Cuando apareció el ilusionista Uri Geller con sus trucos para doblar metales, varios parapsicólogos se negaron a aceptarlo porque «no existían precedentes en la literatura». La consecuencia es obvia: si ejemplos anteriores

hubiesen sido efectivamente señalados, hubiesen aceptado a Geller tal como lo hicieron otras personas.

6. **Se afirma que los críticos ofrecen escasas o insuficientes razones para dudar de los acontecimientos paranormales señalados, por lo que no son tomados en serio. Desafortunadamente, esto a veces es verdad.** Ejemplos: algunos escépticos dieron por sentado que las fotografías de Cottingley fueron tomadas en un estudio; incluso la cascada era pintada. Gardner los demolió acudiendo al lugar real y fotografiándolo; luego afirmó: «Otra compañía fotográfica, que sería cruel nombrar, declaró que el segundo plano consistía en decorados teatrales». Algunos científicos actuales manifestaron su escepticismo observando que Geller podría haber doblado o quebrado metales utilizando productos químicos, magnetos o rayos láser. Estas afirmaciones son absurdas para cualquiera que conozca las condiciones en las cuales tuvieron lugar los «milagros». De esta manera, esos críticos, con todas sus buenas intenciones, perjudicaron su propia causa.
7. **Prominentes personalidades prestaron su apoyo a los fenómenos paranormales. Estas personalidades no pueden ser atacadas debido al prestigio y a los antecedentes académicos que tienen.** Ejemplos: Conan Doyle fue casi la única razón por la que el fraude de las Hadas de Cottingley fue —y es— aceptado por mucha gente. Actualmente, físicos en el campo del láser, figuras políticas, astronautas y escritores que hacen declaraciones acerca de cuestiones paranormales aparentan tener una experiencia en esas cuestiones que en realidad no tienen.
8. **De forma similar, supuestos expertos son llamados para verificar los hechos.** Ejemplos: Snelling, Gardner y Hodson eran «expertos» cuidadosamente seleccionados por Doyle. Su aceptación del milagro constituía una conclusión predeterminada. El metalúrgico Wilbur Franklin, de la Universidad de Kent, fue llamado para juzgar la validez de las pruebas paranormales de Geller, y fue citado muchas veces. No tan citado fue su cambio de opinión cuando echó una segunda mirada y descubrió que se había equivocado. Franklin era un «creyente» desde el principio.
9. **Los resultados críticos de los expertos minimizados o ignorados.** Ejemplos: la gente de Kodak en Londres fue citada para juzgar las fotografías de Cottingley. El hecho de que dijeran que había muchas maneras de obtener esos resultados a partir de falsificaciones fue minimizado por Doyle, que dio la impresión de que se necesitaba una gran pericia técnica para dichos procedimientos. De la misma manera, los prestidigitadores, cuya experiencia los habilita para juzgar la validez de los acontecimientos paranormales, son

totalmente ignorados, excepto aquellos que manifiestan su buena disposición hacia las nociones irracionales.

10. **Aquellos que alegan acontecimientos paranormales se muestran equívocos y evasivos, permitiendo que los investigadores den por sentado los hechos y agreguen detalles en su apoyo.** Ejemplos: en entrevistas, conversaciones y cartas, Elsie introdujo verdades a medias y lanzó insinuaciones que condujeron a los investigadores dispuestos a escucharla a efectuar suposiciones injustificadas. Doyle también mostró convicción y duda en el mismo volumen, por si estuviera equivocado en uno u otro sentido. En el caso del reciente «viaje astral» que el psíquico Ingo Swann efectuó al planeta Júpiter, éste no fue muy censurado por las contradicciones encontradas en su historia, lo que permitió que los científicos Russell Targ y Harold Puthoff, que respaldaron y patrocinaron la aventura, seleccionaran aquellos aspectos de este supuesto acontecimiento considerados por ellos como convincentes. Dicho sea de paso, Swann declaró recientemente que se había «pasado de largo» del planeta Júpiter y había aterrizado en otro sistema solar, obligando así a que Targ, Puthoff y el investigador de OVNI y astrónomo J. Allen Hynek tuvieran que revisar su explicación acerca de este «milagro».
11. **Las versiones o los detalles conflictivos de un acontecimiento paranormal son ignorados.** Ejemplos: Doyle señaló que se le había entregado a las muchachas una cámara Carneo, mientras que Gardner mencionó que eran dos cámaras. Doyle afirmó que cuando el señor Hodson fue a la cañada con las muchachas para ver a las hadas, «vio todo lo que ellas habían visto y más», pero el propio relato de Hodson muestra que diferían en varios puntos. Al describir una nave llamada Sandra que se «desvaneció» en el Triángulo de las Bermudas, un autor describe a la embarcación como de más de 100 metros de eslora sobre un océano tranquilo bajo el «cielo estrellado». Los registros demuestran que el Sandra tenía 56 metros de eslora y que se hundió en un mar barrido por vientos de más de 100 kilómetros por hora, sólo algo inferiores a la fuerza de un huracán. Las diferencias en los datos son obvias.
12. **La capacidad de un sujeto para llevar a cabo determinados trucos es menospreciada o ignorada.** Ejemplos: la capacidad artística de Elsie, la experiencia del trabajo y la oportunidad de crear falsificaciones constituyeron pruebas circunstanciales de un posible fraude, pero Doyle consideró que esto era ridículamente imposible. Jean-Pierre Girard y Uri Geller son magos reconocidos cuya capacidad no es cuestionada, pero dicha habilidad es minimizada por los creyentes de nuestros días.
13. **Cualquier control que parezca científico es utilizado para brindar**

autenticidad, ya sea que resulte aplicable o no. Ejemplos: Gardner tenía las veinticuatro placas fotográficas secretamente marcadas, pero esto no revistió valor alguno. En el Stanford Research Institute (SRI) colocaron a unos psíquicos en una jaula de Faraday, un aparato metálico que selecciona las ondas de radio. Los métodos usados para llevar a cabo los trucos de ninguna manera se vieron inhibidos, pero el experimento resultó un éxito, al menos por lo que se deduce de algunas publicaciones de temas paranormales.

14. **Se dice que el sujeto no puede producir los fenómenos a solicitud o conforme a una base regular, ya que su capacidad es efímera y esporádica.** Ejemplos: la incapacidad de las muchachas para producir fotografías en todas las placas proporcionadas fue disculpada y no se les pidió que explicaran la ausencia de algunas placas. Ted Serios, que produjo psicofotografías para el doctor Jule Eisenbud hace algunos años, se topó con cientos y cientos de fracasos a lo largo de períodos de varias horas, un día después de otro, antes de obtener un resultado positivo.
15. **Se dice que las condiciones que hacen posible un engaño son también aquellas que permiten que se produzca un milagro, y los milagros constituyen la explicación más probable.** Ejemplos: Elsie y Frances obtuvieron sus imágenes sólo cuando estuvieron solas, sin ser observadas, y pudieron realizar varios intentos. Actualmente, el profesor John Hasted del Birkbeck College, en Londres, nos cuenta que sus «niños psíquicos» llevan a cabo sus mejores maravillas cuando se encierran en sus propias habitaciones, en su casa, sin ser vistos. En realidad, la observación de las cosas que hacen revela que son hechas con medios totalmente normales.
16. **A menos que los críticos puedan explicar todos los detalles señalados, el resto es considerado como una base irreductible para la convalidación.** Ejemplos: aunque había muchas oportunidades para falsificar las fotografías de hadas, Doyle se aferró al buen temperamento de la familia Wright, a la supuesta experiencia del fotógrafo Snelling y al fracaso de los críticos cuando intentaron encontrar algún recorte. Aunque se demostró que la «profeta» Jeane Dixon se había equivocado respecto a sus principales predicciones y había censurado los hechos incómodos de los libros que la mencionaban, cuando acierta una de sus predicciones —algo poco frecuente— es aclamada como vidente.
17. **Se nos dice que los sujetos no se desenvuelven bien cuando se encuentran cerca de personas con «vibraciones negativas».** Ejemplos: no se permitía la presencia de adultos cuando Elsie y Frances tomaban las fotografías. La excusa era que si había alguien las hadas no aparecerían. Pero cuando se sentaron con el señor Hodson, no intentaron sacar fotografías, aun cuando Hodson también

hubiese «visto» a las hadas. En la parapsicología moderna, los experimentadores insisten en que sólo las personas con una actitud bien dispuesta (y que por lo tanto creen en lo paranormal) pueden estar presentes. Los sujetos también insisten en lo mismo. Geller se ha negado a actuar cuando yo estoy presente.

18. **Se dice que cuando se pagan con dinero los servicios de un psíquico o cuando los poderes de un psíquico son utilizados para ganar dinero, dichos poderes fracasan. Por otra parte —ya que a los parapsicólogos les gustan ambas opciones— las recompensas de dinero, según ellos, tienden a alentar los buenos resultados.** Ejemplos: Doyle se mostró de acuerdo con Gardner en que el hecho de pagar a las niñas por las fotografías arruinaría todo el fenómeno. Pero el doctor J.B. Rhine, anteriormente asociado a la Universidad de Duke, declaró que el sistema de recompensas tenía un gran mérito. Luego se nos dice de nuevo que los psíquicos pierden la carrera... y así sucesivamente.
19. **Se afirma que demasiados controles sobre un experimento provocan resultados negativos.** Ejemplos: Gardner pensó que tratar de presenciar la toma de fotografías «abrumaría» a las niñas. Prefirió aceptar las placas reveladas por ellas, incluso por correo, en lugar de acompañarlas contra su voluntad. Los profesores John Hasted y John Taylor, de Inglaterra, hacen referencia a muchos casos en los que no sucedió nada por el hecho de haber observado la experiencia demasiado cerca. Cuando se eliminaron los controles, aparecieron los maravillosos eventos.
20. **Cualquier truco detectado por los investigadores puede atribuirse al deseo del sujeto de complacer, por lo que existe un impulso a hacer trampas.** No existe un ejemplo de este tipo en el acontecimiento de Cottingley. Dejando a un lado las pruebas actuales, que demuestran sin ninguna duda que sí hubo engaño, no hubo pruebas de que las niñas hubieran sido descubiertas con las manos en la masa en el momento del hecho. Los investigadores tampoco descubrieron en las pruebas ninguna de las incontables pistas que allí se encontraban. Actualmente, Geller, Girard y muchas otras «estrellas psíquicas» han sido totalmente desenmascarados, pero los creyentes lo perdonan todo.

«Ha llegado el momento —dijo la morsa— de hablar de muchas cosas: de zapatos, y de barcos, y de lacre. De repollos y de reyes. Y por qué el mar está hirviendo...»

Lewis Carroll

La morsa y el carpintero

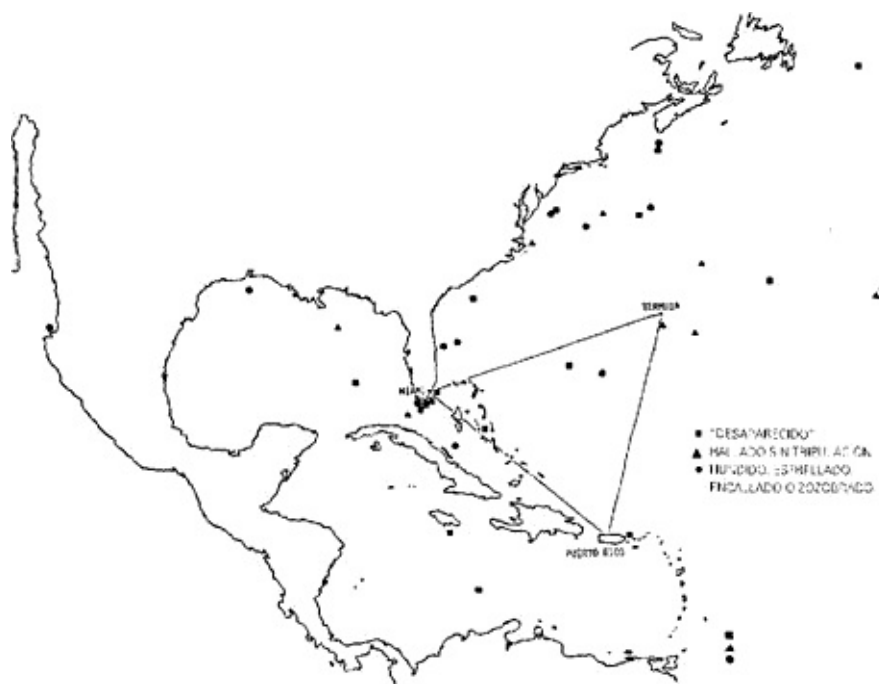
Resulta negligente por parte de un hombre no llevar a cabo una investigación minuciosa y completa acerca de un tema del cual dice ser una autoridad. Resulta irresponsable de su parte resistirse a contar los hechos cuando los descubre. Y resulta irresponsable e insensible de su parte continuar falseándolos cuando ya sabe que no son ciertos. *J'accuse* Charles Berlitz de estos defectos.

Berlitz es el autor de *The Bermuda Triangle, Mysteries from Forgotten Worlds y Without a Trace*, donde encontramos errores y afirmaciones equivocadas tan demostrables que la investigación más simple acerca de dichas declaraciones demuestra con facilidad que esos libros deberían haber sido clasificados como de ficción. Tengo entendido que Berlitz habla unos treinta idiomas, once de ellos con fluidez. Quizás sea capaz de afirmar sus falsedades en los treinta idiomas, ya que es el heredero de la creación de su abuelo, fundador de las famosas academias de idiomas Berlitz. La posteridad se habría visto mejor servida si hubiese seguido ese camino en lugar de convertirse en un científico aficionado muy malo y en un partidario de teorías pseudoeruditas.

A principios de 1979, Berlitz reunió a un grupo de quince arqueólogos, exploradores y buzos en el Triángulo de las Bermudas para estudiar la «Civilización Perdida de la Atlántida». Una breve charla con los miembros de la CSICOP (en especial con Larry Kusche, autor de *The Bermuda Triangle Mystery-Solved*) les hubiera ahorrado el viaje a todos ellos. Pero supongo que si Berlitz pagaba sus caprichos, aquéllos podían muy bien pasar unas vacaciones en el temido triángulo. Nunca estuvieron más seguros.

El Triángulo de las Bermudas es una extensión de océano limitado en sus tres ángulos por Bermudas, Puerto Rico y Miami. Cuando en 1945, cinco aviones

americanos Avenger volaron sobre el área desapareciendo luego de forma misteriosa, la leyenda comenzó a tomar cuerpo. En unos pocos años, el público se convenció de que una fuerza desconocida atraía aviones, barcos y personas fuera del Triángulo y los metía en algún limbo. Berlitz absorbía y escribía cada incidente del que se informaba, embelleciendo las historias y preparándolas para su publicación. El resultado fue la venta a un público crédulo de más de cinco millones de copias de su primer libro, publicado en veinte idiomas, y más de un millón de dólares estadounidenses en derechos de autor.



El «misterioso» Triángulo de las Bermudas.

Cuando Larry Kusche se propuso investigar el Triángulo de las Bermudas, tenía ante sí una tarea formidable. Una cosa es para Berlitz afirmar que algo ocurrió; otra cosa es tratar de probar que no fue así. Mientras tanto, los creyentes se sentaron con aire de suficiencia, con los brazos cruzados y con una sonrisa ancha en sus labios. Es evidente que se trata de un asunto de creencia ciega más que de una prueba real cuando se aborda ese tipo de temas. Porque, tal como señala muy bien Kusche, un gran porcentaje de las llamadas maravillas del Triángulo no eran más que invenciones lisas y llanas sin ningún tipo de pruebas que las apoyaran. Hemos leído acerca de barcos que no aparecen en ningún registro, aviones de los que no existen informes oficiales que demuestren que alguna vez volaron y oscuras tripulaciones y otros individuos que en muchas ocasiones no se desvanecieron en el Mundo de Ilusiones que escritores como Berlitz han querido hacernos creer que se encuentra en el Caribe. La idea del Triángulo de las Bermudas es absurda, tal como veremos.

No intentaré abarcar las numerosas zonas del mundo en las que se encuentran, según se sostiene, misteriosos peligros. Parece que otras naciones, deseando compartir este dislate, han creado sus propios Triángulos. Allí donde alguien o algo

desaparece se inventan vorágines psíquicas. Un escritor, Ivan Sanderson, dijo incluso que existían doce «Abominables Vórtices» espaciados a distancias iguales que cubrirían todo el mundo.

Ahora bien, creo que cuando se habla de un predominio de fuerzas malignas operando en cierta localidad, deberían buscarse las causas lógicas del fenómeno. La frecuencia elevada de accidentes de tráfico en cierta intersección provocará una investigación de la zona por parte de las autoridades y si se produce efectivamente un promedio más elevado de accidentes y anomalías en el Triángulo de las Bermudas, por favor, déjenos acudir al sitio en cuestión. Pero antes que nada, aclaremos nuestras definiciones.

Obsérvese el mapa de la zona que aparece en la página siguiente. En el mismo podrán verse señaladas las ubicaciones de los principales acontecimientos que los escritores mencionan en relación con el misterio del Triángulo. Hay que tener en cuenta que un número de las desapariciones informadas están representadas aquí con las marcas de «hallado sin tripulación» y que de éstas, un número importante han sido explicadas, las tripulaciones fueron encontradas y la causa de dicha desaparición fue determinada.

Estas «desapariciones» son las que fueron citadas por escritores como Berlitz y, por lo tanto, la verdad o la falsedad del misterio depende de esos casos.

Ruego que me disculpen por la siguiente pregunta retórica pero, ¿cuántas de esas desapariciones se produjeron en el Triángulo de las Bermudas? Una que es alegremente ofrecida por los creyentes sucedió en realidad en el Pacífico. Otras no se incluyen porque la escala del mapa no me permitiría mostrarlas; habían ocurrido en lugares tan lejanos como Irlanda o la costa de Portugal.

El asunto es que, si realmente el Triángulo existió alguna vez, se trata sin duda de un fenómeno muy difuso. Parece que la única prueba, tal como dice el viejo dicho, es que «los accidentes tendrán lugar». Debo mencionar que me negué a incluir en el mapa los supuestos accidentes que nunca tuvieron lugar y que involucraron a tripulaciones o personas inexistentes. Tampoco encontrarán aquí las «desapariciones» que tuvieron lugar en alguna parte a lo largo de un viaje de 1.500 a 5.000 kilómetros que pudo haber conducido a los viajeros a través del Triángulo. En algunos casos, un barco abandonó el puerto y se perdió para aparecer en el otro lado del mundo. No puedo permitir que los creadores de la leyenda incluyan esos incidentes como prueba.

Un ejemplo descrito en el libro de Larry Kusche sirve para ilustrar el grado de precaución que uno debe mostrar antes de aceptar lo que se aporta como prueba. Conforme a la versión de un incidente analizado en *The Bermuda Triangle Mystery-Solved*, «Treinta y nueve personas desaparecieron al norte del Triángulo en un vuelo a Jamaica el 2 de febrero de 1953. Un SOS, que se interrumpió de forma abrupta sin explicación, fue enviado por el British York Transport justo antes de desaparecer. No

se encontró nunca rastro alguno». Ahora veamos los hechos.

El plan de vuelo especificaba Jamaica como destino, es verdad, y esto podría relacionarlo con el Triángulo. Pero el avión, cuando se perdió, volaba desde las Azores hacia Terranova, en Canadá, rumbo que se alejaba de la temible zona. El trayecto incluía una parada en Terranova y luego un vuelo a Jamaica. Dado que su destino final era Jamaica, los promotores de la Leyenda lo llamaron «un vuelo a Jamaica», sin otra explicación. Además, se admitió que el avión se había perdido «al norte del Triángulo», ¡a 1.500 kilómetros al norte! No se hace ninguna referencia al clima, pero el New York Times dio aquel día el siguiente parte meteorológico: «Un Atlántico Norte helado y barrido por un viento muy fuerte... ventarrones a más de 120 kilómetros por hora y lluvias torrenciales».

Luego se produce la misteriosa señal de SOS «que se interrumpió de forma abrupta sin explicación». Esto parece lógico. Un avión, agitado por una tormenta severa en medio del Atlántico en invierno, tiene problemas de vuelo, difunde por radio la llamada internacional de socorro y se estrella sin otra «explicación». Sin duda, una tragedia, pero que ha ocurrido cientos de veces en todo el mundo y que de ninguna manera resulta extraña o inexplicable. Pero lo habría sido si no fuera porque alguien como Larry Kusche examinó la información que los promotores de este disparate ofrecieron al público para respaldar su tesis.

Los medios de comunicación son en gran parte los culpables del engaño del Triángulo de las Bermudas. Al principio, suministraron a Berlitz la materia prima que él necesitaba. Algunos editores sin capacidad de discriminación publican de forma regular libros y periódicos sin verificar la exactitud de su contenido. Esa basura recibe el nombre de «no ficción» y el público supone que «no ficción» es sinónimo de «verdad». Algunos editores afirman incluso que los trabajos que publican son sometidos a una completa investigación para asegurarse de los hechos, aunque éste no sea el caso.

Kusche revisó otro libro de Berlitz, *Without a Trace*, que pretende refutar las revelaciones de Kusche en su propio libro, pero fracasa de forma lamentable. En la revisión, Kusche escribió: «Su (la de Berlitz) credibilidad es tan baja que virtualmente es inexistente. Si Berlitz informase de que un barco es rojo, las posibilidades de que fuera de otro color constituirían casi una certeza. Dice cosas que simplemente no son ciertas. Deja de lado el material que contradice su “misterio”. Un vendedor de bienes raíces que operara de esa manera terminaría en la cárcel». Amén.

Mientras escribo este libro, me pregunto, como lo hago a menudo, por qué tengo que molestarme en solucionar engaños tan transparentes como el del Triángulo de las Bermudas. Es el producto de una revelación masiva, de mentiras repetidas, de grandes ganancias obtenidas de la venta de libros, de editores irresponsables, de un público crédulo y del gusto actual por lo ridículo. Hombres como Berlitz deben

sentirse muy satisfechos al ver que sus nociones pseudocientíficas tienen tanta aceptación. No existen leyes que protejan al consumidor de estas falsedades como en el caso de otros productos. El problema se reduce a esto: la literatura acerca de estos temas es un producto de consumo y debería estar regulado por las mismas leyes que aseguran la calidad de otros productos. El consumidor debería tener el derecho de devolver el producto y recibir su reintegro cuando éste es defectuoso. Los libros de Berlitz sobre el Triángulo de las Bermudas se ubican, en mi opinión, dentro de la categoría de productos insatisfactorios.

¿No está convencido? Siga leyendo. La pérdida del Vuelo 401 de Eastern Airlines es un buen ejemplo de la hipérbole y los evasivos escritos de Berlitz. Nos dice que el avión «desapareció por desintegración». ¿Suena aterrador, verdad? La imagen que se dibuja en nuestra mente es la de un avión zumbando pacíficamente por el cielo y luego, de repente, comienza a desintegrarse en el aire sin ningún motivo. Qué raro. Pero no es tan raro cuando descubrimos que la tripulación del avión había desconectado el piloto automático en medio de la noche sobre Florida Everglades, donde no hay luces de referencia, se había ocupado de un problema en la cabina del piloto y no se había dado cuenta de la pérdida de altura hasta que se estrellaron contra el suelo —¡y se desintegraron!

Berlitz retrocede en la historia hasta el año 1492, año que tiene como protagonista a Cristóbal Colón. Escribe que Colón informó acerca de algo «que parecía una bola de fuego que rodeaba la bandera de la nave». ¿En serio? Kusche, haciendo referencia a la misma fuente utilizada por Berlitz, el diario de navegación de Colón, encuentra una referencia hecha por éste acerca de «una gran llama» que caía en el mar. Una persona racional concluiría, tal como lo hizo el gran navegante, que la bola de fuego era un brillante meteorito. No hay datos que muestren escenas de pánico entre la tripulación, tal como hubiera sucedido si el objeto hubiera «rodeado su bandera», un fenómeno inventado por Berlitz. Si efectivamente hubiese dado vueltas y, particularmente, si hubiese elegido la bandera para hacerlo, sin ninguna duda se hubiese tratado de un misterio. Pero se trataba de un acontecimiento perfectamente explicable, digno de mención sólo por su naturaleza espectacular y por el hecho de ser tan poco frecuente.

Podría seguir desprestigiando mucho más la Leyenda tal como fue creada por Berlitz, pero los dejaré con el libro de Kusche después de disparar una vez más contra el Triángulo. Me refiero al caso del Vuelo 19 de los Avengers americanos que desaparecieron en el mar, suceso que inició la controversia.

Los entusiastas del Triángulo de las Bermudas quisieron hacernos creer que el 5 de diciembre de 1945, cinco bombarderos Avenger totalmente equipados despegaron de la Base Aeronaval de Fort Lauderdale, en Florida, para haber un vuelo programado de dos horas al Triángulo de las Bermudas y regresar. A las 15,45 horas

de esa tarde, momento en que deberían haber llamado para solicitar las instrucciones de aterrizaje, el jefe de vuelo informó de que se habían perdido, que las tripulaciones no sabían dónde estaban y que nada parecía ser lo que debería ser. Ni siquiera podían ver el sol para orientarse. Después de una llamada final a las 16:25 horas, desaparecieron, según se dice, para no ser vistos nunca más. Un avión enviado en su rescate desapareció también de forma extraña. Otros aviones de rescate —trescientos aviones apoyados por veintiún barcos cruzaron el área en todas direcciones al día siguiente— no pudieron encontrar rastros de ninguno de los dos vuelos. Seis aviones y veintisiete hombres habían desaparecido en el Triángulo.

Larry Kusche, después de haber examinado más de cuatrocientas páginas de un informe oficial, llegó a una conclusión más razonable. Contrariamente a las declaraciones de los entusiastas del Triángulo, la Junta de Investigación de la Marina convocada para analizar el asunto no se desconcertó en absoluto por la tragedia. Los Avengers habían emprendido un vuelo de entrenamiento, un ejercicio simple y común para orientar a los nuevos pilotos. Las condiciones climáticas desfavorables en esa época no eran peligrosas a menos que debieran efectuar algún amaraje forzoso. Luego la naturaleza del mar, descrita como «agitada y desfavorable» en el informe de la Marina, se tornaría crítica. La brújula del avión líder se averió y los otros aviones dependían de éste. Ya era tarde cuando el liderazgo fue delegado a otro piloto, ya que había poco combustible y seguían estando en el mar. Declaraciones extrañas atribuidas a los pilotos por Berlitz no aparecen en el informe, aun cuando toda la información se encontraba disponible para los investigadores.

Los pilotos se habían perdido, habían dado vueltas en círculos sumidos en la confusión hasta que se quedaron sin combustible, llevaron a cabo un amaraje forzoso y se hundieron en los mares turbulentos. El avión de rescate, conocido por su peligrosidad debido a la frecuente presencia de emanaciones de gas en el área de la tripulación, pudo fácilmente haber explotado y haber caído al mar en un accidente perfectamente explicable. De hecho, la tripulación de un barco que se encontraba en la zona vio como el aparato explotaba, por lo que se conoce su verdadero destino.

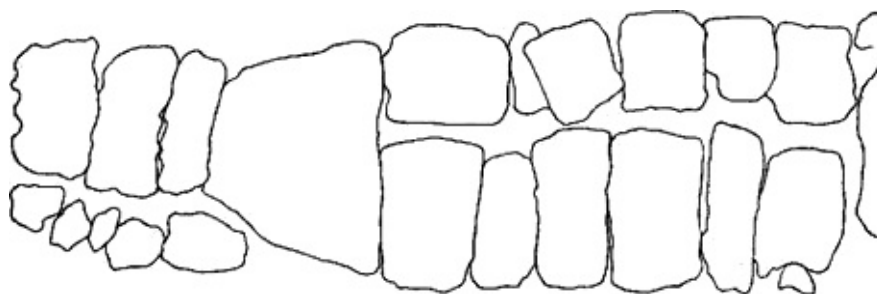
El informe de la Marina citó cincuenta y cinco hechos y cincuenta y seis opiniones en relación con el accidente. Para aquellos que redactaron el informe no había misterio alguno. Transmisiones por radio inventadas, exageraciones y ficción pura convirtieron la tragedia en un acontecimiento sobrenatural y así dio comienzo, con gran estilo, todo el Misterio del Triángulo de las Bermudas. Además, los hechos fueron ignorados por los medios de comunicación y la ilusión continuó hasta que Kusche, con veintiséis páginas de hechos y mapas, demolió el «misterio» del Vuelo 19 en su libro.

Aquellos intrépidos aventureros que partieron con Berlitz para descubrir la Atlántida nunca escribieron un informe. No merecen ningún reconocimiento ya que

ni siquiera lo arrojaron a las aguas del Mar Caribe por sus conjeturas. Cualquier tripulación enérgica le hubiese hecho eso al capitán que los hubiese metido en semejante disparate.

Otra idea adoptada por Berlitz es su Teoría de la Pirámide, que se basa en dos datos fundamentales. Uno es una supuesta pirámide de 143 metros de altura debajo del océano (¡en el periódico National Enquirer, la pirámide tenía una altura de 238 metros!) que, según sus esperanzas, proporcionará la prueba de la existencia de la Atlántida y que «parece ser el centro de cierta actividad electrónica extraña». El otro es un mosaico de 304 metros de largo y aparentemente hecho por la mano del hombre, que se parece a un camino y que está ubicado debajo del agua a menos de un kilómetro de la costa occidental de Bimini. Ambos datos, afirma este erudito, prueban la presencia de la Atlántida.

Veamos primero el «Camino de Bimini». A fin de deshacerme de dos molestos elementos introducidos alegremente por los creyentes de este fenómeno perfectamente explicable, recorro a las páginas de Nature, el periódico científico británico, donde el señor W. Harrison informa de que ciertas «columnas» encontradas a unos tres kilómetros del lugar del «camino» son en realidad cemento en barriles en los que el producto no elaborado estaba contenido cuando fue arrojado por la borda durante alguna calamidad no especificada del pasado. Las duelas de madera se pudrieron y el cemento con forma de barril fue dejado allí para ser interpretado erróneamente por el culto de la Atlántida. Dos pedazos de mármol acanalado, encontrados cerca de allí, probablemente tengan el mismo origen. Es frecuente encontrar ese tipo de elementos en la zona, debido a la probabilidad de que se construyeran cimientos muy cercanos a la costa y a las consiguientes medidas de emergencia que debieron tomarse. Los registros de navegación muestran que dicho lastre era, a menudo, llevado por los barcos mercantes con ese propósito. Pero sobre pruebas tan comunes se fundan las mayores idioteces.



El camino «submarino» a menos de un kilómetro de la costa occidental de Bimini.

El «camino» mismo resulta muy impactante y puedo entender por qué en un principio pudo ser interpretado erróneamente. Se trata de un par de filas semirregulares paralelas a la costa, separadas por unos 20 metros y consistentes en unos bloques casi rectangulares de dimensiones muy variadas que miden de dos a seis

metros. A menos que uno consulte a un geólogo, se podría fácilmente creer que están hechos por la mano del hombre. En realidad, el «camino» está hecho por lo que en geología es conocido como «roca de playa». Es una característica clásica de ese tipo de formaciones en muchas partes del mundo. La roca de playa puede encontrarse en lugares tan alejados de Bimini como Australia y tan cercanos como Tortuga. De hecho, la costa sur de Bimini se encuentra «pavimentada» por esas rocas.

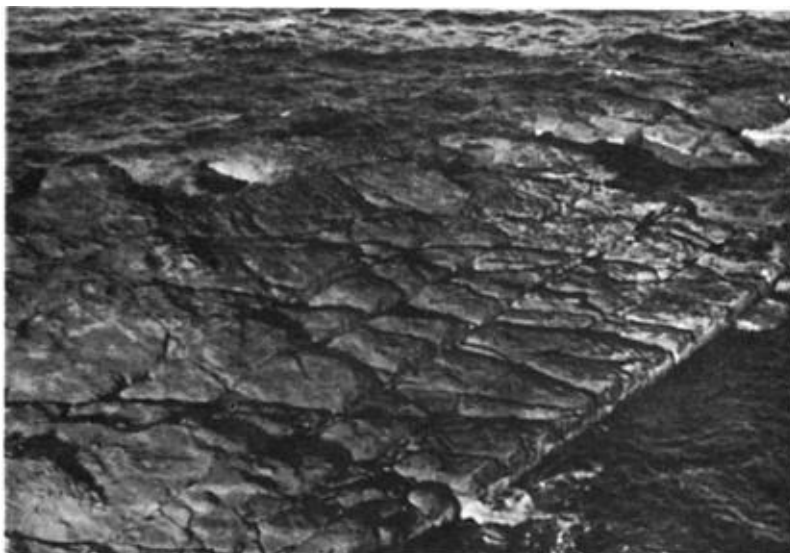
Las rocas de playa se forman a través de un proceso natural de cementación. Los granos de arena, lavados por las mareas a lo largo de las décadas, recogen el carbonato de calcio del mar, especialmente de los restos de las conchas de ciertos animales. Esta sustancia se deposita entre los granos como cemento. La masa rocosa que surge de este proceso es muy dura (la piedra caliza y el mármol están compuestas de carbonato de calcio) pero se quiebra fácilmente. La costa de Bimini se extendía antes hasta el «camino» y la roca de playa que bordeaba esa costa sufrió un proceso que la nueva roca de playa está sufriendo hoy en la costa actual. Expuesta al sol y socavada por la arena deslizante lavada desde abajo, la roca es cortada en láminas, la masa se quiebra en líneas muy rectas, primero en dirección paralela a la costa y luego en ángulos rectos. El resultado son largas filas de rocas con aspecto de ladrillos que pesan de una a diez toneladas cada una. Más tarde, estas filas se sumergen a medida que la costa real se modifica.

Según los creyentes, la roca de playa habría sido el material de construcción más fácilmente disponible. Es verdad, pero habría sido un material defectuoso y habría sido muy extraño descubrir que se disponía de forma paralela a la costa y que no se encontraba en tierra, lo que hubiera conducido hacia otras maravillas. ¿Y por qué no se encontraron otros artefactos además de esos barriles hechos de cemento cerca de semejante estructura?

No necesitamos continuar con esa línea de razonamiento, por más productiva que sea, ya que un estudiante de geología, John Gifford, dirigió una serie de pruebas y observaciones que demostraron que el «Camino de Bimini» es una formación perfectamente natural no realizada por la mano del hombre, y pruebas posteriores efectuadas por E. A. Shinn en un laboratorio de Miami terminaron con el asunto.

Si los habitantes de la Atlántida hubieran construido el «camino» con roca de playa, evidentemente habrían elegido los bloques que mejor se ajustaran entre sí y, por lo tanto, no habría habido una coherencia continua en la acodadura de los bloques adyacentes. Muestras de la parte central tomadas de los bloques adyacentes y cuidadosamente analizadas por Gifford y Shinn, indicaron una acodadura y unas dimensiones del grano coherentes, del mismo modo que una prueba balística indica estrías similares en las balas de una misma arma. La prueba del carbono realizada sobre los restos de conchas incrustados en la roca mostró que tenían 2.200 años, demasiado jóvenes para la mítica Atlántida, aun cuando las rocas hubiesen sido

movidas por el hombre. Más aún, aunque la roca de playa de Bimini en la costa actual presenta restos de botellas de vidrio, clavos y tuercas, que se habían incorporado en su formación, ni un solo rastro de aparatos de televisión, de tubos láser o de cualquier otro artefacto ha sido encontrado en las rocas del «camino». Edgar Cayce, el conocido visionario y profeta, nos dice que esas cosas eran comunes en la Atlántida.



Rocas de playa en la costa de Australia. ¿Acaso la Atlántida se extendió tanto?

Hemos visto que el «Camino de Bimini» tiene un origen natural, se formó en una época relativamente reciente y de ninguna manera es una construcción perteneciente a alguna civilización perdida. ¿Quién se equivoca? Berlitz, sin duda, si tenemos en cuenta esas pruebas. Y también se equivocan algunos científicos como el doctor J. Manson Valentine y el doctor David D. Zink, un arqueólogo marino y un historiador respectivamente. Financiados por la Fundación Edgar Cayce, llegaron a una conclusión equivocada en el Explorer's Journal. No llevaron a cabo el trabajo

cuidadoso y metódico efectuado por Gifford y Shinn, primero en el lugar concreto y más tarde con muestras en sus laboratorios, tal como se informa en Sea Frontiers (mayo-junio de 1978).

¿Acaso esta información está a disposición de Berlitz? Si yo la puedo encontrar, él también. Sus fuentes de consulta son más numerosas y sus fondos no tienen límites. Uno debe concluir que él sabía la verdad y la ignoró, prefiriendo la leyenda romántica y viendo otro libro de gran venta en el horizonte. ¿Pero nunca existen nubes sobre ese horizonte?

Luego está esa «pirámide» gigante debajo del océano. Berlitz afirma que posee una prueba científica al respecto, con mediciones y todo. Bien, lo comprobaremos. En marzo de 1978, Larry Kusche desafió a Berlitz para que le proporcionara una prueba acerca de la pirámide. Kusche apostó 10.000 dólares, la misma cantidad que debía apostar Berlitz. El dinero sería depositado en un banco de Massachussetts. Berlitz sólo tenía que probar que la supuesta pirámide gigante debajo del océano era real para obtener el dinero y el reconocimiento de Kusche de que él tenía razón. Berlitz rechazó el desafío. Para saber por qué no quiso intentarlo, debemos examinar sus «pruebas».

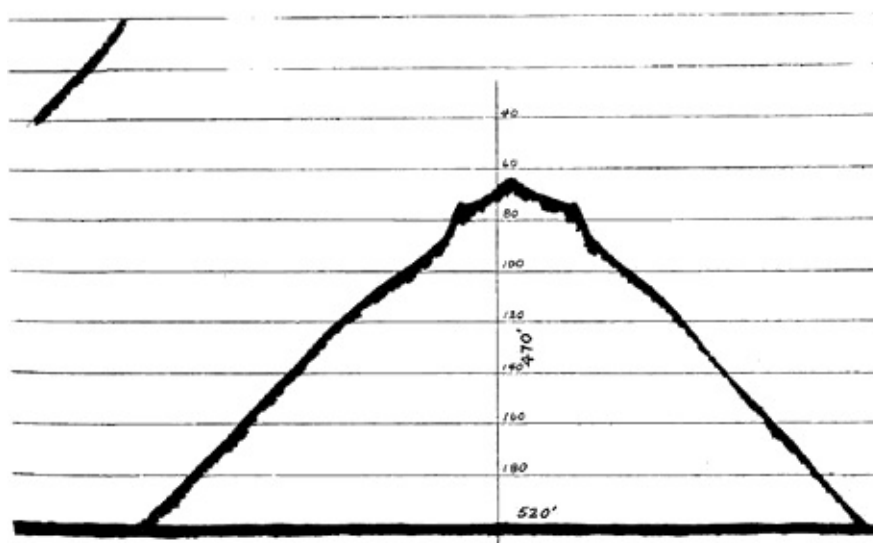
Cuando consulté a Bob Heinmiller, que había pertenecido a la Woods Hole Oceanographic Institution y que ahora trabaja en el Massachussetts Institute of Technology, me enteré de que el capitán Don Henry, que le proporcionó a Berlitz el registro del sonar que había de probar la existencia de la maravillosa pirámide, pudo haber producido el registro sin problemas. En esa representación, el componente vertical es muy exagerado. Después de todo, lo que se necesita del diagrama es la idea de la profundidad existente debajo del barco y ésa es una manera perfecta de representarla. En el diagrama mostrado por Berlitz, la supuesta pirámide puede representar un terreno sumergido con una suave pendiente de sólo 2 ó 3 grados. Para tener una idea de la verdadera inclinación representada, imagínese una regla de doce pulgadas sobre la parte superior de una mesa con ocho monedas apiladas debajo de un extremo. Don Henry pasó con su barco por encima de eso, en miniatura, para obtener el registro que vendió a Berlitz.

El registro presentado por Henry no estaba hecho por un «sonar de exploración lateral», según las afirmaciones de Berlitz. Este detalle fue añadido para justificar el perfil obtenido. El registro corresponde a un sonar ordinario, sujeto a la misma interpretación que los demás registros de sonar. La velocidad del barco necesaria para obtener el registro de una pirámide real de 143 metros tendría que haber sido de unas diez pulgadas por segundo. Intente mantener un barco a esa velocidad para obtener dicho registro. ¡Es aproximadamente una velocidad de menos de un kilómetro por hora!

Pero el doctor J. Manson Valentine, del Museo de las Ciencias de Miami, asegura

que los «registros del sonar muestran con claridad una pirámide maciza y simétrica descansando sobre el suelo casi plano del océano». ¿Me pregunto cuándo se inaugura la exposición de la sirena en el Museo de las Ciencias de Miami? Quizás a continuación de la exposición sobre las hadas.

El National Enquirer y la revista People censuraron una parte del diagrama del sonar de la «pirámide» que Berlitz dejó pasar inadvertidamente en su libro *Without a Trace*. Esa porción borrada es una prueba obvia de que la supuesta pirámide no es lo que hubieran deseado que fuera. Examinen la ilustración y verán lo que quiero decir. En la parte superior izquierda hay una línea que representa la parte del registro que precedía a la pirámide sobre la derecha. Berlitz eligió sabiamente ignorarla, ya que muestra que el registro que representa el lado izquierdo de la «pirámide» es en realidad una continuación de la otra línea. Un registro de sonar, al alcanzar la parte superior del diagrama, cae nuevamente hacia la base en lugar de seguir por la parte superior del papel. La «pirámide» parece comenzar en la base; en realidad comenzó en alguna parte del lado izquierdo. Se trata de un caso en que la verdad se torna evidente una vez vista la totalidad del registro. Es la misma canción que se ha ido repitiendo a lo largo de todo este libro y cuya tonada vale la pena aprender.



Registro del sonar de la «pirámide gigante» según Charles Berlitz.

Heinmiller afirma que dichos artefactos pueden encontrarse a menudo en los registros del sonar. La forma de una pirámide puede obtenerse simplemente al encontrar una pequeña pendiente en el sonar. El efecto es una pirámide, exactamente lo que Berlitz trata ahora de vendernos y para lo cual arrastró a todos esos expertos hasta el Caribe. La Marina de los EE.UU. afirma que no está allí. ¿Por qué toda esa gente creería lo que dice Berlitz? ¿Porque puede decirlo en treinta idiomas? ¿O acaso son un poco duros de mollera?

Según Bob Heinmiller, resulta imposible decir con exactitud sobre qué pasó

Henry o dónde fue para efectuar el registro. No conocemos la velocidad del barco, la velocidad del papel de registro en el grabador del diagrama o el énfasis vertical utilizado. Pero una estructura como la que menciona Berlitz no pudo haber escapado a la detección de aquellos que estuvieron efectuando una meticulosa exploración de la zona durante décadas. Heinmiller conoce muy bien cuál es la actitud de los medios acerca de este tema, ya que diferentes periodistas lo llamaron en varias ocasiones para que comentara el asunto y terminó respondiendo a preguntas sobre OVNI's y otras creencias sobrenaturales. Sus declaraciones objetivas acerca del tema envían hacia otros temas a los investigadores que buscan opiniones más sensacionalistas. Como ya es habitual, los hechos simples no resultan atractivos.

Existen muchas otras pruebas que contradicen esas absurdas afirmaciones. Pero tiendo a no estar de acuerdo con Larry Kusche cuando afirma que Berlitz perpetró un fraude. Pienso que Berlitz simplemente no sabe cómo sostener su teoría. Sus relatos sobre otras maravillas me dan esa clara impresión. Pero dejaré que Kusche resuma el asunto, ya que eran suyos los 10.000 dólares que se apostó con Berlitz. «Berlitz — afirma Kusche— no fue capaz de aceptar el desafío para probar la existencia de la supuesta pirámide porque resulta imposible hacerlo —ya que no hay pirámide. En el caso de que Berlitz hubiese aceptado el desafío, se hubiera demostrado públicamente su tendencia a efectuar declaraciones sensacionalistas, erróneas y carentes de pruebas con respecto a temas paracientíficos. Berlitz engañó una vez más al público con información falsa que no puede ni podrá probar».

A Charles Berlitz le digo: Charlie, si alguna vez, efectivamente, encuentras una pirámide en el océano por medio del sonar, en tu diagrama será igual que el Empire State Building debido a la exageración vertical de la técnica de registro. Y si alguna vez afirmas haber encontrado el Empire State Building en alguna parte del Caribe, no me sentiría en absoluto sorprendido.

¡El cielo está cayendo! ¡El cielo está cayendo!

Chicken Little y otra gente necia

No es sorprendente que muchas de las variedades de lo absurdo que hechizan al público estén asociadas con los cielos. El ser humano miró durante miles de años hacia los confines externos de su mundo con admiración y respeto, envidiando la capacidad de las aves de penetrar el cielo, por lo menos de forma superficial, y de poblar esa región con los dioses. Nuestras religiones nos dicen que después de la muerte podemos unirnos a los espíritus que allí moran.

Resulta conveniente tener nuestros propios prodigios ubicados en los límites exteriores y más allá de los mismos. De ese modo, no pueden ser tomados de forma apropiada para su examen y cualquier suposición o cualquier aspecto atribuido al fenómeno resulta aceptable. No puede negarse que la fascinante vista de una noche estrellada provoca todo tipo de especulaciones, y en esta era de viajes espaciales y maravillas extraterrestres la atención de todos se ha orientado más que nunca hacia arriba. En la mayoría de los casos somos incapaces de evaluar lo que vemos.

Los Sputniks y sus sucesores introdujeron una gran cantidad de residuos en los cielos: la manía de los OVNI's fue uno de sus resultados. Después de una considerable decadencia, la vieja noción de la astrología se hizo nuevamente interesante y cualquier descubrimiento astronómico fue utilizado para respaldarla. Anticipándose a eventuales investigaciones planetarias, los psíquicos se adelantaron a los científicos viajando «astralmente» al espacio exterior. Se atribuyó a los pueblos primitivos la obtención de logros que superan el conocimiento de la civilización moderna y se dice que estos pueblos fueron visitados por «antiguos astronautas». Este capítulo examinará algunas de estas fantasías.

De lejos, la más antigua de las charlatanerías de la humanidad es la astrología. Solamente en los Estados Unidos existen más de veinte mil astrólogos practicantes que hacen horóscopos y reciben dinero de millones de crédulos creyentes. Pero probablemente no exista ninguna otra gran ilusión que pueda ser más fácilmente

examinada y que carezca tanto de cualquier tipo de base lógica. De esta manera, la buena recepción que le otorga el público resulta tanto más notable. Esto sólo puede entenderse cuando nos damos cuenta de lo vagas y universales que son las declaraciones efectuadas por la astrología y vemos al observador, carente de todo sentido crítico, recurrir a las racionalizaciones más disparatadas para disculpar su imposibilidad para definir y predecir.

El hecho de aceptar las afirmaciones de la astrología equivale a aceptar las leyes pertenecientes a los derechos de propiedad y esclavitud establecidas hace más de tres mil años por los gobernantes de Babilonia, y también a usar sus teorías de la medicina, ya que fue entonces cuando fueron concebidas las normas que siguen usando hoy los astrólogos modernos. Cuando ese rígido conjunto de reglamentaciones pareció oponerse a la fe cristiana, surgió un problema que, como es habitual, fue claramente explicado por los practicantes. El único horóscopo que hubiese parecido de gran interés para los primeros cristianos fue el de Cristo, pero los astrólogos, conscientes de la oposición de la iglesia a su arte (los sacerdotes tenían sus propios métodos para estimular), temieron calcular ese horóscopo porque podrían haber sido acusados de hacer que Dios fuera objeto de fuerzas de control celestiales que El mismo había creado. Semejante paradoja no sería tolerada. Pero Roger Bacon, un astrólogo devoto y cristiano, salvó la situación con una obra maestra de la racionalización. Declaró, en una carta dirigida al papa, que Dios había deseado que su hijo naciera en una hora en que los signos se mostraran auspicios y en armonía con las constelaciones. ¡Bravo!

Según Evry Schatzman, presidente de la Union Rationaliste en Francia, «la verdadera función social de la astrología es la de ayudar a aislar a los fieles de las luchas sociales y políticas». Puede tener razón. Sin duda sirve para que el hombre se libere de la culpabilidad de sus propias estupideces. Una mala conjunción de planetas siempre puede cargar con la culpa de los acontecimientos desafortunados. Cualquiera que sea su función, la astrología es una irracionalidad que sirve pobremente a la humanidad. Dennis Rawlins, un astrónomo, quizás lo haya expresado de la mejor manera: «Aquellos que creen en la astrología viven en casas con cimientos de masilla».

Nunca me sentí más orgulloso de un miembro de mi profesión que aquella vez en que el actor Tony Randall apareció en el espectáculo de televisión de Dinah Shore, un día en que se ensalzaba la astrología. Dinah había estado conversando con la estrella de cine Charlton Heston y había determinado que era Escorpio. También lo era otro animador, Chevy Chase. Dinah se entusiasmó y observó que no podía imaginar a dos personas más diferentes que Heston y Chase. Pero, continuó, las personalidades de los dos hombres debían ser similares porque compartían el mismo signo de nacimiento. Así se conciliaba la astrología con hechos difíciles. Cuando Randall entró

y se sentó, le preguntaron de inmediato cuál era su signo. Resopló majestuosamente y se negó a responder, diciendo que la respuesta a esa pregunta insultaría la inteligencia del pueblo estadounidense. Se produjo un tímido aplauso en el estudio, pero el mío desde mi casa fue de lo más ruidoso, considerando que provino de una sola persona.

Resulta casi imposible asistir a una reunión social sin que a uno le pregunten su signo astrológico. Siempre le pido al que hace la pregunta que lo adivine él mismo, y los intentos en ese sentido son muy graciosos. Siempre doy dos o tres alternativas y pregunto cuál es la correcta. Si respondo «inténtelo con...» se descubre de inmediato que mi carácter exterior se ajusta a ese signo. Contesto diciendo que sólo sugeriré que se intentara con ese signo y se elige otro. Y así sucesivamente. El hecho de inventar explicaciones justificativas en segunda instancia constituye un pasatiempo popular, según parece. (Por la misma razón, no soy muy popular en esas fiestas).

Una cosa es decir que la astrología no es una creencia racional y otra es mostrar que no funciona. Esto último es muy fácil de demostrar.

Por ejemplo, en el improbable y largamente buscado caso en que el sol, la luna y todos los planetas se alineen en una línea recta para combinar sus influencias gravitatorias, el efecto sobre el cuerpo humano se vería anulado si la persona simplemente se sentara abandonando la posición erguida. El hecho de bajar el cuerpo unas veinticinco pulgadas lo acercaría al centro gravitatorio de la tierra y neutralizaría todos los efectos de los otros cuerpos celestes que, según se afirma, ejercen dicha influencia.

Si tenemos en consideración la escala del universo, comenzamos a ver lo ridícula que puede ser la creencia en la astrología. Los astrónomos miden las distancias en términos de velocidad de la luz. La unidad básica es el año luz o la distancia que viaja la luz en un año. Dado que la luz viaja a unos 300.000 kilómetros por segundo, el equivalente de un año luz en kilómetros es muy abultado.

Del mismo modo, las unidades de velocidad de la luz proporcionan alguna idea de la distancia involucrada dentro del sistema solar. Observemos la luna. ¿Qué vemos? Vemos la luna tal como era hace aproximadamente 1,3 segundos. En otras palabras, está a 1,3 segundos luz de distancia; ése es el tiempo que le llevó a la luz de la luna alcanzar la tierra. El sol está a unos 8,3 minutos luz de distancia. Júpiter puede llegar a estar a 51 minutos luz de distancia de la Tierra y Plutón a 5,6 horas luz. Algunas estrellas que vemos en la noche no están realmente «allí»; vemos la luz que emitieron desde algún lugar hace varios miles de años atrás. La astrología quiere hacernos creer que si en el momento de nacer el sol se ubica en cierta posición con respecto a un conjunto de estrellas que ni siquiera están «allí» cuando las vemos, nuestro futuro o carácter serán diferentes de lo que serían si el sol se ubicara en un punto determinado con otro conjunto de estrellas ausentes. ¿No es esto algo irracional?

Con unas 250.000.000.000 estrellas en nuestra galaxia y unas 100.000.000.000 galaxias diferentes disponibles para influenciarnos, parece que unas 25.000.000.000.000.000.000.000 estrellas intervienen en nuestros destinos. Para condimentar un poco más la cuestión, añade unos centenares de asteroides (planetas menores) que forman parte de nuestro sistema solar pero no parte de la astrología. Las posibilidades son infinitas.

Utilizando ciertas ilusiones y un conjunto de signos zodiacales inventados como guías, los primeros teóricos crearon la astrología, o más exactamente las astrologías, ya que las diferentes razas desarrollaron no sólo sus propias figuras míticas sino también sus propias normas. En este punto, como en el caso de tantas otras teorías falsas, basta con aplicar un poco de lógica: si la idea básica es la misma, pero cada sistema ofrece un resultado diferente conforme a normas diferentes y mutuamente incompatibles, entonces, o bien todos los sistemas son falsos o bien sólo uno es correcto. La primera opción parece ser la más probable, ya que la astrología simplemente no funciona, a pesar de la constante aceptación y de la verificación de su eficiencia por parte de los creyentes. Ben Franklin lo dijo bien claro: «Los curanderos son los mentirosos más grandes del mundo, después de sus pacientes».

Se afirma que la influencia astrológica general más importante es la que se deriva de la posición del sol en el zodiaco (el conjunto de doce constelaciones que circundan el cielo) en el momento de nacer. De esta manera, sólo un examen de esta afirmación nos enseñaría algo acerca del grado de racionalidad y de la cualidad general de la teoría astrológica.

Una de las preguntas obvias que surgen en la mente con respecto a la influencia de este «signo de nacimiento» sobre el carácter y el futuro de cada persona se plantea cuando tenemos en consideración a aquellas personas nacidas exactamente el mismo día, a la misma hora y (otra consideración importante en astrología) en el mismo lugar geográfico. ¿No tendrían dichas personas horóscopos muy similares —en realidad, horóscopos idénticos— y por lo tanto el mismo futuro y la misma personalidad? No necesariamente, dicen los astrólogos. Se nos dice que la hora exacta del nacimiento (teniendo en cuenta los minutos) puede significar una gran diferencia, porque el «signo ascendente» (el que aparece en el horizonte en el momento de nacer), así como la posición de la luna en la banda del zodiaco de doce signos astrológicos, pueden ser muy importantes. Pero, ¿qué pasa con los gemelos que sin duda nacieron casi a la misma hora y seguramente en la misma ubicación geográfica? También en este caso existe una explicación práctica. En esos casos se dice que se produce una modificación en los cuerpos celestes durante el breve período que separa a los dos nacimientos.

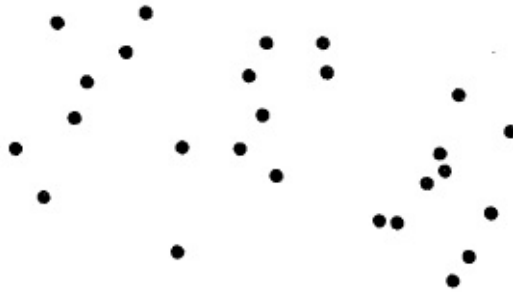
Pero cuando los «expertos» en astrología tratan de explicar cualquier característica disímil de los gemelos con este supuesto «cambio de ascendente y/o de

la posición de la luna», ¿no están simplemente ajustando los hechos a la teoría? Sostengo que así es. Las similitudes en el carácter y el destino se atribuyen a similitudes en los detalles del horóscopo, y las diferencias se las imputan a las más ínfimas discrepancias entre las cartas astrológicas. Se trata de un procedimiento que satisface a los observadores sin criterio crítico, pero no a los escépticos. Como siempre.

El mayor desacuerdo de todos, sin embargo, se produce con la más importante y poderosa de las influencias, el nombre del «signo de nacimiento». Actualmente, existen dos clases generales de astrología: la astrología «sideral» y la astrología «tropical». La primera se centra en la constelación real en la que se encuentra el sol en el momento de nacer. La segunda se ocupa del sector, una división del zodiaco de 30 grados de ancho. Dicha división se hizo necesaria porque las constelaciones como Virgo, que sobresale más allá de los confines de esos 30 grados asignados, y Libra, que sólo ocupa la mitad del área asignada, creaban una situación en la que las figuras míticas se encontraban colgadas en cualquier parte, y alguien tenía que «trazar una línea». Algunas constelaciones se encuentran dentro de la banda tradicional del zodiaco de 16 grados de ancho, mientras que la del «Hombre-que-mata-una-Serpiente-o-un-Dragón» (elijá usted mismo) está en el zodiaco pero no es utilizada. ¿Alguna vez escuchó que alguien hubiese nacido bajo el signo de Ophiuchus? Los primeros zodiacos griegos eran muy raros, con trece signos, incluyendo las Pléyades, pero éstas fueron dejadas de lado para hacer las cosas de forma más prolija.

A pesar de la torpe solución de estos problemas consistente en dividir un cielo poco proclive, sigue habiendo un defecto evidente que generalmente no es conocido por el público. ¿Nació usted el 7 de agosto, por ejemplo? Los astrólogos nos dicen que ese día corresponde exactamente a la mitad del signo de Leo, que va desde el 23 de julio al 22 de agosto. Así, uno que nace en ese feliz día ciertamente es un Leo clásico, ¿verdad? No, no es verdad. Usted nació en realidad cuando el sol estaba en Cáncer. De manera similar, el 7 de abril, día que correspondería a Aries, es en realidad de Piscis. ¿Acaso algo sospechoso se está volviendo evidente?

Como astrónomo aficionado, he sabido desde hace mucho tiempo que las figuras mitológicas de las constelaciones no existen en realidad. A pesar de que esto parezca muy básico y evidente, usted debe saber que hay innumerables partidarios de la astrología con los que he hablado a lo largo de los años que creen que, con una noche clara y un poco de instrucción, serían capaces de observar fácilmente los principales signos del zodiaco en el cielo. Están equivocados. Reproducimos aquí un par de signos de significación astrológica tal como se encuentran dibujados en las estrellas. Uno es Leo, el otro es Cáncer. Si es capaz de encontrarlos allí, usted es Gunga Din; con sólo trazar la línea que los separa, obtendrá puntos a su favor.



Las constelaciones de Leo (león) y Cáncer (cangrejo) en el zodiaco.

De cualquier modo, las estrellas en una constelación difícilmente se encuentran cerca unas de otras, aunque aparentemente parezca lo contrario.

Un libro con cierto humor titulado *Astrology for Adults* y descrito como «indispensable» por el Fort Worth Press contiene numerosas declaraciones que revelan muchas de las tácticas de aquellos que impulsan la astrología. El siguiente pasaje muestra sus típicas técnicas embaucadoras.

Piscis es el signo de los tipos más elevados y también de la escoria de la humanidad. Neptuno, el planeta engañoso... también es un planeta de ideales elevados. A veces, usted podrá ver que una de sus descripciones (obtenida de su horóscopo) no parece referirse a usted sino que en realidad se refiere a una persona o a varias personas relacionadas íntimamente con su vida. Neptuno en Géminis puede crear fantasías mentales y confusión, o puede agregar cualidades superlativas de genio a la mente. Plutón es el planeta del crimen y de su opuesto, es decir, del trabajo para el beneficio de toda la humanidad. Saturno en Acuario puede provocar accidentes en la parte inferior de la pierna o en los tobillos, linfoma o apoplejías... los resfriados y los problemas dentales son los defectos de salud más comunes de Saturno.

A partir de esta y muchas más pruebas, es evidente que, desde un punto de vista lógico, la astrología no debería funcionar. Agréguese a esto el hecho matemático-físico de que la influencia gravitatoria del cuerpo del médico cuando asiste al nacimiento produce un efecto mucho más marcado sobre el bebé que ha nacido que todo el campo gravitatorio del planeta Marte, y tampoco podemos aceptar la astrología desde un punto de vista filosófico. Pero, como ocurre con todas esas nociones, la pregunta más importante es: ¿funciona realmente?

A principios de 1978 tuve la ocasión de poner a prueba una teoría especial. La oportunidad surgió cuando una emisora de radio en Winnipeg, Canadá, me llamó por teléfono para realizar una entrevista en mi casa de Nueva Jersey. Estuve de acuerdo, pero sugerí un enfoque novedoso. Solicité a la radio que anunciara que el programa

presentaría a un «grafoastrólogo» y que los oyentes podían enviar una muestra de su escritura y sus fechas de nacimiento. La semana siguiente, el conductor del programa me llamó cuando estaba en el aire y al mismo tiempo se comunicó por teléfono con tres oyentes que estaban esperando para escuchar sus análisis. Se les solicitó, al final del programa, que evaluaran las «lecturas» de uno a diez. Mi verdadera identidad no fue revelada; fui identificado con un nombre ficticio. Tuve un enorme éxito, obteniendo una puntuación de nueve, diez y diez. La primera evaluación cambió a diez cuando el primer oyente observó que yo había dicho que «a él no le gustaba a trabajar duramente» cuando en realidad, según insistió, él era muy laborioso y estaba acostumbrado al trabajo duro. «Pero —repliqué— yo dije que a usted no le gustaba el trabajo duro». «Es cierto», respondió. Y continuó: «Supongo que tiene razón. Realmente no me gusta». Y cambió así su evaluación de nueve a diez puntos.

Lo sorprendente de este episodio es que yo no tenía las muestras de escritura o las fechas de nacimiento; y leí, palabra por palabra, tres lecturas que habían sido hechas meses antes en Las Vegas por Sydney Omarr, uno de los astrólogos mejor pagado y más famoso de los Estados Unidos, en el programa «The Merv Griffin Show», para tres espectadores de ese programa de televisión. ¡Y esas lecturas, para tres personas diferentes, fueron aceptadas y evaluadas con el 100% de exactitud! Cuando se reveló el fraude y se anunció mi verdadero nombre, los tres oyentes interrumpieron la comunicación telefónica y probablemente sintieron ciertas dudas acerca de sus poderes de discriminación.

Una de las mencionadas lecturas de Omarr fue la siguiente:

Personas cercanas se han aprovechado de usted. Su sinceridad ha estado interponiéndose en su camino. Muchas oportunidades que se le presentaron en el pasado tuvieron que ser descartadas porque usted se negó a aprovecharse de los demás. A usted le gusta leer libros y artículos que eleven su pensamiento. De hecho, si ya no desempeña algún tipo de actividad de servicio personal, tendría que hacerlo. Tiene una capacidad de comprensión infinita respecto a los problemas de la gente y puede compadecerse de ella. Pero se muestra firme cuando hace frente a la obstinación y a la franca estupidez. El cumplimiento de la ley es otro campo por el que se siente inclinado. Su sentido de la justicia es muy fuerte.

¿Acaso mi lector se siente identificado con esta descripción? Si es así, otórgueme diez puntos.

Hace ya mucho años, cuando dos amigos míos de Montreal, Canadá, lanzaron un diario llamado Midnight, me solicitaron que escribiera para el mismo una columna astrológica. De haber tenido alguna noción de aquello en lo que se convertiría dicho

diario, hubiese salido corriendo dando gritos. En aquella época, estuve de acuerdo en intentarlo, viendo la oportunidad de llevar a cabo al mismo tiempo un excelente experimento. Compré una revista de astrología, escogí unas pocas páginas de pronósticos diarios al azar, los mezclé en un sombrero y los presenté de cualquier manera. Se imprimió con el nombre de «Zo-ran» en la parte superior de la columna.

Varias semanas más tarde observé desalentado cómo dos oficinistas examinaban atentamente en el bar de la esquina mi columna falsa en busca de sus pronósticos individuales. Chillaban con deleite al ver que su futuro se presentaba tan bien y en respuesta a mi pregunta respondieron que «Zo-ran» estuvo «muy acertado» la semana pasada. No me identifiqué como «Zo-ran», sólo tenía diecisiete años entonces y no tenía un aspecto muy erudito. La reacción por correo de la columna también resultó ser muy interesante y suficiente para que yo me diera cuenta de que mucha gente aceptaría y racionalizaría casi cualquier dictamen hecho por alguien al que creen una autoridad en el campo de los poderes místicos. En ese momento, «Zo-ran» colgó las tijeras y abandonó la actividad.

A menudo me pregunto qué habría sucedido si hubiese seguido adelante. El éxito en el mundo oculto puede llevar a posiciones de gran prestigio y poder. Cuando los nazis se apoderaron de Alemania, tal como señala Dusty Sklar en su libro *Gods and Beasts*, fueron ayudados por una creencia generalizada en los poderes ocultos, en el simbolismo y en la magia, así como en la astrología. La mitología se convirtió en algo más que simples historias y se descubrió que el destino de Alemania estaba escrito en las estrellas. Pero el dominio nazi necesitaba de numerosos artificios para construir su mayor obra de pseudociencia: la Leyenda Aria. Aunque el mito tenía que ser implantado en unas mentes que ya estaban preparadas para ello a través de numerosas estupideces que iban desde la astrología hasta las teorías de la tierra hueca, los nazis tenían que eliminar los «ismos» inferiores y las nociones que distraían al pueblo alemán de su doctrina unificadora. El conocido Reinhard Heydrich emitió una directiva que tendía a eliminar «las enseñanzas ocultistas que pretenden que las actuaciones y las misiones de los seres humanos estén sujetas a fuerzas mágicas». Mencionó a astrólogos, ocultistas, espiritistas, seguidores de teorías ocultas sobre rayos, adivinos, curadores por la fe, partidarios de la Ciencia Cristiana, antropósofos, teósofos y arisofistas. Todos debían ser objeto de una «purga». Uno se pregunta cuáles fueron las consecuencias de ello.

Pero mientras rechazaban la astrología y la magia, Hitler y sus lacayos mantenían de forma privada sus propios asesores ocultos. Uno de los más poderosos fue un astrólogo-mago llamado Steinschneider, que actuaba con el nombre de Erik Jan Hanussen. Predijo un gran éxito para el partido nazi, en un momento en que lo necesitaba. En efecto, el encanto personal de Hanussen y su afectada manera de expresarse fueron cuidadosamente estudiados por el Führer; reconocía una buena

artimaña en cuanto la veía. No le importó que Hanussen fuera judío. Sus predicciones fueron publicadas y ayudaron a la causa nazi.

Pero Hanussen fue más allá de lo razonable. No hay duda de que pudo haber sido el astrólogo de la corte a lo largo de todo el camino hacia el Armagedón final, del que las estrellas no pudieron prevenir a los nazis, pero en vísperas del famoso incendio del Reichstag, que es atribuido a los nazis, Hanussen tuvo una «visión» durante una sesión en su casa. En su estado de inspiración, vio un edificio en llamas. El espectacular incendio del día siguiente pareció confirmar su capacidad profética. Unas semanas más tarde se apoderaron de él en Berlín y lo condujeron a un bosque cercano donde las balas nazis pusieron fin a su carrera de adivino.

De hecho, la creencia en la astrología entre la jerarquía nazi era tan fuerte que las fuerzas aliadas emplearon a algunos astrólogos para que les dijeran cuándo los nazis creerían que las estrellas favorecerían varias empresas importantes. Sin embargo, esto resultó de poca utilidad. Los astrólogos están acostumbrados a decirle a la gente lo que ésta quiere escuchar y tienden a hablar de generalidades que pueden ser interpretadas de más de una manera. Esto no resultó de utilidad en el esfuerzo de la guerra.

Los esfuerzos científicos que se hicieron en un intento por legitimar la astrología terminaron en un rotundo fracaso. Además, son prohibitivamente caros y difíciles de realizar. Algunos intentos recientes para poner a prueba un «Efecto de Marte» mostraron que el Planeta Rojo no es más que eso y no una mágica influencia que nos alcanza a través del espacio para influenciar nuestras vidas. Se suponía que el Efecto de Marte sería confirmado durante las investigaciones respecto a la afirmación de que los atletas destacados posiblemente recibieran la influencia de ese planeta sobre su signo en el momento de nacer. Pruebas cuidadosas no lograron respaldar dichas afirmaciones, aun cuando se plantearon numerosas excusas irreales al respecto. Pero todavía se dedicó más dinero a proyectos similares. Numerosos patrocinadores de ese tipo de idioteces se mantienen a la expectativa.

Ese periódico de lo irracional, el *Psychic News*, anunció orgullosamente en abril de 1978 que Ingo Swann había probado ser un verdadero viajero cósmico como resultado de la aprobación de dos grandes luminarias del firmamento paranormal. Según el periódico, «los satélites confirmaron su viaje astral a los planetas», y citó al astronauta estadounidense Edgar Mitchell que habría dicho que Swann «describió cosas y dio detalles que no eran conocidos por los científicos hasta que los satélites Mariner 10 y Pioneer 10 volaron cerca de los planetas obteniendo dicha información». Para no ser menos, el astrónomo J. Allen Hynek se unió a la algarabía. «Swann no pudo haber adivinado o leído nada acerca de esos temas. Sus impresiones sobre Mercurio y Júpiter no pueden ser dejadas de lado», afirmó este hombre erudito.

Russell Targ y Harold Puthoff del SRI fueron los intrépidos científicos que

patrocinaron este excitante salto al espacio exterior como parte de su continua búsqueda de lo desconocido. Se realizó mucho antes del viaje de la nave espacial Mariner 10 más allá de Mercurio y de la exploración del Pioneer 10 más allá de Júpiter. Targ y Puthoff observaron notables similitudes entre el viaje de Swann y otro viaje patrocinado por ellos llevado a cabo por Harold Sherman. Hynek se sintió intrigado. Afirmó: «Me sentí fascinado por los descubrimientos sobre Júpiter del Pioneer 10 cuando los comparé con los de Swann. Sus impresiones sobre Júpiter, junto con su experiencia con Mercurio, sin ninguna duda requieren una mayor experimentación». Esta última declaración merece un análisis cuidadoso. Hynek se refiere a la estupidez de Swann acerca de Mercurio como «su experiencia»; aparentemente no tiene dudas de que Swann haya estado realmente allí. Se ha dado por sentado que así lo hizo. Y su última afirmación de la necesidad de nuevos experimentos tiende obviamente a obtener una mayor financiación de lo absurdo.

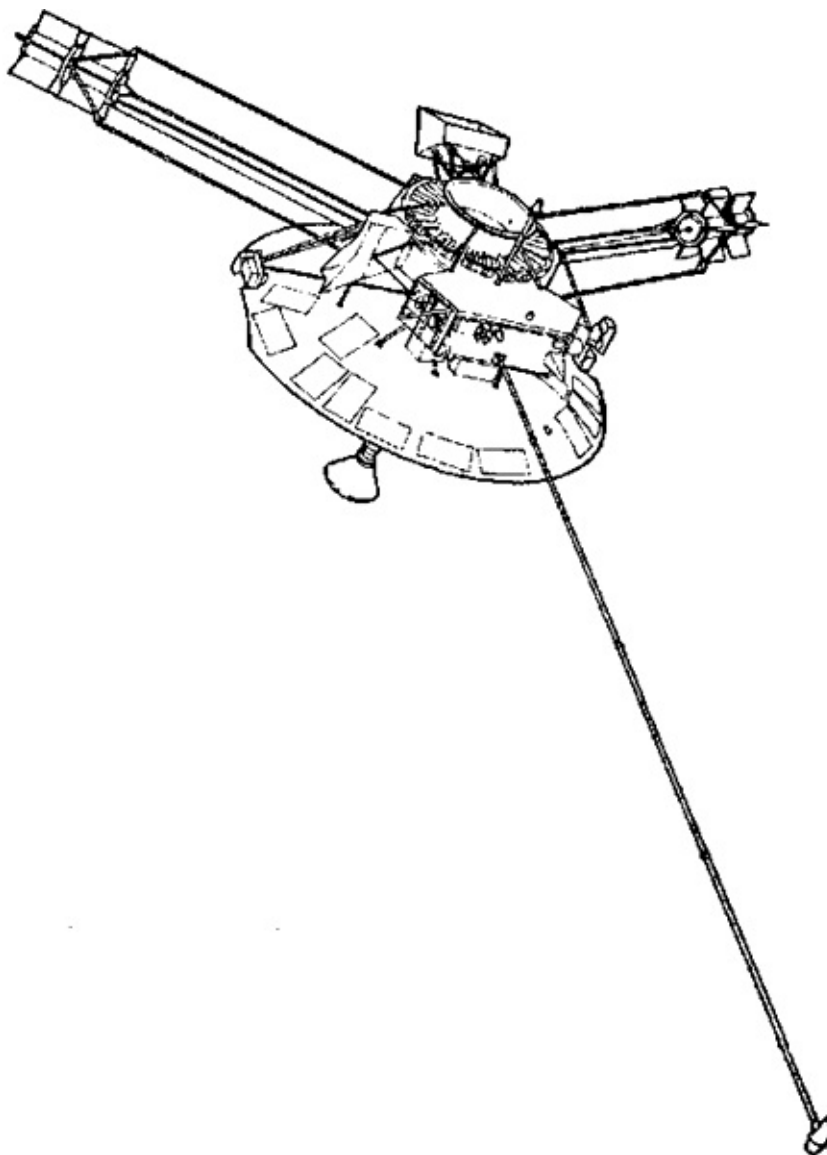
Pero veamos hasta qué punto resultan excitantes esas similitudes. A continuación encontraremos una lista de los «descubrimientos de Júpiter» de Sherman y de Swann comparados con lo que ha sido determinado por la ciencia verdadera.

AFIRMACIONES DE SWANN	DETERMINACIÓN CIENTÍFICA
Planeta a rayas	Verdadero
Capa de hidrógeno de 130.000 a 192.000 kilómetros	Verdadero
Color amarillo	Verdadero
Cristales brillantes en la atmósfera	Muy posible
Las rayas son bandas de cristales	Falso
Las rayas son como los anillos de Saturno; lo rodean	Falso
Los cristales reflejan ondas de radio	Probablemente no
Nubes enturbiadas de gas	Probable
Luz amarilla, arco iris	Probable
«Es líquido»	(¿Qué es líquido?)
Cubierto de nubes	Verdadero
La superficie tiene dunas de grandes cristales	Falso
Vientos tremendos	Verdadero
Horizonte de color naranja o rosa	Probable

Parte superior verde amarillento	No se sabe
Enorme cordillera de montañas	Falso
El sol parece blanco con una corona verdosa	(¿Desde dónde?)
El sol parece más pequeño	Obvio
Hay líquido en alguna parte	(?)
La superficie de arena es naranja	Falso
El viento arrastra cristales de arena por la superficie	Falso
Parece plano	Verdadero
Un hombre se hundiría en la superficie de arena	Falso
Hay tornados	Obvio
La superficie muestra un elevado porcentaje de infrarrojos	(¿Qué superficie?)
Bandas de cristales azulados en órbita en el ecuador	Falso
Área de líquido	Obvio
El líquido tiene icebergs	Falso
Hace más frío en el ecuador	Falso
La atmósfera es muy espesa	Obvio
Cadena de montañas de 9.000 metros de altura	Falso
El Pioneer 10 en colisión con una luna de Júpiter	Falso
Más grande que la Tierra (la luna)	Falso
Gran bola brillante que gira (la luna)	Verdadero
Rodeada por un remolino de gases (la luna)	Indicios, si los hay
Posee un brillo dorado (la luna)	Verdadero
Emite destellos como cristales (la luna)	(?)
Júpiter está a más de un millón de kilómetros de distancia (de la luna)	Falso
Los ojos no podrían soportar el brillo de Júpiter	Falso
Hay 17 lunas alrededor de Júpiter	Quizás

Algunas lunas están mucho más cerca de Júpiter	(¿Que qué?)
Las lunas fueron creadas por la acción volcánica sobre Júpiter	Falso
Hay muchos asteroides entre Marte y Júpiter	Verdadero
Algunos de esos asteroides poseen formas de vida inferiores o iguales a la nuestra	Muy poco probable
Júpiter sobresale en el medio	Verdadero
Júpiter es una masa gaseosa	Falso
Una miríada de colores como un espectáculo de fuegos artificiales	Falso
Una masa roja se mueve a través de Júpiter de «derecha» a «izquierda»	Falso
La masa roja es seguida por una nube	Falso
El interior de Júpiter es líquido o gaseoso	Verdadero (líquido)
Cristales de hielo	Muy posible
Las nubes cubren kilómetros de profundidad	Verdadero
Las nubes crean reflejos amarillos, rojos y verdes	Verdadero
Corteza roja amarronada en Júpiter	Falso
La corteza fundida al rojo vivo emite destellos	Falso
El Pioneer 10 encontrará fuerzas magnéticas muy poderosas	Verdadero
Encontrará vientos de una velocidad terrorífica	Falso
Encontrará gases venenosos	Falso
Una atmósfera densa y enrarecida	Obvio
Picos volcánicos	Falso
Conos que se elevan a muchos kilómetros de altura; valles cubiertos por cristales	Falso
Agua	Falso
Agua en estado sólido	Falso
Agua en estado gaseoso	Falso
El Pioneer 10 parece un proyectil con cabeza; objetos en los lados; romo	Falso

¿Y con este informe Targ y Puthoff se sintieron «complacidos»? Puthoff afirmó que existían «similitudes notables entre las dos narraciones». Nunca se le ocurrió pensar que durante el largo y divagante relato ofrecido por Sherman, éste había admitido que Swann le había visitado unas semanas antes de esta épica aventura, ¿para comparar intenciones, quizás? De ser así, lo pasaron por alto. Las «similitudes» enunciadas son las siguientes: cristales, brillo dorado, muchos colores, techo de nubes, atmósfera espesa, color naranja, picos montañosos, superficie al rojo vivo, cristales fríos, remolinos, vientos tremendos, agua. Notable, verdad, que dos hombres que son buenos amigos pudieran equivocarse en tantos «hechos». Y obsérvese que Targ y Puthoff no buscaban la verdad de las afirmaciones efectuadas por los dos hombres, sino las similitudes. Si los dos estuvieran equivocados en sus declaraciones, ¿resultaría eso significativo? En el maravilloso mundo de la parapsicología es muy probable que así sea.



Éste es el vehículo espacial Pioneer 10 «con forma de proyectil» visto por Sherman. NASA.

Cuando le pedí al científico y escritor Isaac Asimov su opinión acerca de las afirmaciones que resultaban de esos vuelos de fantasía, se mostró comprensiblemente molesto, no por el esfuerzo realizado para aclarar la confusión, sino por las vagas declaraciones que habían sido efectuadas. En síntesis, aquí tenemos un informe detallado de las revelaciones de los psíquicos Swann y Sherman cuando volaron a través del espacio para traernos las maravillas imaginadas del planeta Júpiter.

Verdadero, pero obtenible en libros de consulta	11
Verdadero, pero obvio	7
Verdadero, no obtenible en libros de consulta	1
Hecho probable	5
No comprobable debido a la falta de datos	9
Probablemente falso	2
Falso	30
Total	65

Siendo lo más caritativo posible y suponiendo lo mejor respecto a los poderes paranormales de Swann y Sherman, les podemos otorgar 24 sobre 65, o un 37% de «aciertos». Sus errores alcanzan por lo menos una cifra de 30 sobre 65, o el 46%. Y esta evaluación sólo se refiere al número de conjeturas y no a la calidad de la información. Errores tan groseros como los que señalan la existencia de picos montañosos de 9.000 metros de altura sobre el paisaje de Júpiter y de una corteza arenosa y derretida condenan los resultados más allá de toda redención.

Pero, ¿es realmente así? No sé lo que tiene que decir Sherman para retractarse, pero Swann se expresó hace poco de forma muy clara. En una conversación con Stewart Lamont, un realizador de la BBC, Swann opinó que después de todo no había ido a Júpiter. Viajar por medios astrales es tan rápido y vertiginoso, según él, que probablemente cayó en otro sistema solar, en el campo de gravedad de alguna estrella, y había descrito otro planeta ante los pasmados Hynek, Targ y Puthoff, y no Júpiter. De esta manera, tenemos una explicación para los errores y, de nuevo, todo es correcto en el País de las Maravillas.

¿Pero qué podemos decir acerca de la aceptación de los científicos de su descripción del planeta? Según Hynek, «las impresiones de Swann... no pueden ser dejadas de lado». Lo mejor del caso es que si Swann estuvo en otro sistema planetario, ¿dónde estuvo el pobre Sherman? ¿Acaso él lo sabe?

En los Estados Unidos tenemos la suerte de tener un excelente parachoques

contra la pseudociencia, así como un fascinante y bien informado entretenimiento televisivo: el programa «Nova». Se puede ver en la red de emisoras Public Broadcasting Service (PBS). Este programa es suficiente para que el público respalde los esfuerzos de la PBS. En Inglaterra, el programa es conocido con el nombre de «Horizon» y es el resultado del esfuerzo conjunto de WGBS/Boston y la BBC. No existe alianza mejor y más productiva en el negocio de las comunicaciones.

La exposición de «Nova/Horizon» de los «misterios» de Erich von Däniken fue típica del elevado nivel habitual del programa, que le ofreció al espectador una refutación amplia y autorizada de las afirmaciones de von Däniken. Pero al final del programa, cuando llegó el momento de abordar el «Misterio de Sirio», sus esfuerzos parecieron muy deficientes. Aunque se presentó suficiente información para demoler la teoría, no resultó definitiva y las conclusiones fueron muy débiles.

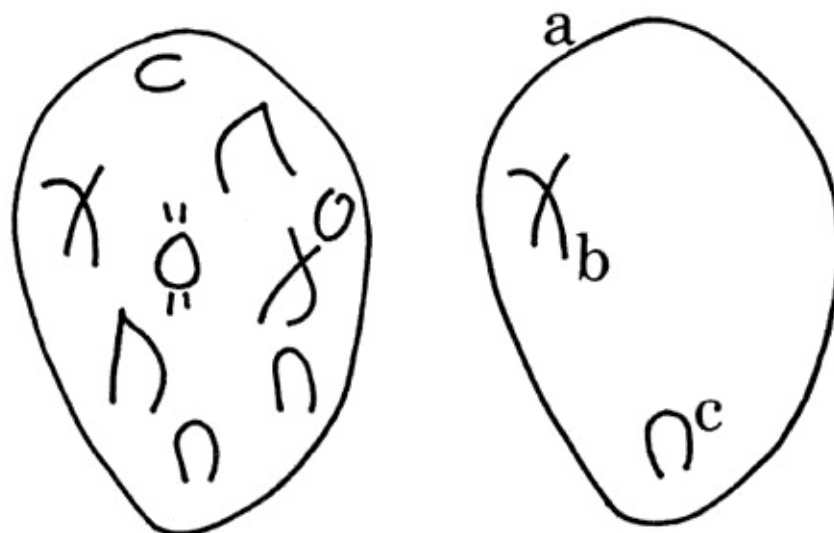
El tema fue expuesto por el escritor Robert Temple en su libro de 1976 *The Sirius Mystery*, que habla de la tribu dogon que vivía en el África occidental y de su conocimiento superior respecto a Sirio. Según Temple, los dogon conocían desde hacía mucho la existencia de la recientemente descubierta «estrella compañera», Sirio B (1862 es algo «reciente» en términos astronómicos), y de su órbita de cincuenta años alrededor de la estrella principal. La tecnología utilizada por los astrónomos modernos para determinar este hecho oscuro pero científicamente excitante era tan sofisticada que Temple argumentó que los dogon debían haber recibido asistencia extraterrestre para conocer estos hechos. La religión dogon (como la de los antiguos egipcios) se interesa particularmente en esa estrella, un objeto brillante y prominente en el cielo nocturno de esa tribu.

Los antropólogos llevaron a cabo profundos estudios del pueblo dogon de Malí. El hecho de comenzar el análisis de esta tribu con la imagen habitual de seres primitivos paseándose desnudos, que desafortunadamente aparece cuando se habla de una oscura tribu africana, resulta totalmente injustificado. Los dogon han sido expuestos a la «civilización» occidental desde finales del siglo XIX y es muy probable que un pueblo que, como el suyo, vive a lo largo de importantes rutas de viaje y de comercio haya entrado en contacto con europeos en numerosas ocasiones. De hecho, durante décadas, sus niños asistieron a una escuela local fundada por los franceses y recibieron educación universitaria en otra parte. La gente no tendría problema alguno en incorporar nuevos hechos a su religión y cosmogonía.

¿Pero los dogon realmente daban por sentado la existencia de Sirio B y estaban realmente enterados de su órbita de cincuenta años? Si desarrollaron la idea de una pequeña y densa «estrella compañera» y determinaron la duración de su órbita, esto debe atribuirse a una capacidad científica superior, a poderes psíquicos, a la asistencia extraterrestre o a la buena fortuna.

Hagamos referencia al libro de Temple. Uno de sus grandes descubrimientos es

una imagen de arena hecha por los dogon para explicar sus reivindicaciones. La órbita, tal como se observa en la imagen, presenta una forma general elíptica y dentro de esa curva se encuentran dos signos que supuestamente representan Sirio A y Sirio B. Pero cuando consultamos una fuente original —en este caso, un estudio de los antropólogos franceses Griaule y Dieterlen— encontramos un diagrama algo más complejo que contiene nueve signos. Ninguno de los nueve descansa sobre la circunferencia de la curva, tal como lo requeriría un diagrama orbital apropiadamente trazado, sino que se encuentran dentro de la elipse. ¿Y qué hay que decir de esa supuesta elipse? Predomina la forma de huevo y, en efecto, los dos científicos franceses nos dicen que los dogon la describen como «el huevo del mundo» y no como una órbita. Frecuentemente representan objetos míticos dentro de esa forma de huevo.



(Izquierda) El diagrama original de los dogon. (Derecha) La versión de Temple suprimida del diagrama de los dogon. Según Temple, «a» es la órbita/huevo, «b» es la estrella Sirio y «c» es su estrella compañera, Sirio B.

El diagrama de los dogon es indiscutiblemente simbólico por naturaleza; de ninguna manera pretende representar una realidad astronómica. Un símbolo representa una tercera estrella (el «sol de las mujeres») y otro la «estrella de las mujeres», que supuestamente tiene una órbita alrededor de la tercera estrella. «Sol» y «estrella» se refieren a diferentes entidades, ya que los dogon, a pesar de su supuesto contacto con los extraterrestres, no parecen saber que los términos se refieren a lo mismo.

La fe que tenían los dogon en las personas que los visitaron debe haberse difuminado de alguna manera al darse cuenta de que esa gente no conocía ni la duración de su «año estelar», para decirlo de algún modo. En efecto, los dogon afirman que es de sesenta años y no de cincuenta. Uno pensaría que unos viajeros que dominaban la astronáutica y eran capaces de viajar millones y millones de kilómetros

para aterrizar sobre la Tierra se mostrarían más precisos.

Resulta muy dudoso que los dogon tuvieran realmente antiguas leyendas que incluyesen un conocimiento sofisticado de las órbitas estelares. Aun si las tuvieran, sabemos que no obtuvieron dicha información de visitantes provenientes del espacio exterior. Existen muchos otros medios por los que la información acerca del doble sistema de estrellas de Sirio pudo haber caído en sus manos. El resto de su cosmogonía sólo puede explicarse por los medios utilizados por Temple: ignorándola como algo inconveniente y extraño.

Me hubiera gustado creer que los dogon conocían las maravillas astronómicas que estaban más allá de su propia capacidad para determinarlas. ¡Qué maravillosa historia para contar alrededor de una hoguera! Pero simplemente eso.

Hace muchos años, en un programa de radio, John Nebel y yo planeamos llevar a cabo un pequeño experimento. Aprovechamos su show radiofónico para conversar sobre los platillos volantes. Las líneas telefónicas estaban abiertas a los oyentes.

Describí, casi sin aliento, cómo esa misma noche había circulado en coche a través del área de Perth Amboy, Nueva Jersey, y había visto una formación en forma de V de objetos triangulares de color naranja que se movían en dirección norte. Dije no estar seguro de si había habido algún ruido a causa del estruendo del tráfico. De inmediato, el tablero de comunicaciones de la emisora de radio se iluminó como un árbol de Navidad electrónico y la secretaria de John comenzó a registrar informes de oyentes que también habían sido testigos de esa notable visión. Algunos incluso contaron sus historias en el aire. En media hora habíamos establecido el número exacto de triángulos y la velocidad, altura y dirección precisa de la formación, y habíamos descubierto que yo sólo había visto pasar una vez a los «platillos volantes» cuando en realidad habían pasado varias veces.

Recordando ahora ese episodio, pienso que el hecho de haber «revelado el secreto» en el mismo programa después de una hora de estar en el aire resultó poco afortunado. De otro modo, el mencionado avistamiento sin duda se habría incorporado a la numerosa literatura acerca de los «objetos volantes no identificados» y habría constituido uno de los casos indiscutibles citados por los creyentes. Por decirlo así, terminamos con el fraude compasivamente para mostrar a los oyentes qué fácil resultaba crear de la nada un fraude completo que podía ser apoyado y aumentado por conspiradores serviciales.

Puede decirse que la tontería de los OVNI comenzó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando algunos pilotos militares trajeron historias de lo que describieron como bolas de luz confusas que aparecían en las puntas de las alas y mantenían la velocidad de los aviones en vuelo. Hasta hoy, las opiniones acerca de este fenómeno son variadas. Se sugirió que podrían ser «rayos en forma de bola», «fuego de Santelmo» (una manifestación de electricidad estática vista a menudo en los barcos),

Venus y otros cuerpos celestes brillantes vistos a través de la neblina, además de otros varios efectos ópticos. No hay duda de que parte de la explicación reside en las ganas de algunos pilotos de compartir la experiencia diciendo pequeñas mentiras. De todos modos, difícilmente pueda ubicarse en la misma categoría que la más reciente y familiar manía de los OVNI.

Los franceses y los escandinavos informaron, sin producir mayor efecto, de ciertos objetos volantes no identificados a principios de 1940, pero hasta la aparición de un piloto privado llamado Kenneth Arnold, que relató haber visto una formación de aspecto metálico de discos «con forma de plato» sobre Mount Rainier, Washington, en 1947, el asunto únicamente constituía una mera curiosidad que sólo interesaba a unos pocos periodistas. Se creó el término «platillo volante» y pronto aparecieron fotografías, informes muy pulidos y entrevistas sobre el tema en los diarios y en la radio. Ese año, la Fuerza Aérea estadounidense recibió un total de 122 informes de avistamientos, cifra que aumentó considerablemente hasta 1952, el Año de la Gran Conmoción de los Platillos Volantes, cuando se informó acerca de un total de 1.501 avistamientos.

Lógicamente, algunos ciudadanos se sintieron perturbados. Era el período de la guerra fría y un pueblo nervioso exigió explicaciones. Las autoridades se negaron a hacer comentarios, limitándose a rechazar los informes como errores cometidos por observadores no cualificados. Eso no fue suficiente para los curiosos y cuando la Fuerza Aérea anunció en 1950 que el Proyecto Libro Azul estaba en marcha para estudiar oficialmente los informes OVNI, se produjo una gran expectativa acerca de las próximas revelaciones. Pero las conclusiones del estudio no fueron las esperadas.

En 1965, el año en que la Fuerza Aérea difundió un resumen de sus resultados, encontramos el siguiente detalle sobre los 887 avistamientos documentados:

Acontecimientos astronómicos: 245 (27,6%).

Aviones: 210 (23,7%).

Satélites: 152 (17,1%).

Fraudes, imaginación, etc.: 126 (14,2%).

Insuficiente información: 85 (9,6%).

Globos meteorológicos: 36 (4,1%).

(Información en proceso): 17 (1,9%).

No identificados: 16 (1,8%).

Obsérvese que menos del 2% del número total de los avistamientos no han sido identificados. Los creyentes pondrán de relieve esta cifra residual con gran orgullo y la calificarán como muy significativa. Pero una vez más se pasa por alto un factor importante. En un estudio estadístico, hay un punto en el que el «nivel de ruido»

penetra en el esquema. Para utilizar una analogía burda, su equipo de sonido tiene un nivel de ruido inherente —por ejemplo, el soplido del grabador— que siempre está presente cualquiera que sea el perfeccionamiento efectuado para suprimirlo. ¿Significa eso que no pueden obtenerse resultados excelentes? Por supuesto que no. Existen niveles mínimos establecidos para ese tipo de «ruido» —ya sea en el campo de la óptica, la radiación o las cifras reales— donde la proporción información-a-ruido es más que suficiente como para poder ignorar la cifra más pequeña. En la reproducción de sonido desde una cinta, uno simplemente no puede notar el ruido si es lo suficientemente bajo; en el asunto de los platillos volantes, el 1,8% constituye, sin duda, un nivel residual muy bajo.

Además, no debemos cometer el error de suponer que el 1,8% etiquetado como «no identificado» es «no identificable». Es muy posible que el 28% de ese 1,8% reciba finalmente una explicación de origen astronómico, un 24% resultará justificado por la presencia de aviones y así sucesivamente.

Ingresar en el negocio de los OVNI resulta muy fácil. Basta con llevar a cabo un pequeño estudio acerca del procedimiento para atraer a los medios y adoptar el estilo de los «expertos» en OVNI. Uno debe estar preparado para aceptarlo todo con facilidad, sin ningún esfuerzo por comprobar los hechos. Entonces las consiguientes historias maravillosas crecerán y se expandirán automáticamente a través de los medios. En efecto, la imperfección de los informes representa casi la única razón de la persistencia de la creencia en los OVNI. Una pequeña investigación desemboca en libros que resultan menos excitantes pero más objetivos que aquéllos escritos por John Godwin acerca del caso Mantell, que será analizado más adelante. Ya que el asunto de los OVNI ha sido tratado tan bien y de forma tan completa por otras personas, citaré a mis lectores dos libros: *The World of Flying Saucers* de Donald Menzel y Lyle Boyd, y *UFOs-Explained* de Philip J. Klass. Los recomiendo con énfasis.

La red de emisoras NBC-TV, con su infalible instinto por el mal gusto público y su completo abandono de la integridad en dos docenas de programas titulados «Proyecto OVNI», se concentró en varios informes no relacionados entre sí acerca de OVNI, presentándolos como casos afines que se convalidaban entre sí. La serie también creó naves espaciales con todos los detalles, que producían un sonido rugidor sobre la base de «una luz brillante en el cielo», y puso en boca de conocidos actores un colorido diálogo, todo, por supuesto, con el fin de dramatizar la situación. Se afirmaba que la serie se había «inspirado» en el Proyecto Libro Azul y, efectivamente, sólo fue utilizada la «inspiración» más tosca. Cualquier semejanza entre el acontecimiento mencionado y la posterior representación en televisión fue un accidente que la NBC no permitió que ocurriera con mucha frecuencia.

En los créditos del programa, los espectadores podían observar una imagen con el

escudo oficial de la Fuerza Aérea estadounidense. Esto resultaba tan impactante como un sello oficial de aprobación del gobierno estadounidense, o así parecía. Sobreimpreso sobre el mismo aparecía una declaración que señalaba la aparente conclusión del estudio de la Fuerza Aérea: «La Fuerza Aérea de los Estados Unidos, después de 22 años de investigación, concluyó que ninguno de los objetos volantes no identificados, señalados y evaluados, planteaba una amenaza para nuestra seguridad nacional».

Como experimento, solicito al lector que consiga algún instrumento para la medición de segundos —un reloj común será suficiente— y retroceda hasta la declaración antes citada. Léala lo más rápido posible y anote el tiempo empleado. A mí me lleva un mínimo de 4 segundos para hacerlo. Pero a través de una medición real, podía observarse que la NBC colocaba esa declaración ante los espectadores, sobreimpresa con un diseño confuso, durante apenas 2,4 segundos. ¿Por qué? Porque era fundamental evitar las críticas basadas en el fracaso que significaba presentar semejante conclusión. Además, esta concesión simbólica a la verdad transmitía al espectador menos de una tercera parte del contenido de la conclusión alcanzada por la Fuerza Aérea de los EE.UU.

Supongamos que algún espectador haya sido capaz de leer la declaración final. La impresión creada es que los OVNI's pudieron haber sido extraterrestres, pero que ninguno de ellos era peligroso. Los creyentes podían relajarse con tranquilidad una vez conocida la verdad. Pero la conclusión real, tal como fue presentada en el Proyecto Libro Azul (la fuente de la serie de la NBC) es la siguiente:

En fecha de hoy, las firmes conclusiones del Proyecto Libro Azul son las siguientes:

1. Los objetos volantes no identificados señalados, investigados y evaluados por la Fuerza Aérea no dieron nunca indicio alguno de ser una amenaza para nuestra seguridad nacional.
2. No ha habido ninguna prueba presentada ante la Fuerza Aérea o descubierta por la misma que indique que los avistamientos clasificados como no identificados representen adelantos o principios tecnológicos que estén más allá del conocimiento científico actual.
3. No ha habido ninguna prueba que indique que los avistamientos clasificados como no identificados correspondan a vehículos extraterrestres.

Estas son las conclusiones del Libro Azul, fáciles de entender y de leer. Es algo

diferente de lo que le dijo la NBC-TV a su audiencia.

Pero examinemos algunos de los avistamientos estudiados por la USAF. Uno de los más difundidos fue el caso Mantell, un suceso en el que se perdió una vida, lo que atrajo la atención internacional. Ocurrió el 7 de enero de 1948, en la Godman Air Base, Kentucky. A las 14,30 horas, el coronel Guy Hix, comandante de la base, recibió la noticia de que un objeto largo y con forma de cono podía observarse en el cielo. Solicitó que cuatro aviones de persecución P-51, que ya estaban en el aire, investigaran el asunto. Dos de ellos regresaron rápidamente y los otros dos continuaron hacia el destino original, pero el avión líder, pilotado por el capitán Thomas Mantell, informó de que iba a seguir aquel objeto más allá de los 4.500 metros. A pesar de no tener un equipo de oxígeno en su avión para posibilitar dicha persecución, Mantell trató de alcanzar una altura de 6.000 metros y se desmayó. Perdió el control del avión y éste se estrelló. Mantell había mostrado signos de gran excitación —casi de histeria— durante la persecución, y la prensa informó de que su muerte había sido causada por el OVNI.

En el libro *This Baffling World*, de John Godwin, podemos leer que «vieron un enorme objeto metálico flotando sobre la pista. Tenía la forma de un disco y la parte superior, que tenía forma de cono, brillaba con un color amarillo carmesí». ¿En serio? Bueno, no puedo depender mucho del señor Godwin para un informe cuidadoso. En primer lugar, sitúa el acontecimiento unos seis meses más tarde y escribe mal el nombre de la base, a la que llama Goodman. También cita al general John Samford en una conferencia de prensa convocada por el Departamento de Defensa, haciéndole decir que los OVNI «parecían tener un poder ilimitado —eso significa un poder con límites tan elevados que teóricamente son ilimitados— que no podemos entender». Este es otro ejemplo de la actividad favorita del periodismo sensacionalista, es decir, la cita fuera de contexto. No se menciona que Samford, Jefe de Inteligencia de la USAF, hacía referencia a las afirmaciones efectuadas por los chiflados de los platillos volantes, y que éste había dicho que las investigaciones intensivas no habían «revelado la existencia de algún objeto volante concreto, excepto en el caso de informes surgidos del avistamiento por parte de un observador, un avión o un misil estadounidense, tomándolo por algo diferente». *Caveat legens*.

¿Parezco demasiado escrupuloso? No tanto. Godwin escribió que el coronel Hix había enviado una formación de tres (y no cuatro) aviones F-51 (no P-51), cuando en realidad simplemente le había pedido a la formación —que ya estaba en el área en una misión que se dirigía desde la Base Aérea Marietta, en Georgia, a Louisville— que investigara el asunto. Los aviones no llevaban un equipo de oxígeno porque se trataba de una misión de rutina. Además, como un avión estaba volando con un nivel peligrosamente bajo de combustible, puede suponerse que los otros, incluyendo el de Mantell, se encontraban en la misma situación. Esas omisiones y esos errores hacen

que los avistamientos de OVNI resulten casi imposibles de investigar a menos que se puedan consultar las fuentes originales. Godwin sin duda estaba en condiciones de hacerlo, pero no lo hizo.

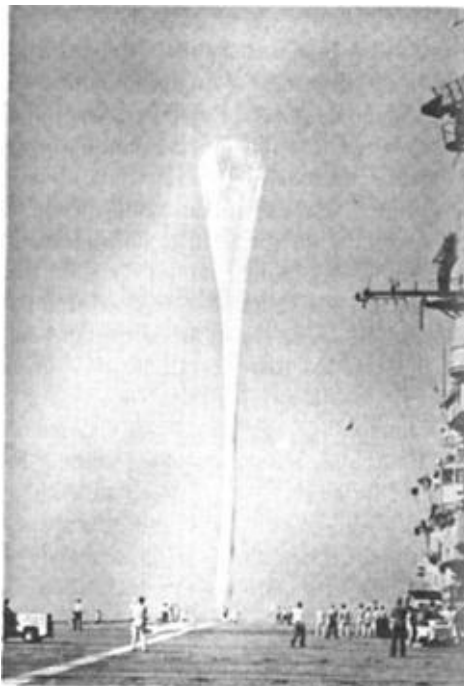
¿Qué era el OVNI en este caso? La mayoría de los libros sobre el tema no lo explican, pero el New York Times del 9 de enero contó casi toda la historia. Otros dos pilotos, Garrett y Crenshaw «dijeron haber perseguido un objeto volante que tomaron por un globo». Según el Times, «astrónomos de la Universidad de Vanderbilt, Nashville, Tennessee, informaron de haber visto cierto objeto en el cielo ayer por la tarde, que consideraron que era un globo, pero la Oficina Meteorológica de Nashville afirmó que no tenía noticias de globo alguno en ese lugar. Mientras tanto, en el sur de Ohio, algunos observadores informaron de haber visto un cono rojo llameante cerca de una base del ejército en Wilmington».

Lo que ninguna de las partes sabía, y lo sabrían varios años más adelante, era que la Marina estaba experimentando en esa época (en realidad, desde 1947) con lo que luego se conoció como el proyecto Skyhook. Se trataba de una serie de experimentos con globos de gran altura que investigarían la atmósfera superior y que llevarían a cabo un reconocimiento fotográfico secreto detrás del Telón de Acero. Estos globos alcanzaron un diámetro de algo más de 50 metros y una altura de 36.000 metros, mucho más que cualquier avión de la época. En alturas más bajas, los globos adoptaban la forma de una esfera con un largo cono colgante que se parecía al cono alargado de un helado de cucurucho. La descripción en el Times se ajustaba muy bien a esas características de los globos.

La Fuerza Aérea, a través de un portavoz, señaló a los curiosos que Mantell había estado persiguiendo el planeta Venus. No parece muy posible. Efectivamente, Venus estaba allí, pero durante la tarde es muy difícil verlo, y en esa época no se encontraba en una de sus fases más brillantes. Cero puntos para la Fuerza Aérea por ese error. Los creyentes en los OVNI nunca dejaron de citarlo.

Dado que las estaciones meteorológicas del área negaron haber lanzado un globo en esa época, los entusiastas nos dijeron que no podíamos usar eso como explicación. Consultando al personal de Investigación Naval, no podemos determinar (los registros simplemente ya no existen) si había en el aire un globo Skyhook en esa época. Pero dado que algunos pilotos, los astrónomos de Vanderbilt y otras personas vieron el objeto y lo describieron como un globo, es muy probable que sólo haya sido eso. Se sabía que los Skyhooks podían permanecer en el aire hasta 180 días, errando a través de grandes distancias, y la descripción se ajusta tan bien al Skyhook que sería sorprendente que el OVNI no haya sido uno de esos globos. El rumbo que podemos determinar para el OVNI se ajusta bien al rumbo que podría haber tomado un globo ese día, teniendo en cuenta los vientos que prevalecían entonces. Posteriores avistamientos de globos respaldan esta conclusión, ya que la misma secuencia de

acontecimientos se produjo después de que las pruebas del Skyhook se conocieran públicamente; pero cuando los pilotos que habían perseguido esos globos regresaron a su base, sus informes no se referían a OVNI sino a dispositivos meteorológicos totalmente comunes. Y ninguno de ellos murió persiguiendo un fuego fatuo.



Thomas Mantell persiguió uno de estos globos, creyendo que era un OVNI. Aquí vemos cómo se prepara un Skyhook a bordo del USS Valley Forge. Obsérvese lo acertado de la descripción del globo como «un cono parecido a un helado». Marina de los EE.UU.

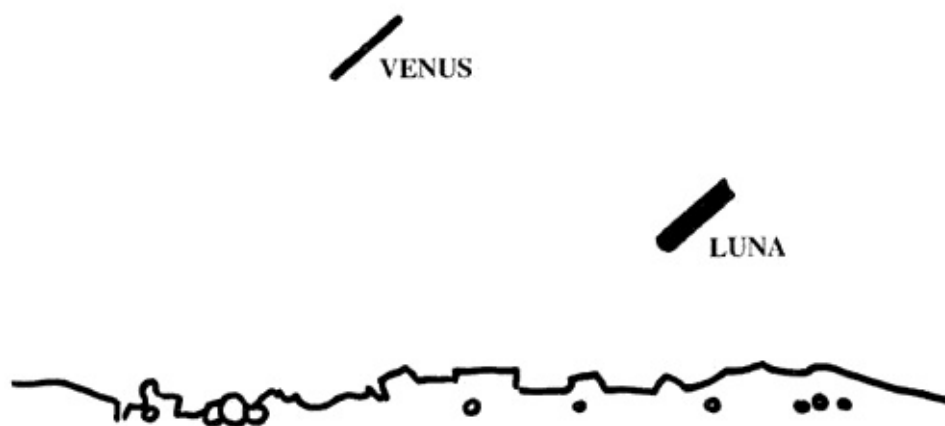
Para completar la falsedad que invadió el episodio de Mantell, deberíamos ver brevemente lo que hizo con él el programa «Proyecto OVNI» de la NBC-TV, producido por el actor Jack Webb. No sorprende que hayan exagerado los hechos del caso para crear un programa más excitante. Mientras lea el detalle que sigue, recuerde su declaración oficial: «Este programa es una dramatización inspirada en informes oficiales de las investigaciones gubernamentales respecto a avistamientos de objetos volantes no identificados guardados en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos».

1. La NBC afirmó que Mantell fue presionado para perseguir el OVNI. No fue así.
2. La NBC afirmó que Mantell alcanzó velocidades supersónicas para perseguir el OVNI. No lo hizo y no podía hacerlo.
3. La NBC mostró a Mantell en un caza supersónico. No pilotaba un avión a reacción.
4. La NBC afirmó que había alcanzado 18.000 metros. No lo hizo.

5. La NBC afirmó que se había estrellado a una velocidad de 1,5 Mach. No fue así.
6. La NBC mostró a Mantell usando oxígeno en el avión. No lo hizo; no tenía.
7. La NBC afirmó que Mantell avistó el OVNI en el radar. No fue así; no tenía radar.
8. La NBC afirmó que los restos del avión estaban esparcidos a lo largo de varios kilómetros. No fue así. Se esparcieron dentro de un radio más pequeño.
9. La NBC mostró cómo los restos se incendiaban con el impacto. No se incendiaron.
10. La NBC afirmó que la Fuerza Aérea considera un 30% de los avistamientos de OVNI «sin explicación». Es una cifra que supera cinco veces la de la Fuerza Aérea.

Con este programa, la NBC-TV mantuvo intacta su reputación de distorsionar, falsear y exagerar los hechos.

En el libro de Godwin podemos leer el caso de un maravilloso avistamiento que tuvo lugar la noche del 16 de marzo de 1966. El agente David Fitzpatrick fotografió «dos extraños objetos en el cielo» al sudeste de Ann Arbor, Michigan. Utilizó una «cámara subminiatura» para fotografiar los «objetos volantes». Bien, todo parece muy bonito y la fotografía es algo impactante, hasta que uno estudia detalladamente la cuestión, como tendría que haberlo hecho Godwin antes de escribir algo acerca de esa historia. Cuando vi por primera vez la fotografía, supe enseguida qué era. La forma del objeto inferior correspondía a la luna y era probable que el otro objeto fuera o bien Venus o una estrella brillante. Dennis Rawlins, un astrónomo cuya especialidad es la astronomía de posición, colocó los datos en su ordenador y llegó a unas interesantes conclusiones. En primer lugar, la fotografía había sido sacada con una exposición prolongada de 11 minutos y tuvo que haber sido tomada con un trípode. Mostraba la luna y Venus exactamente donde tendrían que haber estado el 17 de marzo y no el 16 de ese mes. El obturador se abrió a las 5,45 horas, hora oficial del este, y se cerró a las 5,5 horas. La luna se encontraba a cuatro días de la fase de la Luna Nueva y el ángulo de recorrido era de 38 grados hacia el horizonte. El ángulo del planeta Venus es de 41 grados, según la predicción del ordenador. En una hora, el sol saldría por la izquierda de la imagen. La separación de los dos objetos mostrados es de 10 grados 31 minutos, y el más grande precede al más pequeño por 18,5 minutos, una vez más según la predicción del ordenador. ¿Existe alguna duda de que el agente fotografió la luna y Venus y que vendió la fotografía a los diarios como una imagen de dos OVNI?

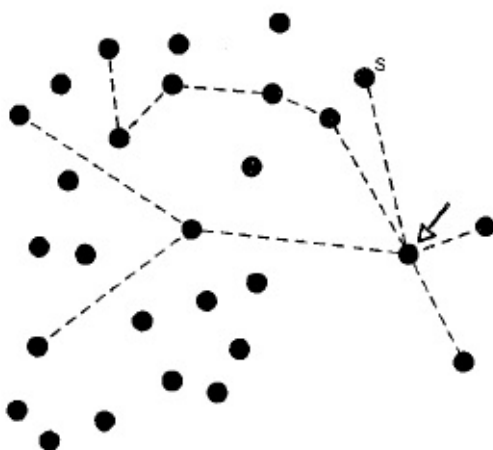


Dibujo basado en la fotografía que muestra «dos OVNI volando a través del cielo en la noche del 16 de marzo de 1966». Error. Se trata del planeta Venus y la luna en la mañana del 17 de marzo.

Pero John Godwin no necesitaba recurrir a la habilidad de Rawlins o al uso de un ordenador para descubrir la verdadera naturaleza de la fotografía. Todo lo que necesitaba hacer era visitar una biblioteca y consultar el *New York Times*. En la noche del 25 de marzo, una historia de Associated Press señalaba que 1) Fitzpatrick usó un trípode; 2) la exposición había durado entre 12 y 20 minutos; 3) la fotografía fue tomada a las 5,30 horas, y 4) Fitzpatrick y el sargento Schneider habían estado observando los objetos durante tres horas. ¿Podemos realmente llegar a creer que esos dos hombres no reconocieron una luna creciente en el cielo de la mañana? El *Times* también difundió la noticia en la que el mismo doctor J. Allen Hynek declaró que la fotografía era una falsificación. Sin embargo, ninguna de esas informaciones trascendió en el libro de Godwin. Habría arruinado un buen cuento de ficción.

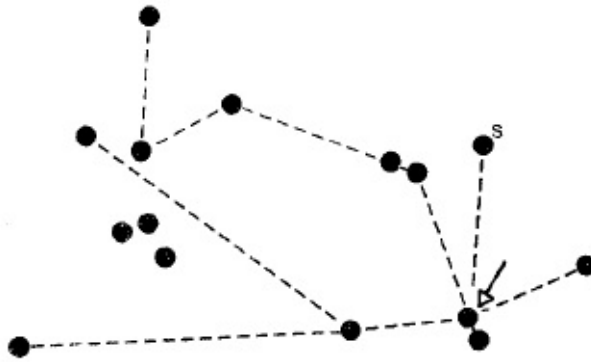
Los «contactados» —aquellos que experimentaron verdaderos «encuentros cercanos de tercer orden»— son los más alabados por los devotos de los OVNI. El *National Enquirer* los adora y exagera sus relatos con regocijo. Una de las personas más solicitada fue Betty Hill, quien declaró en 1961 que mientras circulaba en coche con su marido por New Hampshire, ella y el señor Hill fueron llevados a bordo de un platillo volante y soportaron varios oprobios que recordó mucho después de haber informado acerca del incidente. Sus afirmaciones se convirtieron en una *cause célèbre* entre los chiflados de los OVNI. Fueron inmortalizadas en el libro de John Fuller *Incident at Exeter*. Fuller nos ha ofrecido otros relatos pseudocientíficos de suspense, como *Arigo, Surgeon of the Rusty Knife*, y la epopeya de Geller, *My Story*. Abordaré principalmente la afirmación de la señora Hill relacionada con el «mapa estelar», pero deberían saber que cierto doctor Simon, que procedió a hipnotizarla, dijo después: «Fue un sueño. El rapto no ocurrió». A pesar de esta declaración, los creyentes y la prensa describieron al doctor como alguien que respaldó con énfasis las

afirmaciones de Hill. Parece evidente, conforme a la investigación llevada a cabo por Robert Sheaffer, un conocido investigador de los OVNI, que la señora Hill vio el planeta Júpiter, le dijo a su marido que era un OVNI y luego imaginó que había sido llevada a bordo y que le habían hecho olvidar la experiencia que recordó después de un sueño repetitivo sobre el supuesto acontecimiento. En pleno florecimiento de su historia, Betty Hill fue repentinamente capaz de recordar —tres años después del suceso— que había visto un mapa de navegación en la sala de control del OVNI, que lo dibujó para la posteridad. Ese mapa es uno de los tantos que supuestamente respaldan las afirmaciones de Hill.

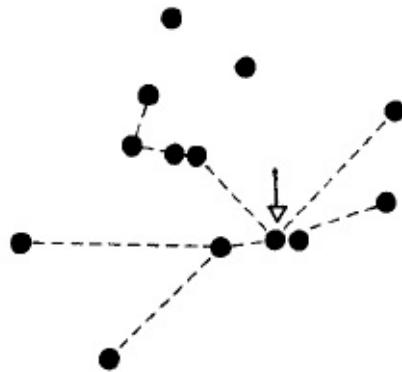


Dibujo de Betty Hill del mapa de navegación estelar de los extraterrestres, donde se indican las «rutas comerciales». La «S» se refiere al sol; la flecha señala la estrella de donde provienen los extraterrestres.

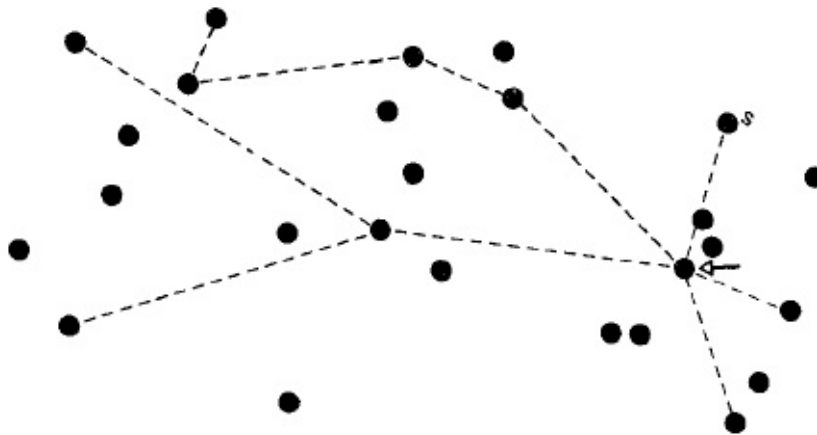
Lo primero que me hizo sospechar, como astrónomo aficionado, es que su mapa se parece más a un diseño de papel para paredes que a un mapa estelar. Las estrellas no están tan uniformemente distribuidas en el espacio. Marcó algunas «rutas comerciales» del mundo alienígena y en ellas reside un buen motivo para algunas de las posteriores aceptaciones del mapa. Marjorie Fish, que trabaja actualmente en el Oak Ridge National Laboratory de Tennessee, trató de ajustar el mapa de Hill a la realidad y creyó alcanzar el éxito cuando ordenó de nuevo el punto de vista y volvió a dibujar una sección de la constelación conocida como Reticulum (la Red) para lograrlo. A primera vista, parece haber una correspondencia general. También existe cierta correspondencia con un tercer mapa, el de la constelación de Pegasus, entregado por Betty Hill al New York Times. Lo adoptó de inmediato y mostró la correspondencia con su mapa. Pero mi fina mano también se encuentra presente, ya que incluido en el cuarto mapa se encuentra el mapa del área de Leo/Cáncer que aparece unas páginas atrás. También en éste resulta posible hacer una buena equiparación, ciertamente tan buena como la de Piscis. ¡De hecho, mejor aún!



Una sección de la constelación Reticulum, reorientada y dibujada por Marjorie Fish, con el agregado de las «rutas comerciales» de Hill.



La constelación Pegasus tal como aparece en un mapa estelar normal, con el agregado de las «rutas comerciales» de Hill.



¿Puede este mapa equipararse con el mapa de Hill? Si es así, entonces cualquier cosa puede ajustarse al mismo. Por conveniencia, elegí el mapa de Leo/Cáncer que aparece en la página 66, con el agregado de las «rutas comerciales» de Hill.

Pero el toque final para esta terrible prueba aparece cuando, tal como sugieren Carl Sagan, Robert Sheaffer y Steven Soter, eliminamos todas las «rutas comerciales» y vemos que no hay esperanzas de encontrar correspondencias si las líneas no están presentes. Tenemos aquí otro caso de intento de encajar los hechos en una teoría. Se trata de una ilusión y el resultado es la creación de otro mito que resulta casi imposible negar. Los periódicos siguen publicando la historia de forma exaltada, en

especial ahora que Betty Hill afirma que ve platillos volantes, prácticamente todas las noches, sobre la ladera de una colina, cerca de su casa de New Hampshire. No escasean los admiradores que la acompañan al lugar sagrado para proferir todo tipo de exclamaciones ante cada meteorito que resplandece y para ver con ojo crítico cada avión que pasa. Y nuevas historias como la de Betty Hill nacen cada vez que alguien mira hacia el cielo en la noche y ve cualquier cosa que no había observado antes. Cuando ese tipo de gente elige convertirse en una celebridad de la noche a la mañana, la prensa sensacionalista se muestra feliz de ayudarlos y encubrirlos.



Los mismos cuatro mapas sin las líneas de las «rutas comerciales». Obsérvese que todas las similitudes han desaparecido.

¿Acaso existen otras personas de mayor reputación en el campo de los OVNI que hagan referencia a ese tipo de prodigios? ¿Existen otros casos más convincentes que el asunto de Mantell? Por supuesto que sí, y son los casos que llenan los libros

que fomentan el mito. Para citar algunos disparates típicos que subyugaron recientemente a las mentes sin criterio, me referiré a la ficción inmadura de los libros *Aliens from Space* de Donald Keyhoe y *The Edge of Reality* del doctor Jacques Vallee y el doctor Allen Hynek.

Keyhoe preside una gran organización OVNI en los Estados Unidos. En su libro cuenta un episodio que dice haber tenido lugar el 1 de julio de 1954. Un OVNI fue detectado en los cielos del Estado de Nueva York por los operadores de la Base Griffiss de la Fuerza Aérea. Entonces enviaron un avión a reacción Starfire F-94. El piloto persiguió el OVNI, al que siguió en su radar de vuelo, que controlaba su compañero. Vio «una máquina brillante con forma de disco» y «comenzó a acercarse». De repente, en el momento en que se estaba acercando, un calor sofocante llenó la cabina del piloto y éste, «aturdido», oprimió el botón expulsor. Mientras descendía con el paracaídas, observó cómo el avión se estrellaba en un pueblo. El accidente causó cuatro muertos y cinco heridos. Nos enteramos de que el piloto informó más tarde de que había sentido un efecto secundario de «ofuscamiento» que no podía explicar. Los médicos de la base aérea afirmaron que el piloto reaccionó ante la escena del avión estrellándose en el pueblo. Keyhoe afirma que tenía entendido que los dos pilotos parecían «realmente amordazados» cuando intentaron ponerse en contacto con las familias de las personas muertas y heridas en el accidente. Y se agrega un nota ominosa: «Incluso hoy, el informe de la Fuerza Aérea acerca del accidente de Walesville sigue sepultado, clasificado como SECRETO». Pero qué tranquilizadora es la siguiente observación de Keyhoe: «Varios investigadores creen que este caso indica que los extraterrestres no son hostiles. No hubo ningún intento de lastimar a los pilotos después de que hubiesen saltado en paracaídas». Según parece, todo lo que hacen los amistosos extraterrestres es incendiar un avión sobre un pueblo, que deja una huella de destrucción y muerte.

El libro de Vallee-Hynek también analiza este caso. Vallee, un francés aficionado a los OVNI, desempeñó un papel en *Encuentros en la tercera fase*, una película cuyo título fue inventado por el doctor Hynek, ex astrónomo de gran fama que comenzó siendo un no creyente y que luego se sintió cautivado por las numerosísimas historias. Hynek es hoy en día uno de los principales partidarios de los OVNI. Este constantemente se ha negado a discutir con el escéptico Philip J. Klass, ya sea en televisión o en persona, con el fin de descubrir la verdad acerca de los platillos volantes. Cuando ofrece conferencias sin nadie que le replique, es un orador preciso. Nunca podremos descubrir cómo se desenvolvería si tuviese delante un oponente bien informado en el tema.

¿Y qué dicen Vallee y Hynek en su libro acerca de este subyugante caso? Presentan un relato aún más sorprendente. Cuando Hynek le cuenta a Vallee que el accidente fue atribuido a un «desperfecto mecánico», éste, airado por esa explicación

mundana, informa de que ese desperfecto fue «causado por un OVNI». Dos aviones a reacción fueron enviados para localizar el OVNI, uno de ellos lo vio y luego apareció la «ola de calor» que hizo que los dos pilotos saltaran del avión. Al día siguiente, el New York Times difundió una fotografía del pueblo en llamas.

Phil Klass y Robert Sheaffer, que se molestaron en escribir unas cartas y en hacer un par de llamadas telefónicas, hacen los siguientes comentarios acerca de este acontecimiento. En primer lugar, no era el 1 de julio, tal como afirmó Keyhoe, sino el 2 de julio. Aquel objeto «desconocido» fue identificado como un avión amistoso — una aeronave de carga C-47 que se dirigía a Griffiss y no un OVNI. Había dos aviones a reacción Starfire en el aire en misión de entrenamiento, una actividad rutinaria en Griffiss. El piloto del F-94 dijo que cuando estaban comenzando a descender se encendió un luz de advertencia de incendio y entonces descubrió que en el motor se había prendido fuego. El calor era intenso y el piloto y su compañero saltaron debido a la emergencia y la baja altura. El avión se estrelló a varios kilómetros de distancia.

¿Cómo sabemos estos hechos? La Fuerza Aérea de los EE.UU. emitió un memorándum perfectamente claro después del acontecimiento. No está clasificado como SECRETO. Ni siquiera tiene algún tipo de clasificación. Cualquiera puede obtener una copia de dicho informe. Una carta explicativa afirma que «no se hace mención a ningún OVNI en el informe del accidente». La razón es obvia: la Fuerza Aérea trató este accidente como cualquier otro. No hubo ningún extraterrestre misterioso, ninguna fuerza inexplicable, nada excepto un avión que sufrió un desperfecto y se estrelló. Y contrariamente a la exagerada afirmación de Vallee en el sentido de que el New York Times distribuyó «una fotografía del pueblo en llamas», encontramos en realidad una fotografía que muestra una casa en llamas y un titular que explica que dos casas y un coche fueron destruidos.

Aquellos que se adhieren a la causa de los OVNI, al no ver nada extraordinario en el accidente, convirtieron rápidamente el suceso en un incidente con OVNI. Todo lo que hacía falta era la invención de unos pocos detalles, la exageración de otros y una negligencia explícita respecto a los hechos pertinentes. Así se crean los «incidentes» de OVNI y surgen los «expertos» en OVNI. También venden muchos libros.

El doctor J. Allen Hynek se interroga melancólicamente: «Me pregunto cuáles son nuestras posibilidades de obtener más detalles en un caso como éste». Son muy buenas, doctor, muy buenas. ¡Tan buenas como las posibilidades de que se lleve a cabo algún tipo de comprobación respecto a un caso de contacto con un OVNI que tuvo lugar en Holanda, basado aparentemente en las declaraciones aisladas efectuadas por un solo testigo sin que ninguna de ellas haya sido verificada! ¿Acaso se hicieron preguntas o intentos para convalidar los datos, o se aplicaron las normas usuales

relacionadas con la investigación OVNI?

En el libro que escribió con Vallee, *The Edge of Reality*, Hynek incluyó orgullosamente a los astronautas en la lista de las personas que habían avistado un OVNI. Un total de dieciséis observaciones fueron catalogadas en el libro. Pero cuando Hynek visitó la NASA en julio de 1976, recibió información de los hechos que había detrás de esos «avistamientos». Quizás la atmósfera de las instalaciones de una verdadera organización científica produjo algún efecto en él, ya que de forma privada (nunca públicamente) desautorizó los informes, declarando que Vallee era el que había insistido en su inclusión, y no él, y que la lista fue introducida en el libro simplemente para generar interés y debate. Los lectores, como dijo a sus colegas, no tenían derecho a suponer que los avistamientos habían sido comprobados por el hecho de figurar en el libro. Si es así, quizás tengamos que insistir en que todos los relatos sean calificados de ahora en adelante como «verdaderos» y «falsos».

Robert Sheaffer, un crítico muy activo y valioso de estas falsas afirmaciones, se muestra justamente indignado acerca de este asunto, entre muchos otros. «El hombre responsable de la “Lista de los astronautas que habían avistado un OVNI”, George Fawcett, admitió en un debate conmigo en 1978 que la lista era errónea en un 99%», afirmó Sheaffer. «Hynek nunca se molestó en comprobarla. Le contó a un colega o dos la información que había descubierto en la NASA, pero todavía tiene que rectificar públicamente. ¡Sigue afirmando que los astronautas vieron los OVNIS! Este tipo de falsedades se produce una y otra vez». Según parece, todo informe es exagerado, «pulido», publicado y aceptado por las principales autoridades en la materia, sin llevar a cabo ningún intento serio para verificar los hechos. ¿Es una sorpresa que los verdaderos científicos levanten los brazos con desesperación cuando se les insta a realizar algún comentario sobre estos incidentes?

Hynek también debe responder acerca de su afirmación, en *The Edge of Reality*, sobre una fotografía de dos objetos ovales y brillantes, suspendidos en la oscuridad del espacio, fuera de la nave espacial estadounidense Gemini 7. Estos fueron fotografiados por los astronautas Borman y Lovell y comprados con avidez por los diarios como platillos volantes genuinos, aparentemente sin llevar a cabo ningún intento de descubrir la verdad acerca de las afirmaciones en el sentido de que se trataba de vehículos operados por extraterrestres. Pero James Oberg, un prominente investigador OVNI, resolvió fácilmente el misterio y lo expuso en *The Skeptical Inquirer*. Oberg escribió: «Esa famosa fotografía es una falsificación flagrante, en la que los reflejos de luz fuera de la proa de la nave espacial han sido hechos para que pareciera un OVNI, borrando con un aerógrafo la estructura del vehículo que aparecía a su alrededor. Veredicto: fraude».



La fotografía de la NASA antes de ser retocada. Las manchas brillantes son toques de luz sobre la nave Gemini 7, que aparece aquí como una sombra oscura.



La fotografía de la NASA después de haber sido retocada para ocultar la sombra de la nave Gemini 7.

El doctor Hynek, afirma Oberg, aceptó este análisis pero, una vez más, nunca se molestó en comunicárselo a sus lectores. De ese modo se habría perdido otra buena historia.

La excusa de por qué esos temas fueron incluidos en el libro sin la aprobación del autor simplemente no convencen. Cuando un autor hace declaraciones que son aceptadas por su reputación, tiene la suprema obligación de controlar todo lo que aparece con su nombre.

Cuando se estudian cuidadosamente las opiniones del doctor Hynek, surgen de las mismas un carácter muy dicotómico. Al examinar varias entrevistas ofrecidas por Hynek, Philip J. Klass observó que había realizado las dos declaraciones siguientes durante el mes de agosto de 1976:

Recientemente, he llegado a respaldar cada vez menos la idea de que los OVNI's son naves espaciales reales de otros mundos. Simplemente hay demasiadas cosas en contra de esta teoría.

Y luego nos impacta con lo siguiente:

Existen tantas pruebas concretas. ¿Cómo explicar los objetos detectados en el radar? ¿Cómo explicar las huellas sobre la tierra? ¿Cómo explicar algo que arranca la copa de los árboles? ¿Cómo explicar las balas que rebotan sobre algo indeterminado en el cielo?

Nos dice que los OVNI's son reales, palpables, inmateriales e insustanciales. Todo al mismo tiempo. ¡Con razón evocan tantas maravillas!

Pero hay mucho más. En las mismas entrevistas, el doctor Hynek acepta las pruebas para los «encuentros cercanos de tercer orden» (contacto real con los ocupantes de un OVNI) y al mismo tiempo las niega vigorosamente:

El encuentro cercano de tercer orden... involucra a ocupantes humanoides. Actualmente disponemos en nuestro archivo de unos 800 avistamientos de ese tipo. John Fuller, el conocido escritor, me contó la fascinante historia de Betty y Barney Hill. Mi opinión cambió completamente cuando fui convocado junto con el doctor Harder, de la Universidad de California, para interrogar a dos pescadores de Misisipí, Calvin Parker y Charles Hickson, que insisten en que fueron literalmente «raptados» y obligados a subir a bordo de una nave espacial, donde fueron objeto, como en el caso de los Hill, de un examen físico. El cuento relatado por esos dos rudos trabajadores se mantuvo en pie después de un riguroso interrogatorio.

Esta declaración hace referencia a aquellos que afirman haber tenido uno de esos «encuentros». Hay que tener en cuenta que Hynek entrevistó —personalmente— no

sólo a las cuatro personas arriba mencionadas, sino también a otras que efectuaron dichas afirmaciones:

Francamente, los evito con tenacidad (se refiere a aquellos que afirman haber contactado con humanoides del espacio). Me siento casi desconcertado por los informes. Ninguna de esas personas ha sido capaz alguna vez de presentar algo fiable. ¡Es sólo basura y más basura!

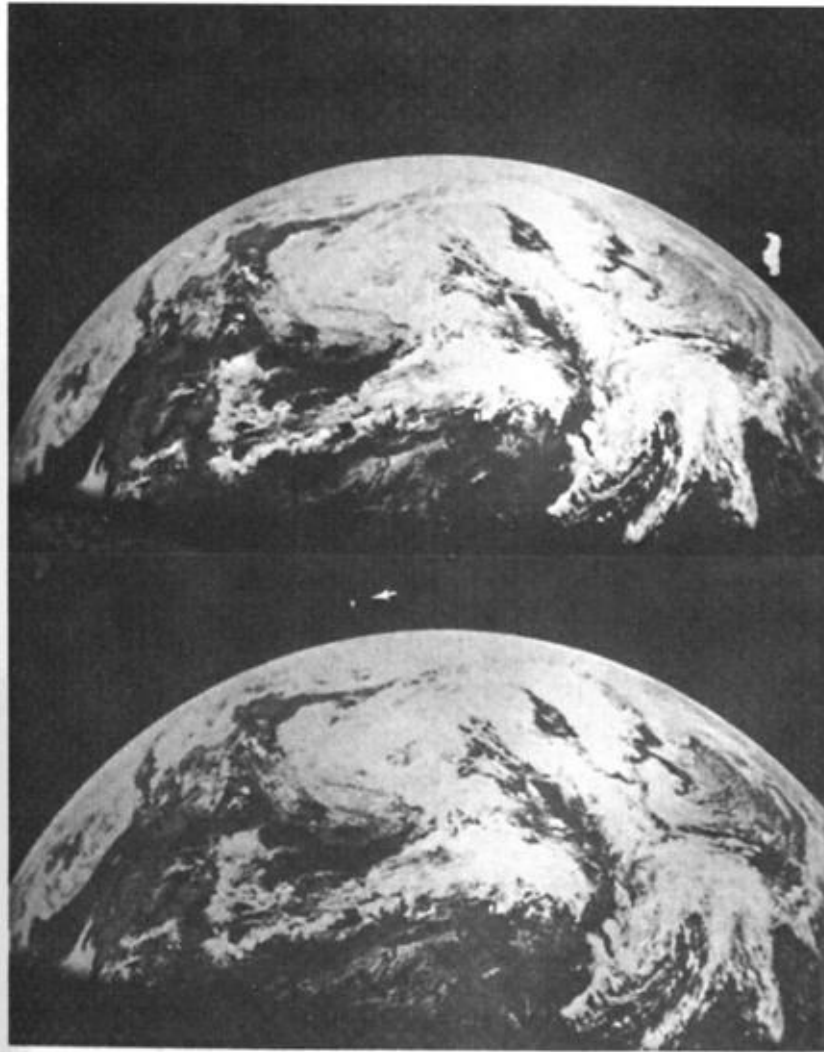
Su conocimiento de las estadísticas de las líneas aéreas también necesita ser retocado. Cuando el doctor Arthur C. Hastings (escuchamos hablar de él en relación con algunos de los supuestos milagros presentados en el SRI, de manera que es una de las personas entendidas en el asunto) le preguntó a Hynek por qué nunca se había encontrado ningún resto de OVNI, Hynek ya tenía una respuesta preparada:

¡Ah, eso se repite una y otra vez! ¿Por qué no se ha encontrado nunca ningún resto de OVNI? Seguramente, alguna vez deberían estrellarse, [pero] tómense en cuenta los miles de aviones comerciales que vuelan diariamente sobre los EE.UU. y, sin embargo, los años que pasan sin que se estrelle uno solo.

Jacques Vallee, coautor con Hynek de *The Edge of Reality*, estaba presente pero no puso en tela de juicio esta declaración que, tal como señala Klass, es obviamente incorrecta. Se había producido en los EE.UU. un promedio de cinco accidentes aéreos fatales (aparte de los accidentes no fatales) durante cada uno de los cinco años que precedieron aquella opinión. Las consiguientes 809 fatalidades no fueron invenciones de ficción. ¡Incluso uno de estos accidentes se produjo cerca de la casa de Hynek en Chicago!

Klass resume sus observaciones acerca del doctor J. Allen Hynek con la siguiente sugerencia: «Otra explicación que justifique la ausencia de todo artefacto de origen extraterrestre, a pesar de las decenas de miles de informes de avistamientos de OVNI, podría ser que no hay nave extraterrestre alguna en nuestros cielos».

Suena razonable... tan razonable como la descripción que Martin Gardner hace de Hynek, al que llama «el Arthur Conan del tema OVNI».



En la fotografía superior, tomada por la NASA, pueden observarse residuos espaciales en la parte derecha. La revista Science Digest retocó la fotografía para eliminar los residuos (fotografía inferior). Una pequeña mancha blanca indicada por la flecha aparece en la fotografía retocada de Science Digest. Vemos que en el original de la NASA no aparece. La revista identificó la mancha como un objeto desconocido. NASA.

Los diarios británicos estaban llenos de noticias sobre OVNI's en enero de 1979. Existía una gran expectativa acerca de las asombrosas revelaciones que debían hacerse ante la augusta Cámara de los Lores. El 17 de enero, el conde de Clancarty se puso de pie para hablar ante la Cámara del tema de los objetos volantes no identificados. Acompañó su exposición con una moción para que la Cámara votara una asignación de fondos para la investigación en materia de OVNI's. Admitió haber escrito durante años acerca de ellos bajo un pseudónimo; ese nombre, aunque no lo reveló a la Cámara, era Brinsley LePoer Trench. (No podría decir por qué). También es el fundador de Contact International (que no es una agencia matrimonial mundial), coautor del primer libro sobre OVNI's de George Adamski y primo de Winston Churchill. ¡Vaya credenciales!

Lord Clancarty provocó muchos comentarios interesantes por parte de numerosos

lores. La mayoría de los comentarios se mostraron de acuerdo con él y exhibieron una ignorancia abismal en materia científica y lógica. Un noble lord demostró que no podía diferenciar entre un cometa y un meteorito, que son tan diferentes como las velas y las bombas atómicas. Afortunadamente, unos pocos brindaron cierta cuota de sensatez a la Cámara y lord Strabolgi, hablando en nombre del Gobierno de Su Majestad, resumió el análisis con claridad, señalando que los creyentes aceptaron —y citaron, tal como había hecho lord Clancarty— docenas de relatos totalmente ficticios. Escogió varios, que actuaron como un excelente antídoto para las referencias bíblicas que habían sido utilizadas en apoyo de los comentarios de Clancarty, y respondió a un miembro de la Cámara que se puso de pie para manifestar su oposición sobre la base de que esas cosas contradecían la Biblia: «Realmente existen extraños fenómenos en el cielo que han sido invariablemente señalados por gente sensata. Pero existe una amplia gama de explicaciones naturales para justificar dichos fenómenos. Nada sugiere al Gobierno de Su Majestad que dichos fenómenos sean naves extraterrestres... el Gobierno de Su Majestad no considera que exista justificación alguna para el gasto de dinero público en un estudio de ese tipo». Lord Clancarty comprendió la indirecta y retiró su moción. Parece que después de todo, todavía hay esperanzas para los británicos, por lo menos entre la nobleza.



Esta fotografía mostraba varios platillos volantes sobre el Capitolio, en Washington, D.C. La revista Omni la llamó «la famosa fotografía de la formación de OVNI», y señaló que muchos pensaban que las manchas blancas sobre el edificio eran «un reflejo de la lente de la cámara». Obviamente, los platillos volantes no son más que eso, a pesar de las afirmaciones de los partidarios de los OVNI. Una simple observación demuestra que es así.

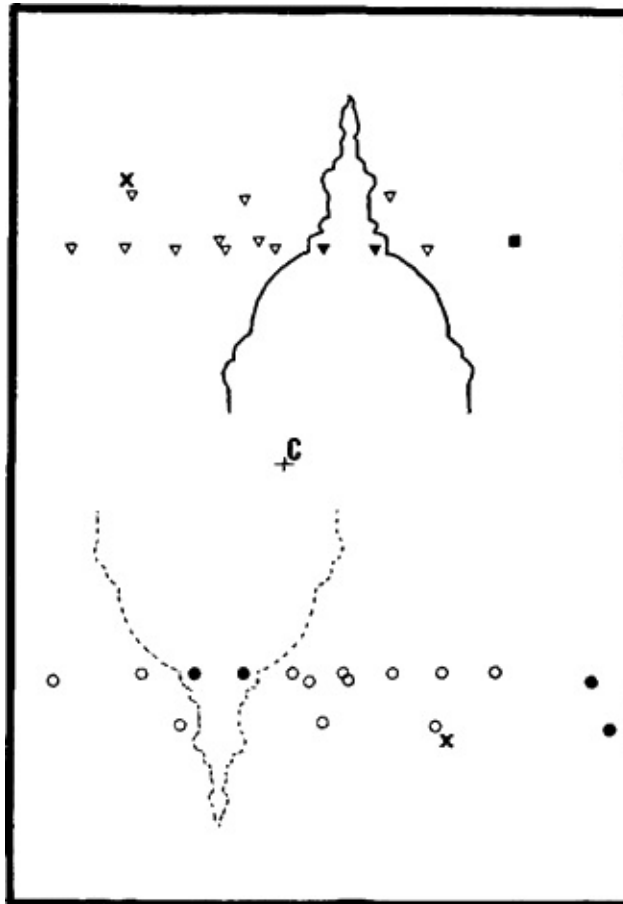


Diagrama esquemático de la fotografía de los «platillos volantes del Capitolio». Los triángulos representan los «platillos»; los círculos son luces brillantes dentro del campo. Los círculos y sus correspondientes brillos de lente (triángulos) están ubicados a igual distancia del centro óptico de la lente, marcado con una «C». Los círculos negros sobre la parte inferior derecha tendrían un brillo como el que se muestra en los triángulos negros de la parte superior izquierda, que aparecen fuera del cuadro. Los brillos de los dos círculos negros en la parte inferior izquierda se desvanecen por la brillante imagen de la cúpula. La luz del círculo sobre el extremo izquierdo no tiene brillo, probablemente porque es menos luminoso que los otros; su brillo habría aparecido en la posición indicada por el cuadrado en la parte superior derecha. Un ejemplo de imagen/brillo lleva la marca «X».

Finalmente, para eliminar cualquier sospecha de que los miembros de las Naciones Unidas están interesados en los OVNI, debo mencionar la propuesta de 1977 de sir Eric Gairy, Primer Ministro de Granada, que pidió a ese organismo que declarara 1978 como el «Año de los OVNI». La propuesta no tuvo éxito: fue la primera y única propuesta hasta la fecha que no obtuvo respuesta por parte de la asamblea. Gairy imprimió 149 copias de su solicitud y mencionó que Granada había emitido un sello de tres dólares y cinco centavos con fotografías de OVNI. Era obvio que estaba muy interesado en destacarse dentro las N.U. con su propuesta. En una discusión después de la presentación de su propuesta, un miembro de la CSICOP escuchó cómo decía que «los OVNI no le importaban nada»; él sólo estaba

interesado en atraer turistas a Granada. Muy poco tiempo después, Gairy fue destituido como primer ministro.

La Ilusión de los Platillos Volantes se presenta en este libro como otro ejemplo de fantasía, escasa investigación y completo fraude. Se incluye dentro de las listas de los otros disparates y merece el mismo tratamiento otorgado a otras irracionalidades. No existe ninguna prueba que demuestre que los OVNI's constituyen un fenómeno más excitante que el vuelo de la TWA desde Nueva York a San Francisco. Y este último fenómeno ya es suficientemente milagroso para mí.

El gurú que levita: una cuestión de ligereza

Muppet: ¡Aquí está! ¡Aquí está! ¡Mi curso por correspondencia!

Kermit: ¿Tu curso por correspondencia?

Muppet: Se llama «¡Cómo ser un Superhéroe!». Viene completo, con un casco, una capa, una camisa roja y un libro de instrucciones que se titula «Ser invencible es fácil».

Kermit: No me lo creo.

Muppet: Capítulo diez: «Cómo volar. Volar es una cuestión de fe. Cualquiera puede volar siempre que crea que puede hacerlo».

Kermit: No puedo creerlo.

«The Muppet Show».

CBS Television, 18 de febrero de 1980

Mis amigos creyeron que estaba loca por... aprender a levitar. Me costó mucho más de lo que pensé, y mírenme. Ahora lo sé... era un robo.

Ruth Basilio, estudiante de MT

Revista Consumer, Wellington, N.Z.

Según los discípulos del Maharishi Mahesh Yogi, la «Meditación Trascendental» es algo único. En realidad, cuando uno habla con cualquiera de sus devotos, surgen numerosas correcciones de terminología si no se muestra preciso. Gracias a esa insistencia en la precisión, que admiro mucho, confío en que los partidarios de la MT se adherirán a dicho principio cuando lean el siguiente análisis sobre su extraño movimiento.

En primer lugar, uno debe cuidarse de utilizar la expresión MT para referirse a cualquier otra cosa que no sean las declaraciones genuinas, pulidas y oficialmente aprobadas del mismo Maharishi. La combinación de las letras MT ha sido incluso inscrita como marca registrada y patentada, ¡de manera que cuidado! Verá usted. Cuando uno tiene el futuro de la humanidad en sus manos, hay que cuidar al detalle sus derechos. Pero como veremos, dichas precauciones se parecen un poco a los procedimientos para tratar de obtener la propiedad exclusiva de la rueda, del aire o de

los dientes de león. Todo ha sido hecho antes, utilizando las mismas artimañas. Y aunque no hay duda de que resulta atractivo para muchos millones de personas que necesitan algo más que lo que ya tienen, sus reivindicaciones no pueden mantenerse en pie frente a una investigación científica, como ocurre con cualquier otra filosofía o noción mística. Los partidarios de la MT gritarán frente al uso del término «místico», pero éste resulta aplicable.

Los psicólogos afirman que existen tres «estados mentales». Uno es el estado de vigilia, en el que el cerebro y el cuerpo están activos. El segundo es el estado de reposo, en el que el cerebro y el cuerpo descansan, y el tercero es el estado de sueño, en el que el cuerpo descansa pero el cerebro se muestra activo y productivo. Todos nosotros estamos familiarizados con estas tres fases. Pero las numerosas escuelas de terapia de la meditación nos quieren hacer creer que existe un cuarto estado, que llaman el estado de meditación. Nos dicen que el uso de este estado reducirá la ansiedad; mejorará el rendimiento laboral, la experiencia perceptiva y el coeficiente intelectual; producirá «ondas cerebrales coherentes», y proporcionará un descanso profundo. A largo plazo, afirman los partidarios de la MT, la humanidad mejorará en general, pero dejaremos este tema para más adelante. De momento, echémosle un vistazo a los milagros fraguados por el movimiento de la MT, similares a muchos otros cultos que enseñan las mismas lecciones, las mismas con algunas variaciones o las mismas con algunos fines diferentes y algunos métodos similares. El movimiento de la MT afirma tener muchos millones de seguidores alrededor del mundo y, por lo tanto, debería ser objeto de la investigación más profunda.

Se dice que la meditación, ese «cuarto» estado mental, se puede alcanzar de cuatro maneras, usadas al mismo tiempo. El practicante asume una posición relajada (se prefiere la posición de «loto») en un ambiente tranquilo, adopta una actitud pasiva y repite sin cesar un «mantra». Esa palabra mística es un sonido especialmente elegido que sólo puede ser otorgado por el maestro de esos misterios y está adaptado al individuo. Se trata del primero de los Grandes Secretos de la MT. ¿Pero es algo nuevo? Difícilmente. La repetición de una palabra «sagrada» puede rastrearse en el siglo VI en la India, donde tenía el mismo carácter oscuro y maravilloso. Los filósofos cristianos y los estudiosos hebreos tomaron la idea y la introdujeron en algunos de los escritos más secretos de la multitud de sectas religiosas que aparecieron y desaparecieron a lo largo de los años. Ninguna de ellas cambió el mundo de forma apreciable, pero se afirma que la MT sí lo hará. El mantra de la MT seguramente ha sido tomado de fuentes bien establecidas. ¿Qué es lo nuevo entonces?

La Ciencia de la Inteligencia Creativa; eso es lo nuevo. Eso es lo que va a salvarnos, amigos, así que es mejor ponernos al día. Cuando el Parsons College en Fairfield, Iowa, desapareció hace unos años, el Maharishi se apoderó apresuradamente de las instalaciones y las rebautizó (lo habrán adivinado) con el

nombre de Maharishi International University (MIU). Allí, los estudiantes pasan largas horas meditando con el fin de moldear sus mentes y sus cuerpos para la enseñanza. Todo se inclina hacia la filosofía de la MT. Por 2,5 millones de dólares estadounidenses, el Gran Gurú compró el mismo tipo de respetabilidad que Oral Roberts. Resulta significativo que a los estudiantes de la Universidad Maharishi se les pida, varias veces al día, cerrar los ojos mientras meditan: así se acostumbran a la idea.

La MT es aceptada ampliamente en el mundo occidental, aunque en los Estados Unidos dichas filosofías extranjeras sólo se arraigan, generalmente, entre una minoría de ciudadanos de cierta cultura. La razón principal de esta popularidad es la prueba aparentemente científica presentada por los devotos de la MT para nuestra inspección. Está bien, procedamos a inspeccionarla.

El curso de MT incluye cierto número de «sesiones de control» posteriores a la instrucción inicial de las técnicas de meditación. Dado que el 50% de los estudiantes abandonan en ese punto, resulta provechoso para la organización reforzar las enseñanzas, que según ella, producen maravillas en los estudiantes. Y esto también constituye una buena «garantía de seguimiento» del producto. Han pasado por la ceremonia secreta de iniciación y han recibido la palabra mágica que hay que repetir *ad nauseam*. Ahora tienen que estar totalmente convencidos de que la cosa realmente funciona. Durante el seguimiento, a los estudiantes se les da todo el apoyo científico del Maharishi y reciben interminables gráficos y resultados experimentales cuidadosamente seleccionados.

Se les dice a los principiantes que durante la meditación el ritmo metabólico del cuerpo disminuye —en efecto, el ritmo de la actividad física decrece—. En realidad, durante el sueño normal, el consumo de oxígeno del cuerpo disminuye un 8% aproximadamente. Pero escuche esto: ¡los partidarios de la MT afirman que durante la meditación se produce una disminución del 16%! Sin embargo, el Royal College of Surgeons en Gran Bretaña indicó una disminución de sólo el 7%. ¿Por qué la discrepancia? Simplemente porque los experimentadores del RCS tomaron la precaución de no molestar al paciente ni antes ni después de las pruebas, probando así que el cambio se debía a la simple relajación. Además, por medio de pruebas comparativas en las que participaron partidarios de la MT «en trance» y sujetos ajenos a la MT que escuchaban música suave, descubrieron que las tasas de consumo de oxígeno eran iguales. Si no existe una diferencia discernible entre el consumo de oxígeno de un sujeto que escucha música y un sujeto que practica técnicas orientales místicas, sin duda el consumo de oxígeno no sirve como confirmación científica relacionada con la MT.

Pero se dice también que la producción corporal de dióxido de carbono disminuye durante la MT. Esto no constituye una gran sorpresa, químicamente hablando. Es el

resultado de un menor ingreso de oxígeno. ¿Acaso es significativo? No. Aunque la producción de dióxido de carbono efectivamente disminuye, comienza a hacerlo en cuanto el sujeto se detiene, continúa disminuyendo durante el período de MT y luego aumenta nuevamente cuando el movimiento vuelve a comenzar. Esto de ninguna manera resulta algo inesperado o significativo. ¡En especial cuando, como ocurre con la afirmación anterior, se observa exactamente el mismo resultado con los sujetos expuestos a la música suave! Además, un grupo de partidarios de la MT se mostró incapaz de producir cambio alguno en la cantidad de dióxido de carbono durante la meditación. El efecto de relajación de la MT es muy real, como se ha demostrado. Pero no es algo idiosincrásico de la meditación. La música puede producir el mismo efecto.

Recientemente en California, en el Orange County Medical Center, los investigadores examinaron los cambios hormonales durante la MT. Aunque existen indicios relacionados con la disminución de la producción de algunas hormonas normalmente debida a factores de estrés, hasta la fecha no se ha descubierto ninguna prueba de que dichos efectos sean propios de las técnicas de la MT. Un investigador, al observar que el flujo sanguíneo aumenta generalmente durante la MT, afirmó al respecto: «Probablemente, el flujo sanguíneo aumenta en el cerebro», pero no menciona que esta suposición sea justamente la que están tratando de probar. Además, no tiene derecho a saltar sobre esa conclusión sin una prueba clara que la respalde. Por otra parte, hasta el momento sólo fueron sometidos a prueba cinco sujetos, lo cual representa una muestra lamentablemente reducida. Ningún experimentador digno de ese nombre hubiese sacado conclusiones sobre la base de una muestra de datos tan pequeña. Sin embargo, algunos lo siguen haciendo.

Los científicos de la MT llevaron a cabo algunas pruebas complicadas que utilizaban electrodos conectados a los cueros cabelludos de los sujetos. Su finalidad era probar que durante la meditación las ondas cerebrales «se vuelven coherentes», aun cuando no queda para nada claro qué se entiende con esa terminología. Afirman que las ondas alfa y theta (dos formas de actividad cerebral en el nivel eléctrico) parecen sincronizarse durante la MT, pero un cuidadoso examen de las pruebas socava dicha afirmación. Cuando el equipo del programa de televisión «Nova» visitó los laboratorios de MT, «conectaron» a un miembro del equipo, que no había meditado nunca, y sus resultados fueron muy similares a los de los partidarios de la MT. ¡Los experimentadores llegaron a insinuar que aquel hombre meditaba en secreto! No es verdad. El doctor Ray Cooper, del Burden Neurological Laboratory, un científico experimentado en la materia, afirma que el doctor Paul Levine, de la Maharishi European University en Lucerna, Suiza, que dirigió esas pruebas para probar los efectos de la MT, utiliza un sistema de conexión cruzada de electrodos que puede fácilmente crear, a través de una interacción eléctrica, una ilusión de

coherencia. El doctor Cooper afirma acerca del efecto de interacción: «No puede evitarse».

Una serie de pruebas hechas para comparar los efectos del estado de simple somnolencia con el estado de meditación, utilizando las ondas cerebrales alfa y theta, mostró que ambos estados no resultaban distinguibles. ¿Acaso pagamos a la gente de la MT para que simplemente nos duerman? Parece que es así. Citaré a una autoridad, el doctor Peter Fenwick, que examinó los supuestos cambios fisiológicos sostenidos por los partidarios de la MT: «Los cambios en el consumo de oxígeno y en la producción de dióxido de carbono, y los cambios en el electroencefalograma (estudios de las ondas cerebrales) pueden explicarse por medio de justificaciones fisiológicas aceptadas, relacionadas con el funcionamiento del cerebro y del cuerpo».

Está bien. Hasta aquí sólo nos queda el sonido del mantra y la iniciación secreta como posibles beneficios de la MT. Pero tampoco pasaron las pruebas. Los investigadores médicos mostraron una y otra vez que la misma calidad y el mismo grado de cambio fisiológico aparecen en un sujeto que simplemente se relaja en su totalidad, y que el uso de la palabra «uno» —o cualquier otra palabra simple— es tan efectivo como cualquier sonido de mantra místico y secreto. ¿Entonces, qué es lo que estamos pagando?

Con respecto al alivio del estrés y de la ansiedad, los experimentadores de la MT mostraron que aquellos que meditan están en mejores condiciones de ignorar los ruidos —por ejemplo, el sonido de un tenedor raspando una cacerola esmaltada— que aquellos que no meditan. ¡Qué bien! Pero las pruebas fueron llevadas a cabo por experimentadores y sujetos altamente motivados, a menudo partidarios de la MT y por lo tanto propensos a observar resultados positivos. Uno no puede hacer que un miembro de la familia del acusado sea miembro del jurado. Por otra parte, sus propias pruebas mostraron que los estudiantes de yoga ignoran mucho mejor los ruidos desagradables.

Una palabra acerca de ese factor de motivación del experimentador. Dicha tendencia y el cumplimiento de las expectativas pueden observarse claramente en una prueba donde se pide a los estudiantes que registren los resultados de un experimento con unas ratas que están en un laberinto. Cuando se les dice, por ejemplo, que las ratas blancas se desenvuelven mejor que las marrones en ese tipo de pruebas, la tendencia observada es que los estudiantes llegan a esa misma conclusión a través de un registro de tiempos impregnado de prejuicios en cuanto a la manera en que las ratas encuentran el camino del punto A al B en el laberinto, aun cuando no exista realmente ninguna diferencia en el coeficiente intelectual de los animales. La diferencia evidente es el resultado de las expectativas del experimentador. Resultados similares fueron obtenidos en las pruebas de coeficiente intelectual en el sistema escolar de California, en los que los estudiantes que fueron señalados como

excepcionales recibieron calificaciones más elevadas por parte de los profesores que esperaban de ellos un nivel más elevado. En realidad, no eran excepcionales. Es una vieja historia.

Hubo experimentos concebidos para mostrar estos efectos y otros similares en los tests relacionados con las supuestas capacidades de la MT. Un grupo de partidarios expertos de la MT sabían previamente que no obtendrían buenos resultados en la realización de unas pruebas; entonces, se desenvolvían muy pobremente. En cambio, otro grupo que sabía que posiblemente tendría más éxito en las mismas pruebas, se desenvolvía holgadamente. Los experimentadores de la MT habían señalado que la memoria a corto plazo mejoraba en aquellos que meditaban, pero las pruebas fueron hechas sin controles estrictos y sin la utilización de mecanismos automáticos de registro, a fin de eliminar los errores de registro producidos por la predisposición. Cuando las pruebas fueron repetidas bajo la supervisión de científicos de la Universidad de Cardiff, en Gales, con controles estrictos y registro automático, se sacaron las siguientes conclusiones: a) la meditación no producía efecto alguno sobre la memoria a corto plazo y b) el período durante el cual los sujetos habían estado involucrados con la MT no produjo ningún efecto sobre los resultados, aun cuando esto había sido firmemente sostenido por el Maharishi.

Desde que se desarrolló el galvanómetro sensible, uno u otro grupo cuestionable decidió aplicarlo a su locura particular. Los científicos lo usan como una especie de tabla Ouija electrónica; los quiroprácticos, sin andarse con ningún tipo de rodeos, simplemente lo describen como uno de sus enigmáticos dispositivos de diagnóstico del tipo «caja negra». En realidad, los dos grupos sólo miden la resistencia de la piel de los sujetos, introduciendo así —tal como lo hacen todos esos grupos— una mínima cantidad de ciencia real en su investigación altamente dudosa. La resistencia de la piel es un indicio de estados emocionales y, de hecho, constituye una base del incierto arte del polígrafo o «detector de mentiras».

La MT se apoderó también de ese aparato. Michael West, de la Universidad de Cardiff, comparó los efectos sobre la resistencia de la piel entre los sujetos que escuchaban música suave y los experimentados practicantes de la MT, y observó que estos últimos habían tergiversado totalmente su trabajo en sus informes selectivos. Estuvo en total desacuerdo con sus conclusiones, por lo que afirmó acerca de dichos informes: «La interpretación... es sin duda deshonesta».

Los partidarios de la MT argumentan que su meditación produce otros cambios y mejoras en la vida de un individuo, pero se trata de algo que de ninguna manera ha sido probado. Después de todo, los estudiantes de la MT esperan milagros que otros no involucrados en movimientos místico-religiosos no esperan. Es natural que exalten las maravillas que creen haber descubierto y, como hemos visto, seguramente leen más en sus pruebas supuestamente científicas de lo que realmente hay.

Uno de los supuestos logros reivindicados por los partidarios de la MT es conocido con el nombre de «Efecto Maharishi». Si sólo un ínfimo uno por ciento de cualquier población se dedicara a la Meditación Trascendental, afirman los gurús, la calidad de vida sería mejor para todos sus habitantes. Como prueba de ello, ofrecen los efectos que produjeron sobre ciertas comunidades seleccionadas alrededor del mundo, hasta alcanzar ese uno por ciento. El profesor Candy Borland, partidario de la MT, en una entrevista realizada por el equipo de televisión «Nova», afirmó: «Descubrimos que en las ciudades del uno por ciento la tasa de criminalidad tendió a disminuir o disminuye (sic) en todos los casos un 8,8% de promedio; en cambio, en las ciudades de control, la tasa delictiva aumentó en el 75% de ellas un 7,7% de promedio». Los resultados son estadísticamente significativos.

Pero existen otras explicaciones. Una de las ciudades en la que disminuyó la tasa delictiva fue Santa Bárbara, California. El estudio de la MT allí coincidió con una importante serie de medidas policíacas en relación con el consumo de drogas peligrosas. La disminución de la tasa de criminalidad observada obedeció a una caída del 50% en los delitos de falsificación y robo, delitos que predominan entre los consumidores de droga debido a su gran necesidad de dinero en efectivo. En Davis, otro centro seleccionado, a finales de 1972, la policía detuvo a un joven que cometía unos treinta robos al mes. Esto junto con una drástica reducción en los robos de bicicletas gracias a una campaña policíaca, produjo una caída en la tasa delictiva general; las actitudes serenas de una de cada cien personas entre la población de la ciudad no representaba un factor determinante. En Gran Bretaña también se indica una zona como ejemplo del efecto uno por ciento. Se dice que Derbyshire experimentó una disminución de delitos y accidentes en 1975. ¿En serio? Los registros consultados por las autoridades muestran que los accidentes aumentaron en comparación con los registros del año anterior; ¡y aunque el número de delitos efectivamente disminuyó, era mucho más elevado que en 1973! Así que parece que la cifra del uno por ciento es sólo teórica —otra entre muchas—, algo que los partidarios de la MT tendrían que haber analizado nuevamente o descartado directamente.

Cambio en el porcentaje de víctimas por año, estado de Iowa, comparado con el promedio anual de los EE.UU.

1971	Disminución del 4%
1972	Aumento del 2%
1973	Sin cambios

<i>Aparición del Maharishi</i>	
1974	Sin cambios
1975	Disminución del 3%
1976	Aumento del 18%
1977	Disminución del 9%

Las oficinas centrales de la MT produjeron una serie de folletos caros y elegantes impresos a todo color, publicaciones que tratan de venderse sobre la base de que la ciencia y la MT son sinónimos. A través de diagramas y gráficos extraídos de datos anteriores a 1978, encontramos declaraciones tendenciosas que parten de una carencia casi total de pruebas. Sometí todo el asunto a Philip Morrison, un físico del Massachusetts Institute of Technology. «Los Proyectos Piloto representan un ejemplo tan audaz de esquemas de cumplimiento deseado que imponen admiración y sorpresa», afirmó el profesor Morrison. Hacía referencia a las zonas de prueba de la MT donde se había producido el Efecto Maharishi. En cuanto a los intentos de la MT de trazar comparaciones entre la física moderna y la sociedad, otorgándole así dimensión científica a esas ideas, Morrison declaró que sus analogías frágiles y pobres «no tienen fuerza alguna». Eran simplemente afirmaciones exageradas y anticuadas, afirmó.

A principios de 1978, Robert Rabinoff, doctor en física, se dirigió a un pequeño grupo de la Universidad de Oregón. Robert Rabinoff es profesor asistente de Física en la MIU y se encontraba en Oregón para hablar acerca del programa educativo único, incluyendo el programa de «sidhis». La palabra «sidhis» se refiere a milagros como la levitación y la invisibilidad. El doctor Ray Hyman, miembro de la CSICOP, presente en la conferencia, estaba decidido a presionar a Rabinoff acerca del tema de la levitación. (El doctor Hyman es un psicólogo de la Universidad de Oregón y también un experimentado prestidigitador).

La audiencia se animó cuando el doctor Rabinoff predicó sobre el Efecto Maharishi, afirmando que cualquier ciudad en la que el uno por ciento de los habitantes fuera partidario de la MT se convertiría en un refugio alejado del delito. Se trataba, según decía, de un hecho establecido, «científicamente demostrado». ¡Fairfield, Jowa, sede de la MIU, es única en el sentido de que el 13% de la población es partidaria ferviente de la MT! Sin ninguna duda, esa concentración de bondad y omnisciencia, sin mencionar la omnipotencia, debería producir maravillas en el vecindario inmediato. Así lo afirmó el profesor. Ya que por lo menos «200 personas de la universidad completaron el programa de “sidhis”», Fairfield ha recibido una bendición múltiple. El Efecto Maharishi se puede observar en todas partes. Se dice

que la tasa delictiva es tan baja que el jefe de la policía redujo los turnos de sus agentes. No existe el desempleo. Como resultado de ello, el condado de Jefferson, donde se encuentra ubicada esta ciudad ejemplar, muestra abundancia. A pesar de un suelo relativamente pobre dentro de la zona, las cosechas crecen superando las expectativas más optimistas. ¡La tasa de accidentes automovilísticos es ahora la más baja de los Estados Unidos! Y según el doctor Rabinoff, el resultado de todo esto se debe a la aplicación de la MT.

Bien, dado mi carácter quisquilloso, decidí comprobar eso con la gente de Iowa. Despaché unas pocas cartas e hice unas llamadas telefónicas. Los resultados no habrían complacido a la audiencia reducida pero sin espíritu crítico ante la que habló el doctor Rabinoff. A la oficina del Jefe de Policía de Fairfield sólo le pareció gracioso escuchar que su tasa delictiva era tan baja. En realidad, no sólo no existía plan alguno para reducir el número de agentes sino que estaban incorporando a más gente a principios de 1979. La oficina del mayor Rasmussen no pudo explicar de dónde habían salido los comentarios expresados por el doctor Rabinoff. El Departamento de Agricultura se mostraba igualmente desconcertado. Las cifras que me mostraron presentaban un nivel parejo en las fluctuaciones anuales entre el promedio del estado y el promedio del condado. Allan L. Seim, Especialista en Producción del Departamento de Agricultura, buscó en vano el cambio maravilloso proclamado por Rabinoff. «La productividad promedio del condado de Jefferson sigue las mismas fluctuaciones que la productividad promedio estatal —afirmó el señor Seim— y no ha experimentado ningún aumento drástico. Ni yo ni el personal que trabaja en el condado de Jefferson tenemos conocimiento de algún aumento abrupto de la productividad cerca de Fairfield».

Pero había más. Rabinoff había afirmado que la baja tasa de accidentes automovilísticos se debía al Efecto Maharishi. ¿En serio? Las autoridades con las que contacté en Fairfield me dijeron que cualquier posible disminución desde 1973 podía atribuirse a dos factores: menor cantidad de estudiantes en la universidad desde que el Maharishi se hizo cargo (cerca de una cuarta parte) y la tendencia de esos estudiantes a permanecer dentro de los límites de la universidad, contrariamente a los anteriores habitantes. Ciertamente, no se ha producido disminución alguna en los accidentes en los que se encuentra involucrada la gente que no vive en el recinto de la universidad. En realidad, Rabinoff afirmaba que el Efecto Maharishi se había difundido por el resto del estado de Iowa dando como resultado «la tasa de accidentes más baja de los EE.UU». No tengo idea de dónde sacó esa asombrosa información. No estaba disponible para mí y los datos más cercanos que pudo obtener el Consejo de Seguridad Nacional estaban relacionados con la tasa de mortalidad debida a accidentes automovilísticos para los Estados Unidos en su conjunto y el estado de Iowa en particular. Un atento examen de esas cifras permite comparaciones

interesantes. Estos son los datos:

La comparación con la cifras promedio estadounidenses no muestra ningún cambio drástico, con la excepción de 1976. En ese año, el movimiento de la MT estaba en pleno auge en Fairfield y se produjo un salto hacia arriba del 18%. Y en Fairfield, donde el Efecto tendría que haber sido espectacular, los funcionarios no observaron cambios.

En cuanto al desempleo, la Agencia Laboral de Iowa suministró los datos siguientes: 1) la cifra de desempleo en el estado de Iowa varió fundamentalmente en la misma proporción que la de los EE.UU. en general en dicho período; 2) las variaciones en la zona de Fairfield fueron de alguna manera más elevadas durante la mayor parte del período cubierto —sólo en 1977 fue inferior en un 0,3%—.

La pequeña disminución observada en relación con el desempleo parece todavía más irrelevante cuando observamos que refleja el movimiento, el nacimiento o el cambio de empleo de sólo veintiséis personas.

¡Y todo gracias al Efecto Maharishi! Se trata obviamente de un éxito clamoroso... y todos esos resultados maravillosos a partir del porcentaje trece veces superior al mínimo requerido de devotos de la MT. Parece que el Efecto debería ser rebautizado como «La falta de solución del uno por ciento».

El doctor Hyman describe al doctor Rabinoff como un típico representante del movimiento de MT: vestido con un brillante traje blanco y prolijamente acicalado. Lo que presentaba, sin embargo, era menos aceptable, ya que estaba condimentado excesivamente con la jerga de la MT. Frases tales como «el campo de todas las posibilidades», «la inteligencia pura» y «la consciencia cósmica» sirven como respuesta a preguntas directas y sencillas.

El doctor Rabinoff describió el programa de «sidhis» como un sistema que permite que uno alcance «cualquier cosa que desee», algo realmente poco modesto. La mente vacila al contemplar las posibilidades. Las visiones de Sofía Loren, bolsas con pepitas de oro, alfombras voladoras y deleites innominados se agolpan de inmediato en mi mente. Pero de forma más mundana, el profesor describió el recinto de la MIU como un lugar donde no existen las tensiones, donde todos muestran deseos de aprender y donde no surgen dificultades de aprendizaje. Esto era así, según explicó a la audiencia, porque todos los estudiantes tenían acceso directo a la consciencia cósmica, fuente de todo.

Pero aun cuando tuviera acceso directo a la comprensión pura y omnisciente, no podía esperarse que el doctor Rabinoff lo supiera todo, por ejemplo, de la ciencia química, cuando su campo era en realidad la física. Pero gracias a la MT, según explicó, sentía ahora «una familiaridad y una comodidad intuitiva con la química». Está bien, trate usted de imaginárselo. Yo no puedo hacerlo.

El doctor Hyman señala: «Como estudiante de física, afirma (el doctor Rabinoff)

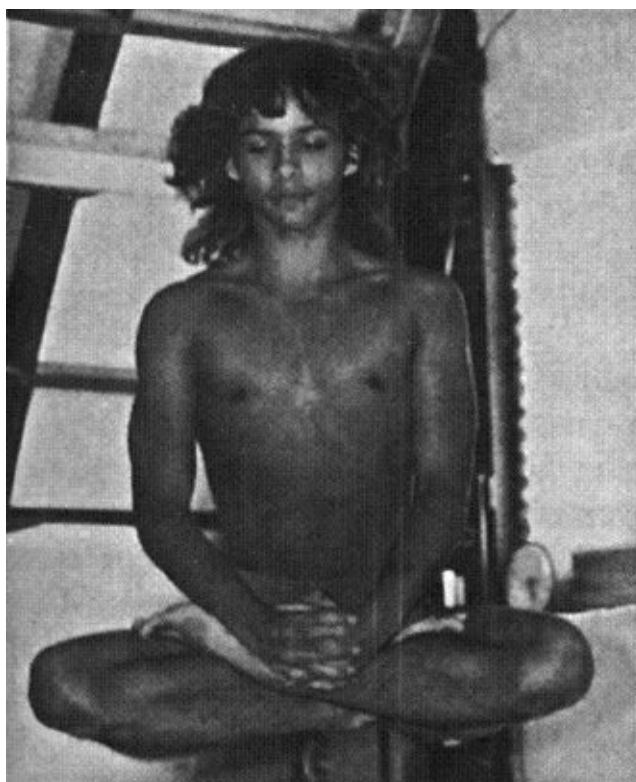
que solía tener que leer el texto dos o tres veces antes de alcanzar el nivel suficiente de comprensión para abordar los ejercicios. Ahora bien, gracias a la MT y al programa de “sidhis” de la MT, le basta leer los libros de física sólo una vez para poder hacer los ejercicios». Menos mal para el programa de MT. ¡Pero si después de haber estudiado física como estudiante, luego como graduado y finalmente como profesor, no era capaz de leer y comprender los libros de física, entonces la MT debe ser realmente maravillosa para permitir que lo haga!

Las líneas generales de la MT fueron expuestas en detalle y a fondo por Rabinoff. Incluye algo llamado «felicidad pura», que efectivamente suena fascinante: un estado durante el cual los estudiantes adquieren todo el conocimiento (aunque no de química, como parece) y quedan abiertos a todas las posibilidades. Este estado fue comparado con el estado vacío. Esta última observación quizás lo sintetice todo de forma exacta.

Cuando hablamos acerca del Maharishi y del movimiento de MT de hace unos años, hablamos de una organización diferente de la que encontramos en la actualidad. Se trata de una medida radical tomada por el Maharishi hace poco y que tuvo mucha publicidad en la prensa —al mismo tiempo que la ridiculizaba— de todo el mundo, aun cuando la crítica no logre perturbar a los fieles. Cualquiera que haya seguido de alguna manera el asunto, seguramente habrá observado carteles y folletos que ilustran el último de los milagros: el proceso de levitación. De forma sorprendente, el Maharishi, al observar una caída en el número de partidarios al movimiento, desató sobre el mundo la extravagante afirmación de que estaba ofreciendo un curso especial —sólo para meditadores experimentados— que permitiría realizar milagros. Y no se trataba de atravesarse la lengua con agujas o de dormir sobre una cama de clavos. Se prometían milagros reales para aquellos que acudieran con la suma requerida. El Gran Gurú les decía a los creyentes que podían elevarse hacia los cielos sólo con el poder de la mente, volverse invisibles a voluntad y caminar a través de sólidas paredes. Por un óbolo exiguo de unos 3.000 dólares recibían lecciones sobre esas artes. ¡El mismo gurú anunció en 1978 en televisión (en «The Merv Griffin Show») que había inscrito a unos cuarenta mil estudiantes en ese curso! Griffin le hizo entonces la pregunta obvia: ¿Cuántos habían aprendido a levitar? El Gran Gurú respondió: «¡Miles!». Pero todos esos comedores de loto voladores todavía tenían que ser vistos por simples mortales como yo.



Un estudiante de MT que «levita» mientras medita. Ésta es una fotografía oficial emitida por el Departamento de Información de MT.



Steven Zeigler, sin ninguna instrucción en MT y sin ningún entrenamiento gimnástico, bota sobre una colchoneta en posición de loto para repetir el truco de la levitación. Esta fotografía sin retocar fue iluminada con una luz estroboscópica.

Durante la charla del doctor Rabinoff en la Universidad de Oregón, un oyente preguntó cuáles eran los requisitos físicos reales para la levitación, la invisibilidad y la «visión perfecta». El interrogador, un físico, no había preguntado si se había logrado la levitación —ésta se daba por sentado— sino qué tipo de fuerza era realmente utilizada para elevar el cuerpo. Rabinoff, presionado para responder, masculló algo acerca de una forma de consciencia que era más sutil que la gravedad.

Quizás esa fuerza sutil de la que hablaba era en realidad la fuerza de la imaginación, que parece ser el elemento activo en estos milagros que nunca ocurren.

El doctor Hyman había llegado al límite de su paciencia con Rabinoff: «Pregunté si alguien había realmente levitado en el sentido de flotar sobre el suelo. En el consiguiente intercambio, desplegó tal destreza en sus evasivas que habrían desprestigiado a los talentos combinados de Uri Geller, Kreskin y Russell Targ. Hizo todo lo que pudo para eludir una declaración directa o un simple sí o no».

Ante la insistencia de las preguntas, Rabinoff finalmente afirmó haber escuchado que existían casos de verdadera levitación. Y agregó que los iniciados en la MT aceptan de buen grado que aquellos que meditan pueden negar la gravedad. Sólo una persona muy obstinada creería lo contrario, insistió, y en ese sentido la audiencia de Oregón se mostró de acuerdo con él. Ellos y Rabinoff no podían creer que Hyman expresara su incredulidad acerca de que hubiera gente que desafiaba la ley de la gravedad a voluntad. (Debo admitir por supuesto que ni Hyman ni yo somos físicos profesionales capacitados. El doctor Robert Rabinoff, con su doctorado, sí es físico y como tal puede ser considerado como alguien capacitado para alcanzar conclusiones irracionales).

Cuando el doctor Hyman insistió nuevamente en ese punto, el doctor Rabinoff mostró cierta impaciencia. Hyman seguía haciendo problemáticas preguntas que el profesor no podía responder. Éste estaba empezando a molestarse debajo de ese traje oficial blanco. Le recordó al doctor Hyman que los «sidhis» no eran concebidos como «trucos de circo». Los actos mismos no eran pertinentes. Sólo eran maneras de alcanzar la inteligencia perfecta y la felicidad pura. (Volvemos una vez más a eso). Y el Maharishi, dijo el profesor, sería negligente si no nos permitiera alcanzar todas esas cosas buenas.

Pero, insistió Hyman, si el truco de la levitación carecía de importancia y se desviaba del verdadero propósito de la MT, ¿por qué era destacado y proclamado como un gran descubrimiento? ¿Acaso una simple demostración no pondría en evidencia de una vez por todas la veracidad de las afirmaciones del Maharishi y haría que todo el mundo se uniera a su causa? La respuesta de Rabinoff fue un típico ejemplo de expresión cultista. El Maharishi sabe cuándo resulta apropiado divulgar ciertas cosas, afirmó. Tiene sus razones. De todos modos, sería inútil difundir fotografías de levitaciones porque podrían fácilmente ser falsas. Sin embargo, algunas fotografías fueron efectivamente difundidas, profesor, ¿o acaso no lo recuerda? Cuando la revista Time las calificó de triviales, repentinamente dejaron de circular.

La absoluta dependencia de la sabiduría y las «razones» superiores del Maharishi, como lo expresó Rabinoff, es pasmosamente similar a las racionalizaciones de los devotos de otros cultos. Se trata de un fenómeno sobre el que hay que pensar muy

seriamente.

El presidente de la MIU, el doctor R. K. Wallace, afirma que debemos observar el «efecto global» y no sólo una reivindicación cualquiera de la MT, y que si examinamos el aspecto de alguna manera velado del mejoramiento personal del individuo, veremos el valor de la MT. Está bien, doctor Wallace, pero si usted nos pide que adoptemos ese sistema de evaluación, primero deberá consentir en abandonar su insistencia en la prueba científica para varios aspectos de la MT, ya que éstos no resisten un examen cuidadoso.

Mike West, de la Universidad de Cardiff, llegó a percibir el punto fundamental. «Encuentro difícil conciliar la superestructura de la meditación y la organización que enseña meditación con el concepto mismo de meditación, que es un concepto muy simple e inocente... No creo que la meditación necesite ser vendida y no creo que una organización tan grande sea necesaria para venderla». Avanzaré un paso, en tanto que observador lego en la materia. Cuando era niño, mi madre solía decirme que la mejor manera para estar en armonía con el mundo era sentarme en una habitación silenciosa y levantar los pies durante unos minutos. Sin palabras místicas, sin mirarme el ombligo; tomándome las cosas con calma conseguía relajarme. Funcionó entonces y funciona ahora. Es un procedimiento que no responde a ninguna situación extraña.

Mi razonamiento —y Hyman impulsó este mismo tema cuando se enfrentó con Rabinoff— es el siguiente: los partidarios de la MT nos inundan con documentos muy complicados y tediosos que incluyen registros de electroencefalogramas, cambios hormonales, alteraciones perceptivas y así sucesivamente, que supuestamente demuestran lo que experimentan aquellos que pasan por la «experiencia “sidhi” de la MT», pero no ofrecen ni la más mínima prueba de que el sujeto se eleve alguna vez en los aires, de que un fotón de luz pase a través de su cuerpo durante el truco de la invisibilidad, de que sepa el más mínimo hecho que no estuviera previamente disponible para él sin el malabarismo del «conocimiento total» o de que pueda caminar a través de algo más sustancial que una bolsa de papel cuando realiza la idiotez de «caminar a través de las paredes». ¡Si efectivamente hacen esas cosas, que lo muestren! Sólo una vez. Donde sea. En cualquier lugar. Pero que lo muestren sin seguir dando vueltas. Quizás el yogui Ram Daas, otro extraño promulgador de las maravillas trascendentales, posea la perfecta retractación que el Maharishi debería adoptar. Al escribir sobre milagros como la proyección astral, la levitación y la lectura del pensamiento, responde a las preguntas con expresiones tales como «Eso también es una ilusión. Olvídelo. No piense en ello. No lo use. No lo haga. No se preocupe por ello». Brillante. Obviamente, un gran pensador.

El doctor Hyman concluye en su informe: «Resulta muy fácil considerar al doctor Rabinoff como una persona autoengañada e inadaptada. Pero sospecho que constituye

un típico ejemplo de individuo que se enfrenta con las presiones de la vida y con la búsqueda de la Respuesta para los Grandes Interrogantes acerca del Significado de Todo. Una vez que un individuo, especialmente una persona brillante, se encierra en un sistema de fe que ofrece comodidad y respuestas universales, entonces la naturaleza le proporciona innumerables mecanismos para evitar enfrentarse con desafíos incómodos para dicha creencia. Las maneras en que Rabinoff logra evitar el enfrentamiento con las incoherencias y las características inmorales de los aspectos milagrosos del programa de “sidhis” resultan simplemente más obvias que las de la mayoría».

Durante un año traté de obtener una simple respuesta por parte de David Jacobs, portavoz del Centro Internacional para la Investigación Científica de la MIU. Recibí montones de papeles científicos que se extienden interminablemente sobre las supuestas reacciones ante las prodigiosas impresiones expresadas por los sujetos. Los papeles están llenos de cientos de mediciones y observaciones.

Mencionan los fantásticos instrumentos y las complejas mediciones de casi todas las funciones del cuerpo del sujeto que «siente» que está experimentando el «sidhi» de la levitación, pero no nos dicen si el individuo fue transportado en el aire. Bueno, debo admitir que eso no es del todo correcto. Uno de esos tediosos artículos afirma que se efectuó una observación durante «una elevación gradual en el aire por parte del sujeto con un monitor de televisión». ¡Dios! Cuando vi eso, me vinieron lágrimas a los ojos. Por fin uno de los expertos había declarado la existencia real del milagro que yo buscaba. Me precipité hacia la máquina de escribir para preguntarle al señor Jacobs si el gran acontecimiento había sido grabado en vídeo y si podía ver la grabación.

Como respuesta, recibí otro artículo de otra persona erudita que se explayaba no sobre la referencia que hice acerca de la levitación, sino acerca de la similitud entre las afirmaciones del Maharishi y las observaciones efectuadas por los antiguos filósofos griegos. Y junto con todo eso, se encontraba el mismo documento que ya mencioné, con varios pasajes subrayados en azul. No había en ninguna parte una respuesta a mi pregunta. En lugar de ello, fui guiado hacia un oscuro personaje en Suiza que quizás pudiera «ampliar mi comprensión». No gracias. He alcanzado ahora un estado de Completa Comprensión de la Meditación Trascendental. Se trata de un estado agradable, no muy diferente de la felicidad pura, en el que uno sonríe a sabiendas, plenamente consciente ahora de que el Maharishi es un engaño total y de que sus seguidores engañados siguen un camino de ilusiones. Sin levitación, sin atravesar paredes, sin invisibilidad. Sin ninguna duda, eso me tranquiliza. No tengo que temer que algún loco flote en mi baño después de haber atravesado el tejado, invisible y sentado en posición de loto a un metro y medio del suelo.

Quizás Jacobs se molestó debido a mis insistentes preguntas, ya que recibí una

carta de un tal Orme-Johnson, Director del Centro Internacional para la Investigación Científica, que me informó de que ahora existen cuatro etapas para la levitación. Éstas son las siguientes:

1. Temblar y transpirar.
2. Saltar como una rana.
3. Caminar sobre telarañas —flotar—.
4. Volar —dominio completo de los cielos—.

Anteriormente se decía que sólo existían tres etapas. Temblar y transpirar no se incluían. Así, en lugar de haber cumplido con sólo un tercio de su objetivo, los partidarios de la MT habían alcanzado ahora la mitad del camino, simplemente redefiniendo sus objetivos. ¡Fantástico!

Pero debo admitir que Orme-Johnson efectivamente respondió de forma directa a mi pregunta. «No afirmamos —dijo— que cualquiera puede flotar en el aire». ¿No? El doctor Rabinoff sí lo hizo. Será mejor que Orme-Johnson lo compruebe con él. El partidario de la MT Doug Henning también lo afirmó, sosteniendo incluso que había escuchado que el Maharishi había capacitado a un tipo para que se mantuviera en el aire durante varios minutos. Y más aún, en una entrevista televisiva, el Maharishi afirmó que «miles» de personas habían aprendido a levitar. O el Director del Centro Internacional para la Investigación Científica no conoce la situación o están circulando algunas mentiras.

¿Y qué me dice de esas fotografías con tanta publicidad de individuos flotando en el aire mientras sonríen al vacío, Orme-Johnson? No he visto en ningún lado el reconocimiento de que son imágenes falsas o fotografías de una muchacha saltando sobre una colchoneta. El texto invariablemente describe la levitación y advierte que será enseñada a los clientes.

Doug Henning, el mago joven y brillante que asombró a los espectadores de Broadway y luego triunfó en Las Vegas y en la televisión, fue un devoto de la Meditación Trascendental durante años. En respuesta a una carta mía, prometió que en cuanto dominara el «sidhi» de la levitación yo sería el primero en ver cómo lo hacía. Pero hace mucho, se produjeron ciertos acontecimientos perturbadores. Aunque Henning había dicho honestamente que en realidad nunca había levitado —y yo aprecié su franqueza—, siempre había afirmado que cada vez que trató de hacerlo se «sintió más ligero». Sus amigos bromeaban diciéndole: «¡Es porque no comes!». (Se dice que Henning subsiste comiendo nueces, bayas y cosas por el estilo). Entre bastidores, en una de sus recientes apariciones televisivas, había un cartel que proclamaba: NO HAY LEVITACIÓN SIN REPRESENTACIÓN —otro esfuerzo

para burlarse de un aspecto de la preocupación total de Henning por la MT y los milagros asociados a la misma—. Ahora bien, repentinamente, se sintió transportado (por decirlo de alguna manera) y olvidó sus declaraciones anteriores. En las páginas de *New Realities* (una revista llamada antes *Psychic*), afirma sin ambages que la primera vez que trató de levitar se elevó un metro pero cayó inmediatamente. Según él, continuó elevándose y cayendo rápidamente. El Maharishi le dijo que no era posible mantenerse arriba y conservar al mismo tiempo la consciencia pura.

Henning afirma que la levitación es «consciencia pura estabilizada en actividad, resultado de la perfecta coordinación mente-cuerpo». Lo lamento Doug; hay algo que falla en todo esto. Dijiste que no habías realizado el milagro. Luego, de repente, afirmas que lo lograste en el primer intento. ¿Dónde está la verdad?

World Government News, que señala que la MT alcanzó su objetivo de paz mundial, es una revista cara a todo color que trata desesperadamente de probar los principios de esta filosofía. Debajo de un dibujo del «Hombre Sidha» (que representa adivinen a quién) leemos la siguiente cita familiar: «Y El se levantó e increpó al viento, y mirando al mar dijo, paz, quédate quieta. Y el viento cesó y se produjo una gran calma, y tuvieron mucho miedo y se dijeron unos a otros: ¿Qué hombre es éste al que incluso el viento y el mar obedecen?». Creo haber recibido el mensaje.

Un hombrecito de la India de aspecto agradable, acompañado por un equipo poderoso y eficiente de relaciones públicas, y respaldado por unos medios de comunicación sin criterio crítico, transformó nociones carentes de pruebas, pertenecientes al misticismo oriental en una confusión pseudocientífica que se apoderó de la imaginación de un número de personas suficiente como para erigir una organización rica y segura.

Sin embargo, los hechos nos señalan que, a pesar de la supuesta influencia benéfica de la MT, mucha gente continúa muriendo de forma violenta en todo el mundo. En 1978, «Año de la Invencibilidad de Toda Nación», se produjo un suicidio en masa en Guayana. Hoy en día, siguen derramándose lágrimas en todo el globo. La entonación de todos esos mantras apenas parece haber avivado el viento. El dinero continúa entrando en los cofres del Maharishi: por cada dólar recibido, un niño muere de hambre. El Maharishi y su MT no han demostrado ser los salvadores del mundo, y las miles y miles de personas que se unieron al culto siguen ahí con los ojos firmemente cerrados, esperando la Felicidad Pura que no llega, disfrutando de antemano de los poderes mágicos prometidos y de la gran oleada de bondad que de ningún modo resultan evidentes.

Siete octavos del todo permanecen ocultos.

El teorema del iceberg

Erich von Däniken es un autor suizo que se ha convertido en uno de los escritores más leídos de todos los tiempos. Ganó esta distinción vendiendo 36 millones de libros, y los vendió porque respondieron vergonzosamente al gusto del público por lo absurdo. Los únicos hechos fiables de sus cuatro libros —*Chariots of the Gods?*, *Gods from Outer Space*, *In Search of Ancient Gods* y *The Gold of the Gods*— son los números de las páginas.

Durante quince años, ha perpetrado en contra de los lectores lo que defino como un engaño literario de enorme alcance. Un simple examen de su trabajo lo demostrará. De hecho, cualquier persona razonablemente inteligente con acceso a una biblioteca pública podría refutar ese disparate de forma rápida y fácil.

Sus principales afirmaciones son las siguientes:

1. Seres del espacio exterior visitaron la tierra en el pasado muchas veces.
2. Aquí formaron parejas con gente primitiva.
3. Dichas visitas se encuentran registradas en la mitología y en la historia.
4. Se han descubierto ciertos artefactos como prueba de sus visitas.

Ahora bien, son muchas las cosas que un ex administrador/malversador de hotel debe entonces probar. Todo depende de si sus pruebas tienen algún elemento de verdad.

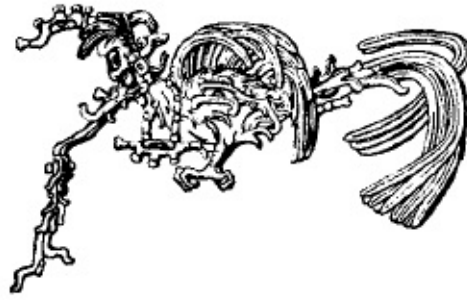
Con respecto a su primer punto, von Däniken saca a relucir su prueba de peso. Se trata de la tapa de un sarcófago encontrado en Palenque, un lugar de México que fue excavado hace unos sesenta años donde efectivamente se encontraron maravillosos tesoros. La tapa, de una tumba descubierta debajo de una pirámide maya, lleva una intrincada talla de un hombre en una posición similar a la fetal que, según Däniken,

corresponde a un astronauta. Más aún, identifica no sólo la nave en la que se encuentra ubicado nuestro hombre volador, sino también sus tubos de oxígeno y otros equipos. Las llamas que surgen del cohete hacen que en la mente de von Däniken no existan dudas de que allí hay una clara representación de un viajero del espacio que llega a la tierra. Se equivoca.

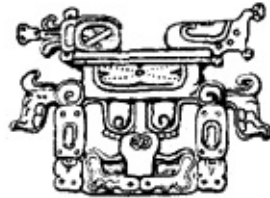


La talla sobre la tapa del sarcófago de Palenque, México, que, según Erich von Daniken, incluye una representación de un antiguo astronauta a bordo de un vehículo espacial. En realidad, este dibujo representa al gobernante maya Pacal. Figuras típicamente estilizadas de un pájaro quetzal, un dios de la tierra y una cruz forman el «cohete».

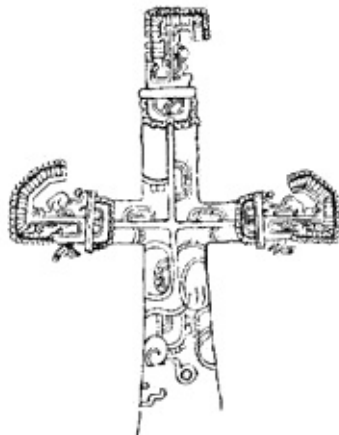
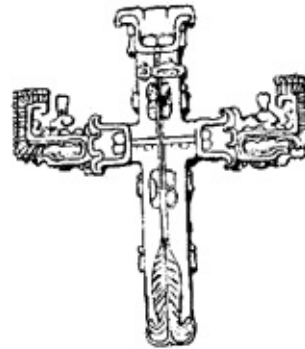
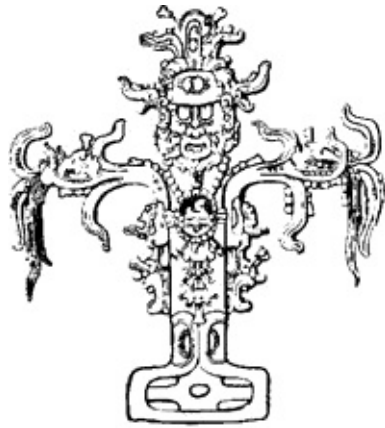
Conocemos el nombre del ocupante del ataúd y la fecha de su muerte. La vestimenta de la figura tallada sobre la tapa no es poco habitual, sino que es típica de un noble maya del período. Éste está dibujado de forma característica y con el meticuloso y típico cuidado del trabajo maya. Los detalles del trabajo artístico señalados por von Däniken en un intento de probar su argumentación son muy comunes en otras tallas de la época; las cabezas de serpiente estilizadas, los dioses de la tierra y los pájaros no son maravillas técnicas. Todos los componentes de la «navetrineo» pueden encontrarse en otras esculturas en relieve —altamente estilizadas, es verdad, pero existentes y justificadas. Ronald D. Story, en su libro *The Space-Gods Revealed*, realiza una prolija tarea explicativa sobre el «astronauta» de la tapa del sarcófago.



Tres pájaros quetzal, motivos comunes en el arte maya. Estos pertenecen al Templo de la Cruz con Hojas (arriba), al Templo de la Cruz (centro) y al sarcófago de Pacal (abajo). La similitud es obvia.



Tres figuras del dios de la tierra de las mismas fuentes que los pájaros quetzal, respectivamente. La talla de más abajo representa la parte trasera de un cohete en el análisis imaginativo de von Däniken.



Tres figuras con forma de cruz que representan un «árbol», de las mismas fuentes que los pájaros quetzal y los dioses de la tierra. Von Däniken sólo eligió la cruz de Pacal (abajo) como el armazón de un «cohetes».

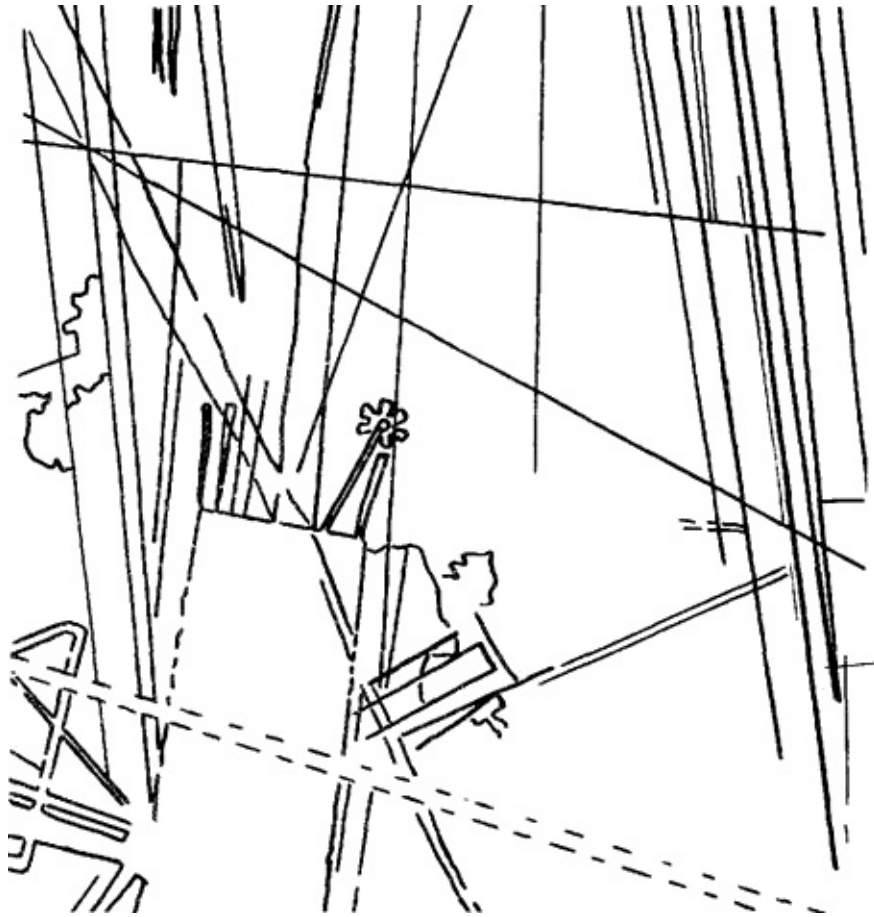
Luego von Däniken se ocupa de las notables «líneas» de Nazca, uno de los misterios más provocadores de la arqueología peruana. En el desierto, cerca de las ciudades de Nazca y Palpa, se encuentran destacadas figuras dibujadas en la arena. Algunas tienen cientos de kilómetros de largo; hay trapezoides, rectángulos y triángulos. Algunas son líneas largas y rectas que se extienden a lo largo de más de un kilómetro en el desierto con gran exactitud. Otras —las más intrigantes— son dibujos de arañas, lagartos y pájaros. No me extenderé en mis opiniones y observaciones personales respecto a esos restos, sino que me limitaré a la distorsión de la explicación realizada por von Däniken.

Von Däniken pretende que aceptemos que eran «campos de aterrizaje» para naves espaciales que transportaban astronautas desde muy lejos. En ese caso, por favor, ¿por qué una nave de esas características podría haber necesitado una pista tan larga para aterrizar? Y si alguna realmente aterrizó, ¿dónde están las huellas? Esas figuras han sido simplemente escarbadas sobre la superficie; ¿acaso las naves espaciales no

habrían dejado marcas más pronunciadas?



Dibujos sobre la tierra cerca de Nazca, Perú, con la moderna Autopista Panamericana que cruza en la parte inferior izquierda (línea punteada). Las líneas brillantes de la derecha son marcas modernas de neumáticos. En el diagrama adjunto sólo aparecen los trazados antiguos. Instituto Geográfico Militar, Perú.

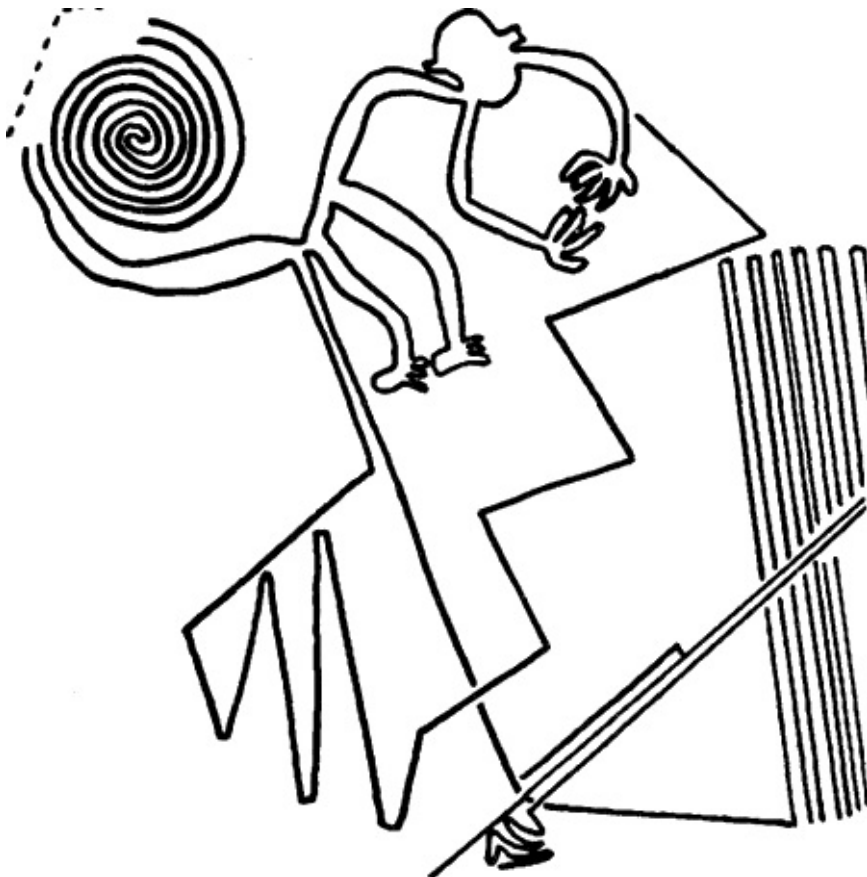


Gerald Hawkins, que visitó el desierto peruano hace unos años para aplicar a las líneas la misma técnica que utilizó con éxito sobre las ruinas de Stonehenge, descubrió para su satisfacción que las largas líneas no estaban astronómicamente orientadas. De manera que el misterio persiste. Y una teoría como la de von Däniken difícilmente resulta necesaria.

En cierto punto, von Däniken se equivoca cuando dice que una sección que él ha seleccionado muestra una «zona de estacionamiento» para un OVNI. En realidad se refiere a una parte de la pata del dibujo de un pájaro gigante. Actualmente, admite que estaba equivocado en ese punto; sin embargo, su libro *Chariots of the Gods* sigue conteniendo el error, en treinta y cinco idiomas y diez años después de su aparición.



La figura de un mono inscrita en el desierto peruano. La escala está indicada por el ancho de las marcas de neumáticos en la parte superior izquierda (línea punteada en el diagrama adjunto). Instituto Geográfico Militar, Perú.



Para nada reacio a los viajes, von Däniken efectúa luego un peregrinaje a la Isla de Pascua, donde utiliza otro tema genuino de la arqueología para presentar su argumentación espuria. Afirma que la gente común del lugar no pudo haber construido las enormes estatuas que allí se observan. ¿En serio? Bueno, Thor Heyerdahl se mostró interesado en ese tema. Aparentemente, von Däniken nunca oyó hablar de la demostración organizada por Heyerdahl en la Isla de Pascua en la que una estatua fue tallada, transportada y colocada por la gente que vive allí actualmente, y con herramientas totalmente comunes y básicas que estaban disponibles en la época de sus ancestros. Pero Heyerdahl se echa la culpa de todo: «Junto con mis colegas, yo tengo la culpa por no haber usado de inmediato los medios de comunicación modernos para decirle al público que no tomara en serio sus referencias (las de von Däniken) sobre las estatuas de la Isla de Pascua».

Pero von Däniken emprende realmente un vuelo de invenciones con la vieja cantinela acerca de la «Gran Pirámide». Dispone de muchos antecedentes. La «Piramidología» nació hace más de un siglo, cuando hombres serios empezaron realmente a imaginar que podían encontrar, expresadas en la pirámide, relaciones matemáticas inexplicadas. Para esos observadores, y también para von Däniken, hombres corrientes —especialmente aquéllos de piel más oscura— no pudieron haber concebido y construido la estructura. Y cualquiera que haya sido el oscuro poder que se encontró detrás de la pirámide debió de haberla erigido como un mensaje sólo descifrable por la gente sagaz. Parte de esa gente sagaz se presentó de inmediato.

El Astrónomo Real de Escocia, el prominente profesor Charles Piazzi Smyth, levantó la bandera de la causa en 1864, cuando publicó su primer libro, *Our inheritance in the Great Pyramid*. Sus afirmaciones lo engloban todo, ya que la Gran Pirámide no sólo es historia del pasado, afirmaba Smyth, ¡sino también historia del futuro! Todo gran acontecimiento en la historia de la humanidad se encuentra representado allí, sostenía, y se esforzó poderosamente, aunque con deficiencias, para demostrarlo, a través de una obsesión que consumió el resto de su vida.

Smyth seguía los pasos de un tal John Taylor, que había expresado anteriormente que el «codo» bíblico estaba expresado en la pirámide. Taylor descubrió que el radio polar de la tierra dividido por 10 millones daba como resultado unas 25 pulgadas que, según él, equivalía a un codo. Es algo que simplemente prefirió creer.

Con el tiempo se siguieron buscando las conexiones bíblicas con la Piramidología. Durante las investigaciones de Smyth, una de las piedras originales del revoque, que cubrió hace mucho tiempo la Gran Pirámide para proporcionarle una superficie lisa y pareja, fue desenterrada cerca del lugar. A lo largo del tiempo, casi todas las piedras del revoque fueron sacadas por los habitantes del lugar, que obviamente creían en la filosofía del «pan antes que en la poesía» y pensaron que era razonable usar la gran pila de piedra en algo práctico. Se trata de otro crimen contra

la posteridad frente al que no existen argumentos. Taylor, que murió antes de este descubrimiento, se habría alegrado de haber sabido que la piedra tenía un poco menos de 25 pulgadas de un lado. Smyth no perdió ni un momento a la hora de sacar una conclusión, su deporte favorito. Declaró que esta nueva medición era el codo tan buscado y también proclamó la «Pulgada de la Pirámide» como una vigésima quinta parte del codo. Esto equivale exactamente a un millonésimo del radio polar de la tierra según Smyth. Pero desgraciadamente para este toque de inspiración, se descubrieron luego otras piedras de revoque y la Pulgada de la Pirámide de Smyth quedó en nada, ya que esas piedras eran de diferentes medidas. Tal como podía esperarse, esto de ningún modo alteró la teoría. Smyth siguió adelante, ignorando esos hechos.

Asignó a las distancias dentro de la pirámide una proporción de Una Pulgada de la Pirámide/Un Año para mostrar que los pasadizos representaban una historia y una profecía mundial. A través de esto «probó» que el mundo comenzó en el año 4004 a. de J.C., un cálculo algo conservador, pero convenientemente acomodado a los cálculos del obispo James Ussher, otro buscador de la verdad que basaba su cifra en cálculos bíblicos. Evidentemente, Smyth era un admirador suyo. Un número interminable de fechas fue encontrado en las mediciones de la pirámide, pero tal como señaló Martin Gardner: «No resulta difícil comprender cómo alcanzó Smyth estas sorprendentes correspondencias científicas e históricas. Si uno se dedica a medir una estructura complicada como la de la Pirámide, dispondrá rápidamente de gran abundancia de longitudes para poder jugar con ellas... ya que no se vería limitado por regla alguna». En realidad, Gardner, en su libro *Fads and Fallacies*, demuestra que el monumento a Washington presenta la misma cantidad de pruebas históricas, astronómicas y numerológicas que la Gran Pirámide. Uno de los partidarios de Smyth, extasiándose ante la relación del número cinco y la pirámide, señaló que ésta tiene cinco ángulos y cinco lados. La Pulgada de la Pirámide equivale a un quinto de un codo. Existen cinco extremidades en el cuerpo humano, cinco sentidos, cinco libros de Moisés y así sucesivamente. Pero, según nos muestra Gardner, existe la misma cantidad de correspondencias con el número cinco en el monumento a Washington. Su altura es de 555 pies y 5 pulgadas. La base tiene 55 pies cuadrados, las ventanas se encuentran a 500 pies de la base. Multiplicando cinco veces el número de meses en un año por la base, se obtiene 3.300, peso en libras del coronamiento. Utilizando la medida «Pie de Monumento» (si Smyth puede tener una Pulgada de la Pirámide, ¿por qué no puede haber un «Pie de Monumento?»), tenemos una base de 56,5 pies, que multiplicada por el peso del coronamiento da como resultado 186.450, una cifra notablemente cercana a la velocidad de la luz en millas por segundo. Y así sucesivamente.

El entusiasmo de von Däniken por el tema de las pirámides fue compartido por

Charles T. Russell, ya fallecido, quien fundó el culto de los Testigos de Jehová. Russell anunció en 1891 que antes de 1914 los muertos se levantarían y serían nuevamente aniquilados si no aceptaban una «segunda oportunidad» para ser salvados. Una vez más, los fieles se introdujeron en los pasadizos de la Pirámide para aplicar sus cintas métricas a las nuevas predicciones, buscando una concordancia con Russell. El año 1914 llegó y pasó.

Sin embargo, existe un aspecto de la Gran Pirámide que parece desafiar la explicación de la coincidencia o la ilusión. Parece bastante seguro que los antiguos egipcios no conocían el valor de la importante constante que conocemos como Pi, es decir $22/7$ o $3,14$. Es la relación entre la circunferencia de un círculo y su diámetro. Aunque tanto los egipcios como los japoneses casi la encontraron, no lograron reconocer su importancia. Su aparición en la Pirámide parece sorprendente. Si dividimos dos veces la longitud de un lado de la base por la altura de la Pirámide, obtenemos el valor correcto de Pi en sus tres primeras cifras. Una investigación reciente, como se describe en el programa de televisión «Nova», sugiere que los prácticos egipcios utilizaron una rueda como dispositivo para marcar las distancias. El uso de dicho dispositivo introduciría de forma automática a Pi dentro de la estructura, si el diámetro de la rueda fuera uno de los estándares en uso, tal como parece casi inevitable. Pero en el caso de que hubiese sido obra de seres de otros mundos, ¿por qué no le dijeron nada a los egipcios acerca del mágico número Pi? ¡No aparece en ningún otro lado!

Von Däniken, incapaz de creer que los antiguos egipcios realmente llevaron a cabo por sí solos el proyecto de la prodigiosa construcción, sostiene que no han sido encontradas las herramientas de construcción relacionadas con la Gran Pirámide. No es verdad. Podemos encontrar cuerdas, rodillos, cinces y mazos en colecciones de todo el mundo. Y afirma que no podríamos repetir hoy esta proeza de la construcción ni siquiera usando nuestra mejor tecnología. Una vez más, no es verdad. Se estima que hay dos millones y medio de bloques de piedra en ese colosal monumento. Las canteras a unos veinticinco kilómetros al otro lado del Nilo nos muestran incluso algunos bloques parcialmente cortados y abandonados una vez que fueron obtenidas las cantidades necesarias. «Nova» ha descubierto que hoy a dos hombres les lleva quince minutos cortar un bloque de la cantera. Las estimaciones acerca de la cantidad de bloques que podían transportarse a bordo de una nave de las mismas dimensiones y del mismo tipo como las de la Antigüedad, del trabajo necesario para la construcción de las rampas en el lugar y de otros elementos logísticos indican que fueron necesarios treinta años y aproximadamente cuatro mil hombres para realizar la construcción. Con una tecnología más avanzada, el trabajo representaría una fracción de dicho cálculo. Nuevamente, von Däniken está equivocado.

La construcción de la Gran Pirámide de Keops fue el resultado de doscientos años

de experimentos en el campo del arte. Existe incluso un ejemplo de una pirámide construida (en tiempos muy lejanos) con los lados demasiado empinados. Una vez aprendida la lección, la inclinación de otra pirámide, entonces en proceso de construcción, fue abruptamente modificada. Estamos hablando de la Pirámide Inclinada. ¿Y por qué las últimas pirámides duraron tanto tiempo? Porque la forma piramidal es la más estable para cualquier estructura. Es, de hecho, la forma que adopta una estructura cuando se derrumba. En otras palabras, al desplomarse en una masa con forma de pirámide, una estructura no puede seguir derrumbándose más. La experiencia, el cuidado, la dedicación, la pericia y el trabajo duro erigieron la Gran Pirámide en el lugar en que está. Vemos, pues, que no fue erigida por unos superseres provenientes de las estrellas.

Haríamos bien en fijarnos en ciertos puntos más sutiles —en lugar de hacerlo solamente en la teoría global— sostenidos por von Däniken en su fascinación por tales maravillas. El hecho de rogar por una oportunidad para apuntalar una teoría general y defectuosa constituye una técnica estándar presentada por los fabricantes de milagros. Esto se logra proporcionando cifras lo más rápida y enérgicamente posible. El autor de *Chariots of the Gods?* afirma que el conjunto de la Gran Pirámide se ajusta «hasta una milésima de pulgada». Seguro. Una mirada a la estructura muestra que es literalmente un montón de rocas más o menos cuadradas. Variaciones de muchas pulgadas se producen en casi todos los bloques. Por otra parte, nos equivocariamos si esperáramos algo distinto. El hecho de observar esto no desmerece en nada la habilidad y el cuidado de los constructores. El «núcleo» de la pirámide era sólo un soporte. La gravedad la mantenía en su lugar. El magnífico revestimiento —ahora desaparecido— era lo que hacía de la estructura una fina obra de arte. ¿Pero «milésimas de pulgada»? ¡Las longitudes de los cuatro lados de la Gran Pirámide varían tanto como ocho pulgadas!

Podría seguir citando errores como ése y multiplicarlos a través de muchas páginas, pero tenemos que abordar otras fantasías muy vendidas del mismo autor.

En *The Gold of the Gods*, von Däniken abandona toda pretensión de alcanzar la verdad y crea uno de los libros más vergonzosos e ingenuos que se hayan escrito jamás bajo la pretendida forma de un hecho. Resulta escandaloso verlo en las bibliotecas locales (y también *Chariots of the Gods?*) clasificado con el número 913.031 correspondiente a la sección de Arqueología. Evidentemente, no existe una clasificación seria para la pseudociencia o para las mentiras directas. Incluso la Biblioteca del Congreso en Washington D.C. clasifica los libros de Castañeda dentro de la «Historia Yanqui» en lugar de hacerlo en la sección de Fantasía. Pero eso es Washington.

Mientras que en su primer libro von Däniken se muestra, en el peor de los casos, como alguien torpe, ingenuo y negligente, en *The Gold of the Gods* nos ofrece una

imagen totalmente diferente. En este libro nos cuenta su visita a Ecuador, Sudamérica, donde fue llevado por un tal Juan Moricz a las legendarias Cuevas de Oro. Los ecuatorianos han hablado durante generaciones acerca de estas cuevas, aunque nunca se las mostraron a los visitantes ni tampoco pueden señalar con exactitud dónde se encuentran las entradas. En uno de mis primeros viajes a ese país a principios de la década de los sesenta, visité el maravilloso museo del oro en Guayaquil, donde fui abordado por un estadounidense que se encontraba allí para encontrar las cuevas. Cuando expresé mis dudas de que realmente existieran, se enojó repentinamente y se concentró en el examen de los objetos para evitar esa opinión indeseable. Más tarde, hablando con el asistente del encargado, me enteré de que el museo estaba plagado de gringos que insistían en que la fabulosa riqueza de los incas yacía en esas misteriosas cavernas, cerca de allí, y no toleraban ninguna discusión al respecto.

Pero von Däniken afirma que tuvo éxito y que Moricz le llevó hasta las cuevas. «Cuando vi por primera vez la pila de oro, supliqué que se me permitiera sacar sólo una fotografía», afirma von Däniken. «Una vez más, me lo negaron. Los montones de oro debían ser levantados de la pila, lo que podía provocar que las piedras cayeran desde el techo como una avalancha a causa de algún ruido». Von Däniken había recibido previamente la advertencia de no tomar fotografías con flash por temor de que la entrada de la cueva se «cerrara bruscamente». «¿Acaso mi flash pondría en funcionamiento un rayo láser sincronizado?», se pregunta. «¿Volveríamos a ver la luz del día?».

¿De qué diablos está hablando von Däniken? ¿Es esa su pobre excusa para no mostrarnos las fotografías de ese tesoro fabuloso y del interior de las cuevas? No. Existe un motivo mucho mejor que ése. Cuando la excelente revista alemana Der Spiegel sintió curiosidad y fue a Ecuador para entrevistar a Juan Moricz, éste se quedó pasmado. Les dijo que aunque recordaba la visita de von Däniken (hay muchas fotografías de los dos juntos), el escritor nunca vio las cuevas y menos aún el oro. En realidad, resulta difícil saber si el mismo Moricz vio algún tesoro. Creo que aquí comenzamos a ver claramente una respuesta: no hay cuevas con tesoros y no hay oro.

Es verdad que hay cuevas. Y es verdad que resultan muy impactantes. Además, parece haber algunos objetos en ellas. También es posible ver objetos de metal que pueden resultar muy convincentes para aquellas personas poco informadas, porque parecen implicar acontecimientos fantásticos que contradicen cualquier posición ortodoxa. Una vez examinados estos asuntos, comenzaremos a entender lo fácil que resulta para un hombre como Moricz convencerse a sí mismo de que no falseó el asunto aun cuando von Däniken sí lo hizo.

Según explica von Däniken, «Moricz prometió que le permitiría fotografiar el oro más adelante, pero no en cantidades tan grandes». Luego, para deleite de von

Däniken, Moricz le llevó a la Iglesia de María Auxiliadora en Cuenca, donde conoció al padre Cario Crespi, un viejo sacerdote católico que tenía un enorme museo en tres habitaciones. La tercera habitación, que pocas veces se la mostraba a alguien y si la abría lo hacía con reticencia, está llena de oro. Von Däniken, sin embargo, pudo entrar en ese lugar sagrado. Allí vio tesoros indescriptibles que llegaban hasta el techo, llevados «durante las décadas pasadas» por los indios del lugar muy amigos del padre Crespi. La colección está «compuesta en efecto de oro puro que ha sido sacado a la luz ante un mundo incrédulo y sorprendido».

El libro *The Gold of the Gods* está lleno de fotografías de la colección de Crespi. Incluso el estudiante más casual se queda pasmado al ver que en muchas de las piezas de metal aparecen representaciones en relieve de elefantes, hipopótamos, caballos, camellos (no el «camello sudamericano», como se denomina a menudo a la llama) y pirámides, al estilo egipcio. No resulta difícil imaginar que si esos objetos son genuinos, tendríamos una completa revolución en los campos de la arqueología, la antropología, la historia y otra media docena de disciplinas, ya que a la luz de hechos plenamente aceptados y establecidos, dichos animales y dicha estructura no pueden aparecer en antiguas representaciones nativas de Sudamérica. El mamut y el caballo eran, efectivamente, comunes en ese continente hace más de seis mil años —el caballo fue introducido por los conquistadores españoles— y abrigo la secreta creencia, sin duda carente de pruebas, de que en alguna parte del Mato Grosso de Brasil están los restos de una manada de mamuts; pero junto con estos anacronismos encontramos pirámides egipcias inscritas y reproducidas en relieve sobre objetos preservados por el padre Crespi en su museo. ¿Acaso esas ideas y figuras fueron traídas a estas costas por los «antiguos astronautas»? ¿O los antiguos ecuatorianos eran en realidad egipcios? ¡Qué excitantes resultan estas ideas! Y qué vendibles. ¿Pero son verdaderas? Quizás esté mejor calificado que otros para comentar estos cuentos fantásticos de von Däniken. Yo estuve en dos de las legendarias Cuevas de Oro y pasé mucho tiempo con Cario Crespi. Por consiguiente, las mentiras de von Däniken me ofenden enormemente.



Se necesita muy poca imaginación para inventar gigantes de otro mundo y afirmar que vivieron en esta cueva peruana.

A finales de la década de los sesenta, uno de mis viajes me llevó a través de Cuzco hasta la selva de Perú en Tingo María, un pequeño pueblo de la selva donde se rumoreaba que había una «cueva del tesoro» que los visitantes anteriores habían declarado que estaba llena de maravillas hechas por el hombre y de un tesoro aurífero. No sentía ninguna inclinación por convertirme en todo un «espeleólogo aficionado», pero estaba decidido a descubrir de qué se trataba todo eso, de manera que me equipé adecuadamente y con la ayuda de un guía local trepé por una ladera escarpada hasta la abertura casi invisible de la Cueva de los Leschusas. (El leschusa —nombre local— es un pájaro similar al guácharo de Venezuela. Una variedad del mismo también vive en México. Es el único pájaro conocido que vive en cuevas. Además, era una de las criaturas terroríficas con las que me iba a topar).

No detallaré las maravillas que descubrí en esa caverna, exceptuando los artefactos supuestamente hechos por el hombre. Dejaré para otra oportunidad las cucarachas blancas de un metro de largo, las gigantescas cochinillas de tierra y los murciélagos vampiro escurriéndose como ratones con muletas. Pero estos fascinantes fenómenos contribuían a la atmósfera irreal de ese extraño mundo. No me sorprende que otros hayan permitido que sus imaginaciones volaran por esos laberintos. Uno queda repentinamente desconectado de cualquier similitud con la ecosfera exterior, víctima de todo tipo de sugerencias misteriosas y extrañas.

Llegué ante las «escaleras» gigantes que ya me habían descrito. Eran el resultado de siglos de erosión interna del agua, que seguía adelante con su tedioso trabajo mientras observaba las colosales estructuras. En la parte superior de esas «escaleras»

descubrí varios agujeros aparentemente sin fondo, de los que bajaban, de forma abrupta, trozos de cuerdas y pedazos de madera abandonados por exploradores anteriores. Con toda seguridad, los dueños de esas herramientas se estaban convirtiendo en polvo en el fondo de esos pozos, por lo que no me sentía inclinado a investigar aquel asunto más profundamente. Me había convencido de que los mencionados objetos dejados allí por los «gigantes» (léase «incas», «extraterrestres» o cualquier otro candidato popular actual) eran en realidad formaciones geológicas interesantes pero perfectamente normales. Y no podía verse ni un fragmento del esquivo oro y, por lo tanto, ningún montón que «pudiera ser levantado de la pila».



Lo que en un primer momento parecen ser escaleras gigantes que se internan en la cueva no son más que formaciones geológicas naturales.

De regreso a Cuzco, la antigua capital del imperio inca y una ciudad que me es muy familiar, pregunté acerca de las Cuevas de Oro, resistiendo valientemente a los exasperados suspiros de los arqueólogos con los que hablé. Me dijeron que acudiera a la iglesia de Santo Domingo, que está construida sobre las ruinas de Coricancha («lugar de Dios») y alrededor de las mismas, el lugar individual más sagrado del dominio inca. Fue llamada la mayor maravilla del hemisferio por los conquistadores españoles, que trataron en vano de derribarla y cubrirla con trabajos de piedra modernos. Allí, por encima del maravilloso Muro Curvado, pude observar una ventana enrejada, más allá de la cual se encontraba la entrada a una serie de cuevas supuestamente rebosantes del oro inca, llevado allí por los indios cuando los españoles llegaron a Cuzco. Resultaba difícil de creer que los invasores hubiesen sellado tanta riqueza y que hubiesen permitido la difusión de semejantes historias.

Resultó que estaba observando una moderna bodega dentro de la cual se estaban llevando a cabo excavaciones para descubrir partes ocultas de las antiguas ruinas. El

oro que había revestido las paredes de andesita de Coricancha había sido desmontado y fundido por los invasores al mismo tiempo que destruían la cultura que lo había producido. Pero los turistas siguen visitando el lugar para ver la misteriosa ventana enrejada.



Los sensacionalistas afirman que detrás de esta ventana enrejada en Cuzco se encuentra la entrada a las Cuevas de Oro utilizada por los incas. En realidad, allí se encuentra la bodega de la Iglesia de Santo Domingo.

En cuanto a Moricz, había escuchado cuentos sobre cuevas ocultas llenas de oro y, presumiblemente, había explorado algunas cuevas y había experimentado el asombro provocado por ese tipo de investigaciones. Sin ninguna duda interpretó las formaciones naturales como el trabajo de seres humanos y no de gigantes. ¿Cómo se convenció entonces de la existencia de las cuevas y del oro? Puede explicarse fácilmente. Había visto el material de Crespi, por lo que supuso que dichos tesoros provenían de las cuevas tal como se afirmaba. Pero el tesoro de Crespi necesita una explicación.

Cuando visité la ciudad de Cuenca, en las altas montañas de Ecuador, para ver al venerado padre Crespi, las expectativas de encontrar maravillas eran altas. Varios artículos de revistas habían informado de los objetos de oro de su museo y yo sabía que la zona de Cuenca, además de producir grandes cantidades de mármol y objetos realizados con la piedra local, también era el principal centro de producción de oro de los incas. De hecho, se me había dicho que no había ningún curso de agua en el territorio que no produjera por lo menos una pizca de oro (yo mismo pude comprobarlo personalmente lavando unos pocos pedacitos in situ). Pero el valor no era lo suficientemente elevado como para justificar el tiempo empleado, así que abandoné la empresa.



El padre Cario Crespi en 1966, en Cuenca, Ecuador, entre algunos de sus tesoros.

Contrariamente a las declaraciones de von Däniken en el sentido de que Crespi se mostraba reticente a mostrar sus artículos, descubrí que lo hacía de buen grado. Me guió entre las pinturas, las tallas de piedra y los objetos de madera y, finalmente, llegamos a la Tercera Habitación. Me quedé sin habla, pero no por la misma razón que von Däniken. La colección era un fraude total y absoluto de una pared a la otra. Restos de latas, láminas de latón y flejes de cobre abundaban mezclados con pilas de cadenas oxidadas, fragmentos de armaduras y trozos de maquinaria. Algunas de las láminas de cobre estaban grabadas y raspadas con cualquier cosa, desde elefantes hasta dinosaurios. Eran numerosos los diseños toscos y muy pobres y había más representaciones de pirámides de las que podía contar. La terrible verdad surgió en mí de forma inmediata.

Había una pieza de oro, de una pureza que no pude determinar. Ahora bien, he tenido ocasión de observar mucho oro peruano y ecuatoriano. Tengo un poco en mi casa. Hay algo en su textura y en particular en su peso que lo delata. Y evoca un extraño flujo repentino de emoción en el cuerpo y una aceleración de la respiración que fueron adecuadamente descritos como «fiebre del oro». Resulta embriagador tener en las manos la sustancia que ha sido buscada con más diligencia que cualquier otra. Uno comienza a tener ideas de asesinato y fuga (el padre Crespi me pareció muy vulnerable en ese momento).

Pero era espantoso ver lo que tenía en mi mano. Era, obviamente, un fragmento

de oro de un objeto más grande, cortado del original y retocado por manos modernas. Lo identificaría como un pedazo de peto de armadura, reducido ahora a una pieza de unas cinco pulgadas cuadradas con un triángulo y unas toscas serpientes sobre ella, groseramente talladas y adaptándose al fragmento irregular de forma desprolija. Unas semanas antes, me habían contado en Guayaquil un trágico acto de vandalismo relacionado con una máscara de oro finamente trabajada de la zona de Esmeraldas, en la costa ecuatoriana. Dos buscadores de oro estadounidenses la habían descubierto y luego discutieron por ella. La solución fue similar a la de Salomón: partieron la máscara en dos, destruyendo su valor artístico, arqueológico y estético. Cada uno conservó cierto peso en oro.

Había escuchado que los objetos de oro a menudo eran fundidos por razones de seguridad. En Ecuador, es ilegal poseer objetos de oro antiguos; todos esos objetos son propiedad del gobierno y deben ser entregados. Pero no hay problema con el oro en bruto. De esta manera, los objetos son a menudo destruidos y vendidos por el valor del metal básico. ¡Cuántos tesoros se pierden de esta forma! Pero al preguntarle al padre Crespi, me enteré por qué tenía tantos objetos «antediluvianos» en exhibición, de piedra y de metal. Reveló que proporcionaba pequeñas sumas de dinero, vestimenta e indulgencias a cambio de objetos. ¡Y dejó bien claro que prefería piezas que probaran su teoría de que los egipcios y los babilonios poblaron América del Sur, concretamente Ecuador! Me dijo que el mismo Aníbal había estado en Ecuador con sus elefantes, una declaración que me hizo dudar de su cordura.

Crespi, un excéntrico encantador cuya última comida podía adivinarse sobre la sotana deshilachada, era italiano de nacimiento, pero había ido a Ecuador para perseguir su locura y de paso servir como funcionario de la Iglesia de María Auxiliadora. Sus colegas le trataban allí con respeto, pero también se reían de sus tonterías. Era el personaje original del lugar y como tal era tratado. Su museo, según me dijeron, podía ser trasladado en cualquier momento a fin de crear un espacio para asuntos más importantes. Las puertas resquebrajadas y podridas que guardaban sus tesoros se mantenían cerradas con candados oxidados y muy baratos. Las mismas piezas estaban apiladas por todas partes en tumultuoso abandono. Era evidente que el padre Cario Crespi era sólo otro teórico aficionado e iluso con una credulidad sin límites.

Hay otra cosa que el lector debería tener en cuenta. Todos los países de Sudamérica desean ser considerados la cuna de la civilización. Cuando hablé en Sicuani, Perú, con un obispo —un fumador empedernido—, me aseguró que muchos peruanos abrigaban la creencia de que el Jardín del Edén se encontraba justamente allí, en los Andes. Argentina fomentó durante mucho tiempo la noción de que la evolución del hombre se produjo allí, a pesar de que la especie anterior al mono, necesaria para la selección natural para producir la especie *Homo sapiens*,

simplemente no ha sido encontrada en el continente. Los monos del Nuevo Mundo se separaron de los prosimios mucho antes y de ninguna manera entran en la evolución de los seres humanos, desafortunadamente para los grupos sudamericanos que hubieran preferido una cuna andina de la especie. De esta manera, la locura como la de Crespi se ve oficialmente alentada.

El padre Crespi no carecía de artículos para respaldar sus creencias excéntricas: simple basura. Una parte provenía, sin duda, de las fábricas de objetos que abundan en Ecuador. Pero la naturaleza de toda la colección me fue revelada cuando, observando las pilas de escombros, me topé con un flotador de cobre de un tanque de inodoro y una lata grabada con las palabras «producto de Argentina» todavía visibles. Sin embargo, esto no lo advirtió von Däniken que engañó a sus lectores. Sólo puedo concluir, basándome en esos hechos, que von Däniken es un mentiroso y un embaucador incompetente.

Resulta sorprendente ver lo que este hombre considera como maravilloso. En una parte del libro *The Gold of the Gods* nos muestra una fotografía de un esqueleto humano tallado en piedra y se pregunta de forma incrédula cómo los estúpidos «salvajes» pudieron saber qué aspecto tenía un esqueleto humano. «¡De acuerdo con lo que sabemos, Roentgen no descubrió los rayos X hasta 1895!», exclama, mostrándonos su estupidez una vez más. Luego nos descubre unas fotografías de columnas de roca basáltica hexagonales, de unos cinco metros de largo, utilizadas para construir un edificio en las Islas Carolina de Micronesia. «Hasta ahora —revela— los estudiosos declararon que esas losas de basalto estaban formadas por lava que se había enfriado». Bien, tengo una gran noticia para él: los estudiosos siguen afirmando lo mismo en la actualidad. En Irlanda, la Calzada de los Gigantes constituye una prueba muy adecuada que muestra que la lava, al enfriarse rápidamente con agua, puede adquirir esas formas, y allí las columnas tienen más de 120 metros de largo. Pero nuestro escritor preferiría que nosotros pensáramos que unos tipos del espacio tallaron esas columnas para levantar una cabaña, allá en el Pacífico.

Von Däniken nos invita además a seguir sus conjeturas cuando nos muestra una fotografía de un cráneo de bisonte gigante de unos 10.000 años de antigüedad con un agujero redondo en la frente. No se nos ofrece ninguna prueba acerca del tamaño del agujero ni de su antigüedad con respecto al cráneo, ni tampoco sabemos si se ha interrogado a algunas autoridades al respecto. Todo lo que tenemos es un típico comentario atolondrado de von Däniken acerca de una observación totalmente insignificante. «El agujero en el cráneo sólo pudo haber sido hecho por un arma de fuego», afirma. «¿Quién tenía armas de fuego en el año 8000 a. de J.C.?». Propongo una pregunta mejor: ¿Quién podría creer semejante estupidez? Desgraciadamente, 36 millones de personas compraron sus absurdos libros.

The Gold of the Gods trata también el tema de las curiosas Piedras de lea, sobre las cuales, aparentemente, se encuentran talladas escenas prehistóricas que muestran trasplantes de corazón, cohetes y la televisión. Hay un pequeño «museo» en Ica, ubicado en la costa peruana, al sur de Lima. El pueblo es importante en cuanto a la localización de objetos genuinos de la época preinca, como lo es Nazca, un poco más al sur, donde von Däniken «descubrió» las «líneas» de Nazca.

El museo de Ica está dirigido por un aficionado que es dentista. Las falsificaciones también son realizadas por aficionados. Digo esto porque mi experiencia en Perú me permitió conocer algunas de las piezas de alfarería y objetos de tumbas falsos más finos jamás hechos. Los artesanos allí usan exactamente los mismos métodos empleados por los antiguos para hacer sus cerámicas y dado que la mayoría de los artículos son directamente copiados del fino trabajo efectuado por esos pocos reconocidos maestros de antaño, resulta casi imposible detectar las falsificaciones a menos de conocer algunos trucos al respecto. Las Piedras de lea fueron el tema de varios libros, todos impresos en Perú. Pero aquellos que conocen ese tema saben desde hace mucho que dichas piedras son falsificaciones.

La gente de «Nova» estudió el asunto y descubrió rápidamente la verdad. Todo lo que hicieron fue visitar el área, donde encontraron al dentista que se mostró reticente a la hora de examinar el tema cuando descubrió que deseaban hacer algunas preguntas más profundas que las realizadas en la investigación negligente e incompleta de von Däniken. En una hora descubrieron dónde habían sido hechas realmente las piedras. Incluso se alejaron varios kilómetros del pueblo con el fin de que les tallaran una escena de un trasplante mientras filmaban el proceso.

Von Däniken podía haber seguido el mismo proceso. Estaba bien equipado y financiado y podía descubrir la verdad acerca de las piedras; simplemente no quiso hacerlo.

Evidentemente, el hecho de encontrar a un artesano local que dijo ser el creador de las piedras y que luego hizo una que le encargaron, que resulta imposible de distinguir de las «genuinas», sólo probó que era un buen artesano y que pudo haber hecho todo el conjunto. Lo que se necesitaba era algún tipo de prueba en el sentido de que aquellas piezas ofrecidas como genuinas eran en realidad falsas. Y no fue difícil encontrarla. Se afirmaba que las piedras terminadas eran de una gran antigüedad. Esto significaba que las ranuras talladas superficialmente debían mostrarse curtidas en los bordes por la intemperie, una característica que podía verse con el uso de un microscopio. Un examen por parte de los expertos de «Nova» reveló que no sólo no existía ese desgaste natural, sino que la piedra tallada por encargo no podía distinguirse de las «genuinas».

Pude haberles dicho que había una historia en Lima que circulaba en los refugios de los huaqueros (ladrones de tumbas), que sostenía que si uno mencionaba su

profesión al doctor de lea y luego le disculpaba durante unos quince minutos, podía escuchar la gresca gimotear en la habitación trasera hasta que regresaba de las profundidades de su museo con una piedra tallada que, por una extraña y artificial coincidencia, llevaba la figura de alguien del pasado distante que tenía su misma profesión. Los huaqueros conocían muy bien un proceso de envejecimiento que hacía que los objetos falsos parecieran viejos. Son sometidos a un tratamiento con excrementos de burro.

Hay por lo menos una cosa que debe acreditarse a von Däniken. Ha perfeccionado la técnica tosca de la Gran Mentira utilizada por otros y nos ha ofrecido, en su lugar, el Hecho Provocador. Nos bombardea con fragmentos de información interesantes y, en algunos casos, bastante válidos, y nos permite suponer que lo que ha presentado resulta pertinente y cargado de significado y pruebas ocultas. La misma técnica fue usada por los partidarios de Geller cuando nos aseguraron que en ningún momento Uri Geller usó rayos láser, imanes o productos químicos para doblar cucharas. Esto era totalmente cierto. También es muy cierto que no tenía ningún batidor de huevos, ningún aislante de amianto o ninguna aspirina en polvo en sus bolsillos. ¿Y entonces? Para citar al azar algunos párrafos de *Chariots of the Gods*, von Däniken nos ofrece —sin relación textual alguna y cada una en un párrafo separado— varias declaraciones que sólo parecen respaldar sus afirmaciones: «Las tablillas cuneiformes sumerias muestran estrellas fijas con planetas». «En el Museo Británico, el visitante puede leer los eclipses pasados y futuros de la luna sobre una tablilla de Babilonia». «Los bocetos de animales que no existían en Sudamérica hace 10.000 años, a saber, camellos y leones, fueron descubiertos sobre las rocas de la planicie desértica de Marcahuasi, a 3.800 metros sobre el nivel del mar».

Permítanme explicarle estas maravillas al señor, von Däniken. (Si usted es un estudiante universitario y ya conoce las respuestas, le ruego que me disculpe por un momento). Primero: Sí, Erich, los sumerios también tenían estrellas fijas. En realidad, tenían fundamentalmente las mismas estrellas que nosotros tenemos ahora. Y tenían planetas. Y tenían ojos para verlos, de manera que los registraron. ¿Y qué? Los babilonios conocían los saros, es decir, los períodos entre los eclipses, y, por lo tanto, eran capaces de predecirlos. Y también anotaron sus observaciones. Ingenioso, sí, pero no sobrenatural. En cuanto a los leones y los camellos, debería saber que los dibujos de Marcahuasi son de pumas y llamas, animales de Sudamérica que siguen viviendo allí en gran número. Qué tienen que ver los 10.000 años con esto no podría decirlo, ni usted tampoco. Sin duda se trata de una figura muy refinada. Y las rocas pueden inscribirse tanto a 3.800 metros como al nivel del mar. Y así sucesivamente.

Este hombre tiene el descaro de preguntarnos: «¿Cómo se pueden explicar estas y muchas otras incógnitas?». Fácilmente, Erich, fácilmente.

En su excelente exposición acerca de la fruslería de von Däniken, Ian Ridpath afirma que «continuar no parece tener sentido». Pero existe un importante y evidente defecto en todos los escritos de von Däniken que debería ponerse en claro: es simplemente incapaz de admitir o concebir el hecho de que el hombre antiguo fuera capaz de tener visiones elevadas y la capacidad técnica y artística para crear la fortaleza de Sacsahuamán, la Gran Pirámide de Egipto y otras maravillas, sin la asistencia de seres del espacio exterior. Pero en ningún momento nos incita a observar el milagro de la Catedral de Chartres, el Partenón de Grecia o incluso Stonehenge —esa construcción astronómica tan notable— porque esas maravillas son europeas, construidas por personas que poseen sin ninguna duda la inteligencia y la capacidad para llevar a cabo ese trabajo. No puedo concebir que nuestros hermanos morenos o negros hayan tenido el ingenio de concebir o la pericia para construir las grandes estructuras que efectivamente nos dejaron. En lugar de ello, a fin de satisfacer lo que parecen ser sus prejuicios personales, inventa cierto tipo de intervención divina/extraterrestre/sobrenatural, según él, necesaria para permitir que las razas inferiores colocaran una piedra sobre la otra o pintaran la pared de una cueva.

Personalmente me siento muy dañado e insultado por esa actitud y aunque es una observación con la que el lector puede no identificarse, debo mencionar que hace años —después de haber leído numerosas descripciones acerca de la fortaleza de Sacsahuamán, que protege la capital inca de Cuzco con sus muros de piedra maravillosamente construidos— tuve finalmente la oportunidad de visitar el lugar. Me levanté al alba, caminé por el largo y estrecho sendero hacia la colina que domina Cuzco y vi el sol que golpeaba las ciclópeas fachadas de esa extraordinaria estructura. Admiré a los hombres de antaño que no sólo concibieron semejante proyecto sino que lo construyeron con un prodigioso esfuerzo y dedicación. ¿Acaso podrían haber sabido o siquiera sospechado que alguien de una época tan alejada de su tiempo, cultura y tecnología, quedaría paralizado por su pericia y audacia al crear semejante maravilla? Me desaté literalmente en lágrimas experimentando al mismo tiempo un sentido de reverencia por aquellos artífices de milagros. Por más que lo intente, von Däniken no puede menospreciar los trabajos creados por hombres más grandes que él. Para cada gigante existe un hombrecito que patea sus tobillos. Pero las grandes obras de antaño permanecen.

Con respecto al nuevo libro de Randi, supongo que mi respuesta es exclamar: ¡Mire usted! Creo que las personas inteligentes pueden ver ahora exactamente cómo es.

Harold Puthoff

3 de julio de 1979

En octubre de 1974 apareció un trabajo científico titulado «Information Transmission Under Conditions of Sensory Shielding» (Transmisión de información bajo condiciones de protección sensorial) en la revista británica *Nature*. Ya en 1972, Russell Targ y Harold Puthoff, sus autores, lo habían presentado a diferentes publicaciones estadounidenses como proyecto del Stanford Research Institute (SRI). Todas lo habían rechazado. Su aceptación por parte de *Nature* resultó interesante, en especial por haber sido retenido el trabajo por el editor durante un período sin precedentes de ocho meses, mientras verificaba lo que llamaba «un trabajo todo revuelto».

Nature es una de las publicaciones científicas más prestigiosas del mundo. El hecho de que su equipo aceptara este artículo tan poco usual pareció, en un primer momento, sorprendente. Lo que no saben aquellos que otorgaron al artículo el «imprimatur» de ciencia establecida como resultado de dicha aceptación es que el mismo había sido sometido a varios exámenes y revisiones antes de ser aceptado, eliminándose el material más atolondrado ante la insistencia de los editores. Más aún, *Nature* publicó un largo editorial en el mismo número explicando que el artículo de Targ y Puthoff se publicaba para que los científicos pudieran ver el tipo de material que se producía en el campo de la parapsicología. El editorial calificaba el artículo de «incompleto», «impreciso», «limitado», «defectuoso» e «ingenuo». Sin embargo *Nature* lo aceptó y le dedicó una gran importancia. Incluso el *New York Times* cayó en la trampa, ya que lo calificó como un trabajo respetable. Si el *Times* hubiese sabido lo que ahora se sabe acerca del trabajo de Targ y Puthoff, se hubiese referido

al mismo en las páginas de entretenimientos.

Por decirlo así, los dos autores quedaron a merced del mundo «psi». Fueron solicitados en todas partes para hablar y opinar acerca de todos los aspectos de lo paranormal. Se convirtieron en los portavoces de lo que la ciencia considera como irracional. Incluso antes de la publicación del artículo en *Nature*, ellos ya habían asumido ese papel. Durante el mes de agosto de 1974, se produjo una gran excitación en Ginebra, Suiza, cuando Targ y Puthoff anunciaron un experimento estremecedor llevado a cabo en 1972 con un «sujeto dotado, el señor Ingo Swann». Dado que este psíquico todavía tenía que emprender su temerario «viaje astral» a Júpiter (véase el capítulo 4) que impresionaría tan profundamente a Targ y a Puthoff, de momento sólo tenían un conocimiento somero de sus grandes poderes. Los científicos del SRI se presentaron frente a una gran audiencia y dieron a luz a otro «bebé de Rosemary», para admiración de todos los presentes. En realidad, dos de los presentes, Charles Panati, de la revista *Newsweek*, y el escritor Arthur Koestler, hablaron de forma efusiva acerca del acontecimiento durante semanas. Lo digo aquí porque constituye un excelente ejemplo de la diferencia entre un informe y el verdadero acontecimiento, y anuncia el informe posterior y más famoso de *Nature* sobre Uri Geller.

Targ y Puthoff relataron que Swann había sido llevado a la Universidad de Stanford donde se enfrentó con un enorme magnetómetro, preparado en ese momento para registrar el ritmo de declinación de un campo magnético. Éstos le dijeron a Swann que si llegaba a afectar de forma paranormal el campo magnético, esto se haría evidente en el registrador de diagramas. Swann «concentró» su atención en el interior del magnetómetro, momento en el cual la frecuencia de la potencia de salida se duplicó durante unos 30 segundos. Luego, explicaron, se le preguntó a Swann si podía detener el cambio del campo indicado en el diagrama. «Después —afirmaron— procedió aparentemente a hacer justamente eso». Cuando Swann les describió sus esfuerzos, el registrador de diagramas se puso nuevamente en marcha. Más tarde, cuando le pidieron que no pensara en el aparato, la línea de registro retomó su trazo normal. Al mencionar nuevamente el magnetómetro, ésta volvió a alterarse. El experimento acabó en esos instantes porque ya mostraba cansancio debido a los esfuerzos.

Le pido al lector que vuelva a leer el párrafo anterior cuidadosamente para tener una idea de lo que T & P quisieron hacernos creer que sucedió en esa ocasión. Luego siga leyendo.

Una de las personas presentes en la conferencia, Gerald Feinberg, de la Universidad de Columbia, habló con el hombre que construyó realmente el magnetómetro y que estuvo presente en la demostración de Swann. Feinberg observó de forma muy pensativa que tanto ese hombre como el diseñador del aparato «aparentemente no le habían prestado ninguna atención a ese informe. No le dieron

importancia». En cambio, sí lo hicieron, y tuvieron una buena razón para hacerlo, porque sabían que el informe era totalmente erróneo. ¿Cómo lo sé? Porque me molesté en ponerme en contacto con el doctor Arthur F. Hebard, el constructor del dispositivo, que estaba presente y que recuerda muy bien lo que ocurrió.

Hebard se sintió sorprendido cuando le conté que había sido citado por Targ y Puthoff en relación con ese fiasco. Al no ser un lector de ese tipo de literatura, no se había enterado de su atrevimiento y se irritó mucho por haber sido utilizado de ese modo. Esto se hizo evidente a través de sus observaciones, cuando me puse en contacto con él mientras investigaba las pruebas de Targ y Puthoff.

«Me parece increíble que nadie se haya molestado en comprobarlo conmigo, como lo hizo usted», me dijo. «Targ y Puthoff sacaron un montón de conclusiones, se mostraron excesivamente entusiastas... y establecieron rápidas conexiones entre lo general y lo específico». Puthoff nunca le preguntó a Hebard si tenía que dar alguna explicación. En realidad, tenía muchas para ofrecer. «Había muchas cosas que pudieron haber causado lo que vimos», afirmó. Por ejemplo, una acumulación en la línea de helio pudo ser la causa. Había ocurrido con anterioridad. El hecho de que el señor Swann no fuera capaz de reproducir el efecto en intentos posteriores da crédito a la opinión de que el acontecimiento inicial fue «accidental».

¡Pero detengámonos aquí! Charles Panati les había dicho a Targ y a Puthoff que «si (Swann) realizaba el experimento más veces, con exactitud diríamos que eso sería una especie de golpe de mazo». Verá usted. Panati cometió el error de creer a T & P cuando éstos afirmaron que «durante este día y el siguiente, cuando fueron registrados datos similares con el señor Swann, numerosos científicos observaron el experimento». Se insinuaba así que Swann efectivamente había repetido el experimento con éxito ante unos observadores competentes. Falso. De acuerdo con Hebard, no fue así. ¡Además, Swann ni siquiera repitió la prueba una sola vez más! La verdad es que el efecto Swann no se repitió. Cuando le pregunté a Hebard «si creía que todo había sido tergiversado», éste repitió: «Todo es mentira. Usted puede llamarlo de la manera que quiera, pero yo a eso lo llamo una mentira».

Swann estuvo mirando fijamente el equipo durante «diez o quince minutos», señaló Hebard, después de que Targ y Puthoff le dijeran que «hiciese algo». En ningún momento se le pidió que «detuviera el cambio de campo». Cuando la curva se desniveló de forma momentánea, por la razón que fuera, Targ y Puthoff decidieron que eso era lo que deseaban. Swann no seguía ninguna instrucción. Todo lo que sucedió —a través de medios perfectamente normales— fue interpretado como algo paranormal. En realidad, afirmó Hebard, cuando la curva «saltó bruscamente», Swann les preguntó a Targ y a Puthoff «si eso era lo que se suponía que tenía que hacer» y ellos coincidieron alegremente en que así era, sin tener la menor idea de lo que había causado la ondulación del registro y sin pedirle a nadie una opinión

racional acerca de lo que había provocado la variación.

Entonces, según Hebard, Swann cruzó la habitación y desvió su atención del aparato registrador de diagramas. Otros lo observaron para ver si la irregularidad volvía a manifestarse. Y así fue, lo cual parecía indicar que se había producido algún cambio de salida en el complejo del laboratorio de la universidad. Cuando Targ y Puthoff vieron el cambio, le gritaron a Swann: «¿Usted también hizo eso?». Swann respondió que sí, de forma negligente. Al señalar esto, Targ y Puthoff le dijeron a Gerald Feinberg que Swann «había realizado varios intentos con el mismo efecto».

Los dos científicos también informaron de que Swann describió «con gran exactitud» la parte interna del «detector de quarks» de Stanford. El doctor Hebard afirmó al respecto: «El señor Swann no fue capaz de describir la parte interna del detector “con gran exactitud” ni tampoco hizo ningún dibujo del aparato. Lo que sí describió, utilizando colores, formas y cierta licencia poética fue lo que pensó que podía ser un detector». Siguiendo una corazonada, le pregunté al doctor Hebard si Targ y Puthoff le habían sugerido cosas a Swann. «Le dieron información constante», respondió. «Comentarios como “Es verdad” o “Díganos algo más acerca de eso”». Uno se pregunta si esto era habitual en los experimentos previos de Targ y Puthoff y también si no sería un ensayo de los futuras pruebas de «visión a distancia» que probaron ser tan vergonzosas para todos los involucrados.

Obsérvese también que Targ y Puthoff suponen automáticamente que «cuando la frecuencia de la potencia de salida se duplicó», esto se debió al hecho de que el campo magnético interno había soportado un cambio. Esto se parece un poco a librar un cheque por un millón de pesetas y suponer que eso significa que el dinero se encuentra en su cuenta. Lo que ocurrió realmente fue que —por una u otra razón, y tal como había ocurrido antes en el laboratorio— el aparato registrador de diagramas mostró un doble registro. Y eso es todo. Y no sucedió cuando Swann «concentró su atención» en la tarea; sucedió diez o quince minutos más tarde. Esta distorsión se produce porque cuando Targ y Puthoff afirman «en ese momento... la potencia de salida se duplicó», suponemos que eso significa «de inmediato». No es así. Le acreditan a Swann un segundo aumento en el registro mientras su atención no estaba concentrada en la tarea. Hay un pequeño salto desde lo que realmente sucedió hasta la versión final elaborada por Targ y Puthoff. Pequeño para la parapsicología, pero imperdonablemente grande para cualquier otra disciplina.

Lo más cómico, sin embargo, se desprende de la última declaración que efectuaron acerca de la hazaña de Ingo Swann. «A partir de nuestra orden se detuvo y la observación finalizó». En otras palabras, cuando la máquina funcionaba de forma normal era porque Swann no estaba usando sus terribles poderes.

(Esto último me recuerda la afirmación más ingeniosa de Gerard Croiset. Croiset, un psíquico holandés, asistió a un seminario de parapsicología y compitió con un

psíquico de la antigua Alemania Oriental. Durante el encuentro, el alemán se concentró en marchitar una flor, mientras Croiset se concentró en salvarla. La flor sobrevivió y Croiset clamó victoria, diciendo que sus poderes eran más poderosos. Evidentemente, dado que eran parapsicólogos, los científicos asistentes nunca se molestaron en comprobar si el alemán realmente podía marchitar una flor).

En mayo de 1979, el periodista Brian Inglis, articulista del London Evening Standard, proporcionó más información errónea acerca del falso milagro de Swann. Afirmó, en un relato efusivo, que el «físico responsable del dispositivo estaba horrorizado porque... la construcción del magnetómetro (el detector de quarks) había sido mantenida en secreto, para poder ser patentado, y él había acertado en su descripción». Al respecto, Hebard afirmó que estaba lejos de sentirse «horrorizado». La máquina era una versión perfeccionada de una fabricada en Harvard y había dibujos de la misma en todas partes. No era ningún secreto. Swann había recibido una descripción de sus principios y de su funcionamiento. No había ninguna intención de patentar el dispositivo y Swann simplemente se equivocó en su intento de describir el artefacto.

Inglis describió de forma totalmente errónea el episodio de Swann. «Tuvieron que desmontar la máquina para tratar de descubrir algún defecto que pudiera explicar su comportamiento extraño; pero no pudo encontrarse ninguno». Falso. Nunca fue desmontada. Ni siquiera fue tocada. Y no había razón para abrirla ya que no ocurrió nada inesperado. Inglis se refiere incluso al hecho de que se «dieron instrucciones para no permitir semejantes experimentos», otro invento en un relato que Hebard califica de «realmente absurdo —son las mentiras de un sensacionalista».

En una carta a la revista Scientific American, Targ y Puthoff hicieron alusión al experimento del magnetómetro de Swann como «cuidadosamente verificado y bien documentado» en el SRI. La carta también fue firmada por Wilbur Franklin, de la Universidad de Kent, y por Edgar Mitchell. La conclusión es evidente: simplemente no se puede confiar en Targ y Puthoff para la elaboración de un informe objetivo.

Swann debe haberse deleitado con todo esto. Alcanzaría mayores victorias en Nueva York, donde la Sociedad Americana para Investigación Psíquica (ASPR) le sometió a una experiencia «extracorporal» bajo condiciones calificadas como buenas por Panati en su libro *Supersenses*. Según Panati, «Swann... fue observado por científicos y una cámara de televisión registró cada uno de sus movimientos». La tarea consistía en mirar dentro de una cajita psíquicamente —eso significa sin atisbar— y describir el contenido. ¡Eso hizo ocho veces sobre ocho! Simplemente no fue observado por nadie. Además, no había ninguna cámara de televisión. ¿No le gustaría a usted que su tarea fuese tan fácil como la de Swann? Dicho sea de paso, mi oferta de 10.000 dólares (véase el capítulo 3) sigue en pie, por supuesto. Qué raro que nunca la haya aceptado.

Habiéndose enterado de las excitantes novedades acerca de ese experimento repetible y perfecto, Panati se unió a Arthur Koestler para promover una campaña que despertara interés y recaudara dinero a fin de repetir el milagro del magnetómetro en otros laboratorios. Panati solicitó un «esfuerzo conjunto o internacional en el que varios científicos prominentes, de varios institutos de todo el mundo, se reunieron para presenciar la manera en que Swann ejercía su influencia sobre un magnetómetro». Puthoff y Koestler pensaron que era una gran idea. Pero recibieron la advertencia de otro paracientífico de que no olvidaran que las vibraciones negativas podrían crear interferencias. Este sugirió que llevaran a un psíquico disfrazado de estudiante de manera que los pensamientos contrarios no se manifestaran y pudieran inhibir el efecto. Puedo verlo desde aquí: el psíquico con preferencia blanca y los paracientíficos vestidos de gala.

La Ley de Gordon dice: Si no vale la pena realizar un proyecto de investigación, no vale la pena hacerlo bien. ¡Bravo, bravo!

Targ y Puthoff afirmaron varias veces que en sus investigaciones no tienen sólo en cuenta las pruebas satisfactorias y rechazan los fracasos. Esto no es verdad. No sólo lo hicieron de ese modo en una serie de trece pruebas de PE con Uri Geller —un experimento incluido en su informe de 1974 para Nature— sino también en otras pruebas. En realidad, Geller, Swann y otro psíquico llamado Pat Price fueron sometidos a prueba en el Stanford Research Institute de forma similar, y muchas pruebas no fueron mencionadas en los informes. ¿Por qué? Dos pruebas a larga distancia fueron llevadas a cabo con Geller y las dos fueron un fracaso. Una fue rechazada —después de su fracaso— porque se consideró que el objetivo no era «adecuado». Tampoco informaron acerca de una prueba de Geller en la que simplemente «dibujó unas imágenes en el aire». Sin duda, habría sido proclamado a son de trompeta si hubiese sido un éxito. No fue así, de manera que no se hizo ningún informe.

Tampoco se hizo ningún informe del fracaso de la prueba de «visión a distancia» en una habitación sellada del ex policía Pat Price. Este, como Swann y Puthoff, era un cientólogo que había estado proyectando su mente hacia ciudades remotas sin ningún éxito. Aunque Targ y Puthoff habían observado previamente que la protección electromagnética de la habitación mejoraba los resultados cuando Price era sometido a prueba, esta vez echaron la culpa del fracaso a la protección y decidieron no informar acerca de las pruebas. De manera que, contrariamente a sus informes oficiales, ninguna prueba de Price fue incluida. Tampoco hubo ningún informe cuando este mismo «dotado» (un término empleado por ellos) fracasó completamente en el intento de adivinar los objetos de una oficina en otra prueba de visión a distancia.

Algunos colegas del SRI cuestionaron el procedimiento de evaluación de los

científicos en las pruebas de Price. Un procedimiento de evaluación adecuado para las pruebas de visión a distancia con Price hubiese sido hacerle elegir entre un número de fotografías para identificar un objetivo correcto, en lugar de divagar acerca de sus impresiones generales sobre la respuesta requerida. Eso hubiese sido concluyente y fácilmente evaluado. Un psicólogo del SRI sugirió esta idea, que fue ignorada. La suya era una buena prueba, según Targ y Puthoff, y no había necesidad de ese tipo de procedimientos. (Una prueba de visión a distancia de 1979 en el Metropolitan State College de Denver, Colorado, utilizó este procedimiento de evaluación más riguroso. Los resultados fueron negativos).

De todos los experimentos —si puedo usar con libertad ese término— llevados a cabo por Targ y Puthoff con Geller, los más conocidos por los estudiantes de esos temas son las trece pruebas de PE. Constituían la parte sobresaliente del artículo de Nature. Los experimentadores eligieron sus objetivos en un diccionario, utilizando un método de azar bastante aceptable. Se suponía que Geller, encerrado en un área de prueba, tenía que adivinar los objetivos, que eran dibujos de las palabras elegidas. Tenía la opción de «abstenerse», algo habitual en esas pruebas. Está bien, si ése era el procedimiento real.

Se le entregó a Geller papel y lápiz y se le pidió que hiciera un dibujo que correspondiera con el objetivo. Tenemos entendido que le solicitaron que permaneciera en la habitación hasta que cada prueba fuera declarada concluida, momento en el cual tenía que salir y someter sus esfuerzos a los experimentadores antes de que se le mostrara el objetivo. Se trata de un buen procedimiento, claro está, si era el utilizado.

A lo largo de un período de varios días, Geller llevó a cabo trece intentos adivinatorios por medio de la PE. Contrariamente al procedimiento científico usual, las pruebas fueron dirigidas bajo condiciones que cambiaban en cada momento.

Tenemos entendido que Geller identificó siete de los trece objetivos. Eso equivale a un 54% de éxito, cuando en realidad las probabilidades eran de una entre un millón, ya que la combinación de objetivos consistía en un gran número de posibilidades. Suena impactante, hasta que se recuerden cuáles son las pautas usuales de los informes de las dos personas responsables del experimento. En realidad, Geller sólo identificó de forma correcta tres de los trece objetivos. Y no hay mucho misterio en saber cómo adivinó dos de ellos.

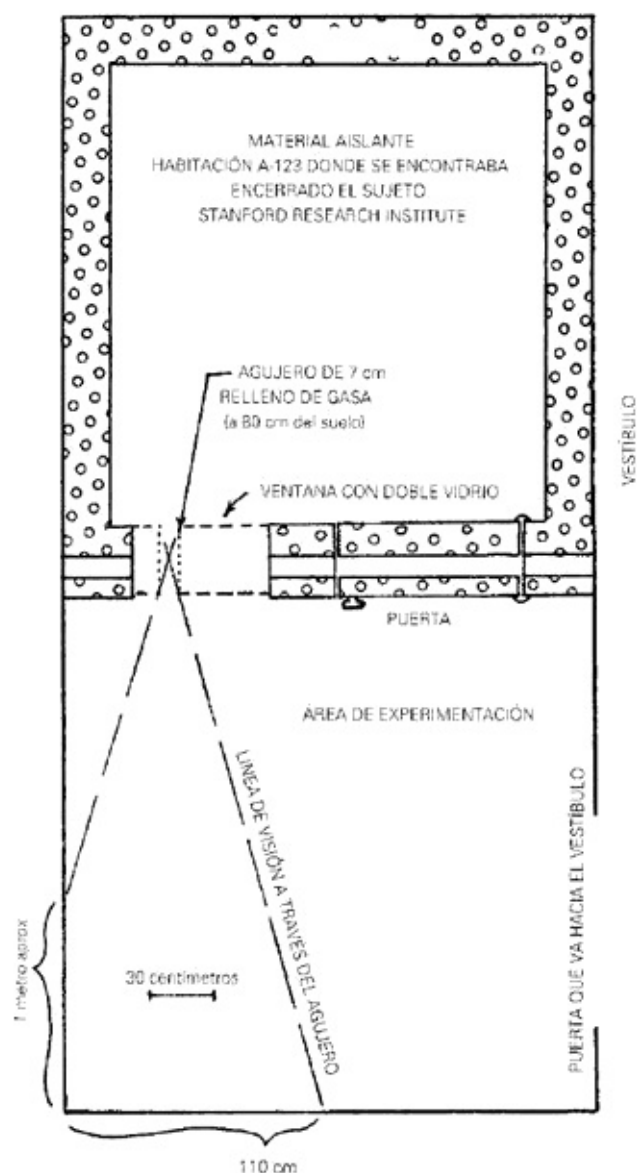
Targ y Puthoff dirigieron esas pruebas y sacaron sus conclusiones de una forma desconocida por los científicos, pero usada a menudo por los chapuceros.

Los resultados eran los siguientes:

Prueba	Objetivo	Decision SRI	Resultado actual
1	Petardo	error	error
2	Racimo de uvas	acierto	fallo de seguridad

3	Diablo	error	error
4	Sistema solar	acierto	fallo de seguridad
5	Conejo	abstención	abstención
6	Árbol	abstención	abstención
7	Sobre	abstención	abstención
8	Camello	acierto	abstención
9	Puente	acierto a medias	abstención
10	Gaviota	acierto	acierto
11	Barrilete	acierto	abstención
12	Iglesia	error	abstención
13	Corazón	acierto a medias	error

El informe emitido por Targ y Puthoff enunciaba sólo tres «abstenciones» en los trece intentos. En realidad, en los casos de «camello» (8), «puente» (9), «barrilete» (11) e «iglesia» (12), Geller se abstuvo aun cuando esto no fuera señalado en el informe. Según las reglas de Targ y Puthoff, se permite una «abstención» sólo si uno se equivoca. Hubo varias respuestas para «camello», por ejemplo, y Puthoff eligió la más cercana a la verdadera, «caballo», como ganadora. Señalaron que «todos los dibujos fueron divulgados», pero omitieron muchos, aparentemente para reforzar los resultados.

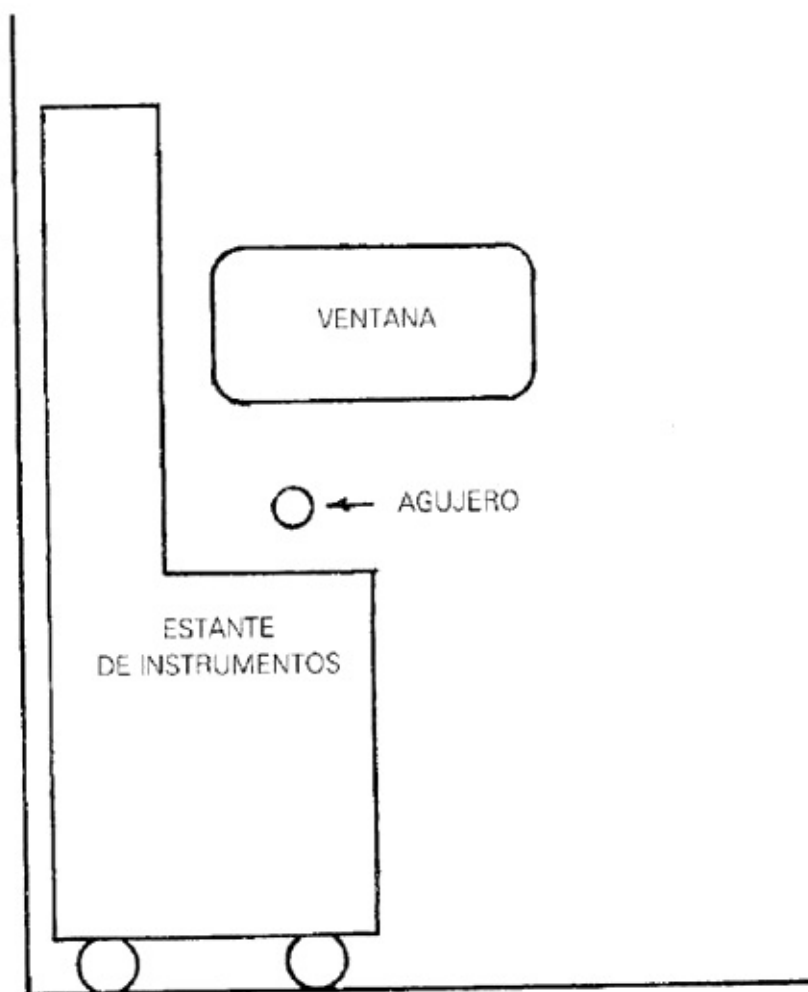


Plano del lugar donde Russell Targ y Harold Puthoff llevaron a cabo las trece pruebas de PE con Uri Geller.

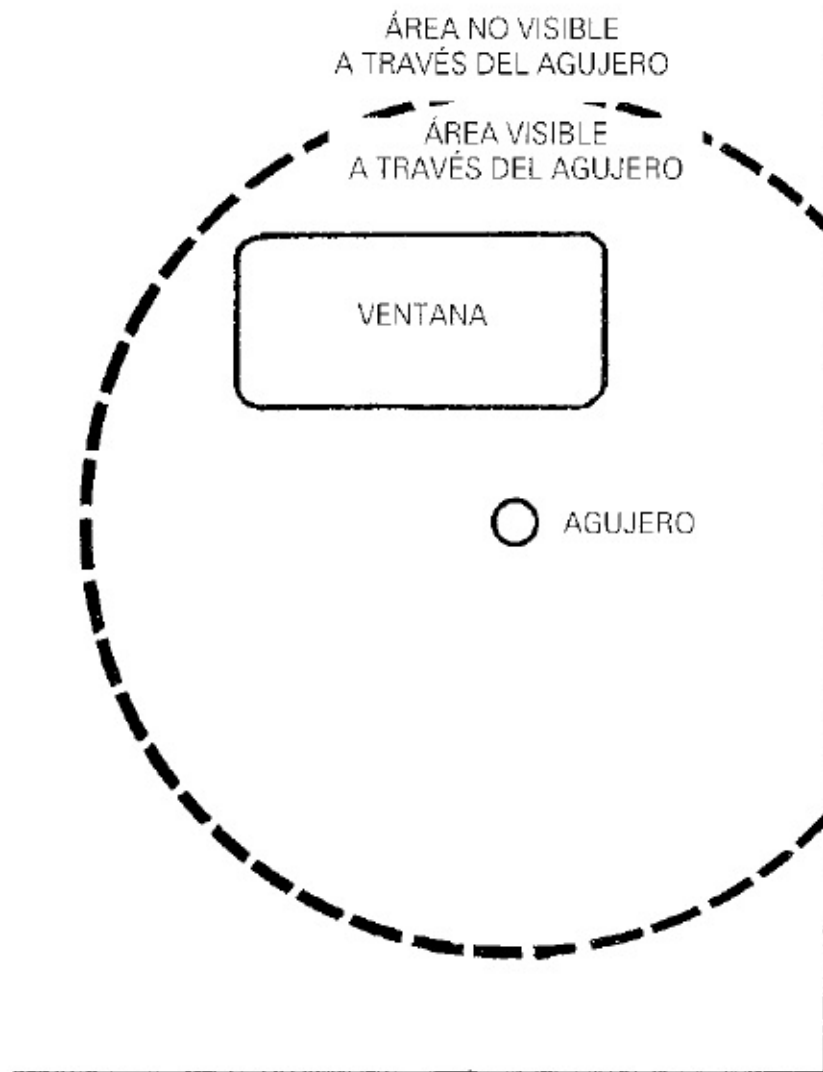
Resulta imposible afirmar cómo Geller pudo engañar a los experimentadores durante las pruebas efectuadas en el SRI. Basta con decir que Geller contaba con dos cómplices fieles en las personas de Shipi y Hannah Shtrang, a los que había entrenado en Israel para que le transmitieran información durante las pruebas.

Jean Mayo, devota de Geller, también estaba presente, y pudo muy bien haber sido una gran ayuda. Estuvo allí para hacer los dibujos de las pruebas. Ninguna de esas personas apareció en el informe «científico» publicado. Según la obra de John Wilhelm *The Search for Superman*, Targ dio instrucciones precisas para que Mayo no admitiera nunca haber estado presente en aquellas pruebas. Los «fallos de seguridad» que he mencionado para los números 2 y 4 consistían en un agujero en la pared de la habitación en la que Geller estaba encerrado y en una conversación entre Mayo y Targ acerca del objetivo que no sólo pudo haber sido escuchada sino enfatizada, según Wilhelm, por la sugerencia en voz alta de Targ de «agregar una nave espacial»

y el canturreo de Mayo del tema musical de la película 2001: Una odisea del espacio. Parecía una historia de detectives en la que se daban las claves del misterio. El único misterio era saber cómo hizo Geller para no acertar en todas las pruebas.



Vista del sujeto desde el área de experimentación.



Vista desde la posición del sujeto —suponiendo que pueda verse a través del agujero—.

¿Por qué eligió Geller pasar de las pruebas 5, 6, 7? Porque en esas tres y sólo en esas tres se enfrentó con un cerebro pensante. Charles Rebert, experto en electroencefalogramas y psicólogo del SRI, dirigió esas tres pruebas, lo que a Geller no le gustó nada. No tuvo ninguna oportunidad de llevar a cabo algún truco.

Rebert y el doctor León Otis, también psicólogo, llevaron a cabo más tarde una serie de cien pruebas en las que Geller fracasó estrepitosamente, recurriendo a la vieja y cómoda coartada de las «vibraciones negativas». Los psicólogos prepararon cien objetivos elegidos al azar (dibujos), que cerraron en sobres individuales. Las normas del procedimiento eran estrictas: Geller fue conectado a los electrodos del electroencefalograma para obtener una lectura de sus funciones corporales mientras trabajaba. No pudo identificar ninguno de los objetivos de los sobres, según declaraciones de los experimentadores, pero Targ y Puthoff dejaron de lado los resultados y señalaron que seis de las cien respuestas podían «asociarse razonablemente» a sus objetivos. Los psicólogos no estuvieron de acuerdo con esta conclusión. La insistencia de Targ y Puthoff hizo que los controles de la prueba

fueran más flexibles; después de dar varias vueltas dentro y fuera de la habitación — algo que había sido prohibido en las pruebas anteriores—, Geller pudo identificar uno de un conjunto de seis nuevos dibujos. ¿Por qué seis nuevos dibujos? Porque Geller se quejó de que los otros habían sido hechos por personas con vibraciones negativas.

Rebert se enojó cuando Targ y Puthoff presentaron sus informes a Nature por encima de sus objeciones. Dio instrucciones para no incluir un conjunto de experimentos con electroencefalograma que había supervisado y señaló que sus presuntuosas conclusiones no tenían ninguna base, ya que sólo se había observado un patrón poco usual del electroencefalograma en una de las seis pruebas e incluso ese patrón no había sido apropiadamente estudiado. Cuando se analizó, sólo se observó que era diferente, pero no significativo. De todos modos, los resultados fueron publicados. Un Rebert horrorizado se enteró también de que Targ y Puthoff tenían la intención de proclamar estos resultados erróneos ante el Departamento de Psicología de la Universidad de Stanford. Entonces prohibió ese disparate. La discusión fue suspendida. Aunque Targ y Puthoff señalaron que Geller había fracasado en la prueba de los cien sobres de Rebert y Otis debido a las vibraciones negativas de los experimentadores, el hecho es que Geller «tuvo éxito» sólo después de hacer más flexibles los controles estrictos impuestos por Rebert y Otis. Rebert publicó una declaración en la que afirmaba que estaba convencido de que Geller simplemente había hecho trampa.

En mi libro *The Magic of Uri Geller* me quejé de que los científicos del SRI y la administración de este centro hubiesen retenido importante información acerca de Targ y Puthoff y su fracaso. Evidentemente, la razón principal fue que se sintieron molestos. Dado que la gente del SRI se sentía cada vez más expuesta por las noticias que seguían trascendiendo, sentí que había llegado el momento de adoptar un enfoque más audaz. Me senté y escribí treinta y una cartas dirigidas a prominentes figuras del instituto, preguntando si estaban preparadas para contar todos los hechos de la situación.

Pasaron semanas. Luego, una noche, recibí una llamada de un individuo. Esa persona representaba a un grupo de «docenas» de científicos del SRI que estaban decididos a contar la verdad. Adoptaron el nombre en código de «Broomhilda» y durante los meses siguientes comenzaron a ofrecermela información que debería haber sido incluida en los informes del SRI. Poco después recibí una comunicación por parte de un miembro de una segunda comisión especial dentro del SRI encargada de investigar las mentiras de Targ y Puthoff (según parece, la primera comisión encargada de investigar los experimentos de Targ y Puthoff lo había encontrado todo perfectamente correcto), que quería detalles acerca de mi investigación sobre la situación allí. Ellos me interrogaban a mí y nunca había puesto ni siquiera un pie en el sagrado recinto del SRI. Pero ese grupo parecía de alguna manera mejor

organizado y más preocupado. Lamentablemente, después de meses de correspondencia con un miembro de la comisión, fui informado de que su investigación estaba paralizada y que estaba expresamente prohibido mencionar su nombre o citar cualquier cosa que me hubiese preguntado o que me hubiese confiado en ese libro.

Broomhilda verificó para mí gran parte de la información que yo había tenido en mi poder durante dos años. Dichos datos dejaron de ser simples comentarios para convertirse en hechos documentados. Otros hechos adicionales fueron obtenidos durante algunas conversaciones con determinadas personas. Muchas de ellas no tenían conocimiento de Broomhilda y actuaban por su propia cuenta. Su información completamente independiente respaldó las acusaciones de Broomhilda. Tomada en su conjunto, la información proveniente de todas las fuentes llegó a ser una verdadera denuncia. Esencialmente es la siguiente:

Los psicólogos del SRI habían sido convocados para que emitieran su asesoramiento acerca de la idoneidad de los procedimientos experimentales de Targ y Puthoff acerca de la validez de su informe en la revista *Nature* y acerca del valor de otro artículo sometido más tarde al periódico del Institute of Electrical and Electronics Engineers. Les dijeron a Targ y a Puthoff que no tenían derecho de concluir, a partir de su ambiguo trabajo, que persona alguna puesta a prueba tuviera la capacidad de «ver a distancia con gran claridad», tal como ellos afirmaban. Dijeron que el trabajo no tenía absolutamente ninguna validez científica y que Targ y Puthoff mostraron incapacidad o falta de disposición para utilizar procedimientos científicos adecuados. La afirmación de Targ y Puthoff de que los poderes de Geller habían sido establecidos como resultado del trabajo efectuado en el SRI, según las declaraciones de colegas que había participado en las pruebas, no ofrecía garantías, no era científica y era demasiado apresurada. Señalaron que los científicos deberían publicar una exposición objetiva y sincera del trabajo. Targ y Puthoff eligieron ignorar esta sugerencia. Y publicaron el artículo de *Nature*.

Antes de la presentación del artículo a *Nature*, Charles Rebert, como ya se ha mencionado, no ocultó sus objeciones. Les dijo a Targ y a Puthoff que estaban obligados éticamente a revelar a *Nature* que en la serie de trece objetivos de las pruebas con Geller, los números 8, 9, 11 y 12 —tres de ellos contados como «aciertos»— eran objetivos en los que se abstuvo. Eligieron no hacerlo. Las pruebas insatisfactorias de Geller no fueron incluidas en el artículo de *Nature*. Targ y Puthoff sabían que se habían producido infracciones durante las pruebas, tales como el agujero en la pared de la habitación en la que Geller estaba encerrado. No informaron de ese hecho. Rebert les recordó que «cientos de dibujos fueron hechos» por Geller durante las pruebas. ¿Dónde estaban? Targ y Puthoff habían declamado al mundo que «todos los dibujos estaban a la vista». El psicólogo Rebert se lamentó de las

racionalizaciones infundadas de Targ y Puthoff en sus intentos de explicar sus fracasos y les recordó que aunque ellos hubieran afirmado que los objetivos nunca fueron analizados, en realidad sí lo fueron, en voz alta, y él estaba presente.

Targ, increpado por León Otis por la falsedad de sus informes, nunca respondió a los comentarios. Otis llegó a la conclusión de que Targ quería presentar resultados sin fundamentos a los clientes del SRI y temió que el escándalo que surgiera de la exposición de dichos procedimientos pudiera poner en peligro la posición del SRI como organización investigadora. Había subestimado la obstinación de la administración del SRI, que hasta el momento no había admitido nunca las manipulaciones de los hechos y métodos científicos por parte de Targ y Puthoff.

Cientos de experimentos efectuados por el SRI en los que se puso a prueba a Price, a Geller y a Swann nunca fueron mencionados. Por el contrario, las pruebas con resultados favorables fueron seleccionadas, a pesar de su escaso control y su tendenciosa ambigüedad, para ser publicadas como resultados científicos genuinos a pesar de las enérgicas objeciones por parte de científicos más serios y cuidadosos. Y todo recibió la bendición de la administración del SRI. Después de todo, era una manera fácil de conseguir fondos.

De todo el verdadero trabajo sobre Geller en el SRI, los únicos datos reunidos probaron que: 1) Geller no pudo desenvolverse como se afirmaba, y 2) cuando le dieron la oportunidad de utilizar trucos, los observadores se convencieron de que simplemente había hecho eso, y entonces tuvo éxito. Las demás pruebas carecían del control adecuado y resultaron inútiles. Cuando los científicos dentro del marco del SRI emitieron fuertes declaraciones acerca de esa situación y de otros aspectos de los experimentos efectuados por Targ y Puthoff, los dos se apresuraron a cubrir sus huellas con renovados juegos de palabras. Se emitió una declaración que incluyó el típico término engañoso «no-experimento». Esto aparentemente significaba que el experimento no estaba bajo control pero que de todos modos resultaba suficientemente bueno como para registrarlo.

Poco después de que apareciera *The Magic of Uri Geller*, que forzó el retiro de esa superestrella psíquica, los doctores Targ y Puthoff emitieron una «hoja de hechos» para refutar los veinticuatro argumentos presentados en mi libro. Este intento fue un fracaso, y en respuesta a una afirmación que señalaba que las pruebas del SRI se habían hecho conforme a controles estrictos, un científico que había estado presente declaró sin rodeos: «Eso es mentira. En lo que a mí y a mis colegas concierne, ninguno de los experimentos cumplió con el protocolo científico adecuado». No le abrumaré con los otros veintitrés argumentos; pueden destruirse con la misma facilidad.

Sin embargo, debo disentir con un miembro de la prensa, que describió al doctor Russell Targ como alguien «no muy inteligente» después de haber visto la película

que los dos científicos del SRI habían preparado para probar las maravillas de la parapsicología. La gente puede cambiar, incluso los parapsicólogos. Ahora Targ deja que Puthoff cometa todos los errores al permitirle que responda a todas las preguntas.

Targ y Puthoff prepararon esa película engañosa para el SRI, remarcando los esfuerzos que tuvieron que realizar. La película fue criticada por otros participantes. Entonces añadieron —sin su conocimiento o autorización— el nombre de Zev Pressman, el fotógrafo del SRI que había rodado la película. Algunas de las objeciones que habían sido planteadas se basaban en las revelaciones de Pressman acerca de su participación.

En la película, se mostraba a Geller haciendo un truco en el que se metía un dado en una caja, ésta se sacudía y después el psíquico identificaba la cara superior ocho veces seguidas. En ningún momento Geller tocó la caja, afirmó Targ. En realidad, Geller no sólo no sacudió la caja (¡Targ informó más tarde de que era como un niño al que le gustaba agitar las cosas!) sino que la sostuvo mientras se concentraba, ¡y se dijo incluso que fue él el que la abrió! Pressman, afirmaron Targ y Puthoff en su declaración, estuvo presente durante esos experimentos. Pressman afirmó lo contrario, precisando que había estado presente durante otros experimentos satisfactorios, otros días, contradiciendo así la afirmación de Targ y Puthoff en el sentido de que no se habían efectuado otras pruebas con dados. Más aún, Pressman le dijo a otros miembros del SRI que le habían contado que los experimentos habían tenido éxito después de que él (Pressman) se hubiera marchado a su casa. ¡De manera que la película parece una nueva representación de ese milagro! Sin embargo, la transcripción de la película incluye las palabras siguientes: «La película exhibe experimentos que llevamos a cabo con Geller justo en el momento en que fueron realizados. Cada escena fue tomada de las secuencias filmadas durante los experimentos reales. Nada fue montado o especialmente creado... Este es otro experimento con la caja de dados... Usted está viendo un experimento en directo». Esta sección de la transcripción se titula EXPERIMENTOS CON LA CAJA DE DADOS.

Al final de la película, el narrador se refiere a lo que Targ y Puthoff consideran que es uno de los segmentos más importantes y convincentes de la película, un segmento que fue, según se sabe ahora, montado y especialmente creado. Ofrece una recapitulación «para recordarle aquellos experimentos que creemos que han sido mejor controlados... incluyendo el experimento del dado en la caja con doble seguridad».

He examinado el material y sólo he podido llegar a la conclusión de que se trata de una evidente falsedad. No hay otra manera de describirlo de forma apropiada. Pressman ni siquiera sabía que Targ y Puthoff estaban emitiendo una declaración, no la firmó y no les dio autorización alguna para utilizar su nombre. No sabía nada de lo

que apareció con su nombre y no estuvo de acuerdo con la parte que sí conocía.

El SRI afirmó que unos nueve mil metros de película sobre los experimentos de Geller estaban preparados. ¡Equivalen a unas catorce horas de investigación filmadas! ¿Podemos ver esa película, señores? Sin duda debe ser un material sorprendente y valioso. Pero no, sólo nos ofrecen lo que fue entregado por Targ y Puthoff; no sólo se trata de una tarea de aficionados, ¡sino que la mayoría de lo que se exhibe ha sido claramente hecho sin control!

La película del SRI, exhibida en todo el mundo, comienza con una típica metedura de pata. Como todo el mundo con cierta experiencia en este campo sabe, Geller usaba el arte de la «lectura del lápiz» todas las veces que podía. Este procedimiento consiste en observar la punta del lápiz mientras alguien lo usa y determinar lo que se escribe a través de su movimiento. Cuando la selección abarca, por ejemplo, una cifra de diez dígitos, esa proeza no resulta difícil. Y en la película del SRI, el primer truco es simplemente ese. Geller simula pensar en algo que luego «transmite» a un miembro de la audiencia. Simula escribir, pero no escribe nada. Sin embargo, conserva el lápiz y el papel. Le pide a la víctima que adivine su número y lo escriba. En la película puede verse claramente cómo la víctima escribe un «3» y cómo Geller revela el número exacto que ha escrito ahora. Si Geller los engañó a todos con un truco tan simple, sin duda pudo haberlos engañado con otro material. En este caso, la prueba estaba allí para que ellos la vieran. Pero muchas veces lo evidente no resulta visible.

Después de sus aventuras con Uri Geller, Targ y Puthoff intentaron un nuevo enfoque para su excitante trabajo. En un libro titulado *Mind Reach* y en un artículo publicado en el periódico del Institute of Electrical and Electronics Engineers (IEEE) sobre la «visión a distancia», intentaron probar que los seres humanos pueden proyectar sus consciencias fuera de sus cuerpos hacia lugares distantes. Para los ocultistas, esto se conoce como «proyección astral». Cuando los parapsicólogos se aferraron a ella, la llamaron «experiencia extracorporal» y, finalmente, maduró cuando los psíquicos adoptaron al niño ilegítimo con el nombre de «visión a distancia». Bajo cualquier denominación, es una noción estúpida. Pero seguirá y seguirá, como el quinto acto de Otelo.

Targ y Puthoff elaboraron una lista de cien lugares (los «objetivos») dentro y fuera de la zona de la Universidad de Stanford. Nueve fueron seleccionados al azar y visitados individualmente por uno de los investigadores, mientras el «psíquico» era observado en el laboratorio. Cuando el «transmisor» llegaba al lugar, comenzaba a enviar sus impresiones mientras el psíquico describía sus observaciones en una grabadora y realizaba dibujos. Los resultados, tal como se publicaron, parecían maravillosos. Los jueces fueron utilizados para decidir lo bien que se había desenvuelto el psíquico. El mundo se estremeció ante un nuevo golpe de Targ y

Puthoff.

León D. Harmon, que trabaja en el Departamento de Ingeniería Biomédica de la Case Western University en Ohio, fue notificado por un colega de los Laboratorios Bell de la presentación del artículo sobre «visión a distancia» en el periódico del IEEE. El empleado de Bell le invitó para que hiciera alguna referencia del artículo. Pasó el tiempo y cuando Harmon verificó nuevamente la situación, fue informado de que otros árbitros habían sido seleccionados y que el artículo se iba a publicar. Recibió una copia por adelantado y explotó de ira. No fue el único. Barney Oliver, un miembro de la junta del IEEE, amenazó con renunciar a su cargo si el artículo se publicaba. Se produjo un sentimiento de consternación entre los asociados del IEEE y finalmente se mantuvo la decisión de publicar el artículo, porque ya era demasiado tarde para echarse atrás y porque la impresión general era que ese tipo de investigación controvertida no debería ser suprimida sólo porque era improbable que fuera correcta. Se le otorgó el derecho a Harmon de responder las afirmaciones de Targ y Puthoff y así lo hizo.

La breve crítica de Harmon iba directamente al grano. Observó de forma perspicaz que menos del 3% de todo el artículo de veintiséis páginas abordaba la parte más importante del tema: los procedimientos y controles de la experimentación. Evidentemente, había buenas razones para ello, aunque Harmon no podía saberlo. Pasarían dos años antes de que las pruebas concluyentes salieran a la luz, y sólo después de una tarea cuidadosa y difícil. Harmon demolió el artículo, señalando simplemente que sobre la base de la información disponible para el lector existían infinitas maneras para engañar a los experimentadores. Es verdad, esos métodos fueron posibles dado el protocolo usado y el comportamiento de Targ y Puthoff en los desatinos de Geller, pero en este caso, el engaño no residía en el experimento mismo sino en el increíble procedimiento de evaluación.

Dos psicólogos de Nueva Zelanda, Dick Kammann y David Marks, visitaron poco después el Stanford Research Institute y examinaron los datos con un poco más de detenimiento que los otros. Ya habían irritado a Targ y a Puthoff criticando las pruebas de Geller y mostrando que los trucos de un mago estándar podían justificar el éxito de Geller. Pero Targ y Puthoff se mostraban ansiosos de atraerlos al redil. Fue su ruina. (El doctor Kammann tuvo incluso que hacer una llamada telefónica a Boyce Rensberger del New York Times —mientras Harold Puthoff estaba presente como testigo— y retirar una declaración sobre el trabajo de Targ y Puthoff a fin de ganar su confianza). Los resultados de Kammann y Marks, presentados a la revista Nature, fueron publicados en agosto de 1978. El experimento del «alcance de la mente» se derrumbó en pedazos.

Aun antes de que Kammann y Marks dieran el golpe mortal, resultaba evidente que los métodos habituales de Targ y Puthoff también habían sido aplicados a esta

investigación. Había fotografías que acompañaban a los dibujos que habían sido hechos. El lector podía suponer muy bien que esas fotografías formaban parte de la prueba, ya que los ángulos representados correspondían con mucha exactitud a los dibujos. Resultaba muy obvio, en base a los extractos publicados, que los psíquicos habían intentado hacer algunas descripciones que se adaptaran a lugares distintos de los realmente visitados, pero los jueces habían decidido y eso era todo. Se lo tragaron después de haberlo aceptado todo con una percepción retrospectiva e hipérbole.

El procedimiento de evaluación había sido bien concebido —por lo menos en los papeles—. Los jueces recibieron una lista de nueve lugares y un paquete de transcripciones. Su tarea consistía en comparar los lugares con las transcripciones correctas. Esto fue hecho con gran exactitud y el caso parecía probado. Pero cuando descubrimos que tres jueces designados por otros funcionarios del SRI no lograron obtener buenos resultados con este procedimiento de comparación, comenzamos a sospechar. Sin embargo, Targ y Puthoff encontraron a dos que estaban dispuestos y esos dos lo hicieron bien. Kammann y Marks, extrañados por esa diferencia en la capacidad de evaluación, se pusieron en contacto con uno de los jueces llamado Arthur Hastings y obtuvieron de él la lista original de los lugares y las transcripciones. Entonces contaron toda la historia.

Una palabra acerca de Hastings. Había estado en contacto con Targ y Puthoff durante años y fue incluso llamado para preparar las pruebas de Geller. Pero Targ y Puthoff no sólo ignoraron sus sugerencias respecto a los controles de dichas pruebas, sino que lo excluyeron de los experimentos con Geller. Hastings es también un mago y un parapsicólogo (una extraña combinación, ¡algo así como un ministro bautista y un tahúr!), y poseía un incómodo conocimiento acerca de todo el asunto.

En primer lugar, según los descubrimientos de Kammann y Marks, los jueces recibieron las ubicaciones en orden cronológico, y lo sabían. Un mínimo de cuidado tendría que haber exigido que esa lista estuviera «mezclada». Pero no lo estaba. Aun así, evidentemente no resultaba muy útil a menos que existieran pistas en las mismas transcripciones que permitieran a un observador cuidadoso clasificarlas en orden. Kammann y Marks descubrieron que muchas de esas pistas estaban disponibles. Las transcripciones contenían algunas cosas atractivas, como por ejemplo la siguiente observación de Targ: «No hay nada como tener tres éxitos detrás de uno» (haciendo que ése fuera el cuarto objetivo), y habla del objetivo visitado el día anterior, identificando así el tercer objetivo también.

El procedimiento siguiente consistía en poner a prueba la teoría de que esos disparates, deliberados o no, pudieran haber permitido comparar todos los lugares con los objetivos. En efecto, podían haberlo hecho. Kammann y Marks llevaron a cabo algunos de esos experimentos y probaron que cuando los individuos recibían la lista de los lugares, en orden y con las transcripciones sin revisar, invariablemente podían

equipararlos de forma correcta. El milagro de Targ y Puthoff se desvanecía. Faltaba llevar a cabo una prueba. Utilizando un procedimiento científico apropiado, Kammann y Marks también pusieron a prueba la capacidad de las personas de identificar las parejas sin las claves. No pudieron hacerlo. Era la última prueba que faltaba.

En un desesperado intento por sobrevivir, T & P le encargaron al parapsicólogo Charles Tart que reevaluara sus datos. Tart publicó las claves de las transcripciones y se las dio a un juez —no nombrado— que las ordenó de forma adecuada. Nature publicó los resultados de manera complaciente y el mundo científico bostezó.

Pero Targ y Puthoff estaban lejos de estar acabados. Incluso antes de que apareciera el artículo de Kammann y Marks en Nature, sospecharon de que algo estaba sucediendo. Cuando ofrecí una conferencia en los Laboratorios Sandia de Albuquerque, mencioné que las transcripciones eran defectuosas ya que contenían claves. Poco después de esa visita, recibí una misteriosa carta de Puthoff titulada «SRI RESPONDE A RANDI». Le escribí a Puthoff preguntándole si efectivamente había escrito la carta y si mantenía las declaraciones que ésta contenía. Admitió, después de varios meses, que la había escrito pero se negó resueltamente a responder, con un simple sí o no, si se basaba en los hechos. Sé por qué. Ahora lo sabrán.

Cito parte de dicha carta:

«... según Randi, nuestras transcripciones están generosamente salpicadas con observaciones acerca de otros experimentos, otros objetivos, etc., lo que ayuda al juez en sus esfuerzos de decisión. ¿Puede ser esto cierto? ¡Por supuesto que no! Las transcripciones de datos son cuidadosamente revisadas antes de ser entregadas a los jueces; todas las referencias a objetivos, fechas y otros experimentos —en síntesis, cualquier cosa que pudiera ayudar al juez a determinar los objetivos reales o inclusive el orden cronológico de las transcripciones— son eliminados».

Kammann y Marks afirman que esto no es verdad. Hastings les entregó las mismas transcripciones con las que trabajó, que no están revisadas. De hecho, Targ y Puthoff se preocuparon por decir, al escribir acerca de sus pruebas, que las transcripciones de ningún modo habían sido corregidas, que cada palabra había sido incluida. La carta enviada a Sandia es un intento inaceptable por perpetuar la historia, pero no funciona. En ella, Puthoff también niega que los jueces hubiesen sido echados y se refiere al asunto de los transmisores-receptores utilizados. Ya nos ocuparemos de esa joya dentro de un momento. ¡Pero lo que es realmente ultrajante es el hecho de que, aunque Puthoff admite ahora la autoría de ese artículo, no dice nada de si mantiene o no las declaraciones contenidas en el mismo! Además, aunque

la revista Nature invitó a Targ y a Puthoff a que respondieran al artículo de Kammann y Marks, ellos eligieron ignorarlo (Targ finalmente respondió por ellos, tal como vimos anteriormente). Incluso las solicitudes directas de Kammann y Marks en ese sentido se toparon con el silencio. Y cuando un colega mío finalmente se puso en contacto con ellos y mencionó el asunto, Puthoff respondió que estaba «demasiado ocupado» para contestar. En vistas a lo que habían probado Kammann y Marks, ¿es posible que Targ y Puthoff simplemente desperdiciaran la oportunidad?

Finalmente, en la sección titulada «Síntesis de experimentos» de un artículo presentado por Targ y Puthoff en una prestigiosa conferencia en Ginebra, esta vez sobre la física cuántica y la parapsicología, se describe un episodio asombroso que trata de una prueba de «visión a distancia». Se menciona como «el primer experimento» de una «serie de experimentos» y se describe a Harold Puthoff como el «experimentador» que también dirigió el proceso «preexperimental» con los sujetos. Cito estas palabras y frases a fin de enfatizar que es un experimento lo suficientemente importante como para constituir una parte importante de su charla en esa reunión. ¡Pero no hay en la descripción mención alguna del hecho de que los transmisores-receptores fueron usados al comienzo y al final del experimento! Si el experimento utilizó las mismas técnicas que Targ y Puthoff usaron en el pasado — ayudando a los sujetos como en un juego de niños de «caliente-y-frío»—, resulta fácil saber por qué fue un éxito. ¿Pero por qué Puthoff no mencionó los transmisores-receptores? Sin duda deberían haber aparecido en un artículo científico. ¡Cuando se le hizo la pregunta al respecto, Puthoff negó el uso de los transmisores-receptores! Escribió:

«¡Absurdo! Si hubiéramos usado transmisores-receptores durante los experimentos, hubiera sido muy fácil guiar a un sujeto hacia la respuesta correcta, ¡y eso es tan obvio para nosotros como para cualquier otro! Aunque hemos usado transmisores-receptores de forma ocasional en los entrenamientos, nunca, nunca, nunca hemos usado —ni siquiera una vez— un transmisor-receptor durante un experimento... ni siquiera para decir “estamos en nuestro lugar”... ningún miembro del equipo lleva un transmisor-receptor. ¿Qué más puedo decir?».

Pero Puthoff olvidó, quizás, que en el libro *Mind Reach* escribió que sí usó transmisores-receptores durante ese importante experimento, ¡y usó incluso la misma ilustración para ese libro que para el artículo de Ginebra! Pero en la época en que el episodio fue publicado en *Mind Reach*, fue tratado como un «experimento casi total», un simple capricho del momento. ¡Previamente había sido tratado como un descubrimiento científico importante y muy significativo!

¿Qué más puede decir, doctor Puthoff? Bueno, puede empezar por disculparse con sus colegas del SRI, que se sintieron molestos con su comportamiento no científico. Podría disculparse con los editores de los periódicos científicos que creyeron en usted cuando les entregó toda esa palabrería. Y puede pensar en cómo disculparse con una generación que, en gran parte a causa de sus relatos tan coloridos y exagerados sobre los «no-experimentos» que usted vendió como milagros de vanguardia, quedó tan confundida que quizás nunca más sea capaz de tener un pensamiento racional.

El padre Damian Fandal, de la Universidad de Dallas, recomienda estas dos normas para los académicos que están en dificultades: 1) Ocúltese, y 2) Si le encuentran, ¡mienta!

Para terminar con el análisis sobre Targ y Puthoff, debo señalar que se asociaron con otro parapsicólogo, Charles Tart, de la Universidad de California, en Davis. Éste apareció en varios de sus proyectos para agregar cierto brillo a los procedimientos, ya que tiene la reputación de ser uno de los trabajadores más sinceros y aplicados en el campo de la parapsicología. No puedo encontrar indicio alguno en el sentido de que Tart haya falseado datos o haya rechazado un criticismo honesto. Uno de sus libros más conocidos, una obra que pasó por varias ediciones y que es usada en varias universidades del mundo como libro de texto, es *Learning to Use Extrasensory Perception*. Aborda los extensos experimentos llevados a cabo por Tart en 1972 para probar que los sujetos podían realmente aprender, durante un período de pruebas, a perfeccionar su percepción extrasensorial. Tart había quedado impactado por el trabajo efectuado por Targ y Puthoff en un proyecto similar, pero había aceptado sus explicaciones *post hoc* cuando el experimento fracasó de forma estrepitosa. T & P habían descubierto —no resulta muy sorprendente— que cuando se mejoraban los controles sobre las pruebas, los resultados se acercaban a cero. Un grabadora automática, utilizada para asegurarse de que no hubiera errores en el informe, podía inhibir a los sujetos que realizaban la prueba; éstos obtuvieron malos resultados cuando se utilizó la grabadora automática. Dado que Targ y Puthoff se referían a esos sujetos como «empleados, parientes y amigos» (uno de ellos era la hija de Targ), no resulta difícil adivinar que pudiera haber habido algún incentivo para obtener buenos resultados para los jefes. Después de todo, a los pequeños les gusta complacer...

Las pruebas de T & P —que no resultaron para nada novedosas, ya que sólo demostraron la relación inversa entre el buen procedimiento experimental y los buenos resultados en materia de investigación de PE— fueron interrumpidas. La NASA y el Jet Propulsion Laboratory del California Institute of Technology ya se habían gastado 80.000 dólares en las pruebas y cuando vieron el informe dejaron de invertir más dinero. Pero Tart tenía un nuevo enfoque.

Su idea era instalar dos unidades aisladas, una «cabina de transmisión» y una

«cabina de recepción». En la cabina de transmisión había una pantalla de televisión y un aparato que generaba números al azar con una «esfera» que consistía en diez barajas dispuestas en círculo. Junto a cada carta había botones y luces. El aparato presentaba un número y el transmisor se concentraba en dicho número, oprimiendo un botón de señal cuando él o ella estaba preparado para que el receptor en la otra cabina efectuara una elección. La pantalla de televisión estaba conectada a una cámara en la cabina de recepción, que revelaba los movimientos del receptor al transmisor y que permitía que éste «indujera» al receptor para que tocara la carta correcta. Los resultados fueron buenos. Tart escribió su libro basándose en estos experimentos.



La «cabina del transmisor» según el experimento de Charles Tart.

Después de completar su investigación, Tart dijo las siguientes palabras, que aparecen en la revista *Psychic*: «Una fuerte crítica ha sido dirigida en contra de la investigación en materia de PE porque el fenómeno no podía ser repetido de forma regular... Ahora, un gran descubrimiento en la investigación puede llegar a desechar dicha crítica. Un estudio llevado a cabo bajo mi dirección... ha dado un gran paso hacia la posibilidad de repetición de la PE». Pero retengan esa corona de laureles, amigos.

Un examen cuidadoso por parte de los escépticos desvirtuó el bonito panorama. Tart no había pensado en algunos métodos simples por medio de los cuales esta demostración pudo haber sido fraudulenta, y había varios. (Tal como resultó, dicho fraude no era necesario, ya que en este caso había un error interno que más tarde sería obvio). A continuación les mostraré dos métodos engañosos posibles permitidos en el experimento de Tart. Los dos sujetos pudieron haber tenido relojes de muñeca con el segundero sincronizado. El minuto pudo haber sido dividido en diez segmentos de

seis segundos, uno para cada carta. Por ejemplo, el transmisor en la fotografía tiene que transmitir un 4. Mira su reloj, sabiendo que el receptor está haciendo lo mismo. Cuando el segundero entra en el área entre los dieciocho y veinticuatro segundos, oprime el botón de señal. El receptor tiene ahora la información y, después de una pausa apropiada, indica el número 4. ¡Un acierto! Otro método sería que el transmisor esperara hasta que la manecilla del receptor —tal como se observa en su monitor de televisión— estuviera justo en la posición opuesta al número correcto, y luego oprimiera el botón. Nuevamente, después de una pausa apropiada, se anotaría otro acierto. Y una manera todavía mejor para disimular el truco sería establecer un sistema en el cual por ejemplo, el número correcto se agregara a cualquier número señalado para determinar la respuesta correcta. De cualquier modo, un receptor inteligente, una vez conseguida la información, se detendría antes de comunicarla a fin de evitar sospechas. Y por supuesto, existen otros métodos engañosos, algunos de ellos independientes del monitor de TV o del timbre de aviso.

Pero Sherman Stein, un matemático de la Universidad de California en Los Angeles, donde se llevaron a cabo las pruebas, al examinar los datos generales sobre los que se basaba el libro se topó con una anomalía. Tart había verificado el aparato que generaba los números y había observado que ofrecía una buena distribución de dígitos, pero éste no repetía dígitos como debería haberlo hecho. En los 5.000 dígitos producidos por la máquina, tendría que haber habido unos 500 «dobles». Si, por ejemplo, sale un 3, existe exactamente 1 probabilidad sobre 10 para que 3 sea de nuevo el siguiente número. Sólo había 193 dobles —39% del número esperado. Dado que un sujeto en ese tipo de pruebas tiene tendencia a no repetir un dígito que acaba de usar, esa tendencia de la máquina se ajusta bien a los resultados observados.

Stein le sugirió a Tart que repitiera las pruebas utilizando una máquina que dispusiera los números al azar de forma más apropiada y le ofreció su asistencia. Tart estuvo de acuerdo. Unos meses más tarde Stein y Tart se encontraron de nuevo. Stein le preguntó cuándo se llevarían a cabo nuevamente las pruebas y Tart respondió con vivacidad que ya las había repetido. ¿Cuáles fueron los resultados? Negativos, pero eso era comprensible, respondió Tart. No había contado con los mismos sujetos dotados de antes. Otro engaño.

Hablando de sujetos dotados, vale la pena observar que en el primer conjunto de pruebas un sujeto había obtenido unos resultados muy buenos. Equivalían a dos veces y media lo que podía esperarse por azar. Pero le llevó mucho más tiempo tomar sus decisiones, afirmó Tart, ¡y a menudo comenzaba la serie con su mano ya colocada en el número correcto! ¿Quién era ella? ¿Quién era su compañero? Bueno, esto es un problema. El no puede revelar nombres y, además, ella se había mudado. Qué lástima.

Agregando un escandaloso comentario a todo esto, Tart afirma: «El nivel de la

puntuación de la primera prueba era tan elevado que sería absurdo argumentar que... los resultados eran simplemente una racha de suerte estadística». ¡Nadie afirmó eso! ¡Los resultados se debían a una mala concepción y a una puesta en práctica defectuosa!

¿Pero qué puede decirse del libro *Learning to Use Extrasensory Perception*? Dado que se basa en procedimientos experimentales inapropiados, además de que una repetición de dichos experimentos resultó negativa, ¿no debería retirarse el libro? Aparentemente no. Sigue imprimiéndose, sigue vendiéndose y sigue contando su fantásica historia.

Charles Tart, en su respuesta a un periodista que le había preguntado si mis críticas sobre la parapsicología eran válidas, afirmó: «No, por supuesto que no. Randi simplemente lo inventa todo». Incluso yo, con mi vivida imaginación, no podría inventar el país de ensueños habitado tan cómodamente por los parapsicólogos. Tart también afirmó, en una carta a un periódico que había publicado uno de mis artículos, que «Randi nunca ve la otra cara de la moneda». No es así, Charles. He visto la otra cara de tu moneda. Está en blanco —y la moneda misma es falsa.

Como sucede con todos los esquemas que dependen del silencio de los individuos, finalmente el mito de Uri Geller tenía que derrumbarse. Aunque Geller se las arregló para sobrevivir al hecho de ser descubierto en Israel cuando Hannah Shtrang, la hermana de su cómplice principal, Shipi, reveló lo que sabía a la prensa, la publicación de mi libro y *Confessions of a Psychic* (de Uriah Fuller, un Martin Gardner insuficientemente disfrazado) escribieron uno de los últimos capítulos de su meteórica carrera. Pero el hábito de Geller de usar a las personas y luego descartarlas realmente le puso al descubierto cuando Yasha Katz, su antiguo empresario, ahora en Israel, decidió contar todo. Otras personas «agotadas» como Puharich, Targ, Puthoff, Mitchell y Franklin, no importa hasta qué punto hubiesen sospechado que Geller se había aprovechado de ellos, no estaban en condiciones de admitirlo. Con Katz, el asunto fue diferente.

Había tratado de ponerse en contacto conmigo a través de mi editor. Finalmente recibí sus cartas. En mi libro, me refiero a Katz como una víctima más que como un victimario. Todas las pruebas que tenía en mis manos indicaban que era un verdadero creyente que había llegado rápidamente a incorporarse al séquito de Geller de buen o mal grado, dejando todo atrás en Israel y uniéndose al psíquico en su conquista del mundo occidental. Me había encontrado con él cara a cara sólo una vez y en circunstancias extrañas.

Poco antes de que fuera editado mi libro sobre Geller en el año 1975, yo había participado en un programa de televisión y había repetido los trucos de Geller. Al día siguiente, recibí una llamada telefónica de una joven que me pidió que nos encontráramos para analizar el tema de Geller. Me reuní con ella en Nueva York para

almorzar y me mencionó a su buen amigo, Katz, que, según ella decía, estaba «hipnotizado» por el artífice de maravillas. En una ocasión, ella fue al apartamento de Katz y descubrió que seguía dormido. Había una criada que la dejó entrar. Fue a la cocina y colocó en el cajón de los cubiertos un objeto que había comprado en una tienda de novedades —un cuchillo con goznes que «se rompe» cuando se presiona levemente sobre él. Se fue sin despertar a Yasha, después de haber dejado también un paquete de fósforos falsos en su cenicero. Se trataba de una broma, dijo.

Ese mismo día Katz la llamó con gran excitación. Dado que ella había expresado sus dudas constantes acerca de los poderes de Geller, Katz continuamente trataba de convencerla, y ahora le informaba de que cuando encendió esa mañana un cigarrillo, ¡una extraña columna de cenizas había surgido de la cerilla! Al examinar el paquete, Katz había descubierto que, de alguna manera, una falsa cajita de cerillas de papel había sido «transportada» hasta su apartamento, que estaba cerrado. Y, según decía, no había manera de que alguien pudiera haber entrado. ¡La puerta estaba cerrada y Geller no estaba en la ciudad! La muchacha se apresuró a decirle que todo era una broma, pero Katz se sentía transportado por el milagro y no atendía razones.

Ella me rogó que me encontrara con Katz, asegurándome que él deseaba hacerlo pero no quería que Geller se enterara. Estuve de acuerdo, y decidimos arreglar una cita en el restaurante China Bowl. Más tarde, me encontré con la muchacha que me llevó a la habitación trasera donde quedé a solas con Katz. Cuando entré, él ya había llenado un cenicero con colillas y se mostraba realmente muy nervioso. Su mayor temor era que Geller averiguara que se había puesto en contacto conmigo. Le aseguré que el asunto quedaría entre nosotros dos (aunque esa condición ya no es válida, por supuesto).

Katz hizo todo lo posible para convencerme. En cierto momento, buscó a tientas su encendedor y yo lo hice aparecer en el bolsillo de mi chaqueta. Simplemente sonrió. Su cuchara de café se dobló de forma marcada. Nuevamente una sonrisa tolerante. Unas llaves se doblaron sin producir otra reacción por parte de Katz que un suspiro de desesperación por no obtener la verdad de mi parte. Y luego comenzó a contarme historias; me senté y escuché atónito. Relató cómo, en una ocasión, Geller había llevado a cabo una maravilla psicoquinésica. Katz había salido del apartamento para comprar un diario. Geller se quedó en el apartamento, dormido en el sofá frente a la televisión. Cuando Katz salió del ascensor a su regreso, quedó sorprendido al descubrir que uno de los muebles del apartamento —un macetero pesado— se encontraba contra la pared del vestíbulo, junto a la puerta del apartamento. Se lanzó excitadamente adentro y despertó a Geller de un profundo sueño, Juntos forcejearon para entrar el macetero en el apartamento. «Fíjese que cerré la puerta cuando me fui», explicó Katz. «El macetero se había desmaterializado y había atravesado una puerta cerrada, ¡mientras Uri estaba dormido! Y el macetero era tan pesado que Uri se hizo

daño en la espalda al ayudarme a entrarlo de nuevo. Por lo tanto, no pudo haberlo movido por sí solo, ¡incluso si no hubiese estado dormido!». (Me pregunté cuánto había forzado Geller realmente su espalda y creo saberlo).

Señalé que Geller era probablemente muy capaz de efectuar semejante proeza, ya que todos sabían que hacía pesas; no encontró impedimento alguno en una puerta cerrada que podía abrirse desde dentro. Katz se mostraba obstinado. ¿Por qué, preguntó, Geller se habría molestado en engañar a Yasha Katz? Creo que es obvio que el motivo de Geller era mantener cerca a gente como Katz. Mientras creyeran en él, eran sus esclavos y estaban bajo su control. Ningún esfuerzo era excesivo para mantener a los campesinos en su lugar. Pero Katz tenía otro milagro para relatar.

Al regresar del teatro una noche, Katz había visto el brazo de un sillón de plástico vinílico que se materializaba repentinamente en una lluvia que caía en un charco junto a él y Geller. Recordó que Geller se había quejado de que no había brazo en la butaca que había elegido, por lo que se habían cambiado de lugar. ¡Y ese brazo, se regocijó Katz, era como los del teatro! ¿Cómo podía yo explicar eso? No molestaré al lector con la explicación que le di a Katz.

La carta que recibí de Katz fue una gran sorpresa. Había leído mi libro y había decidido que era tiempo de contar de qué manera Geller le había utilizado. Quería que yo fuera a Israel para escuchar la historia y dado que estaba a punto de visitar Italia para trabajar en la RAI-TV con el periodista Piero Angela, consentí en detenerme en Tel Aviv. Unos días después de una rápida conversación telefónica con Yasha, estaba en su apartamento esperando sus revelaciones. Fui en busca de noticias y llené ocho casetes con el relato de Katz.

Su principal preocupación era una gran suma de dinero que Geller le seguía adeudando. Un acuerdo que había concertado con Geller le daba derecho a un porcentaje de todos los ingresos que éste obtuviera fuera de los Estados Unidos, y había seguido durante muchos meses a la maravilla israelí mientras viajaba por todo el mundo. Finalmente, Geller se había deshecho de él y Yasha adivinó que ya no era de ningún valor. Pero otra faceta de todo esto encerraba obviamente una razón mucho más importante para la despedida. Resultó que Katz había sido presionado para servir como cómplice cuando el habitualmente omnipresente Shipi Shtrang no estaba disponible. ¡En otras palabras, Katz admitía que no era el inocente lacayo que yo había pensado, sino que era un embustero hecho y derecho!

Había sucedido de forma gradual, afirmó Katz. Había tenido varias conversaciones serias con Geller y Shipi durante las cuales trataron de convencerle de ciertas diferencias de personalidad que él rechazó de manera vehemente. Se le insinuó que ingresaría en el Círculo íntimo si entraba en razones, pero él no se mostró muy dispuesto a escuchar. Poco después, justo antes de una presentación, se enteró del «código de gestos» que estaban usando para señalar los colores y los números

seleccionados por el público para Geller, que estaba sobre el escenario. Esa noche Katz se sintió conmovido de estar sentado en la primera fila, en el lugar de Shipi, con un cigarrillo en la boca, inclinado hacia arriba para señalar el color «verde» a un Geller no tan psíquico.

Después de eso, las cosas se aceleraron y siguieron adelante —siempre sin una buena disposición por parte de Katz—. En una reunión en Londres con un editor, se puso en práctica un plan para convencer a la víctima de los poderes milagrosos del psíquico. Geller se levantó, bostezó y se fue a su habitación, que estaba enfrente de la de Katz. Katz continuó hablando con el editor, contestó el teléfono cuando sonó y volvió a colocarlo junto a la cama con el auricular conectado de tal manera que Geller, que era el que había llamado, pudiera escuchar la conversación posterior desde su habitación. ¡Poco después quedaron atónitos cuando Geller irrumpió en la habitación para anunciar que acababa de «proyectarse astralmente» mientras dormía y que su «espíritu» había estado en esa misma habitación y había escuchado cada palabra! Repitió partes de la conversación para gran asombro del crédulo editor.

En una presentación en Birmingham, Inglaterra, Katz cargó realmente con el muerto. Minutos antes del espectáculo, con la sala totalmente llena, Shipi se abalanzó hacia los camerinos para decirle a Geller que la primera fila estaba llena de magos locales, que estaban sentados con la prensa, listos para descubrir los trucos que Geller denominaba «demostraciones psíquicas». Geller se puso pálido y se negó a ofrecer su espectáculo. Este se retrasó mientras Geller y Katz discutían con Werner Schmid, el promotor. Geller insistió para que la dirección dijera que se había producido una alarma de bomba y que el espectáculo se suspendía. El pobre Katz tuvo que aparecer frente a los furiosos espectadores, que no estaban de humor para aceptar una historia tan endeble, y les dijo que les devolverían el dinero de la entrada. Luego se enteró de que Geller, hablando en los camerinos con los periodistas, mientras él corría en busca del coche, ¡dijo que él realmente había querido hacer el espectáculo pero que Katz no le había dejado! Katz nunca regresó a Birmingham.

A medida que la antigua relación mesías-discípulo se deterioraba y el papel de embaucador descarado era atribuido a Katz, éste se vio a sí mismo haciendo cosas ultrajantes para hacer posibles los trucos de Geller. En San Francisco, antes de un programa de televisión en el que se le solicitaba a Geller que adivinara el contenido de un sobre cerrado, se le pidió a Katz que entrara en la oficina del productor y echara una ojeada al sobre. Este tenía los nervios destrozados por temor a ser atrapado, pero lo hizo: informó de que era un dibujo de una bandera blanca en un mástil. Con una sensación de seguridad, mientras trabajaba para determinar «telepáticamente» cuál era el objetivo, Geller mostró como siempre sus cualidades histriónicas, tal como lo había hecho en los días en que Katz creía que realmente usaba poderes psíquicos. Katz admiraba la capacidad interpretativa de Geller, pero

estaba consternado por haber sido explotado.

Por entonces, Geller probablemente pensaba que tenía controlado totalmente a Katz. Una vez le dijo que se quedara junto a la puerta del teatro mientras la gente entraba y que le informara en los camerinos de quién tenía qué cosa en sus carteras o bolsillos mientras pagaban sus entradas. Katz observó que Geller tomaba nota de los números de las matrículas de varios coches en el aparcamiento y anotaba detalles acerca de la gente que salía de los mismos, una información que utilizaría más tarde en el escenario. Éste se sintió molesto, durante una visita de la esposa de Danny Kaye, Sylvia Fine, al ver cómo Geller tomaba una valiosa reliquia familiar y la rompía mientras nadie —excepto Katz— observaba. Después de pretender demostrar que había roto el objeto «psíquicamente», Geller se disculpó por las impredecibles fuerzas psíquicas. En París, Katz contó que le habían dicho que caminara detrás de Geller y un periodista de L'Express y que lanzara una cuchara al aire para que pareciera que había sufrido «una teleportación» de la nada. Había visto hacer lo mismo a Geller en numerosas ocasiones, lanzando objetos por encima de su propia cabeza y por detrás de su espalda.

Katz descubrió incluso algunos de los métodos usados por Geller para «leer las mentes». A veces, observó, Geller sólo fingía escribir algo; luego, cuando veía el dibujo objetivo por primera vez, dibujaba rápida y subrepticamente una aproximación del mismo. Luego lo exhibía alegremente como un éxito. En realidad, afirmó Katz, Geller siempre mostraba un gran despliegue de excitación y satisfacción en esas ocasiones, y elogiaba a la víctima de tener grandes poderes psíquicos al ser capaz de transmitirlos de forma tan efectiva.

Los milagros de la «fotografía psíquica» de Geller también fueron descubiertos por Katz. En Palm Beach, vio simplemente cómo quitaba a hurtadillas la tapa de la lente de la cámara de un fotógrafo, sacaba él mismo una fotografía y volvía a colocar la tapa.

Pero fue en Italia donde Katz casi abandona toda la operación. Visitó con Geller una joyería, en la que observaron numerosos relojes caros y de la que se fueron sin comprar nada. Cuando dieron la vuelta a la esquina, Geller exclamó con gran excitación que se había producido una «teleportación». Mostró en su muñeca un reloj flamante. Katz supo, sin lugar a dudas, que Geller simplemente lo había robado. No se trataba de ningún milagro.

¿Por qué entonces se quedó con Geller? Simplemente porque creía —y sigue haciéndolo hoy a pesar de las pruebas en su contra— que se había asociado con un psíquico genuino. Para Katz, cualquier cosa que no pueda explicarse asume la condición de un verdadero milagro.

¿Recuerda la teleportación del macetero y del brazo de la butaca del teatro? Mientras yo estaba en Tel Aviv, con Yasha, y éste estaba contándome de nuevo la

historia (debo añadir que era una versión mucho más embellecida que la original), ¡observó de forma casual que el macetero era el que estaba junto a mí en el apartamento! Me giré para ver un gran armatoste hecho de bloques de vidrio con plantas colgando dentro de él. Recordé que Katz me había contado que Geller no podría haberlo levantado. Ciertamente no parecía tan pesado como para que yo no pudiera levantarlo y me ofrecí a hacerlo. Si yo podía hacerlo, sin duda un hombre veinte años más joven, también podía. Katz se opuso, diciendo que no era necesario que yo probara nada. En realidad, no quería de ningún modo que lo intentara por temor a perder uno de los tenues lazos que sostenían su fe en Geller. Pero no le escuché, coloqué rápidamente las plantas en el suelo y levanté el macetero en el aire, dejándolo a cierta distancia. Era pesado, pero ciertamente no tan pesado como para que el Gran Geller no pudiera levantarlo. Así se evaporó otro mito. Katz sonrió distraídamente y de inmediato cambió de tema. Nunca más volvió a mencionar el episodio del macetero.

Pero sí habló del brazo de la butaca del teatro, que era de plástico vinílico. Eso también había sido conservado por Katz como una especie de reliquia. Cuando escuché una vez más la historia de aquella noche lluviosa en que se produjo el milagro, escuché detalles que no habían sido mencionados en el relato original. Ahora, según parecía, Katz estaba en condiciones de recordar otro hecho muy asombroso que elevó la naturaleza fantástica del acontecimiento. El brazo de la butaca, cuando lo levantó del charco en el que había caído, ¡estaba totalmente seco! ¡Oh! Recuérdese que la credibilidad de la historia se debilitaba por la confesión de Katz de que él mismo había efectuado varias «teleportaciones» para Geller lanzando objetos al aire sin ser visto. Ahora aparecía un argumento decisivo para ese milagro: ¡un brazo de butaca seco! Sin una palabra, coloqué el objeto sobre un plato, vertí un vaso de agua sobre él y lo tomé para mostrárselo a Katz. Estaba seco. El vinilo había hecho desaparecer el agua muy fácilmente. Este tema también fue olvidado.

Me sentí fascinado al enterarme de que Katz había sido visitado por una periodista del National Enquirer, Donna Rosenthal. Durante las varias horas que pasó con él en Tel Aviv, ella no había tomado notas, y cuando Katz le preguntó por qué, ella respondió que sólo le estaba contando información negativa sobre Geller, es decir, lo contrario de lo que su editor esperaba de ella. En el *Journal of Occult Studies*, invierno-primavera 1977-78, podemos leer lo siguiente:

Donna Rosenthal, una escritora del National Enquirer... y un grupo de personas fueron a almorzar más tarde y escucharon una interesante historia acerca de su investigación sobre los antecedentes israelíes de Geller. Ella había entrevistado a parientes cercanos y a amigos de Geller y llegó a la conclusión, con toda honestidad, de que no había dudas en cuanto a la validez

de sus experiencias, que fueron corroboradas con facilidad por muchos acontecimientos que databan de su época en el instituto e incluso antes.

Le conté a Katz una historia que había escuchado (quizás apócrifa) en relación con el National Enquirer. Parece que tuvieron que despedir a su mejor periodista. Había permitido que un hecho real se infiltrara inadvertidamente en una de sus historias.

Pero la pregunta que se plantea es la siguiente: ¿por qué Katz siguió colaborando con los engaños de Geller a pesar de ver que era una equivocación? La respuesta es sencilla. Tal como dijo el mismo Katz, él cree en los poderes de Geller a pesar de todo, y sólo porque todo no sea real no significa que el resto no lo sea. Así de simple. Eligió creer en una quimera y acepta todo lo que no tiene una explicación real. Esto fue evidente mientras yo estaba en Tel Aviv, cuando Yasha me reveló que había descubierto un joven psíquico. Katz me ofreció ponerme en contacto con él y me advirtió que podía perder mis 10.000 dólares. Como siempre, estuve dispuesto a correr ese riesgo.

Al día siguiente recibí una llamada en el hotel. Era de un joven llamado Yoram Nachman, que estaba deseoso de verme, no para cobrar el dinero de mi premio sino para explicarme algunas cosas. Tomé un taxi hasta su casa para recibir una muy refrescante sorpresa. Yoram (el Gran Yorini) resultó ser un maestro en el arte de doblar cucharas y en el arte de la «telepatía». Katz me había hecho una larga descripción de sus proezas y, por supuesto, estaba totalmente equivocado. Katz había especificado condiciones que simplemente no existían y estaba convencido por su errónea interpretación de las actuaciones de Yoram de que éste poseía poderes reales. El joven explicó sin embargo que no quería que Katz creyera en esas cosas, que no quería convertirse en otro Geller y que no quería dar vueltas al mundo tal como le había sugerido Katz. Simplemente quería graduarse, hacer el servicio militar en el ejército israelí y empezar a trabajar como cualquier otro joven de su edad. La magia le interesaba mucho y estaba seguro de que le seguiría interesando en el futuro, pero afirmaba no tener poderes psíquicos. El Gran Yorini era bueno —muy bueno— y también era sincero. Me sentí como Diógenes al final de su búsqueda.

De manera que Katz no aprendió de su quemadura que el fuego es un juego peligroso, atractivo pero mortal. Todavía hoy Geller le debe dinero. Además, el psíquico acusó a su vez a Katz de haberle robado. No me sorprende. Es algo triste.

Actualmente, el jefe de prensa del Stanford Research Institute le cuenta a los curiosos que el trabajo del SRI con Uri Geller constituyó «sólo el 3%» de su producción en materia de investigación parapsicológica. El resto fue inventado por los doctores Targ y Puthoff, sin cuya ingenuidad el SRI nunca hubiera quedado involucrado en ese tema inútil. Y para consternación de la mayoría de los científicos

—que lograron ver a través de la farsa—, la parapsicología continúa exhibiéndose como una ciencia legítima.

Hay un momento en la marea de los hombres en que crece y los conduce hacia el éxito. Por otra parte, no cuente con ello.

T.K. Lawson

En épocas anteriores más crédulas, se inculcaban ciertas teorías en base a casi cualquier premisa, y en Austria, durante el último siglo, la fascinación (si no la preocupación) teutónica por los números y las mediciones impulsó muchos conceptos extraños, algunos de los cuales siguen permaneciendo en la actualidad. Uno de ellos es conocido como biorritmo.

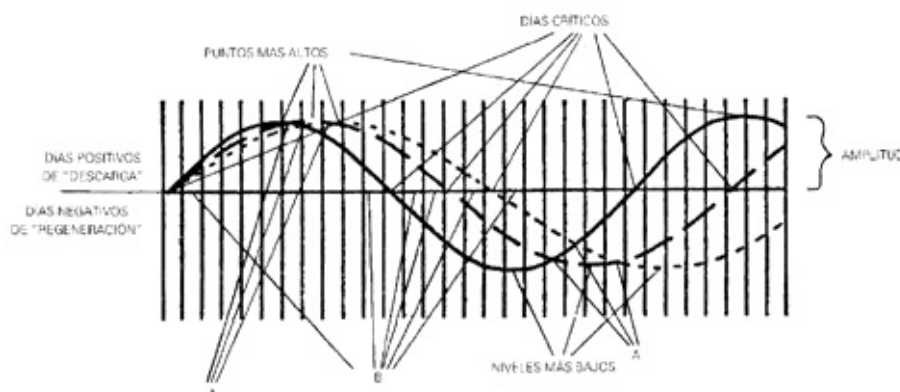
El doctor Hermann Swoboda, profesor de Psicología en la Universidad de Viena, y el doctor Wilhelm Fliess, un experto en numerología y médico especializado en enfermedades de la nariz, presentaron un número de observaciones que indicaban que se producían dos ciclos en el lapso de la vida humana, que comenzaban en el momento de nacer y continuaban conforme a un esquema notablemente exacto a través de toda la vida. El primero era un ciclo de 23 días, asociado a aspectos masculinos, y el segundo era un ciclo «femenino» de 28 días. Más tarde, en los años veinte, un ingeniero llamado Teltscher agregó un ciclo «intelectual» de 33 días a la teoría, y los crédulos despegaron hacia otra búsqueda de orden y significado en la vida del Hombre.

La nueva «ciencia» era ideal para el temperamento vienés. Sostenía que la vida era predecible, cíclica, ordenada y numérica. Pero sobre todo, los fracasos de las teorías eran fácilmente explicados mediante adecuadas racionalizaciones disfrazadas en lenguaje científico. Los freudianos, repentinamente tan de moda, también se beneficiaron de ese proceso. Las formulaciones y las mediciones por fin serían obtenidas a través de medios simples y fácilmente comprensibles, por lo que los pseudointelectuales del momento se mostraron exaltados.

Junto con la psiquiatría freudiana, esta locura persistió hasta nuestros días. En efecto, el furor por el biorritmo y las fantochadas que se asocian a este fenómeno alcanzaron un nuevo éxito en los últimos años. Pero un examen de lo que se pretende

afirmar nos devuelve nuevamente a la realidad.

La literatura acerca del biorritmo es extensa y en su mayoría tiende a repetir errores de publicaciones anteriores sobre el tema. La investigación llevada a cabo hace décadas es muy respetada pero en la actualidad no se encuentra a nuestro alcance para su análisis. Las revistas están sazonadas con mucha frecuencia con artículos sobre el biorritmo y algunos diarios llevan columnas que pretenden revelar a los lectores aspectos sobre el tema. Los aeropuertos tienen ordenadores que trazan una serie de diagramas por una cantidad simbólica de dinero, además de ofrecer servicios de biorritmo.



Los ciclos del biorritmo al comienzo de la vida de una persona, suponiendo un nacimiento a medianoche. Cada barra vertical representa la medianoche, a la que sigue un período de 24 horas. La línea más marcada es la curva «física» de 23 días, la línea discontinua es la curva «emocional» de 28 días y la línea punteada es la curva «intelectual» de 33 días. Los puntos «A» son «potencialmente peligrosos», según algunos expertos, y los puntos «B» representan días «semicríticos». ¡En este mes inicial de 31 días, hay 5 días «semicríticos», 5 días «críticos», 1 día «triplemente crítico», 3 «puntos de bajo nivel» y 6 días «potencialmente peligrosos»! Sólo hay 4 «puntos más altos».

Para entender las reivindicaciones efectuadas por los partidarios del biorritmo se necesita un libro elemental sobre esta «ciencia». Pero en primer lugar, debería señalarse que el biorritmo no debe ser confundido con los verdaderos ciclos biológicos estudiados por los científicos y reconocidos desde hace mucho tiempo. Los pseudocientíficos tratan de corroborar sus afirmaciones sacando partido de esa confusión.

Expresados sobre un diagrama que traza el tiempo (en días) sobre una amplitud de curvas cíclicas, se observa que los tres ciclos comienzan en el momento de nacer en cero, ascendiendo primero en la dirección positiva y luego descendiendo hacia la línea del cero y por debajo de ella hasta el área negativa. Esto se repite exactamente, las tres curvas entrelazándose y luego apartándose, juntándose de nuevo en la línea del cero, como en el momento de nacer, justo después de medio siglo. Los expertos señalan que cuando cualquier curva atraviesa la línea del cero, esto quiere decir que

se ha producido un «día crítico», en el cual hay tendencia a fracasar o a sufrir ciertas debilidades. El ciclo masculino es llamado a menudo la curva «física», el ciclo femenino la curva «emocional» y el tercer ciclo la curva de la «mente». Existen ciertos refinamientos respecto a estas tres reglas básicas, tal como veremos, pero ésta es la base de todas las afirmaciones sostenidas por los partidarios del biorritmo.

Si dos líneas se juntan en la línea del cero, eso presagia un día «doblemente crítico», particularmente peligroso. Una crítica intersección de la curva de 23 días (masculina/física) significa que nuestra salud está en peligro. De forma similar, los momentos críticos emocionales se producen en el ciclo de 28 días y las crisis mentales se producen cada 33 días. Por supuesto, todos los ciclos son críticos a medio camino de los períodos designados de ciclo completo, ya que la curva cruza la línea dos veces en un ciclo. Para los partidarios del biorritmo, parece que la vida está simplemente llena de peligros. Difícilmente uno se atreve a salir de casa durante la mayor parte del mes.

El biorritmo llegó a ser tan popular que algunas empresas lo utilizaron como una graciosa diversión o un dispositivo secreto publicitario. El Bell System programó recientemente uno de sus ordenadores más sofisticados para producir lecturas de biorritmo para los transeúntes en una convención de una Asociación de la Fuerza Aérea en Washington, D.C. La empresa Sanders Associates puso en funcionamiento su sistema «Graphic 7» con la misma finalidad. Pero Bell se equivocó y obtuvo un ciclo con dos días de adelanto y otro con tres días de retraso. ¡Cuando una teoría resulta inútil en el mejor de los casos, sus partidarios deberían por lo menos tratar de eliminar la información errónea a tiempo!

La maniobra del biorritmo de Bell fue asombrosa y no sólo porque generó «patrañas» para una clientela sofisticada. La compañía telefónica insistió también en que el ordenador citara afirmaciones totalmente erróneas y disparatadas que aparecían en algunos de los libros más locos sobre biorritmo. Bajo el encabezamiento «¿Qué es el Biorritmo?», el ordenador extrajo el dato absurdo de que United Airlines utilizaba entre 6.000 y 8.000 diagramas de biorritmo para sus empleados; señalaba además que el 90% de una muestra de 1.000 accidentes tuvieron lugar en los días «críticos». También afirmaba que el biorritmo es una «pseudociencia» y sugería que «quizás no haya nada más en los biorritmos de lo que hay en algunos cuentos de ancianas», pero la impresión era que el Bell System creía lo suficiente en el biorritmo como para programar un ordenador para el proyecto, brindándole así cierta respetabilidad a este fenómeno. Seguramente los partidarios del biorritmo aprovecharán para hacer publicidad del uso de la teoría por parte del Bell System como prueba de que su exótica noción es una ciencia legítima.

Si uno observa con la suficiente atención cualquier ilusión popular, a menudo descubre pruebas concluyentes que aparentemente son tan claras y convincentes que

otros argumentos parecen casi innecesarios. Hace poco, mientras observaba a un autoproclamado experto en biorritmo llevando a cabo sus maravillas sobre el papel, me sorprendió el hecho de que invariablemente aceptaba las intersecciones «críticas» de las curvas cuando caían en un día de adelanto o en uno de retraso. Para aquellos que son expertos observadores de las operaciones de pseudociencia y de las interpretaciones sobre la misma, esto no representa ninguna sorpresa. ¿Qué es un día entre amigos? Sin embargo, la excusa brindada para dicha negligencia parece suficientemente lógica. Los defensores del biorritmo señalan que dado que los grandes ciclos comienzan en el momento de nacer y continúan de forma inexorable y precisa a lo largo de toda la vida, sólo parece haber una inexactitud; por ejemplo, cuando se produce un error aparente en el caso de una persona que nació el séptimo día del mes, esto se debe probablemente a que el nacimiento se produjo justo después de medianoche (casi en el sexto día, ¿verdad?) o quizás justo antes de medianoche (por lo tanto, casi en el octavo día).

Pero aquí es donde los partidarios del biorritmo arruinaron sus propias teorías. La literatura afirma que aunque sólo el 20% de todos los días del calendario son «críticos», ¡el 60% de los accidentes investigados se produjeron en días críticos! Si esto es así, parece que las técnicas del biorritmo han mostrado que el triple de accidentes se producen en los días previstos conforme al azar. Pero como el entendido en este tema Bernard Gittelson escribe en su libro *Biorhythm. A Personal Science*, también tenemos que considerar los días «semicríticos» (aquellos que están justo antes y justo después de un día «crítico» real), como hacía mi experto cuando yo le observaba. Y $3 \times 20 = 60$, un hecho indiscutible. Los teóricos del biorritmo demostraron simplemente que las matemáticas funcionan como siempre lo han hecho. El biorritmo no justifica más accidentes que los justificados por el azar. (Dicho sea de paso, mis cálculos indican que el 22% —y no el 20— de todos los días del calendario son «críticos», pero perdonaré a los «expertos» ese 2% ya que de todos modos la teoría no funciona... Pero con el 66% de los días de un año previstos como peligrosos —contando los días «semicríticos»—, las cosas comienzan a parecer ominosas en el peligroso mundo del biorritmo).

El libro «fundamental» sobre la teoría del biorritmo es *Is This Your Day?* de George Thommen (más de 100.000 copias han sido vendidas a los ingenuos). Está lleno de ejemplos —seleccionados de forma cuidadosa— presentados para probar la teoría y mostrar que las muertes y otras calamidades, así como las grandes victorias y los grandes logros, se producen en momentos determinados por el biorritmo. En dichos ejemplos aparecen personalidades tales como Clark Gable, Marilyn Monroe, el papa Juan XXIII y el General Douglas MacArthur. Aquellos que no están familiarizados con las técnicas de muestreo selectivo y que no conocen los métodos estadísticos apropiados tienden a creer que los mencionados ejemplos confirman la

argumentación que se pretende probar.

El libro de Thommen se refiere a una masa de datos («ocho baúles de documentación de la investigación») que, según el profesor de Psicología Hermann Swoboda, cayó en manos de los rusos en Viena durante la Segunda Guerra Mundial y que, por lo tanto, no se encuentra disponible. ¡Qué lástima! (Uno se pregunta qué hicieron los rusos con ella). Dado que la teoría en esa época sólo presentaba dos de los ciclos maravillosos, Thommen también tiene que explicar la falta de datos para respaldar el tercer ciclo (intelectual de 33 días) introducido por Teltscher, y afirma que tuvo que contar con información de segunda mano al respecto. Por lo tanto, no se presenta ninguna documentación significativa, incluyendo los «masivos» datos originales tan valorados por los «expertos».

Un libro frecuentemente mencionado por los fanáticos del biorritmo es *Biorhythm-A Personal Science* de Bernard Gittelson. En la introducción de dicho libro se señala que George Thommen (a quien el libro está dedicado) apareció en «The Long John Nebel Show», un programa de la emisora de radio WOR, en Nueva York, en noviembre de 1960, para advertir sobre un posible día crítico para el actor Clark Gable el dieciséis de ese mes. Gable había sufrido un ataque al corazón seis días antes y había sido hospitalizado. El dieciséis, Gable sucumbió a un segundo ataque al corazón. Thommen causó sensación; se dijo que la predicción había sido hecha por medio de la «ciencia» del biorritmo.

Mi experiencia personal con Thommen unos años más tarde fue bastante menos sensacional. Yo había heredado el programa de entrevistas de Nebel cuando él cambió de emisora de radio. Thommen fue uno de mis primeros invitados. Aproveché la oportunidad para pedirle un diagrama para mí y otro para mi secretaria. Así lo hizo. Dado que ya había investigado esa «ciencia» y había leído el análisis de Martin Gardner sobre Wilhelm Fliess y su absurda numerología, me sentí menos interesado en lo bien que funcionaría para mí que en un experimento que estaba planeando.

Efectivamente, varios oyentes llamaron para saber cómo podían obtener un diagrama personal. Seleccioné a una mujer que deseaba cooperar en una prueba y que se mostró de acuerdo en aceptar un diagrama gratuito a cambio de un informe al final de los dos meses que señalara hasta qué punto el diagrama había tenido éxito. Prometió llevar un diario, día a día, y evaluar la exactitud del diagrama.

Los resultados fueron muy interesantes. Al final de los dos meses, me llamó por teléfono para decirme que tendría que tomar el asunto muy seriamente dado que el diagrama había tenido una exactitud de «por lo menos el 90%» en su caso. Le expresé mi interés por esos resultados y le dije que quería verificar la identificación en la carpeta para estar seguro de que ella hubiese recibido el diagrama correcto. Para nuestra «mutua» sorpresa descubrimos que ella había recibido mi diagrama y no el

que estaba destinado a ella. Le eché la culpa a mi secretaria. En realidad, yo sabía muy bien que ella había recibido mi diagrama, pero no lo dije, y le prometí el diagrama correcto para que hiciera las verificaciones con su diario. Al día siguiente, llamó para decirme que ese diagrama era todavía más exacto, ¡si eso era posible! Después de hacer nuevas averiguaciones, le anuncié finalmente que, por equivocación, por supuesto, ella había recibido el diagrama de mi secretaria. Se produjo una breve pausa, luego un resoplido y la mujer colgó el teléfono. No podía culparla. Había caído en la racionalización de los datos después del hecho, tal como había sucedido con miles y miles de personas que siguieron las curvas ondulantes y el razonamiento errático necesario para hacer que los hechos se ajustaran a esa teoría. Eso en cuanto a Thommen y sus diagramas.

En cuanto al doctor Wilhelm Fliess y su interés por los números y los ciclos, dejaré un análisis de las matemáticas de sus afirmaciones en manos de matemáticos como el señor Gardner. Resulta interesante que Gittelson no mencione en su libro una curiosa práctica de este doctor de la nariz. El doctor Fliess administró a menudo cocaína a sus pacientes y el maravilloso efecto que producía sobre éstos hizo que este médico se convirtiera en uno de los más populares de la ciudad. Había descubierto que se producían «cambios cíclicos» en la membrana mucosa que recubría la nariz, y relacionaba esas variaciones con los problemas sexuales. Aisló también determinadas áreas dentro de la nariz, donde suponía que abundaban las «células genitales», y estimulaba dichas áreas con cocaína. Los resultados fueron aclamados con gran entusiasmo por muchos de sus pacientes que regresaban a menudo para recibir el tratamiento. Fliess prosperó. Este procedimiento médico tan extraño no puede menos que afectar la propia opinión acerca del valor de la teoría del biorritmo cofundada por el doctor.

Afortunadamente, hace poco se ha llevado a cabo un cuidadoso trabajo que proporciona material fiable sobre el que se puede basar una decisión con respecto a la teoría del biorritmo. En su mayor parte, se encuentra sepultado en periódicos científicos y oscuras publicaciones, pero ocasionalmente sale a la superficie. *The Skeptical Inquirer*, la publicación de la Comisión para la Investigación Científica de los Fenómenos Paranormales, ha sacado a la luz varios artículos sobre el tema.

¿Existe alguna prueba de que el biorritmo realmente funcione? Gittelson, en las «notas» de su libro, escribe: «El biorritmo no siempre funciona, pero muy pocas cosas lo hacen». Verdad. Pero la pregunta es saber si funciona alguna vez, y si es así, ¿funciona mejor que un diagrama hecho al azar?

Su libro proporciona muchas respuestas a esa pregunta. Aunque se trata de uno de los libros sobre el tema más vendidos actualmente, poco agrega a los otros volúmenes sobre el biorritmo que llenan las estanterías de libros desde que Thommen introdujo el biorritmo. Por un lado, Gittelson dedica mucho espacio al análisis de esos

fenómenos tan largamente estudiados como el «ritmo circadiano». (Dicho ritmo cíclico natural se produce en plantas y animales cada veinticuatro horas, ya sea que el sujeto se encuentre o no en condiciones de «enterarse» de la salida y de la puesta del sol. Así, una planta ubicada en un medio ambiente completamente artificial tiende a reaccionar, sin embargo, conforme al mundo natural exterior y a su ritmo diurno). Como otras pseudociencias, el biorritmo busca respetabilidad adoptando fenómenos reconocidos y demostrables.

Gittelson también usa muchas de las racionalizaciones utilizadas por los astrólogos. Por ejemplo, parece que el biorritmo no obliga sino que impulsa, un argumento sostenido por los astrólogos para su propia «ciencia». De esta manera, cualquier discrepancia entre los hechos y la teoría resulta perdonable. Pero Gittelson tiene plena consciencia de esta debilidad y así lo afirma. El autor presenta su argumentación de tal manera que cualquier análisis puede interpretarse como algo coherente con la teoría. Los siguientes pasajes de su libro son notables por las numerosas salvedades y excusas que pueden emplearse para ajustar los hechos a la teoría y viceversa.

Con respecto al primer requisito —la capacidad del biorritmo de predecir el comportamiento— existe un verdadero problema de interpretación. Los tres grandes ritmos son interdependientes. Ninguno de ellos es tan fuerte como para influir en los otros dos; siempre actúan de forma conjunta para afectarnos. A decir verdad, en los días críticos existen buenas posibilidades de que predominen el ritmo o los ritmos con una inestabilidad temporánea, pero nunca de forma completa. En un día crítico emocional, por ejemplo, es posible que la fuerza del ritmo físico y del ritmo intelectual neutralice cualquier amenaza. Esto es todavía más probable en los días no críticos, o mixtos, que son los que se producen con mayor frecuencia. Si los tres ritmos se encuentran en su fase baja (o de recarga), posiblemente no llegue usted a alcanzar su punto más alto. Pero exactamente hasta qué nivel por debajo de su punto óptimo se desenvolverá usted sigue siendo un tema controvertido de interpretación incierta.

Existen otros pretextos en la teoría del biorritmo explicados en ese libro. Con respecto a los pronósticos deportivos, Gittelson escribe: «Benthaus (una “autoridad” en el tema del biorritmo)... cree que la clase de un jugador siempre quedará en evidencia, es decir, un jugador de primera clase con un biorritmo en un nivel bajo siempre supera a un jugador de segunda categoría en el punto más alto de su biorritmo». Esto proporciona una excelente excusa cuando el atleta no se desenvuelve conforme a la predicción de su diagrama.

«Si el biorritmo no parece funcionar para usted —escribe Gittelson—, puede ser uno de esos individuos poco comunes que son arrítmicos y que no responden plenamente a los ciclos internos». Además, ¡el lector es informado de que las personas «arrítmicas» pueden recobrar de forma inesperada el ritmo en cualquier momento!

El autor se refiere a la afirmación efectuada por Gunthard, otro partidario del biorritmo, en el sentido de que

«algunas personas son “rítmicas” y otras “no-rítmicas”; o bien, para decirlo de otra manera, algunas personas parecen ser más sensibles a los biorritmos que otras... ¿será simplemente porque algunas personas desarrollan diferentes maneras de enfrentarse con los biorritmos y porque algunos de esos métodos, efectivamente, ocultan los efectos biorrítmicos? ¿O acaso es que la fuerza de los biorritmos —la amplitud de las ondas utilizada para representar las curvas— varía en diferentes individuos y también para el mismo individuo en diferentes momentos?».

También se afirma: «Wallerstein y Roberts... descubrieron que la dirección en la que se movía un ritmo podía ser tan importante, y quizás más importante, que si el ritmo se encontraba por encima o por debajo de la línea del cero». ¡La referencia del diagrama del biorritmo a la latitud sí que admite interpretación! Un ejemplo final: «Varios investigadores que se ocuparon de accidentes y biorritmo habían sospechado que los días en que dos ritmos se cruzan mientras van en direcciones opuestas —más allá de que se crucen en las fases positiva o negativa— son días potencialmente peligrosos». Hay que referirse nuevamente al diagrama y a los puntos señalados con la letra «A».

Sobre la base de estos pasajes en el libro de Gittelson, resulta obvio que la teoría del biorritmo puede ajustarse a cualquier situación.

El autor le dedica varias páginas a la afirmación de que las grandes industrias de los Estados Unidos utilizaron el biorritmo, o por lo menos investigaron el fenómeno. Escribe que Procter & Gamble experimentó con el mismo, pero añade que negaron tanto el experimento como sus resultados satisfactorios. Nos cuenta que las compañías United Airlines, U.S. Air, Continental, Pan American y Trans World Airlines exploraron la teoría del biorritmo y que todas rechazaron sus experimentos o su interés. Pero United hizo mucho más que eso. En su edición de octubre de 1977 del *Executive Air Travel Report* (publicado mucho antes de la edición del libro de Gittelson), United afirma oficialmente que los investigadores no descubrieron ninguna correlación entre las fases negativas de alguno o de todos los ciclos del biorritmo y un aumento en el número de accidentes aéreos. Además, a ningún ciclo

—físico, emocional o mental— se le podía asignar un papel en la causa de los accidentes. El libro de Gittelsohn dice que «los pilotos de United... todavía no habían recibido ningún diagrama». ¡En realidad, unos 4.000 pilotos recibieron diagramas en ese estudio!

El propio Gittelsohn cita algunas opiniones que se muestran críticas en relación con el concepto de biorritmo. El doctor Franz Halberg, de la Universidad de Minnesota Medical School, que escribió acerca de los ritmos biológicos genuinos, afirma: «[George Thommen] habla de ritmos inmutables y fijos... En cuanto a cualquier similitud con mi trabajo, es como si uno dijera “Smith” y “Schmidt”. Sólo tenemos el nombre en común». El doctor John Hastings, de Harvard, dice: «Éste no es un tema serio estudiado por científicos serios». El profesor Colon Pittendrigh, que examinó el tema en la Universidad de Stanford señala: «Considero ese tema como un fraude completo». El Instituto Nacional de Salud Mental describe el biorritmo como una «mitología». Sin embargo, Douglas Kelley, del Consejo de Seguridad Nacional, afirma: «Cuando la química se encontraba en la etapa en que se encuentra ahora el biorritmo, era llamada alquimia. Pero la alquimia se convirtió en química y dentro de cincuenta años la investigación podría hacer lo mismo con el biorritmo». Absurdo. La alquimia se dedicaba a la búsqueda de la Piedra Filosofal que cambiaría los metales básicos en oro. La Piedra nunca fue encontrada y algunos hechos periféricos descubiertos durante la búsqueda fueron incorporados más tarde a la verdadera ciencia de la química. El único futuro para el biorritmo es el de convertirse en una búsqueda abandonada, y los ejemplos lógicos y las investigaciones endebles que queden de sus despojos pueden finalmente ser incorporados al estudio de la psicología patológica.

Gittelsohn también cita a Robert W. Bailey, de los Laboratorios Bell en Piscataway, Nueva Jersey: «Si hay algo que se pueda rescatar de eso, todavía no lo he descubierto». El autor señala entonces que el trabajo de Bailey se encuentra «todavía en sus primeras etapas» y «cubrió menos de 300 empleados». Cuando fue entrevistado por teléfono, Bailey se mostró estupefacto por la referencia.

Bailey, que trabaja con la División de Tecnología Humana de los Laboratorios Bell, me dijo que se hicieron los diagramas de «muchos miles de individuos» sobre la base de la teoría del biorritmo y que «una investigación intensiva» había sido llevada a cabo hacía cuatro años, mucho antes de la publicación del libro de Gittelsohn. «Nos quedó muy claro —afirmó— que después de haber realizado las traducciones de la obra original de Fliess/Swoboda sobre el tema, resultó un sistema de adivinación pura basado en la numerología. Lo examinamos con el cuidado requerido y no encontramos un solo valor fiable en él».

Los defensores del biorritmo no pueden invocar, sin duda, la vieja excusa, utilizada a menudo por los parapsicólogos, de que los científicos no se muestran

dispuestos a considerar las pruebas presentadas. Bailey y sus colegas llevaron a cabo una investigación apropiada y bien documentada no sólo acerca de las raíces de la así llamada ciencia, sino también acerca de sus resultados.

Simplemente no funciona.

Existen actualmente ciertos métodos muy precisos y fiables que contemplan la aplicación de la tecnología informática, no con el fin de generar diagramas del biorritmo —algo que cualquiera puede hacer— sino para determinar si existe una base real para esa «ciencia». Terry Hines, en una revisión de dichos estudios publicada en *The Skeptical Inquirer*, enuncia ciertas pruebas concluyentes.

Con respecto a las predicciones en materia de accidentes, 13.285 casos fueron examinados en British Columbia, 4.346 contratiempos aéreos fueron estudiados utilizando cifras de la aviación naval y se consideraron 4.063 accidentes de aviación general y 400 accidentes que tuvieron lugar en instalaciones militares. El biorritmo fracasó en todas las pruebas. En 181 accidentes automovilísticos en los que el conductor tuvo la culpa y en 205 accidentes generales en ruta, no apareció ni un solo indicio de actividad biorrítmica. Además, se investigaron 150 accidentes laborales y 506 accidentes fatales. No fue descubierto ningún efecto de biorritmo. En el Oak Ridge National Laboratory, se analizaron 112 accidentes, incluyendo un grupo seleccionado de 67 en los que la víctima tenía la culpa. Además, se examinaron 400 accidentes en minas de carbón, junto con otros 210 accidentes en trabajos industriales. No se observó influencia alguna del biorritmo. (En el Reino Unido, la división de Investigaciones de Accidentes del Departamento de Transportes emitió un informe oficial después de una profunda investigación sobre la influencia del biorritmo. No se descubrió al respecto ningún tipo de prueba).

Puede hacerse un estudio mucho más simple referido al ejercicio atlético, el cual, según afirman los defensores del biorritmo, se ve muy afectado por las maravillosas curvas. Los hechos y las cifras necesarios son fácilmente accesibles al investigador. Dos investigadores de la teoría estudiaron los resultados alcanzados en la Universidad de Florida por los equipos de natación y de «bowling». También analizaron en 100 partidos de béisbol el resultado en la acción de batear de 70 jugadores de la división profesional. Por último, analizaron los registros de jugadores de golf. No fue encontrado ningún efecto del biorritmo.

Si fueran válidos, los diagramas del biorritmo podrían predecir los posibles días de muerte de los seres humanos, algo que suele afirmarse con frecuencia. Recientemente, se examinaron las fechas del fallecimiento de 274 jugadores de béisbol para detectar dicha influencia. No se encontró correlación alguna. Otro estudio de 105 muertes arrojó un resultado negativo. ¿Puede sorprender que los científicos legítimos no muestren ningún interés por las afirmaciones de los defensores del biorritmo?

Los «expertos» del biorritmo y la infinita cantidad de libros y artículos sobre el tema no dedicaron mucha atención a ciertos días inevitables «supercríticos» que (según su teoría) deben llegar en la vida de cada mortal de más de 29 años. Un examen de la literatura revela que no se atribuye una especial importancia a esos días fundamentales, un hecho que resulta de lo más sorprendente.

La teoría señala que cuando uno de los ciclos (de 23 días, 28 días ó 33 días) alcanza la línea del cero, estamos ante un día crítico. De esta manera, el ciclo de 23 días nos proporciona un día crítico cada once días y medio, y así sucesivamente. Pero, como ya se ha mencionado, peligros peores nos aguardan cuando se produce un día doblemente crítico, es decir, cuando dos de las curvas cruzan la línea. Y sólo podemos estremecernos con recelo ante la perspectiva del momento más terrorífico de todos: el legendario día «triplemente crítico». Pero no todo es tan peligroso como parece, ya que los días triplemente críticos no son frecuentes. Puse en práctica mis rudimentarios conocimientos de matemáticas y descubrí que el ciclo triple completo alcanza nuevamente el punto de partida sólo después de 58 años y 68 días (un día más o menos), cuando las curvas se presentan como en el momento del nacimiento. (La variable de un día se debe a un número desigual de años bisiestos. Si el sujeto nace en los últimos 10 meses de un año bisiesto o en cualquier momento durante el año que sigue al año bisiesto, el número de días es 68. Si el sujeto nace en cualquier otro momento de cualquier otro año, el número es 67. En el caso de cualquier fecha de nacimiento en el siglo XIX, debe añadirse un día suplementario a la cifra obtenida a través de las reglas arriba mencionadas porque el día del año bisiesto fue suprimido en el año bisiesto 1900. Esta cifra se da de forma imprecisa en por lo menos un libro, *Biorhythm*, de Hans J. Wernli, como «58 años más aproximadamente 66 días»).

Evidentemente, dado que los días críticos se producen también en la mitad del camino de cada ciclo, aparece otro día triplemente crítico cuando se alcanzan los 29 años y 34 (ó 35) días, y otro a los 87 años y aproximadamente 102 días, si tenemos la fortuna suficiente de alcanzar tan avanzada edad, un momento que de todos modos resulta bastante crítico, con o sin biorritmos. Pero en esos puntos, los ciclos de 23 y 33 días están ascendiendo, como en el nacimiento, mientras que la curva de 28 días cae. De todos modos, el biorritmo nos dice que éstos son los días más críticos de nuestra vida. (Podría haber un cuarto día triplemente crítico a los 116 años o más, pero actualmente podemos ignorar esa improbable situación).

Esto nos lleva a una posibilidad interesante. ¿No parece que se producen muchos más fallecimientos en esos puntos de la vida humana? Con los niveles físico, emocional e intelectual en cero de forma simultánea, el individuo está, sin duda, en una situación muy vulnerable. Veo en los libros numerosos diagramas que muestran las influencias mortales sobre las vidas de fallecidos famosos, ¡pero ninguna de ellas cae en uno de esos días triplemente críticos!

La «ciencia» del biorritmo se las arregla para dejar de lado una importante posibilidad: que la interpretación de los diagramas depende totalmente del conocimiento previo de los acontecimientos y de su ubicación en el tiempo. El significado de la lectura en los diagramas resulta fácil cuando conocemos el momento de algún acontecimiento mortal y tenemos las curvas frente a nosotros. ¿O acaso ésta es una opinión ingenua e interesada por mi parte? Tengo frente a mí los diagramas del biorritmo de varias personas que murieron dentro del mes mostrado. Sin embargo, cuando los muestro a los «expertos», sólo pueden señalar cierto número de posiciones peligrosas en ese período y pocas veces se acercan a la posición real de la muerte. ¿O acaso espero demasiado?

Para aquellos que se deleitan con la complejidad, algunos de los estudiantes más devotos de esta maravillosa búsqueda averiguaron con sagacidad la existencia de más ciclos en el lapso de la vida humana que haríamos bien en tener en cuenta. No puedo certificar que los partidarios del biorritmo convencional estén de acuerdo con estos recién llegados, pero creo que debo señalar las últimas afirmaciones sostenidas de manera que no quede ni un solo matiz del arte sin analizar. Según se afirma, existen muchos aspectos adicionales, tales como un ciclo de «compasión» (38 días), un ciclo «estético» (43 días), un ciclo de «conocimiento de sí mismo» (48 días) y finalmente un ciclo «espiritual» (53 días). De esta manera, tenemos que prestar atención a los días críticos (¡sin mencionar los días doblemente críticos o peores!) en los intervalos siguientes: ¡a los 11 1/2, 14, 16 1/2, 19, 21 1/2, 23, 24, 26 1/2, 28, 33, 38, 43, 48 y 53 días! ¡Cuántos días críticos observamos ahora en nuestras vidas! Un simple cálculo demuestra una posibilidad que va desde el 37% al 59% de días críticos individuales (¡multiplíquese por 3 si se aceptan también los días semicríticos!).

Puedo imaginar el momento de alcanzar una conjunción crítica de los ciclos de 23/33/43/48 días en el que puedo llegar a bajar distraídamente de una escalera mientras pinto la casa y romperme una pierna.

George Thommen apareció una vez en un conocido programa de radio para asombrarme con la declaración de que en el 95% de todos los nacimientos que él había estudiado, el sexo del niño había podido preverse gracias al conocimiento de los datos del biorritmo de la madre: cuando el ciclo de la línea física/masculina se encontraba en un punto alto durante el período de concepción, había muchas posibilidades de que fuera niño, y que cuando era el ciclo emocional/femenino el que estaba en su punto alto, había muchas posibilidades de que fuera niña. Dicho porcentaje parecía notable y fácilmente comprobable, pero en esa época los medios para alcanzar dicha determinación no estaban a mi disposición. Afortunadamente, W.S. Bainbridge, profesor de Sociología de la Universidad de Washington, en Seattle, se molestó en verificar estas afirmaciones. Sus resultados fueron tan interesantes como los dichos por Thommen: la teoría del biorritmo fracasaba nuevamente.

Bainbridge eliminó los nacimientos por cesárea, los partos difíciles y los nacimientos inducidos de una muestra de más de 300 sujetos. Se quedó únicamente con los nacimientos de 100 niños y 100 niñas. De estos casos, había 104 en los que no podía definirse un punto «alto» o «bajo» para poder utilizar la teoría con toda justicia. De los 96 restantes, en 48 de los casos la predicción del biorritmo era correcta y en 48 errónea. A la esposa de un «experto» en biorritmo con quien Bainbridge estaba tratando se le ocurrió una solución ingeniosa para esos fracasos. Quizás, dijo, ¿esos niños crezcan para convertirse en homosexuales con una identidad sexual indeterminada! Y cuando el profesor Bainbridge le pidió al «experto» (que da clases de esta pseudociencia) que calculara los sexos de los niños basándose en sus datos, su socio fue incapaz de hacerlo durante los tres meses previstos para ello. Ésta es una situación familiar. Enfrentados ante la necesidad de presentar una prueba simple y directa, los defensores de ese tipo de tesis fracasan y se retiran ofuscados.

La así llamada ciencia del biorritmo no es nada más que una numerología glorificada que, en base a una simple fecha de nacimiento y a una supuesta investigación, genera nociones infantiles acerca de ciclos predeterminados que rigen la existencia humana. Se trata de una de las formas más puras y simples de idiotez disfrazada de un supuesto manto de lógica y ciencia.

Seguir absurdos precedentes y hacer la vista gorda es más fácil que pensar.

William Cowper

Homo vult decipi; decipiatur.

(«El hombre desea ser engañado; engáñalo»).

Ciertamente, no existe otro aspecto de todo lo relacionado con la parapsicología, el ocultismo, la pseudociencia y el espiritismo que merezca una condena tan enérgica como la superchería de la Cirugía Psíquica. En Brasil, en Filipinas y ahora en todas las partes del mundo, los artistas de la prestidigitación utilizaron el más simple de los engaños y el razonamiento más endeble para mostrar que pueden realmente colocar sus manos dentro del cuerpo humano, sin realizar ninguna incisión, y quitar del mismo «tumores» molestos y otras inquietudes. Todo eso se hace en nombre de la religión y de los poderes psíquicos.

Durante dos visitas a Filipinas allá por 1950, escuché hablar de esas maravillas que se llevaban a cabo cerca de Manila. Cuando se supo que quería visitar esos lugares y observar esas prácticas, fui repentinamente llamado por la Oficina de Inmigración, donde inspeccionaron mi pasaporte que fue confiscado durante varios días. Se trataba de una advertencia de que mi investigación no era bien recibida. El funcionario que me interrogó me preguntó varias veces si estaba allí representando algún periódico u otro medio de comunicación y se refirió al hecho de «provocar dificultades» a determinadas «personas religiosas». Al final no sólo se me negó la información que buscaba sino que me insinuaron que podría ser peligroso viajar a ciertas zonas distantes de las islas. Comprendí la indirecta y cuando me devolvieron el pasaporte después de que el consulado canadiense insistiera al respecto, me fui sin poder ver la actuación de esos charlatanes de regiones remotas y silvestres.

También en Brasil me resultó difícil ponerme en contacto con los operadores, aun cuando hubiese declarado con toda claridad que estaba dispuesto a pagar por una demostración. Allí era necesario recibir la aprobación de los espiritistas locales antes de poder emitir invitación alguna. No me sorprendió descubrir que dicha aprobación

fue imposible de obtener.

Pero el más incauto de los «cirujanos psíquicos» nos dejó una película que, efectivamente, demuestra los fraudes. El ojo experimentado es capaz de determinar de forma concluyente que se utilizan simples trucos para llevar a cabo esos milagros. Esperando que la cámara no revelara su farsa, los así llamados cirujanos echaban a un lado «tumores» y otros residuos en medio de copiosos flujos de sangre y alcohol, mostrándonos exactamente cómo se hacía. Era un simple truco de prestidigitación. Copié varias veces los efectos de la película para presentarlos en la televisión en Italia, Inglaterra, Canadá y Estados Unidos.

Con toda la información disponible, uno supondría que las prominentes asociaciones médicas habrían preparado declaraciones en contra de esas prácticas. A fin de averiguar si las organizaciones británicas estaban interesadas, ya sea en conocer los métodos de los «cirujanos psíquicos», ya sea en realizar alguna declaración, me puse en contacto con responsables de la British Medical Association, el Royal College of Surgeons y el Royal College of Physicians. Ninguno de ellos se mostró mínimamente interesado en conocer algo más sobre el tema y sólo uno me respondió de forma insatisfactoria, afirmando que «aquellos que dependen de ese tipo de tratamiento pueden sentirse decepcionados». Es verdad. La muerte es la última decepción.

La American Medical Association nunca respondió a mi solicitud para una declaración. Su preocupación se centra en los doctores, no en los pacientes. Quizás la filosofía consista en dejar que los pacientes aprendan de sus errores.

Recuerdo que hace algunos años, cuando se publicó en Gran Bretaña el libro *Arigo: Surgeon of the Rusty Knife* de John Fuller, el doctor Chris Evans y yo asistimos a una celebración organizada por los editores. Resultó que éramos las únicas personas razonables. Vimos una película, producida por el doctor A. Puharich (antes de involucrarse con Uri Geller), acerca de la cirugía milagrosa llevada a cabo por un tal José Pedro de Feitas, que adoptó el nombre de Arigo en las junglas de Brasil y se convirtió en uno de los santos de lo paranormal por llevar a cabo una primitiva cirugía y prescribir inútiles recetas. Fue elogiado por el doctor Puharich y por Fuller, que nos entregaron documentos de gran valor como *Incident at Exeter* y *The Interrupted Journey*, dos clásicos de la charlatanería sobre los OVNI. Fuller solía escribir para el programa de televisión «Candid Camera» y no había perdido su inventiva desde entonces.

En cierto punto de la película, que era narrada en primera persona por otro creyente aplicado, el doctor Ted Bastin de Cambridge, vimos cómo Arigo sacaba un quiste subcutáneo del cuero cabelludo de un paciente. Tuve ocasión de observar varias veces ese tipo de operaciones llevadas a cabo, sin ningún tipo de anestesia, por un misionero en Perú. En realidad, yo también llevé a cabo esa operación sobre mí

mismo cuando sufrí el desarrollo de un quiste en la frente que corría el riesgo de convertirse en un tercer ojo. Dicha aflicción es simplemente un poco de sustancia grasa inocua debajo de la piel que forma una protuberancia. A menudo los quistes desaparecen sin tratamiento, ya que son absorbidos en el sistema sin provocar daño alguno.

Bastin hizo referencia al quiste. Yo estuve de acuerdo en que efectivamente parecía serlo. Pero cuando le señalé que el libro que estábamos analizando hacía referencia a ese mismo fragmento de la película y describía el quiste como «un tumor del cuero cabelludo», mi objeción fue rechazada como demasiado detallista. Una vez más se aplicó un discurso exagerado de forma liberal para apoyar la argumentación. Existe una gran diferencia entre un tumor del cuero cabelludo y lo que se veía en la película. Más tarde, durante la exhibición de la película, el doctor Evans y yo rozamos la histeria para consternación de los demás, cuando, mientras Bastin hablaba de forma monótona acerca de la «ausencia de cualquier tipo de dolor o incomodidad» y del «escaso o ningún derramamiento de sangre», la pantalla mostró un paciente que era tratado por un horrible furúnculo en su espalda. En el momento en que el escalpelo de Arigo tocó el furúnculo, un terrorífico chorro de sangre y pus brotó hacia delante. Inmediatamente, el paciente fue sujetado por los asistentes que lo mantenían sobre la mesa de operaciones mientras agonizaba. Había sangre por todas partes y el dolor era muy evidente.

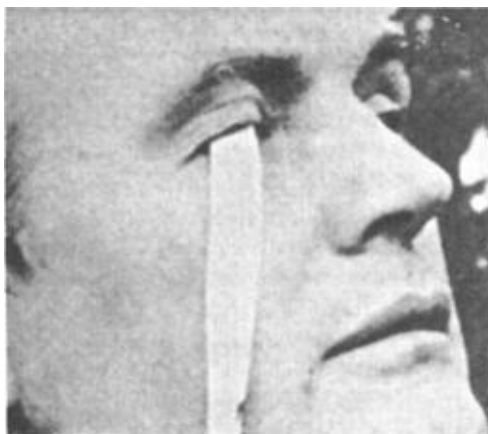
Arigo es un médico aficionado, como cientos de «curanderos» que representan la única asistencia médica en lugares distantes del mundo. Había aprendido —como mi amigo misionero de Perú, Joe Hocking— los rudimentos de la cirugía elemental, los conocimientos básicos de un dentista y una buena manipulación psicológica. Muchas veces, la presencia de alguien que muestra interés es más importante para un paciente que un hombre con una bata blanca. Arigo adornaba su actuación con el ritual de un doctor alemán ya fallecido —el doctor Fritz— que susurraba las prescripciones en su oreja izquierda. Los garabatos que surgían eran completados por la farmacia local. Resulta interesante y revelador observar que el único que podía leer esos garabatos era su asistente; las recetas indicaban combinaciones de drogas inútiles y no aplicables que no obstante, en algunos casos, parecían proporcionar cierto alivio. Arigo, obviamente, también estaba enterado del efecto del «placebo». Y la única farmacia de la ciudad estaba dirigida por su hermano.

Arigo recibió su conocimiento de libros como los de Fuller. Como ejemplo de la falta total de consideración de los hechos por parte del autor, podemos examinar su descripción de una operación que vio en la película de Puharich. La mayor parte del libro se basa en datos brindados por Puharich, ya que Fuller nunca vio a Arigo, excepto en la película. La operación es la del furúnculo ya mencionado y la descripción de Fuller es una completa falsedad de la acción observada en la película.

«Como de costumbre —escribe Fuller— clavó el cuchillo de forma brutal, cortó profundamente la carne en una parte de la espalda —una zona cubierta por numerosos vasos sanguíneos y, por lo tanto, factible de sangrar profusamente. Manó muy poca sangre... el paciente estaba totalmente tranquilo y no sentía ningún dolor». Absurdo. Arigo se limitó a atravesar un furúnculo, lo que causó dolor y un derramamiento de sangre. Eso es todo.

Arigo operó al mismo doctor Puharich. Tenía un simple lipoma, una protuberancia de tejido graso que crecía debajo de la piel del brazo. Técnicamente, es un tumor formado de tejido adiposo que crece sin perjuicio alguno y que puede extirparse fácilmente, dado que no está adherido al cuerpo sino que se mueve libremente debajo de la piel. Arigo le dijo que ni mirara, hizo un pequeño corte sobre la protuberancia, la extrajo y restañó la sangre. Pero Fuller afirma: «Dos acontecimientos médicos muy improbables habían tenido lugar: la extirpación del tumor y la ausencia total de infección». ¿Muy improbables? No lo creo. Se supone aquí que todos los cortes no efectuados en una sala de operaciones se infectan y que la extirpación de lipomas es un proceso peligroso. No lo es. En realidad, se trata de uno de los procedimientos quirúrgicos más simples. Arigo hizo algo muy común, con resultados previsibles, y Puharich y Fuller lo convirtieron en un milagro porque se trataba de una de las poco documentadas actuaciones de Arigo.

Una de las cosas «imposibles» ante las que Puharich se maravillaba era la del truco que Arigo realizaba, frecuentemente, de introducir la hoja de un cuchillo debajo del párpado. Parece que Arigo hacía esto para impresionar a los pacientes con sus poderes, ya que lo llevaba a cabo cualquiera que fuese el mal tratado. Ahora bien, cuando yo era niño en Toronto, Canadá, había un muchacho llamado Grey que vivía cerca de mi casa. Todos los años, el parque de atracciones que llegaba a la ciudad le contrataba como el «Muchacho de los Ojos Saltones» y éste, frente a las multitudes abstraídas, introducía un cuchillo de mesa debajo de su párpado. Cuando tiraba el párpado hacia arriba alejándolo del globo ocular, se creaba la fuerte ilusión de que éste sobresalía; en realidad quedaba simplemente expuesto ante el público. Es un truco fácil de hacer y, por supuesto, Puharich se apoderó de él y lo guardó en su maleta de milagros documentados de Arigo.



En la fotografía superior, Arigo asombra a los testigos colocando la hoja de un cuchillo debajo del párpado de un paciente. Pero el truco resulta fácil de realizar, sin dolor, tal como muestra el autor en la fotografía inferior. Simplemente no produce dolor; cualquiera puede hacerlo. Piero Angela, Italia.

Para probar la imposibilidad del truco, Puharich inmovilizó una rata apretando hacia abajo su cabeza y poniéndole luego varias cosas en sus ojos. A la rata, según su informe, no le gustó nada. Como resultado, nuevos triunfos científicos: dado que las ratas resisten cuando se les coloca algunas cosas en los ojos, Arigo es un santo. Pero Puharich fue más allá todavía. Eligió a una empleada del laboratorio y le dijo lo que iba a hacer, advirtiéndole que al «primer signo de incomodidad» le avisara. (Arigo nunca advirtió a nadie. Simplemente introducía el cuchillo, siempre con el paciente de espaldas contra la pared). Luego se seleccionaba un «pequeño cuchillo liso» (sugiriendo que los cuchillos de Arigo eran grandes y desiguales) que insertaba debajo del párpado «una fracción de una pulgada». La muchacha dio señales de incomodidad y el cuchillo fue retirado. Prueba científica, por supuesto. ¿Entonces cómo se explica que yo pueda introducir un cuchillo debajo de mi párpado y pueda soportar la experiencia?

Parece haber pocas pruebas de que Arigo usara un truco de prestidigitación evidente. (Una excepción es un caso mencionado por Fuller cuando afirma que Arigo desplazó el hígado de un hombre con sus propias manos desnudas. Fuller no dedica

mucho tiempo para convencer al lector de esta proeza, como si se sintiera totalmente incómodo al respecto). Sin embargo, los «cirujanos» filipinos no pueden actuar sin emplear esos trucos. Éstos consisten en dos o tres artimañas básicas al lado de la representación más transparente. Siempre hay muchas imposiciones de manos, «para equilibrar las fuerzas magnéticas», y masajes con aceite y agua bendita. Los pacientes reciben prédicas y son preparados durante varios días antes de llevar a cabo cualquier «cirugía» real. Uno de los mejores documentales sobre el tema fue realizado por la productora de televisión Granada: «Mundo en acción». Este programa británico seguía a las víctimas desde que subían al avión hacia Filipinas, hasta que pasaban el tratamiento y volvían a sus casas. Mike Scott era el narrador y el invitado del programa.

La película mostraba a los «cirujanos» en acción, dando masajes vigorosos en la carne, especialmente la del abdomen de las personas obesas. (Las personas más delgadas debían contentarse con un tratamiento menos intenso, por razones que resultarán claras más adelante). Se aplicaba mucha agua y aceite; entonces comenzaba el milagro. Por debajo de las manos, un flujo de sangre salía como un chorro y se apreciaba una incisión. José Mercado, el «cirujano», se veía repentinamente inundado de sangre y tomaba un poco de algodón que le entregaba un asistente. El algodón se aplicaba con las dos manos juntas. La mano izquierda se presionaba contra el cuerpo, mientras los dedos de la mano derecha se colocaban debajo de la misma, y después de unos golpecitos en los alrededores, se veía un chorro fresco de sangre. Luego, se extraía del cuerpo un pedazo de tejido blanco que, después de un chasquido, era desechado. A continuación otro trozo aparecía debajo de la mano izquierda. También era desechado. Se secaba la zona y no quedaba a la vista incisión alguna. La operación había terminado.



José Mercado, un «cirujano psíquico». Granada Television.



El asistente de Mercado. Granada Television.

Después de haber tratado de obtener sin éxito, durante días, parte del tejido y/o la sangre que había resultado de las operaciones falsas, Scott finalmente consiguió un «tumor». Su relato es revelador. «Agarré lo que parecía ser una gran excrecencia que había salido del cuerpo. Dos terceras partes de la misma resultaron ser algodón. El resto era un pedazo de tejido largo y fibroso... un trozo de carne largo y fibroso que podía ser cualquier cosa, desde una chuleta de cordero... hasta un trozo de cuerpo humano, supongo. En mi opinión, una chuleta de cordero. Y esto no es nada gracioso. Es muy penoso».



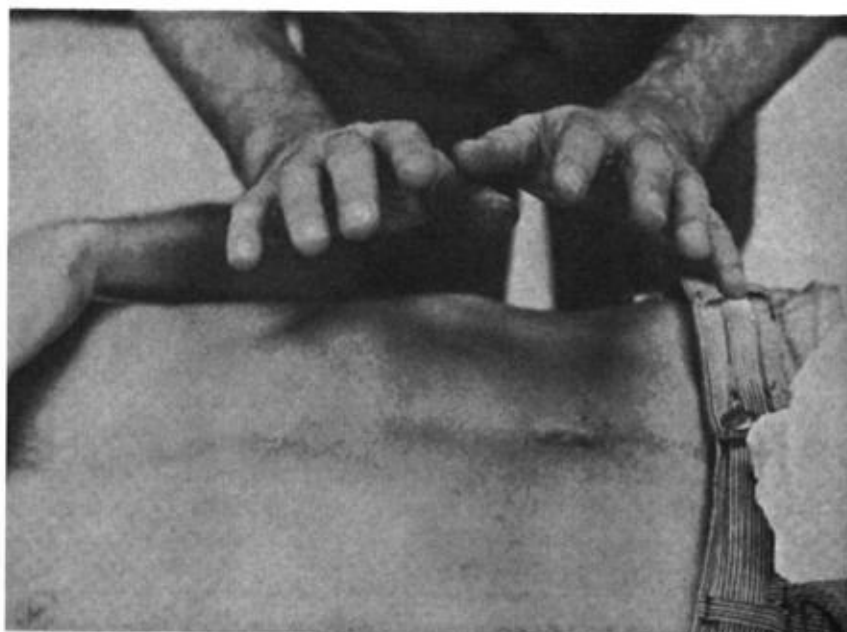
Las manos de Mercado en el momento de extraer un «tumor» de la víctima, reteniendo parte del material para una repetición del truco unos momentos más tarde. Granada Televisión.

A Scott le interesaría conocer los descubrimientos del doctor P.J. Lincoln respecto a una mancha de sangre y a un «tumor» traído por otro grupo de pacientes que fueron tratados por cirujanos psíquicos de Filipinas. Lincoln es un especialista en serología de grupos sanguíneos y en medicina forense. Este descubrió que la muestra de sangre provenía de una vaca y que el «tumor» era un trozo de intestino de pollo. ¡Pero, increíblemente, los espiritistas aplican una racionalización a todo esto afirmando que, con mayor razón ahora, el milagro quedaba probado! Fuerzas sobrenaturales, nos dicen, habían convertido los tumores malignos en sustancias inocuas que no pueden infectar a los seres humanos. ¡Menuda charlatanería!

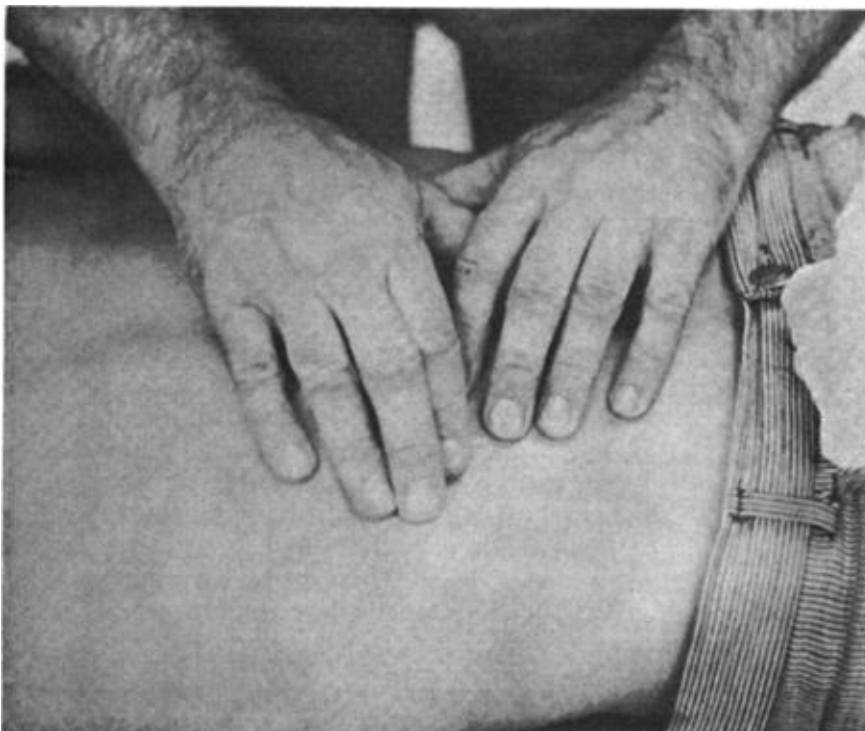
¿Cómo se hace todo esto? Ciertamente, hay mucha sangre y las entrañas de pollo

no aparecen de la nada, ¿verdad? Así es, del mismo modo que los conejos del mago tampoco aparecen de la nada. Recuerdo la observación de un mago a quien se le preguntó cómo hacía para sacar un conejo del sombrero. «Bueno —dijo—, en primer lugar hay que tener un conejo dentro del sombrero». Verdad, verdad.

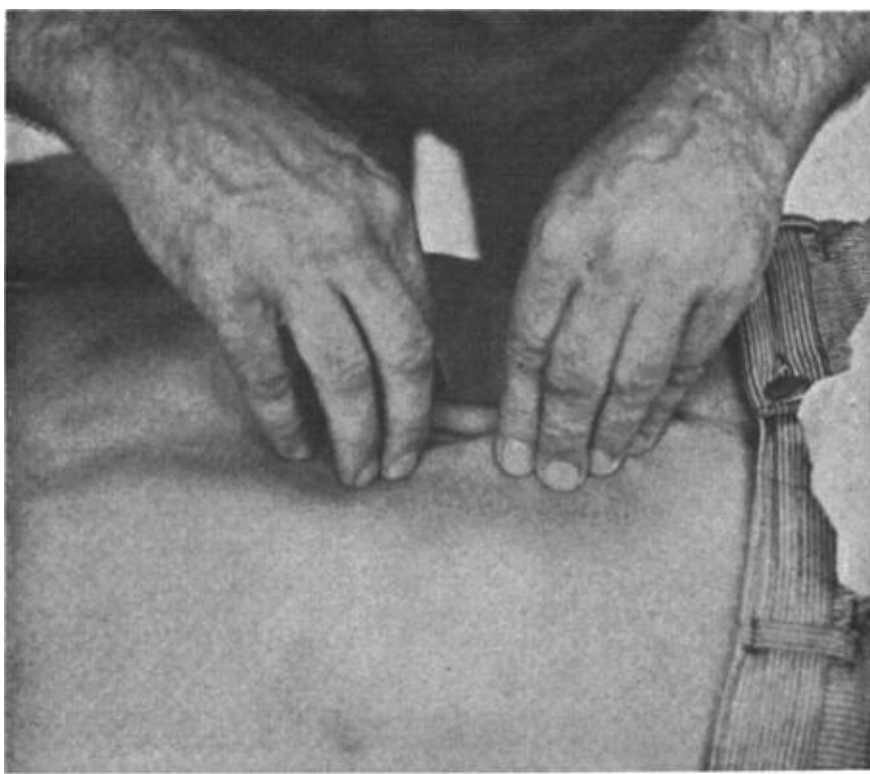
Hay dos trucos. Uno es un simple dispositivo que puede comprarse en cualquier tienda de artículos de magia. Examínese la fotografía 1. Resulta visible, intencionalmente, si uno la observa con atención. Se trata de un falso pulgar —una especie de gran dedal que se parece a un pulgar— lleno de sangre antes de la operación. Se humedece el cuerpo y se llevan a cabo las maniobras que se muestran en las fotografías. En la fotografía 2, el «cirujano» se desprende del falso pulgar y hace que la sangre fluya del verdadero, junto con los trozos de tejido ocultos en el mismo lugar. En la fotografía 6, el falso pulgar es colocado nuevamente en su lugar y, en la fotografía 7, es escondido dentro del algodón para quitarlo de en medio.



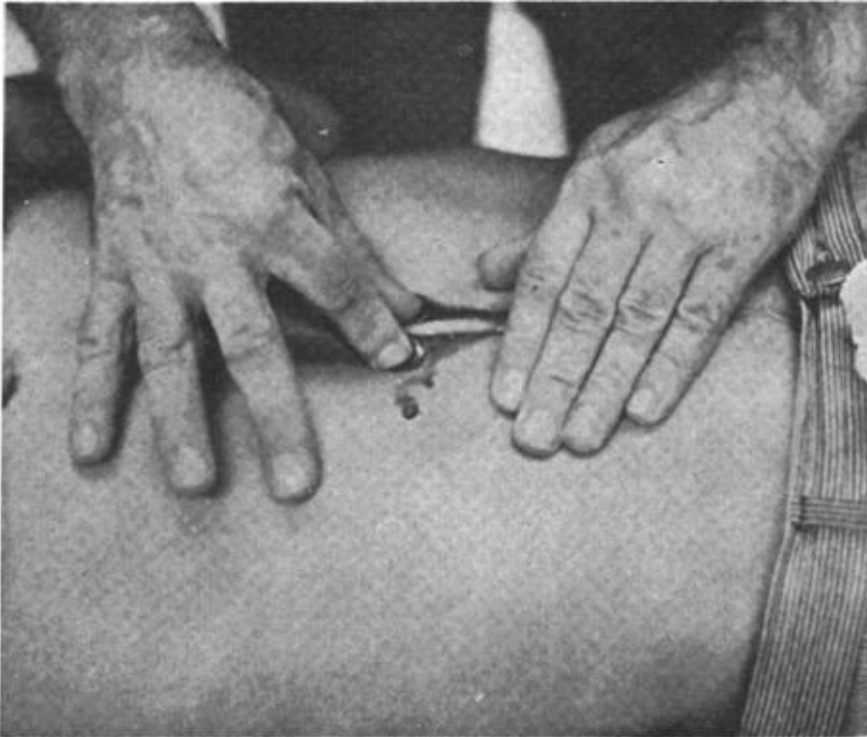
Fotografía 1. Las manos del autor se acercan al paciente al comienzo de la «operación psíquica». Obsérvese el falso pulgar en la mano derecha. Technology Review.



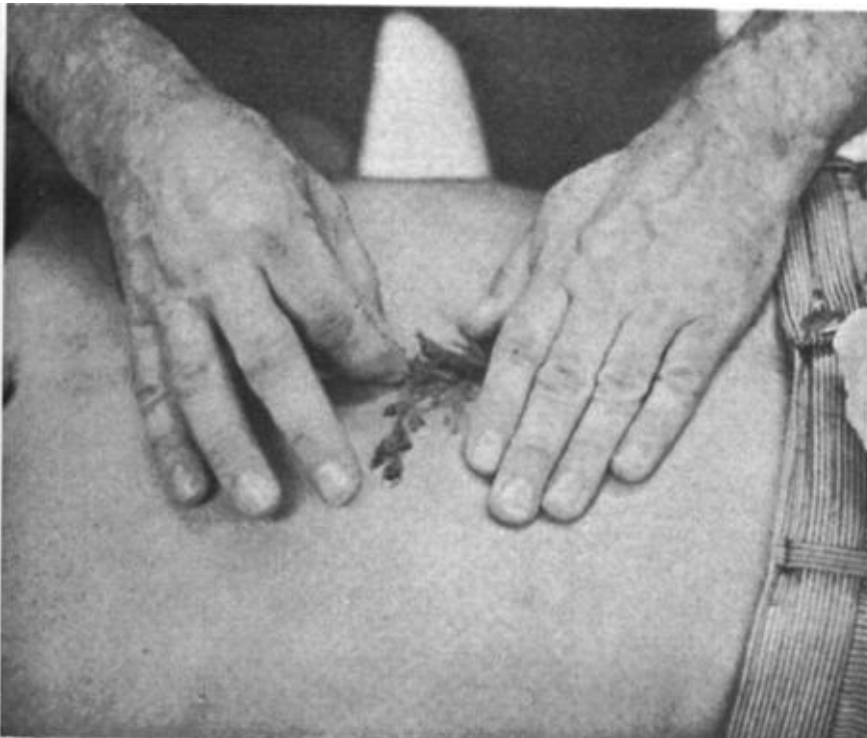
Fotografía 2. Se colocan las manos sobre la zona. Technology Review.



Fotografía 3. Se da un masaje en la carne. Technology Review.



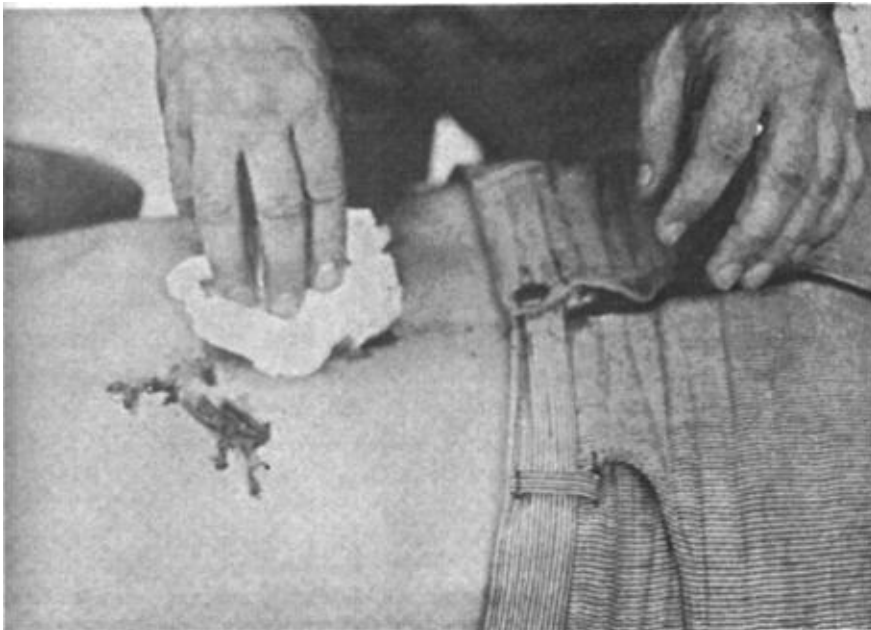
Fotografía 4. La sangre aparece repentinamente en el momento de hacer una «incisión». Technology Review.



Fotografía 5: El material fibroso comienza a aparecer y es extraído. Technology Review.



Fotografía 6. La «incisión» parece cerrarse mientras se extirpa el «tumor». Technology Review.



Fotografía 7. Se limpia la zona. No hay signos de incisión; sólo queda el material fibroso del «tumor». Technology Review.

Pero José obtenía mucha más sangre de otra fuente. Cuando extendía la mano para alcanzar más algodón, cogía algo más. Era un pequeño globo, de color rojo, lleno de sangre. Los dedos se ubicaban debajo de la mano para pinchar el globo y luego extraía el trozo de goma rojo como si fuera algún tejido elástico proveniente del interior del cuerpo. Inmediatamente se deshacía de él. Otros trozos de pollo aparecían entonces como «tumores» adicionales.

Los «cirujanos psíquicos» entraban en el cuerpo: sus dedos penetraban en el abdomen. Esto se hace con la gente obesa, con los dedos doblados y los nudillos

presionados contra la carne: de esta manera, parece que los dedos penetran el cuerpo. Eso es todo lo que se hace, procedimiento que sirve para engañar a mucha gente.



Las manos del autor penetran, aparentemente, en el cuerpo del sujeto. Los dedos de la mano derecha simplemente están doblados para crear la ilusión de que penetran en el cuerpo. Esta vez, el copioso flujo de sangre fue obtenido de un globo (que puede verse a la izquierda), que fue extraído como si fuera un tumor. GONG, Hamburgo.

¿Y los «cirujanos» mismos? ¿Qué hacen cuando necesitan un doctor? A Tony Agpaoa, uno de los hombres más ricos de Filipinas gracias a su trabajo como curandero, le quitaron su propio apéndice en San Francisco, en un verdadero hospital. Cuando su joven hijo se puso enfermo, Tony no quiso correr riesgos. Pudo costearse un hospital normal y así lo hizo. ¿Por qué? Porque, según dicen, los curanderos no pueden usar sus poderes sobre sí mismos. ¡Pero Tony, existen docenas de «curanderos psíquicos» disponibles a los que tú mismo les enseñaste este arte! Si hay aviones llenos de personas moribundas que vuelan hasta Filipinas en búsqueda del tratamiento, ¿por qué no aprovecha uno mismo esas maravillas?

Los partidarios de esos charlatanes publican que no se cobra nada por sus servicios. Y así es. ¿Pero cómo llegan hasta allí los pacientes? El viaje y los hoteles representan un importante desembolso. Comer en cualquier restaurante es todo un lujo. Y además, hay que pagar unas cuotas de registro y unos costes por los gastos de la operación. Cuando están preparados para irse —tan enfermos como cuando llegaron, pero mucho más pobres—, reciben un conjunto de sobres con los nombres de cada persona con la que contactaron durante la estancia, a las que se supone que deben hacer donaciones libremente. El folleto proporcionado por el Christian Travel Centre dice:

Se recuerda a los pacientes que los Curanderos de Filipinas son extremadamente religiosos y afirman siempre que son «Instrumentos» de esta tarea curadora, y como tales, no pueden prometer otra cosa que entregarse a sí mismos en la curación del enfermo. Debería recordarse también que son extremadamente pobres y que son llevados especialmente a Manila desde sus Santuarios. Por lo tanto, se ruega que al final de su tratamiento su donación sea lo más generosa posible.

Esta cita es una declaración de Tom Williams, cuya película cuidadosamente editada y exagerada sobre los «cirujanos psíquicos» en acción ha sido exhibida en todo el mundo y ha hecho caer con artimañas a muchísimas personas en las manos de esos falsificadores. Ignoran o interrumpen tratamientos legítimos a fin de sacar ventaja de los últimos milagros de moda. Y mueren.



Tom Williams conduce a los afligidos hasta las manos de los llamados curadores filipinos «en nombre del Christian Travel Centre», en Manila. La organización no está afiliada a ninguna iglesia cristiana. Granada Televisión.

La película de la productora Granada mostraba todo eso de forma muy sombría, dando los resultados en los casos de todos los pacientes que pudieron ser localizados. Algunos declararon que habían sido curados y luego sufrieron una recaída. Otros sólo se «sentían un poco mejor». Algunos habían muerto antes de la exhibición de la película; otros murieron con posterioridad a causa de sus enfermedades.

«La gente recibió ayuda y se curó. Y puede comprobarlo con su gente en Inglaterra. Si esto no es así, le lanzo a usted el desafío». Eso le dijo la persona responsable de los «cirujanos psíquicos» de las Filipinas a Mike Scott antes de que éste regresara con el equipo de filmación de Granada. Scott aceptó el desafío,

sometiendo al Departamento de Medicina Forense del Guy's Hospital de Londres las muestras que él y sus socios pudieron arrebatarles a los falsificadores. Las muestras de sangre provenían de vacas y cerdos. Una excrecencia extraída del cuello de una niña resultó ser la muestra de una biopsia del pecho de una mujer madura. No se había producido ninguna curación entre el gran grupo de pacientes que habían realizado el largo y caro viaje. Los tumores seguían estando allí.

Una paciente «curada» afirmó en una entrevista: «Pienso que es fantástico... maravilloso... Yo tengo mucha confianza porque vi algunas excrecencias que me extirparon... Sólo pienso que posiblemente no pudieron haberlas escondido allí... eran muy grandes». Sí, eran grandes, y eran pedazos de pollo, señora; no formaban parte de su cuerpo. Su médico le dijo, cuando regresó a Inglaterra, que sus tumores seguían estando allí.

Irónicamente, el Christian Travel Centre insiste en su folleto en que los «participantes deben estar vacunados contra la viruela y el cólera, además de recomendarles que lleven pastillas contra la malaria». Por supuesto. De esta manera usted podrá tener acceso a un sucio impostor para que le frote la barriguita con entrañas de pollo y sangre de vaca y le quite su dinero mientras canta himnos. Suena lógico.

Un incidente sintetiza el engaño de este negocio cruel. Después de que Mike Scott consiguiera el falso tumor, el equipo de filmación fue conducido desde la sala de operaciones hasta el hotel, y cuando nuevamente pudo seguir los hechos, los pacientes habían sido colocados de tal manera que era imposible ver nada. Granada se había dado cuenta de lo que sucedía y ellos lo sabían.



Después de que el equipo de televisión de Mike Scott comenzara a sospechar, el paciente fue colocado en una posición que bloqueaba los ángulos de la cámara. Obsérvese la biblia abierta para contribuir al encubrimiento. Granada Televisión.

Cuando visité Inglaterra en 1978 para poner en evidencia el fraude de David y Helen Elizalde, dos «curanderos» que estaban trabajando para la Spiritualists' National Union, resultó fácil mostrar, con una toma cinematográfica, que los dedos del «cirujano» no se encontraban en el cuerpo del paciente sino que estaban doblados. Pero la parte más divertida la encontramos al final de la película —un fragmento que no aparece en la televisión— cuando vemos a David y Helen en su cocina después de un largo día de curaciones y prestidigitación: éste está cortando un pollo para cenar.

La prensa espiritista afirmaba que los Elizalde no obtenían un solo centavo de sus trabajos. Pero admitía que había una cuota de registro de 10 libras esterlinas para cada paciente y que visitaban a unos noventa pacientes por día. Asimismo, el paciente podía realizar una donación si lo deseaba. La mayoría lo deseaba. Ahora bien, 1.640 dólares diarios es una suma nada desdeñable. Los Elizalde se quedaron diez días. No está mal para una superchería que requiere poco más que un par de pollos, un pulgar de plástico y una docena de globos. Quizás esos artículos incluso desgraven en el impuesto sobre la renta. ¡Oh, casi lo olvido! Los Elizalde eran personas religiosas, ¿recuerda? ¡Están libres de semejantes gravámenes, por supuesto!

En 1979, fui nuevamente a Inglaterra. Los Elizalde aparecieron en un programa de la BBC. El invitado de la BBC calificó la escena de «bromista y fraudulenta». Las pruebas forenses probaron que los «tumores» y la sangre provenían de un cerdo. Los Elizalde parecían un niño molesto por el descubrimiento, pero el señor Gordon Higginson, el patrocinador del viaje que habían emprendido a Inglaterra, simplemente se negó a creer en la evidencia. Un procedimiento estándar.

Repito mi oferta, esta vez dirigida a los «curanderos psíquicos». Si pueden mostrarme un caso en el que un doctor diagnosticó una enfermedad que no desaparece por sí sola o que puede remitir con el tiempo, y luego pueden probarme que el paciente fue sometido a una curación psíquica sin medicación, les pagaré 10.000 dólares. Sin duda, se trata de una oferta que vale la pena aceptar. O quizás querrían extirpar un tumor mientras observo. No lo creo...

Cuando para convencer al escéptico todo lo demás fracasa, los partidarios de lo paranormal recurren al Profeta Durmiente, Edgar Cayce, al que le atribuyen haber efectuado diagnósticos exactos y haber recetado curas para pacientes distantes que le enviaban cartas —y esto a pesar de no contar con casi ninguna información sobre ellos—. Cayce también es famoso por sus «lecturas de la vida», descripciones de vidas anteriores y actuales de personas a partir únicamente de sus nombres. Afirmaba que todo se hacía mientras dormía y que nunca recordaba una sola palabra de lo que había dicho mientras estaba en trance. La Asociación para la Investigación y la Iluminación es el resultado de todo eso y su biblioteca de treinta mil ejemplos de casos es un material que deleita a los más crédulos. Además, las racionalizaciones utilizadas por Cayce y sus partidarios para explicar sus numerosos y notables fracasos constituyen ejemplos fundamentales del arte de la evasión.

Cayce era un hombre gentil que tenía el aspecto de un maestro de escuela, con gafas sin aros y barbilla achatada. Cuando murió en 1945, ya había alcanzado el estrellato psíquico y su reputación había crecido seriamente. El actual renacimiento del interés por lo irracional provocó la aparición de más de una docena de libros —y las reimpressiones de viejas obras— que exageran sus maravillas. Las librerías están llenas de libros de Cayce. Durante mis conferencias es citado frecuentemente por creyentes de la audiencia como uno de los personajes invencibles en la materia.

Evidentemente, Cayce es recordado por sus éxitos aparentes, no por sus fracasos. Los discípulos recuerdan muchos miles de casos en los que este «maestro psíquico» diagnosticó de forma correcta enfermedades y acertó con las curas adecuadas. ¿Pero realmente es así? Recomiendo a mis lectores que lleven a cabo una pequeña investigación, analizando cuidadosamente cualquiera de los numerosos libros del Profeta Durmiente. Sobre los seguidores de Cayce hay que señalar que se muestran muy desvergonzados respecto a la miríada de medias verdades, el lenguaje evasivo y confuso y las múltiples digresiones utilizadas por éste en sus lecturas. En algunos casos estos defectos se manifestaban claramente sin ningún intento por disimularlos. Pero tal es la naturaleza del fanático que no importan lo concluyentes que sean las pruebas de los documentos. Su fe no se conmueve por ello.

A Cayce le gustaban las expresiones tales como «siento que...» y «quizás», palabras que usaba para evitar declaraciones positivas. Es una herramienta común en este tipo de actividad. Muchas de las cartas recibidas —en realidad, la mayoría—

contenían detalles específicos acerca de las enfermedades para las que se requería la lectura y no había manera de evitar que Cayce conociera el contenido de las cartas y presentara esa información como si fuera una revelación divina. Para mí, que asistí a docenas de diagnósticos similares, los métodos resultan obvios. Es meramente una versión especializada de la técnica de «generalización» de los adivinos.

Las «curas» de Cayce eran muy graciosas. Le encantaba que sus pacientes hicieran hervir las raíces más oscuras para hacer los jarabes más detestables. Quizás la terapia se basaba en asquear tanto a la víctima que la enfermedad original se olvidaba. Y no es un secreto que sus curas eran muy similares a los «remedios caseros» descritos en las prácticas enciclopedias médicas que eran la lectura de cabecera de muchos hogares rurales a finales del siglo XIX. El caldo de carne era uno de los remedios favoritos de Cayce para enfermedades tan diversas como la gota y la leucemia. ¿Quién puede culpar a un buen hombre que receta una taza de sopa caliente?

¿Pero se produjeron realmente curas con todo esto? Es algo difícil de probar. El testimonio de algunos de sus pacientes difícilmente representa el conjunto. Los pacientes fallecidos no pueden quejarse y aquellos que no fueron curados se beneficiarían poco escribiendo una carta de reclamación. Después de todo, ese buen hombre trató de ayudarlos y sólo porque no funcionó en algunos casos no había motivo para destruir el proceso. En cuanto a aquellos que escribieron para afirmar que habían sido curados, hay que tener en cuenta un factor importante. Estoy seguro de que han escuchado la broma sobre el hombre al que encuentran dando alaridos con todas sus fuerzas en el parque. Al preguntársele por qué lo hacía, replicó que dicho procedimiento alejaba a los elefantes bravos. Pero, responde su interlocutor, ¿no hay elefantes por aquí, ni siquiera a mil kilómetros! ¿Vio qué bien funciona? es la respuesta triunfante. El hecho es que sólo porque Cayce recetara una raíz hervida no significa que ese curalotodo lograra la cura señalada. Tampoco tendríamos que olvidar que muchas de las enfermedades diagnosticadas por los médicos son totalmente imaginarias o desaparecen por sí solas.

¿Pero pueden los escépticos probar que las curas de Cayce son atribuibles a causas normales? Se necesitaría una enorme suma de dinero para llevar a cabo una investigación completa y profunda y, de todos modos, en la mayoría de los casos la información no estaría disponible. Francamente, los diagnósticos y curas vagos, evasivos y simplistas atribuidos a Edgar Cayce difícilmente requieren dicha investigación. El examen de los antecedentes que se encuentran a mano es más que suficiente para negarle la santidad. La organización fundada y financiada por él sobrevive en la actualidad como resultado de la fe y no gracias a una prueba adecuada.

En un libro revelador titulado *The Outer Limits of Edgar Cayce's Power* de E.V. y

H.L. Cayce, se disculpan, como siempre, sus notables fracasos. Los autores nos aseguran con firmeza que el libro, aunque admite los fracasos, los explica todos de forma satisfactoria. Pero dejaré que usted sea el juez. Lo siguiente es, con las palabras de Cayce reducidas a lo esencial, lo que él adivinó en estado de trance acerca del caso del secuestro de Hauptmann/Lindbergh:

1. El bebé fue secuestrado a las 8.30 h (no se especifica si fue por la mañana o por la noche) de la casa de Lindbergh por un hombre. Otro hombre lo tomó y una tercera persona estaba esperando en el coche.
2. El bebé fue llevado a una casa pequeña, de color marrón, de dos pisos, en una zona industrial llamada Cardova, cerca de New Haven. La casa solía ser de color verde.
3. Se menciona la calle Schartest; también la calle Adam, a la que habían puesto ese nombre y los números recientemente.
4. La casa tiene tejas. Tres hombres y una mujer están con el niño. La mujer y un hombre fueron nombrados.
5. Al niño le cortaron y tiñeron el cabello.
6. Cardova está relacionada con la fabricación de artículos de cuero.
7. Se mencionan una pizarra roja y una ruta recién asfaltada en una «media calle» y a «800 metros».
8. El niño fue llevado a Jersey City y no está bien.
9. Hauptmann sólo es «parcialmente culpable». Cayce solicita que «no se haga publicidad sobre este caso».

Bien, eso es mucha información, ¿verdad? Desafortunadamente, en su mayoría es errónea. Es verdad que se encontró la calle Adam y que se le había puesto ese nombre hacía tan sólo unas pocas semanas. Pero Cayce dispuso de esa información durante uno de sus poco frecuentes períodos de vigilia. Además, la calle Adam resultó ser un fiasco. «Siempre tuve mis dudas acerca de la autenticidad de esos asuntos», afirmó Cayce cuando se enfrentó con los hechos. Bien, yo también las tuve, Ed, ahora más que nunca después de examinar tus antecedentes. Pero tendríamos que darles una oportunidad a los discípulos (y a Cayce) de racionalizar este hecho, de manera que presento a continuación una lista de sus excusas:

1. Las lecturas recogieron los planes mentales de otras personas que también habían planeado secuestrar al bebé de Lindbergh. (Mala puntería psíquica).

2. Los pensamientos de las otras personas involucradas distorsionaron las lecturas.
3. Las interferencias mentales eran muy densas.

¡No sorprende que Cayce solicitara que no hubiera publicidad! Fue un gran fiasco y había fracasado totalmente. Pero esas excusas son aceptadas por los creyentes, hasta el día de hoy, como legítimas.

Todavía encontramos más sorpresas. ¡Cayce hizo diagnósticos incluso cuando los «pacientes» estaban muertos! ¡Cómo pudo ser posible! Sin duda, la muerte es un síntoma serio y debería poder detectarse. Pero no tuvimos en cuenta la ingenuidad de las personas en los ejemplos siguientes.

Un lunes, Cayce ofreció una lectura para una niña que había muerto de leucemia el domingo, el día antes. La carta había sido escrita cuando la niña estaba viva. El ofreció un diagnóstico largo y característico, y una cura dietética prolongada y complicada. Un resumen de la lectura bastará para mostrar qué grado de lucidez e información alcanza: «Y eso depende de si una de las cosas que se quiera hacer hoy se hace o no se hace, ¿entiende?».

No, mi querido Eddie, me temo que no entiendo nada. Sin embargo, los defensores merecen una oportunidad para presentar sus coartadas, de manera que echemos un vistazo a las presentadas para esta ocasión. La niña, Theodoria Alosio, recibió un diagnóstico de Cayce asistido por una mujer que registraba los detalles en una sesión «dirigida» por el primo de la asistente. A continuación veremos las argumentaciones presentadas:

1. La persona que pidió la lectura no estaba relacionada con la niña.
2. Sólo la madre de la niña tenía una «mente abierta».
3. No se mencionó la lectura al doctor que estaba al cuidado de la niña. (¿Y el juez de primera instancia y de instrucción? Por otra parte, ¿qué podrían haber hecho ambos en el caso de haberse enterado? La niña estaba muerta).
4. Existía un «conflicto entre la persona que realizaba los registros y su primo en el momento de la lectura».
5. La estenógrafa que registraba los detalles estaba pensando en otra niña en ese momento.
6. La lectura fue presentada en orden inverso, precediendo el control físico a la prescripción. (¿Por qué entonces el gran psíquico no detectó la muerte, dejando de lado la prescripción?).
7. Cayce había recibido un recorte de periódico de la semana anterior y había hecho una lectura para esa fecha.

8. La lectura fue hecha sobre la condición y no sobre la niña.
9. La lectura fue hecha sobre «el período de búsqueda» y no sobre el momento preciso.
10. (Esta debe citarse con las propias palabras inmortales de Cayce) «... si se consideran apropiadamente todos los hechos y factores respecto a cada rasgo de la información buscada, tal como fue ofrecida, la información responde a lo que se busca en el momento con las relaciones ligadas a las condiciones que existen en aquellas formas a través de las cuales las impresiones se expresan para la tangibilidad y la observación en las mentes de otros». (¡Con razón!).
11. La lectura hecha puede resultar útil para «el caso siguiente».
12. Nada puede hacerse excepto la voluntad de Dios. (¡Pobre Dios, otra vez tiene que cargar con el peso!).
13. El deseo de la parte interesada era obtener una cura espectacular.
14. La leucemia se centra en el subconsciente más que en la niña.
15. Las actitudes, los deseos, los propósitos y los motivos del paciente y la persona que dirigía la lectura recibieron una mala influencia.

¿Son suficientes estas argumentaciones? Aparentemente sí, ya que los partidarios de Cayce las aceptaron. Pero permítaseme deleitarlos con otro ejemplo más de las hazañas médicas de Cayce. A otro paciente muerto, Cayce le recetó la siguiente mezcla nociva: hierva conjuntamente corteza de cerezos silvestres, raíz de zarzaparrilla, jengibre silvestre, nabo indio, ginseng silvestre, corteza espinosa de fresno, hojas de buchú y raíz de mandrágora. Añada alcohol de cereales y bálsamo de tolú. Tómeselo, en los períodos de vigilia, durante diez días. Consulté a mi propio médico (no psíquico) acerca de este remedio y me comentó que esa mezcla podría levantar a un muerto. Y obsérvese la preponderancia de ingredientes «silvestres». ¡Qué natural suena todo!

En relación con esto aparecen nuevas argumentaciones. Los discípulos de Cayce afirman lo siguiente sobre este caso:

1. No se hizo ninguna cita bien definida para esta lectura.
2. La persona que dirigía la lectura sostenía la carta —escrita mientras el paciente aún estaba vivo— en su mano durante la lectura.
3. La paciente no solicitó la lectura; no había, de esta manera, una fuerte necesidad de su parte.
4. Ese día, Cayce estaba emocionalmente perturbado.

Recuerdo el viejo cuento en el que la dama en el funeral grita: «¡Denle un poco de sopa de pollo!». Al decirle que ese remedio ya no servía para esa etapa tan tardía, ella respondió correctamente: «¡Bueno, no le va a doler!». Más granos para el molino del creyente.

En un osado intento de probar que Cayce tenía un buen porcentaje de aciertos en sus lecturas, los autores de *The Outer Limits of Edgar Cayce's Power* llevaron a cabo una divertida investigación en la biblioteca Association de Virginia Beach, Virginia. Seleccionaron 150 casos al azar de los archivos. Informaron de que sus resultados mostraban, en favor de Cayce, más de un 85% de éxitos, ¡verificados por informes reales de los pacientes curados! Pero una vez más, tal como uno puede sospecharlo, un examen más profundo nos lleva a sacar una conclusión muy diferente.

Enunciaron sus resultados de la siguiente manera:

Sin informe 74 – 50% (en realidad 49,3%).

Informes negativos 11 – 7% (en realidad 7,3%).

Informes positivos 65 – 43% (en realidad 43,3%).

Entonces argumentaron que dado que la porción de los casos «sin informe» resultaba imposible de evaluar, ésta podía ser descartada. El cuadro final se presentaba de la siguiente manera:

Informes negativos 11/76 – 14,4% (en realidad 14,5%).

Informes positivos 65/76 – 85,5%.

De esta manera, los resultados son muy notables, conforme a sus cifras. En este punto puedo decir en voz alta que eso no es justo. Y también me opongo a la terminología especializada utilizada por los autores para describir los 11 informes negativos. No son llamados «fracasos», ni siquiera «errores». Se consideran «inadecuados».

Pero debemos analizar con mayor profundidad esas cifras, tal como aparentemente lo hicieron los dos autores. Nos dicen que 46 de esas 150 personas estaban presentes en las lecturas y 35 personas que estaban ausentes no dieron información alguna en sus cartas pidiendo ayuda. Por lo tanto, 69 personas entre las 150 sí le dieron información a Cayce. Ahora bien, estoy seguro de que usted y yo estaremos de acuerdo en que el profeta Edgar Cayce, con el paciente presente, tiene mayores posibilidades de descubrir algo acerca de la enfermedad y de otros hechos que pueden muy bien introducirse en la lectura como información evidente. De manera que en 115 (46 + 69) de los 150 casos resultaba posible efectuar

declaraciones exactas acerca de ellos y probablemente obtener un informe «positivo» del paciente. Esto representa un importante 76,6%, amigos.

Otro punto: ¿por qué razón 74 pacientes no realizaron ningún informe? Recuérdese que debían ser casi creyentes de Cayce para solicitar una lectura. Se trataba de sus vidas. ¿Usted cree seriamente que habrían respondido con un informe negativo o que no habrían enviado un agradecimiento especial como afirmación de éxito? No parece muy probable. Podemos entonces suponer que la mayoría de los 74 casos no fueron un éxito, perdón, no fueron «considerados adecuados».

Aun siendo muy generoso con ellos, considerando el 50% de los 74 casos sin informe como «positivos», su 85,5% cae repentinamente hasta el 68%. Pero me niego a serlo, porque sostengo que mi argumento en cuanto a las razones probables que explican la falta de informes es correcto. Los autores se aferran a un análisis defectuoso y para empeorar las cosas proceden en su libro a elaborar esa muestra de sólo el 0,5% de datos disponibles para alcanzar cifras totalmente falsas. Los expertos en estadísticas tienden al asesinato y a la mutilación por mucho menos.

Mi propio análisis (sin duda, el de un aficionado) llega a la conclusión de que sólo el 23,3% de la muestra tiene alguna esperanza de ser demostrablemente positivo, y conociendo los criterios y la calidad de los datos, ese pequeño porcentaje de 0,5% disminuye aún más.

Antes de dejar al Profeta Durmiente en su siesta permanente, sería bueno tratar otro de sus supuestos poderes, que siempre es mencionado en las discusiones como prueba «contundente» de su capacidad. Encontrar tesoros enterrados es un campo que parece algo alejado de la posibilidad del fraude. Después de todo, si un «psíquico» puede encontrar un tesoro perdido u oculto, el fraude parece ser algo imposible. En sus intentos para alcanzar ese milagro, Cayce no quiso arriesgarse. Para ello, convocó a Henry Gross, el famoso «zahorí» que puso en funcionamiento su varilla en forma de horquilla junto a los poderes de Cayce para descubrir los supuestos millones en joyas y monedas enterrados a lo largo de la orilla del mar. La conjunción de Gross y Cayce equivalía a salir al mar con un barco agujereado y arrojarlos por la borda en el último minuto con chalecos salvavidas de hierro.

Presumiblemente, Edgar Cayce dormitaba mientras Henry Gross sacudía la varilla. Excavaron toneladas de lodo, arena y grava, miraron debajo de las rocas y degradaron el paisaje de forma horrorosa. No había ningún tesoro. Semanas de trabajo inútil. ¿Cómo pudo fracasar en la localización del botín un equipo tan poderoso compuesto por un psíquico y un zahorí? Los fabricantes de coartadas siempre tienen a mano alguna explicación adecuada:

1. Las impresiones psíquicas captadas provenían de espíritus de indios y piratas difuntos, y se sabe que esas sombras poco fiables se divierten haciendo bromas a los seres vivos.

2. Quizás el tesoro había estado allí pero alguien ya lo había encontrado. Cayce estaba leyendo nuevamente en el pasado.
3. Había dudas, temores y malentendidos entre los buscadores.
4. ¿La orientación dada por Cayce se basaba en el verdadero norte o en el norte de la brújula?

Bien, eso es todo. El asunto de Edgar Cayce queda reducido a una imprecisa masa de datos seleccionados e interpretados por verdaderos creyentes que tienen mucho interés en la aceptación de esos hechos. Sometido a prueba, se descubre que Cayce está privado de poderes reales. Su reputación se basa hoy en informes endebles y engañosos de las «proezas» llevadas a cabo por él y sus seguidores, hechos que no se mantienen en pie ante un examen cuidadoso. Léase la literatura teniendo en cuenta estos comentarios: la conclusión es inevitable. Nada es verdad.

La capacidad del hombre para autoengañarse es infinita.

Elie A. Shneour

Biosystems Research Institute

El deseo de encontrar resultados favorables donde no existe ninguno es obviamente la fuente de la mayor parte de las «pruebas» presentadas por los parapsicólogos. Este fracaso no se limita a aquellos que buscan probar los fenómenos paranormales; existen también ejemplos de dichas ilusiones en los anales de la ciencia ortodoxa. Uno de esos casos se produjo hace tan poco tiempo como para no haber desaparecido todavía de la memoria. Este ejemplo sirve para mostrar hasta dónde puede llegar incluso un científico consumado en su búsqueda de lo inexistente.

René Blondlot era un renombrado físico francés de la ciudad de Nancy que fue aclamado como observador cuidadoso e inspirado después de haber determinado la velocidad de propagación de la electricidad en un conductor, una medición muy difícil de realizar. Resultó ser algo inferior a la velocidad de la luz en un vacío. El método que utilizó en el experimento fue brillante. Y mientras trataba de polarizar los rayos X, que habían sido recientemente descubiertos por Roentgen, afirmó haber encontrado una nueva radiación invisible que denominó (en honor a su ciudad natal) «Rayos N». Utilizó prismas y lentes hechos de aluminio para refractar esos rayos (como una lente refracta los rayos de luz), produciendo así, según él, un espectro invisible. Afirmó que era capaz de detectar las bandas de ese espectro invisible pasando un hilo fino revestido con material fluorescente a través de esa supuesta área. Mientras el hilo variaba en brillo bajo los Rayos N, él supuestamente leía las posiciones a un asistente. Para él, y para catorce de sus amigos más cercanos, esas posiciones podían determinarse de forma clara y podían ser vistas en cualquier momento. Algunos científicos de otras partes del mundo también creyeron ver esas maravillas e informaron acerca de ellas.

¿Pero de dónde provenían esos rayos? Los rayos X eran producidos por el alto voltaje en un tubo de Crookes. Los rayos de luz provenían de sustancias calentadas y

otras fuentes. Pero los Rayos N eran demasiado extraños para ser verdaderos. Se afirmaba que cada sustancia emitía la radiación, con excepción de la madera seca; todos los experimentadores se mostraron de acuerdo al respecto. Jean Becquerel, el hijo de un científico muy famoso (el descubridor de la radiación nuclear) y él mismo un científico consumado y dotado, afirmó que los Rayos N no provenían de «metales anestesiados» —metales expuestos al éter o al cloroformo— ¡sino que podían ser conducidos a través de cables, como la electricidad!

La Academia Francesa, al enterarse de ese descubrimiento, se preparó para otorgarle a Blondlot su premio más alto. Pero antes de que pudiera hacerlo, un científico estadounidense despertó sospechas cuando visitó el laboratorio de Blondlot e informó sobre sus resultados en un artículo que apareció en *Nature*, el periódico científico británico.

El doctor Robert Wood, el visitante, había intentado repetir los experimentos de Blondlot y había fracasado. Durante su visita, probó sin lugar a dudas que los Rayos N tenían una existencia totalmente subjetiva. Lo descubrió al levantar secretamente el prisma de aluminio de su lugar en el aparato visor, después de lo cual Blondlot continuó leyendo las posiciones esperadas de luminosidad mientras se movía a través del espectro imaginario. El procedimiento no tendría que haber funcionado sin el prisma, ¡pero Blondlot seguía viendo el espectro! Un asistente, sospechando de Wood, se ofreció a leer las posiciones. Creyendo que Wood seguía en poder del prisma, aunque aquél ya lo había vuelto a poner en su lugar, el asistente anunció que no podía ver nada y que el estadounidense probablemente había manipulado el equipo. Lo examinó, vio que estaba completo y lanzó una mirada de ira. Pero la prueba era evidente: los Rayos N no existían. Los argumentos de los asistentes y colegas que habían hecho todo lo posible para mantener viva la ilusión de Blondlot quedaron desacreditados.

La situación actual no difiere mucho de la de entonces. Los socios de aquellos que poseen ideas falsas similares se niegan a hablar de la locura o la respaldan para salvar a los protagonistas de una exhibición pública.

Una vez que los Rayos N fueron desacreditados, los resultados fueron publicados en *Nature* y en *La Revue Scientifique*. La Academia Francesa ya había publicado más de cien artículos sobre los Rayos N. Después del descubrimiento del fraude, sólo publicó dos más. Blondlot, a quien se había programado entregar el premio LaLande, no fue censurado por la Academia sino que recibió el premio y una medalla de oro tal como se había planeado, aunque el premio le fue otorgado «por el trabajo conjunto de su vida». Los Rayos N no fueron mencionados.

Durante mi visita a Francia en 1978 con el objeto de ofrecer una serie de conferencias acerca de acontecimientos paranormales, me dirigí a una audiencia de 140 prestidigitadores, científicos y periodistas en la ciudad de Nancy. Dos de los

presentes eran físicos de la Universidad de Nancy donde René Blondlot había llevado a cabo su trabajo y donde fue profesor de Física durante seis años. Previamente, había encontrado información acerca de los Rayos N en casi todas las enciclopedias y los libros de referencia científicos que había consultado. Pero en esa audiencia de Nancy, el hogar de los Rayos N, ¡ni una sola persona había oído hablar de ellos! Ni siquiera la Enciclopedia Larousse hacía referencia al incómodo episodio, mencionando solamente el otro trabajo de Blondlot.

Sin querer ser demasiado técnico, trataré de explicar un punto muy importante con relación al caso de los Rayos N. En un espectroscopio estándar —un instrumento que dirige la luz a través de un prisma para dispersarla en los colores que la componen (espectro)— la luz penetra a través de una ranura. Ciertos tipos de luz (aquella que surge del calentamiento de la sal común —cloruro de sodio— en una llama, por ejemplo) se descomponen no en un espectro continuo del violeta al rojo, como en un arco iris, sino en una serie de bandas, cada una de las cuales es tan ancha como el ancho de la ranura. (En el caso de la sal calentada, una característica fundamental del espectro del sodio —dos líneas amarillas brillantes y juntas— aparece con claridad). El doctor Wood se sorprendió al descubrir que, aunque la ranura del aparato de los Rayos N de Blondlot tenía dos milímetros de ancho, ¡el científico afirmaba que efectuaba mediciones de hasta una décima parte de un milímetro! Esto se parecía al hecho de pretender separar la arena del alpeste, usando como tamiz una tela metálica. Cuando Wood le preguntó acerca de ello, Blondlot respondió que se trataba de una de las inexplicables propiedades de los Rayos N.

Aquí está la trampa. Un científico aparece con lo que, según su insistencia, son observaciones apropiadas, y después de que alguien le muestra que son imposibles, se aferra a la conclusión de que se trata de un fenómeno único que no obedece las normas que rigen los demás fenómenos, en lugar de concluir que allí no hay nada.

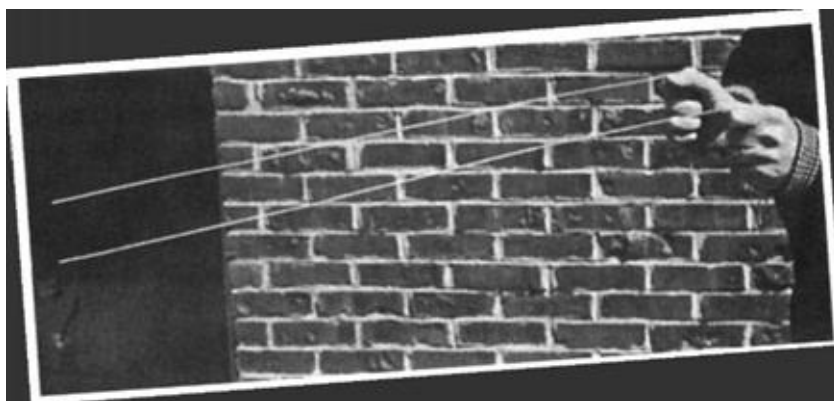
Podría argumentarse que los Rayos X también son extraordinarios y que los científicos no habrían logrado descubrirlos si no hubiesen querido examinar la posibilidad de que ciertos rayos penetran objetos opacos y quedan registrados sobre una placa fotográfica, e incluso revelan las sombras de los huesos en la mano del hombre. No se había esperado, nada de eso había sido esperado, continúa la argumentación, y, como en el caso de los Rayos N, se oponía a cualquier cosa que los científicos del momento consideraban posible.

Pero no es así. Los investigadores habían estado delineando el espectro y lo habían completado de forma bastante ajustada. Cuando descubrieron que las placas fotográficas se velaban accidentalmente cuando había cierto equipo en los alrededores, procedieron a investigar y determinaron la causa. Pudieron repetir el efecto —todos pudieron hacerlo— y exhibieron pruebas firmes al respecto. La pregunta que hizo Blondlot fue la siguiente: «¿Ven ustedes las líneas en esas

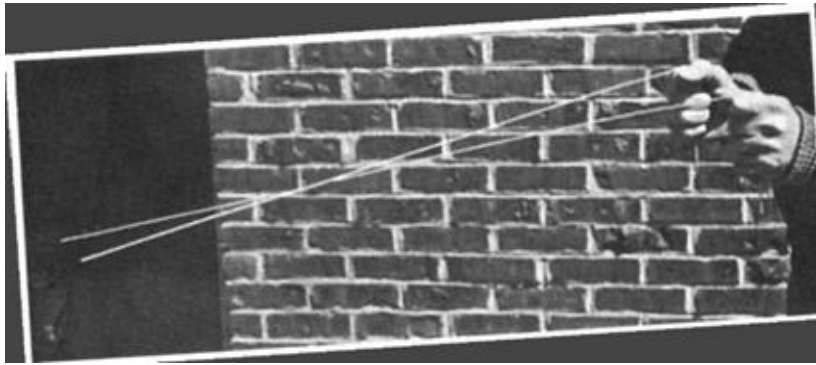
posiciones determinadas?». La pregunta adecuada era: «¿Ven alguna línea, y si es así, en qué posiciones?». Si se hubiese formulado esta última pregunta, los Rayos N hubiesen constituido la ilusión de una mente, no la de muchas.

La determinación de la verdad acerca de los Rayos N habría requerido un experimento de doble comprobación a ciegas. En dicha prueba, el experimentador no conoce el resultado esperado y aquellos que controlan la prueba y evalúan los resultados tampoco saben lo que se espera o qué proporción de las muestras se espera que sean diferentes, y así sucesivamente. De este modo, es imposible obtener un resultado supuesto con anterioridad (es decir, crear una tendencia en ese sentido). La parapsicología necesita muchos más experimentos de esta naturaleza y hasta que no se supere el rechazo a dichas pruebas, seguirá siendo, en el mejor de los casos, una idea no probada.

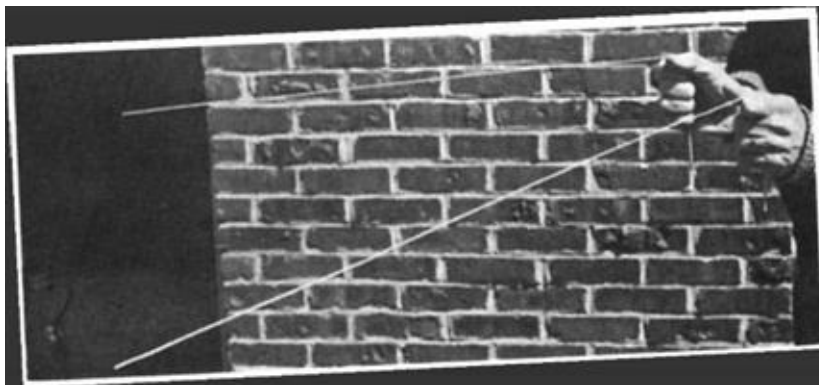
Tres ejemplos de mis recientes investigaciones de «milagros» que no lograron pasar las pruebas de doble comprobación a «ciegas» ilustran la argumentación. El primero involucró a un tal Stanley L. Wojcik, cuya tarjeta de presentación hace referencia, entre otras especialidades, a «la caza de fantasmas» y a las «sesiones de espiritismo». Stanley y yo coincidimos en el programa «The Candy Jones Show» de la radio WMCA. Trajo consigo sus «varillas de zahorí». Sus varillas consistían en dos colgadores preparados para formar largas piezas en forma de L. Se sostiene una en cada mano, de manera que resulta muy difícil mantenerlas paralelas entre sí y horizontales. El más leve golpeteo de la mano hace que una varilla oscile marcadamente. Las versiones lujosas de dichas varillas poseen mangos especiales con apoyos lubricados. El zahorí avanza con las varillas paralelas y extendidas hacia delante hasta que algún objeto o sustancia es «captado», punto en el cual éstas o bien se juntan o bien se separan. Por supuesto, resulta fácil para el operador inclinar levemente la mano de forma involuntaria (¡o de forma totalmente consciente!), haciendo que la varilla se comporte de manera desproporcionada respecto al ímpetu que se le ha dado.



Varillas de zahorí dobladas en ángulo recto en un extremo y sostenidas libre y paralelamente en posición neutra.



Un movimiento muy leve de la mano derecha hace que la varilla oscile hacia la izquierda. Esto supuestamente indica la presencia de petróleo, agua, algún metal u otro material subterráneo.



Un leve movimiento de cada mano hace que las varillas se separen violentamente. Esto también indica la presencia del material buscado.

Wojcik cayó en el programa en una trampa muy simple. En primer lugar, le pregunté de forma inocente si mostraría cómo las varillas se comportaban cuando detectaban un pequeño montón de monedas. Sacó unas monedas de su bolsillo (¡yo no le proporcioné las monedas para que no dijera que las mías eran monedas especiales!) y las colocó sobre una mesita en el estudio de la WMCA. Las varillas se cruzaron obedientemente sobre las monedas cuando él se acercó. En segundo lugar, le pregunté si el experimento tendría éxito en caso de cubrir las monedas con un pedazo de papel. Por supuesto que sí, y así fue. ¿En un sobre? ¡naturalmente! Esa prueba también fue un éxito. El plan avanzaba de la manera que yo quería. Saqué otros nueve sobres, cada uno con un pedazo de papel en su interior para simular el bulto creado por las monedas. Wojcik y el presentador del programa miraron para otro lado mientras yo seleccionaba al azar una carta entre diez cartas numeradas que tenía en mi bolsillo. El sobre-objetivo con las monedas fue colocado entonces entre otros nueve sobres en la posición indicada por el número de la carta seleccionada, y los diez sobres fueron colocados en fila sobre el suelo. Wojcik tenía que encontrar el objetivo.

Hicimos la prueba varias veces. Wojcik fracasó en todas. En cierta ocasión, después de haber identificado el sobre incorrecto, le echó la culpa a un tubo de metal

que dijo estar debajo del suelo. Estaba preparado para eso y simplemente no colocamos ningún sobre en ese lugar para las pruebas siguientes. El adivinador, que previamente había afirmado obtener fantásticos porcentajes, había sacado un cero. Durante las pruebas, él había iniciado una conversación conmigo y se enteró de que yo no creía en una vida después de la muerte. Cuando finalizaron las pruebas, le golpeé con un hecho que demolió su objeción de que había habido otras masas metálicas en la habitación que «le habían despistado». Había afirmado que la presencia de metal en el área resultaba fatal para los resultados. Sin embargo no se había equivocado al localizar la pila de monedas debajo del papel mientras éstas yacían (sin él saberlo) ;sobre una sólida mesa de hierro que pesaba más de quince kilos! Si eso no era suficiente para afectar a las varillas, ¿qué se necesitaba? ¿Una onza de monedas o más? Pero Wojcik tenía preparada una respuesta. Afirmó: «No tiene sentido hablar con usted, señor Randi. Ni siquiera cree en la vida después de la muerte. ¡Qué vida tan triste debe llevar usted!». Había algo muy triste allí esa noche, pero no era yo...

El hábil lector observará que existe un defecto aparente en el experimento. Recuérdese que las condiciones no eran ideales y yo francamente corría cierto riesgo en esas circunstancias. En una prueba de doble comprobación «a ciegas» resulta fundamental que el experimentador no conozca el resultado esperado, pero en este caso yo conocía perfectamente en qué sobre se encontraba el objetivo buscado. Dado que no contaba con ningún asistente en el estudio, yo mismo tuve que vigilar que el operador no violara el protocolo, y observé que en dos ocasiones él tocó los sobres con el pie mientras caminaba. Tuve que volver a comenzar la prueba en ese punto, ya que del sobre que se buscaba posiblemente surgió un ruido al ser tocado, mientras que de los otros no. Cualquier posibilidad le hubiese proporcionado información impropia a Wojcik. Me mantuve en un lado mientras observaba cómo caminaba, tomando todas las precauciones posibles para evitar que recibiera alguna pista.

Los magos son adeptos a esto. En el escenario, el operador tiene plena consciencia de lo que está realmente sucediendo y parte del arte consiste en hacer que no le descubran a través de reacciones involuntarias en los momentos fundamentales. Si me hubiese puesto muy conversador mientras Wojcik se acercaba al objetivo, por ejemplo, obviamente podría haberle alertado de forma subliminal. La prueba era defectuosa al respecto, pero era necesario que así lo fuera en esas circunstancias. Sin embargo, es obvio que el defecto no resultó perjudicial para los resultados, aunque no niego esta deficiencia en la concepción del experimento. Había ofrecido mis 10.000 dólares a Wojcik esa noche y la oferta fue hecha también a las partes involucradas en los siguientes ejemplos.

Un señor hizo el viaje desde California hasta Albuquerque, Nuevo México, para verme y para someter a prueba sus poderes. Era un hombre enorme llamado Vince

Wiberg, afable, entusiasta y muy sincero, en mi opinión. Realmente creía que tenía la capacidad reivindicada. Su especialidad era la búsqueda de «auragramas». En varias cartas que me envió a mi casa de Nueva Jersey, había subrayado detalladamente lo que podía demostrar, contrariamente a muchos otros, que prefieren someterse a prueba sin haber dicho nada de antemano.

Me encontraba en Albuquerque para ofrecer una conferencia en los Laboratorios Sandia, donde dos científicos habían sido engañados por un par de adolescentes que simplemente habían vislumbrado el reflejo de las tarjetas postales sobre las gafas de los experimentadores. Yo estaba allí para informar sobre los muchachos y encontrarme con ellos, y también había invitado a varios «físicos» locales, incluyendo a los adolescentes. Vince Wiberg fue el único que apareció.

En mi habitación de hotel tenía a dos personas de Sandia como testigos. En primer lugar, Vince nos mostró que sus varillas se cruzaban cuando eran sostenidas sobre una gran lata metálica de película que yo había colocado sobre el suelo. Hicimos esa prueba en varios lugares de la habitación. Funcionaba siempre que el operador sabía dónde estaba la lata. (Con toda justicia debería mencionarse que a Vince no le importaba esa prueba, ya que no era su especialidad). Cuando la lata fue cubierta con una sábana después de haber sido colocada conforme a un procedimiento de azar en el que él y yo estábamos fuera de la habitación (a fin de evitar que él recibiera información de mí), el señor Wiberg fracasó en el experimento. En ese momento le ofrecimos la prueba que él quisiera.

Había afirmado tener la capacidad de diagnosticar enfermedades del cuerpo y estábamos preparados para ponerle a prueba en esa cuestión. Yo había visto varios intentos de ese tipo antes y no esperaba que tuviera éxito. Habitualmente, esas «lecturas» eran generales y se concentraban en dolores de espalda y dolores de cabeza —dos conjeturas muy seguras—, además de muchas otras justificaciones. Para evitar esto, el señor Wiberg se mostró de acuerdo en que los sujetos de la prueba escribieran el nombre de sus enfermedades en un papel y lo metieran en un sobre cerrado antes de que las varillas comenzaran a oscilar. De esta manera me aseguraba de que ninguno de los sujetos cambiara de opinión acerca de lo que sufría después de la lectura, y de que Wiberg tuviera prueba de ello. Comenzamos conmigo, que tenía una enfermedad claramente definida, que de hecho conocían varias personas de Sandia.

El señor Wiberg me pidió que me pusiera de pie y que adoptara diferentes posturas mientras él hacía oscilar las varillas. Le leyó a un testigo una serie de números que se suponían representaban la fuerza del «aura» alrededor de mi cuerpo. Esta se supone que es una envoltura de energía normalmente invisible que rodea el cuerpo y que aparece, según se dice, a través del método fotográfico Kirlian (analizado en el capítulo 1).

Cuando todo terminó, ofreció su diagnóstico. El problema, me dijo, residía en la oreja derecha o en los alrededores. No mostré ningún tipo de reacción pero le pregunté si existía algún otro indicio. Me había sondeado suavemente con preguntas durante el proceso llevado a cabo con las varillas y había hechos varias sugerencias, pero yo no había reaccionado. Le pregunté entonces si el diagnóstico estaba completo y le dije que no se le permitiría agregar nada más después de abrir el sobre. Estuvo de acuerdo.

Mi verdadero mal era una fractura casi curada en mi muñeca izquierda. Me seguía doliendo y me había creado muchos problemas ese día. Cero en cuanto al diagnóstico. No obstante, Vince había mencionado que era difícil descubrir los problemas casi curados. No le permití dicha argumentación.

Uno de los señores de Sandia, que había expresado profundas concepciones acerca de los asuntos paranormales, había traído consigo a una muchacha que yo no conocía. Nos enteramos de que tenía una enfermedad (que su compañero conocía) y, sin que yo mirara, ella escribió el nombre de su mal sobre un papel y lo puso en un sobre, que cerró a continuación. Vince comenzó a trabajar. Fue todo lo que pude hacer para impedir que ella y su compañero de Sandia respondieran las sugerencias efectuadas. Me hubiese gustado que el hombre no estuviera en la habitación, pero la mujer prefirió que estuviera presente. La razón se tornaría obvia en unos minutos.

Wiberg nos dijo que la muchacha gozaba de buena salud y que quizás tenía sólo «algún problema en la parte inferior de la espalda». Nada estaba más lejos de la realidad: ella tenía un cáncer de pulmón avanzado. Vince Wiberg argumentó que ese tipo de enfermedades no se encuentra localizado y que, por lo tanto, resulta difícil de diagnosticar. Eso es absolutamente falso. Tampoco le permití esa argumentación.

El zahorí se fue, después de haber fracasado en obtener o bien mi recompensa o bien la convalidación de la Comisión para la Investigación Científica de los Fenómenos Paranormales. Se mostró muy alicaído: su última observación fue que estaba buscando fondos para «perfeccionar» sus métodos. Le sugerí que primero encontrara un fenómeno y luego se dedicara a perfeccionarlo. Supongo que esta sugerencia cayó en saco roto. De ningún modo parecía haber sido disuadido, sino que se frenó momentáneamente, deseoso de corregir sus métodos. La prueba había sido concluyente, aun cuando sólo fueran utilizados dos sujetos. Aunque hubiéramos hecho la prueba con cien personas, Vince Wiberg seguiría creyendo en sus poderes, modificando únicamente su manera de pensar para acomodarse a los fracasos. Cuando se enfrentan con los hechos, se dejan a un lado las pruebas pero nunca la teoría: ésta es la filosofía de los protagonistas de este juego. (En el momento de escribir esto, Wiberg afirmó que él había acertado tanto en el intento con la lata de película como en los diagnósticos. Dicha versión es una invención total).

El departamento de noticias Metromedia decidió llevar adelante un estudio

profundo de los fenómenos paranormales en la primavera de 1978. Fui convocado como consultor y dado que algunos «psíquicos» me estaban visitando en esa época para ser sometidos a prueba, les pregunté si les molestaría ser filmados. Se mostraron de acuerdo, y nos encontramos en mi oficina de Nueva York con un equipo de filmación. Relataré aquí sólo una de las pruebas con uno de los sujetos; el resto forma parte de otra sección.

El sujeto era una ex bailarina rubia y escultural cuya tarjeta de visita la presentaba como Sue Wallace, doctora en magnetoterapia. Había conocido a la señorita Wallace en una «Feria Psíquica», en Bricktown, Nueva Jersey. Ella había sido la única persona en responder a mi oferta de ponerse a prueba (por la recompensa de 10.000 dólares y la convalidación de la CSICOP), a pesar de haber hecho esa oferta a otros cuarenta y cuatro sujetos. Yo había observado sus métodos y había hablado con varios «pacientes» después de que éstos hubieran recibido su diagnóstico. La conversación había resultado, sin duda, muy interesante.

Una mujer, a la que se le había diagnosticado bocio, estaba asombrada por el hecho de que Sue hubiese podido descubrir el mal. Cuando le pregunté si se sentía muy impactada, respondió que se sentía aún más azorada por el diagnóstico de su problema de espalda «¡justo donde ella dijo!» y por otros varios males menores que ella ni siquiera había sospechado. Ahora bien, yo había tomado notas de aquella actuación, aunque no se lo había contado a la paciente, a la que dejé desvariar; luego recapitulé para ella todo el episodio. En primer lugar, le pregunté desde cuándo tenía el problema del bocio. Ella no lo sabía. En realidad, no tenía ninguna prueba de ello ni ninguna sospecha previa de que tuviera un problema de bocio. Su vigoroso asentimiento se había producido como respuesta a la pregunta repetida por Sue, «¿Entiende?», ¡y no en respuesta a lo acertado del diagnóstico! En cuanto al problema de la espalda, la señorita Wallace le había sugerido que «¿quizás exista un problema en la espalda?». Como respuesta, la paciente había señalado la parte superior izquierda de la espalda y había preguntado: «¿Aquí?», a lo cual la señorita Wallace había asentido. Así, la paciente había señalado la ubicación, ¡no el operador!

En ese punto, una mujer que se encontraba allí terció en la conversación. Ella nos contó que se había recuperado de una operación a corazón abierto y que era la primera vez que había salido de la cama después de la intervención. La señorita Wallace había fracasado en el diagnóstico de su problema, que justificó afirmando que dado que la cirugía había sido un éxito ya no había allí enfermedad alguna. Pero esto resultaba incoherente con un diagnóstico que había dado antes, ese mismo día, en el caso de un hombre que había pasado por exactamente la misma prueba. Ella le había mencionado un problema de corazón y él había respondido con voz asombrada que había sido sometido a una operación a corazón abierto. Por supuesto, se habían producido entonces unánimes exclamaciones de admiración.

Cabe mencionar otro «diagnóstico». Me di cuenta de que Sue Wallace hacía referencia frecuentemente a «problemas con los órganos reproductores» cuando se enfrentaba con una mujer mayor de cuarenta años de edad. Obtuvo varios «aciertos» con ese truco. Cuando la paciente negaba algún inconveniente en esa zona, acudía a la excusa común siguiente: «A menudo advierto los problemas mucho antes de que se produzcan». «A veces la enfermedad no aparece hasta varios meses o años más tarde. Pero está allí, créame».

Su manera de evitar cualquier manifiesto fracaso muestra su versatilidad frente a la derrota e ilustra la frialdad de su enfoque. Sucedió con una buena moza de mediana edad que parecía estar decidida a no escuchar disparates. Grabé la conversación palabra por palabra.

SUE: Tiene un problema en el ovario derecho.

PACIENTE: Imposible. Me extirparon el ovario derecho.

SUE: ¡No me lo diga a mí! [sonrisas] Yo se lo estoy diciendo a usted. Hay un problema allí. No hay ningún error.

PACIENTE: ¡Pero ha sido erradicado!

SUE: Escúcheme. Esos doctores le quitan su dinero —¿acaso no lo sabe?— y hacen esas operaciones, pero no necesitan hacerlas —¿sabe?— y aunque hayan extirpado su ovario, el problema sigue existiendo. Lo veo...

PACIENTE: ¿Sigue allí?

SUE: Déjeme probar otra vez. (Lleva a cabo nuevamente el procedimiento del diagnóstico). Sí, el problema está allí. Un poco más abajo del ovario. Pero lo veo con claridad.

PACIENTE: Bueno, no sé. No he tenido ningún problema. No sé.

SUE: Bueno, lo veo con mucha claridad.

Obsérvese su actuación. La señorita Wallace, enfrentada a una decidida contradicción, tuvo que dar marcha atrás y hacer algunas salvedades. Se encuentra con un sujeto difícil, que no tiene la intención de ignorar los errores y simplemente seguir adelante. Este sujeto quiere resultados. Sue recurre a la imagen del médico sediento de dinero —un recurso varias veces utilizado durante el prolongado período en que la observé trabajar— y luego repentinamente el problema se encuentra en la zona del ovario derecho y ya no en el ovario mismo. No se desdice. Simplemente modifica un poco la ubicación de la aflicción.

Casi invariablemente, Sue Wallace anunciaba problemas futuros cuando el

paciente negaba problemas existentes en la actualidad. «Ya verá», era su expresión frecuente justo antes de la despedida. Otras dos veces recurrió a una nueva y astuta declaración evasiva. Sucedió cuando obtuvo una rotunda negación en un supuesto caso de anemia y en un problema en el hígado. Miró fijamente al paciente y le preguntó: «Pero tuvo dolores de cabeza, ¿verdad?». La respuesta fue por supuesto afirmativa. «Ese es el primer signo», dijo la señorita Wallace de forma ominosa. «Ya verá».

Nosotros no estábamos en posición de hacer un seguimiento de un número seleccionado de casos, como lo estaba el doctor William Nolen cuando hizo las investigaciones para su maravilloso libro *Healing*. Tampoco sabremos cuántos pacientes de Sue denostaron a sus médicos por no descubrir la enfermedad diagnosticada por el poder magnético.

Debo mencionar que Sue Wallace no cobraba por sus servicios; aceptaba donaciones, vendía pirámides y magnetos, y repartía literatura que exaltaba sus ideas acerca de «la vida libre de enfermedades». Si su apariencia personal reflejara sus métodos, sería una ganadora. Lo menos que puede decirse de ella es que es físicamente impactante.



Sue Wallace, «doctora en magnetoterapia». El dispositivo de alambre en su cabeza corresponde a una «pirámide mágica». Metromedia TV.

Esta doctora en magnetoterapia, conferenciante, investigadora y parapsicóloga, destacaría entre cualquier muchedumbre. Se ponía sobre la cabeza una pirámide de alambre —para concentrar sus poderes, por supuesto— y vendía pequeños y poderosos magnetos envueltos en plástico prismático con la etiqueta «Norte» y «Sur». Los precios eran de treinta y cinco dólares por un pedazo de imán que puede

comprarse por un dólar, pero sin la colorida envoltura y las etiquetas. Afirmaba que la aplicación del polo correcto del magneto en el lugar adecuado producía curas. Yo estaba muy contento de haberla puesto a prueba y quizás de haber revelado sus prácticas al público. Sin embargo, ella sigue adelante con sus «diagnósticos» en Stratford, Nueva Jersey.

La señorita Wallace tenía un método extraño de hacer diagnósticos. El paciente era colocado a su lado, con un brazo extendido recto hacia un costado. Ella pensaba en una parte del cuerpo, luego tiraba hacia abajo el brazo. Si el brazo bajaba con facilidad, había un problema en esa zona. ¿Entiende? Sin duda, una pequeña experimentación convencerá a mi lector de que un brazo mantenido en esa posición puede ofrecer muy poca resistencia cuando es empujado hacia abajo. Depende de la fuerza con que se haga.

Sue Wallace utilizó este método de empujar el brazo en otra demostración que, según ella, era fiable. El método incluía el uso de cigarrillos. En realidad, dijo, estaba tratando de vender el descubrimiento a las compañías de tabaco. Afirma que puede quitar el elemento tóxico de un cigarrillo «magnetizándolo». No reveló el procedimiento exacto, ya que cree que posee una idea de un millón de dólares, pero la prueba se encontraba en una demostración que ella llevó a cabo varias veces, sin un sólo fracaso, en la Feria Psíquica. Le solicitó a un paciente que sostuviera un cigarrillo «magnetizado» en su mano, con el brazo extendido. Sue no pudo hacerle bajar el brazo. Pero cuando él sostenía un cigarrillo normal, sin tratamiento, se veía afectado por las toxinas, según ella, y por lo tanto su brazo cedía con su esfuerzo. Por supuesto, Sue Wallace era la que aplicaba la presión, de manera que el método resulta obvio.

Para que usted no piense que semejante procedimiento disparatado se limita a los «doctores en magnetoterapia», puede leer un libro reciente muy popular acerca de la «cinestesia» que afirma que el brazo de un sujeto podía bajarse con más facilidad después de la ingestión de azúcar. Un dentista de Nueva Jersey trató realmente de convencerme al respecto, para diversión de mi colega Alexis Vallejo, que me mostró el montón de azúcar que había conservado en su mano en lugar de colocarlo debajo de su lengua tal como le había indicado el doctor. Era obvio para Vallejo que el dentista se limitó a presionar con más fuerza cuando pensó que el azúcar estaba allí.

Decidimos poner a prueba en mi oficina de Nueva York el truco del cigarrillo, en un experimento de doble comprobación «a ciegas». Convencida de que funcionaba, Sue estuvo de acuerdo en someterse a la prueba. Nuestro método era simple y directo, y mostraría si el poder existía. Siempre podía ser posible que la señorita Wallace sintiera la presencia de un cigarrillo magnetizado o no magnetizado a través de otros medios y que aplicara de forma subconsciente más o menos presión en la prueba.

Ella nos dio diez cigarrillos. Los etiqueté de la letra A a la J y uno fue elegido al

azar. Una muchacha del equipo de televisión escribió la letra (desconocida para los demás) y luego abandonó la habitación durante el resto del experimento.

El cigarrillo elegido fue «magnetizado» por Sue sin que nadie supiera su letra de identificación y luego fue mezclado con los demás. No se le permitió volver a tocar o mirar los cigarrillos. Ella eligió un miembro del equipo y éste sostuvo un cigarrillo cada vez. Se le había solicitado a Sue que nos dijera cuál era el cigarrillo magnetizado, pero en lugar de eso, eligió eliminarlos diciéndonos al mismo tiempo cuáles no eran los que buscaba. Estuve de acuerdo con eso dado que no cambió el resultado. No le di ventaja alguna excepto una presentación más dramática.

Presionaba sobre el brazo del sujeto hasta que los ojos de éste sobresalían de sus órbitas. La primera sesión resultó un acierto para ella. Pero yo había tomado la precaución de decir, antes del inicio de las pruebas, que se requerirían por lo menos una serie de diez pruebas. No permitiría que un acierto decidiera la cuestión ni que las reglas no fueran determinadas de antemano. Sue Wallace fracasó de allí en adelante.

Resultaba interesante observar que mientras estábamos poniendo a prueba a las otras personas que se habían presentado ese día antes de la prueba de Sue, ésta se encontraba fuera en el vestíbulo ejerciendo sus encantos sobre algunos de los jóvenes de mi oficina. No le resultaba muy difícil hacerlo; son muy susceptibles a ese tipo de influencias. Uno de ellos, Jay Raskin, fue el sujeto que finalmente se eligió para el experimento.

En la primera prueba —que resultó un acierto para la señorita Wallace— los cigarrillos habían sido mezclados juntos. Cuando vio que fracasaba en las pruebas siguientes, solicitó que modificáramos nuestro procedimiento y no mezcláramos los cigarrillos, de manera que el poder «magnético» no desapareciera de los cigarrillos de control. Sin embargo, ese problema no había surgido en el primer acierto, aun cuando los cigarrillos hubiesen sido bien mezclados. Este tipo de incoherencias resulta frecuente en la historia de estas maravillas.

En síntesis, esas tres pruebas representaron ejemplos excelentes sobre la manera en que los experimentos de doble comprobación «a ciegas» ponen en evidencia la falsedad de las espurias afirmaciones en las que las expectativas del experimentador pueden influir. Stanley Wojcik, aun cuando pueda creer que tiene los poderes que afirma poseer, no sólo se mostró incapaz de actuar en condiciones apropiadas de experimentación sino que además no pudo brindar ninguna razón adecuada para su fracaso. Sus fanáticos admiradores continuarán venerándolo a pesar de las pruebas en su contra. Vince Wiberg sigue intentando «perfeccionar» algo inexistente. Sue Wallace seguirá convenciendo al ignorante, aunque haya fracasado en las pruebas adecuadas. Todas esas personas son invitadas a volver a realizar las pruebas, pero creo que no aceptarán dicha invitación.

Recuérdese también que Blondlot, el científico que «vio» subjetivamente los Rayos N no existentes, no era un viejo; sólo tenía cincuenta y cuatro años, y era un investigador consumado. Nadie queda inmune a las ilusiones y a la obstinada adhesión al error frente a los hechos. Dio la casualidad de que Blondlot se volvió loco como resultado de sus conceptos erróneos y después de quedar públicamente desenmascarado por esas ilusiones.

De manera que los científicos también son propensos a cometer los mismos errores que el resto de nosotros. Pueden quedar cegados por sus expectativas de nuevos descubrimientos y pueden leer en sus observaciones mucho más de lo que realmente hay. Pero una concepción experimental apropiada, en particular la concepción de la doble comprobación «a ciegas», puede impedir dichos errores. No esperamos que estos procedimientos sean puestos en práctica por los aficionados, pero debemos exigirselos a los profesionales. De lo contrario, un supuesto descubrimiento científico puede convertirse en simple fanatismo.

Uno puede hacer uso de sofismas acerca de la calidad de un solo experimento o acerca de la veracidad de un experimentador dado, pero, al tomar todos los experimentos de apoyo juntos, el peso de la evidencia es tan contundente que merece, sin duda, la reflexión de un hombre razonable.

Profesor William Tiller

parapsicólogo, Universidad de Stanford, en un comentario sobre la investigación parapsicológica

Lo que importa es la calidad más que la cantidad

Lucio Anneo Séneca

La creencia en lo paranormal no está restringida a las personas de intelecto inferior. Uno pensaría que sólo los niños creen en Santa Claus, que las brujas son ilusiones de algunos patanes y que la astrología hace las delicias de algunas personas seniles. No es así. En todo el mundo, ciertas personas ilustradas, educadas e inteligentes abandonan el sentido común y la educación para ir en busca de esas cuestiones. ¡Lo que en última instancia me sorprendió fue encontrar una organización que abarca la clase intelectual muy comprometida con esa insensatez! El grupo es conocido con el nombre de Mensa y la calidad de miembro se ve limitada a aquellos que poseen un coeficiente intelectual sólo detentado por el 2% de la población.

No me siento demasiado decepcionado por las características externas de dicha organización. La posesión de un «elevado coeficiente intelectual» tiene muchas veces poco que ver con nuestra capacidad para desenvolvernos como un ser racional. Simplemente significa que algunas pruebas imperfectas indican que uno posee un potencial superior al promedio para pensar correctamente. Como un escalpelo que nunca ha sido usado por una mano hábil en una buena causa, muchas veces no se utiliza el poder de la mente.

Un miembro de Mensa descontento me ha mantenido informado acerca de las actuales tendencias del grupo. El artículo principal del número de abril de 1978 del

Mensa Bulletin titulado «Psi-Q Connection» planteaba el importante interrogante: «¿Existe un componente psíquico en el CI (coeficiente intelectual)?». El autor, Richard A. Strong, es el coordinador del Psychic Science Special Interest Group y el editor de su boletín. Su artículo se preguntaba si los coeficientes intelectuales elevados podían responder a la PE en lugar de a la inteligencia —un pensamiento perturbador para Mensa, que puede estar compuesto de gente común que hace trampas y se apodera del ingenio de otros, como una especie de robo cerebral.

Algunos afirman tener poderes curativos; muchos señalan que ven auras. Se decía que un tal Dan Conroy aprendía los «sidhis» de la Meditación Trascendental para poder levitar con su cuerpo inteligente por los aires. Si tiene tanto éxito como las otras 39.999 personas que recibieron las enseñanzas de MT por parte del Maharishi Mahesh Yogi, sigue con los pies en el suelo.

Los grupos de interés especial son enunciados de forma regular. La lista de julio-agosto de 1978 contiene —además del grupo de la «ciencia psíquica»— la astrología, la dianética/cientología, la grafología, la meditación trascendental, los OVNIs y la hechicería oculta. El último grupo nos invita a «Visitar el reino de las hadas; nuevo vínculo con los antiguos poderes». Por supuesto.

En una reunión en Norfolk, Virginia, «El nivel del coeficiente intelectual y la MT» y «Lo paranormal» eran temas dignos de pensamientos profundos. En Rochester, Nueva York, Mensa presentó a un grafólogo. En San Diego, los intelectos eran recargados con «Parapsicología». Pero el grupo de la ciudad de Nueva York los superó a todos con un doble encabezamiento: «Astrología más biorritmos» seguido de «¡Alfarería peruana pornográfica!». Y en las páginas finales del Mensa Bulletin encontramos una nota de «M» Bob Steiner que ofrecía 1.000 dólares a cualquiera que pudiera realizar alguna maravilla parapsicológica que él no pudiera explicar o repetir. No hubo candidatos.

Así que si en el pasado usted se volvió loco por los mercachifles de la parapsicología y de alguna manera se siente incómodo, no pierda las esperanzas. Las personas más inteligentes del mundo no son más inteligentes que usted cuando se trata de creer en lo ridículo.

El público se vio severamente perjudicado por científicos que se apoyaban en sus considerables reputaciones en otros campos para dar peso a sus declaraciones sobre temas de parapsicología. Observé que la posesión de una licencia nos permite conducir un automóvil sólo si no se abusa del privilegio; quizás ciertos doctores tendrían que ser objeto de limitaciones semejantes en el campo de la ciencia. Sería lo más conveniente.

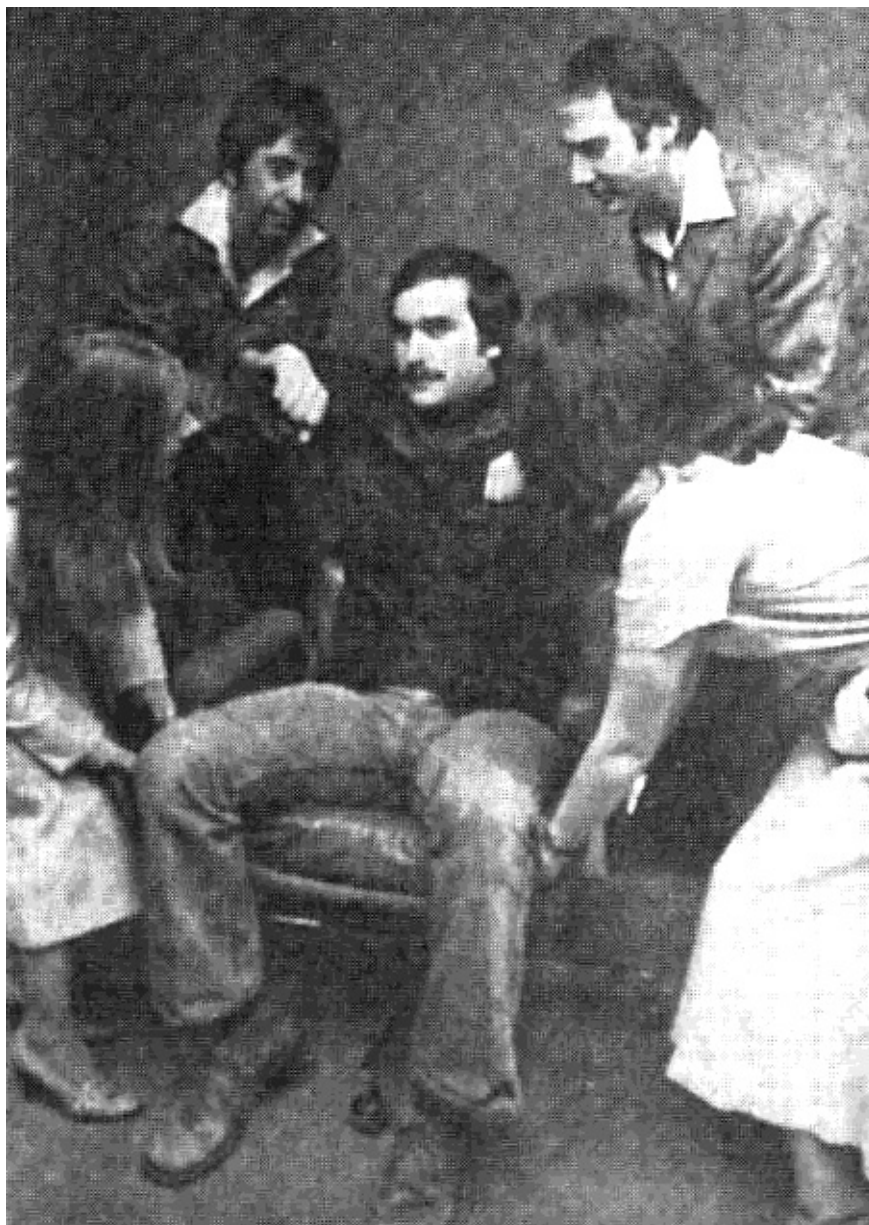
La Era de la Informática alcanzó a la parapsicología hace mucho tiempo. Ya en la década de los sesenta se aplicaba la tecnología a las pruebas de PE llevadas a cabo por los laboratorios de investigación de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Una

estructura de informática especialmente concebida denominada veritac fue utilizada para poner a prueba a treinta y siete sujetos, con 55.000 números generados al azar para determinar, de una vez por todas, si los poderes parapsicológicos existían realmente. El psicólogo C.E.M. Hansel, al final de su libro *ESP: A Scientific Evaluation*, dijo acerca de las pruebas que entonces se comenzaban a llevar a cabo: «Si la investigación de doce meses puede establecer la existencia de la PE, la investigación pasada no habrá sido hecha en vano. En cambio, si no se establece la existencia de la PE, se pudo haber ahorrado un esfuerzo enorme y las energías de muchos jóvenes científicos podrían haber sido orientadas hacia investigaciones más valiosas». Cuando las pruebas de veritac, supervisadas por un ingeniero electrónico, un psicólogo, un matemático y un físico, fueron completadas, probaron —una vez más— que los sujetos no poseen una mayor capacidad de adivinar o de ejercer alguna influencia sobre los acontecimientos que el azar mismo. El equipo de científicos involucrado señaló cuidadosamente un hecho que en la década siguiente se hizo muy evidente: los parapsicólogos tienden a dejar de lado datos «no significativos» y a informar del material «positivo».

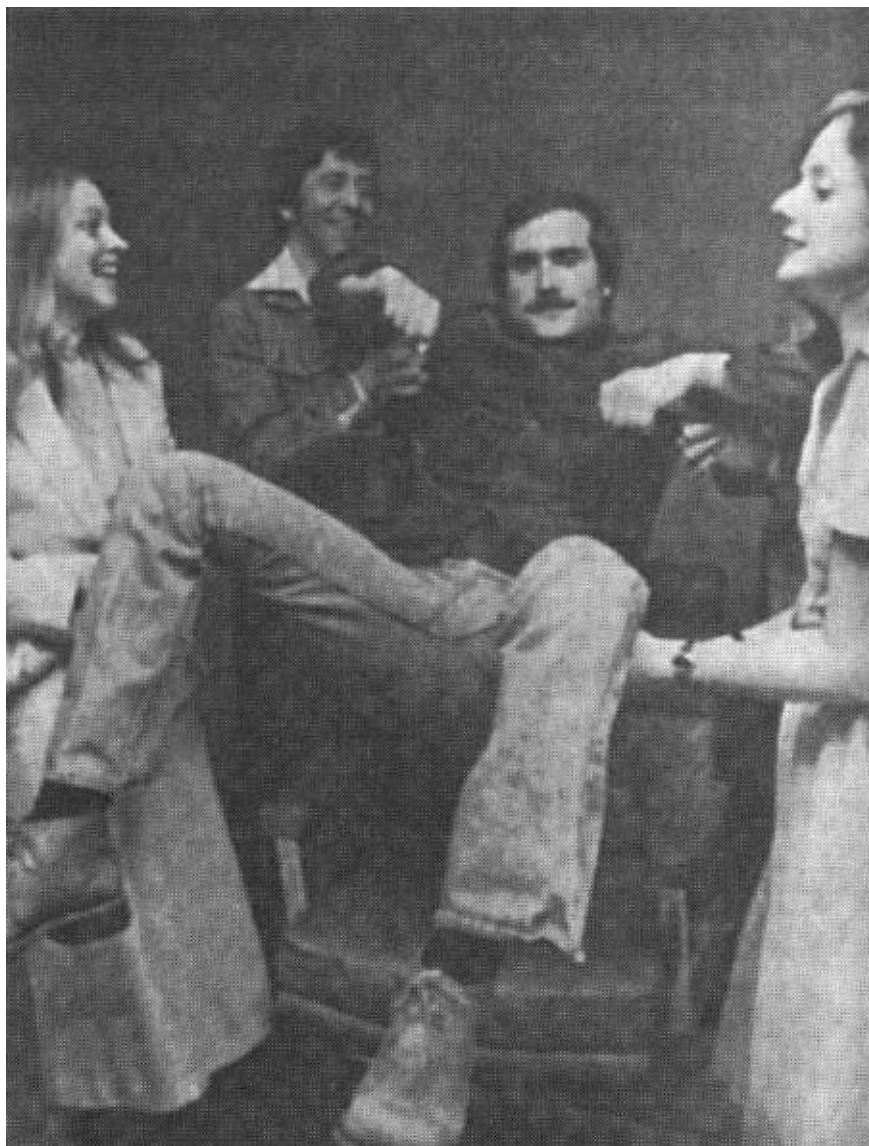
Las «energías de numerosos jóvenes científicos» que Hansel esperaba que pudieran ser orientadas hacia temas más útiles siguen derrochándose en la búsqueda de lo absurdo. El proyecto veritac fue abandonado como «no significativo».

La doctora Thelma Moss debería recibir algún tipo de medalla por su gran desfachatez. Merece ese reconocimiento por el análisis que hace sobre la «levitación» en uno de sus libros, *The Probability of the Impossible*. Las instrucciones sobre cómo realizar este milagro son explícitas. Debemos sentar a una persona sobre una silla y otras cuatro personas deben colocarse en los ángulos de ésta. Entonces comienza la ceremonia mágica. Es necesario un canto místico, y la doctora Moss, en su estudio científico sobre este proceso, descubrió que la expresión «helado de crema caliente» sirve para ello, así como la expresión «pastel de chocolate». Sin embargo, sus intentos con «abracadabra» mostraron que esa expresión no resulta satisfactoria.

Cada una de las personas que está de pie mantiene sus índices juntos. Luego, los que están junto a los hombros del sujeto que va a levitar colocan esos dedos debajo de las axilas, por detrás, y los otros dos colocan sus dedos debajo de las rodillas de la persona que está sentada. Todos cantan las palabras mágicas elegidas y luego levantan a la persona. El sujeto comienza a flotar hacia arriba. Se dice que está «levitando».



Se colocan los cuatro dedos índice debajo del sujeto que va a «levitar».



Levantando hacia arriba simultáneamente, cuatro personas hacen levitar fácilmente a una quinta.

Se parece al juego que uno solía hacer en algún campamento de verano o en las fiestas de cumpleaños. Eso es justamente lo que es. Fíjese que existen todo tipo de variaciones —colocando las manos sobre la cabeza mientras se canta, contando de diez a cero, y así sucesivamente— pero sigue siendo el viejo juego de siempre. ¿Acaso dije «juego»? No lo es según Thelma, que sigue adelante en su libro relatando otros milagros de la misma naturaleza, a los que califica de «proezas para las cuales la ciencia aún no posee explicación alguna». Afirma que el truco de la levitación «puede ser una variante de la extraordinaria hazaña llevada a cabo por la señorita Maxwell Rogers, que pesaba 60 kilos y que, en 1960, levantó un coche de 1.800 kilos por su parte delantera». ¡Adelante, doctora Moss! ¿Podemos tener más detalles acerca de esta hazaña o debemos simplemente creer en ella, tal como usted hizo?

¿Y hasta qué punto es misteriosa la «levitación» que ella describe? En realidad, si la ciencia no tiene explicación, siento temor por el futuro de esa disciplina. Cualquier estudiante secundario podría decirle a la doctora Moss que una persona puede

levantarse fácilmente cuando el peso del individuo se divide en partes iguales entre otros cuatro, todos levantando al mismo tiempo y disponiendo de enormes ventajas en cuanto a la posición para así hacer palanca. Pero la doctora Moss no está sola. Colin Wilson, en su libro *The Geller Phenomenon* —que se distingue por estar plagado de errores—, relata la experiencia de la antigua superestrella en su intento de «levitar» con ella misma. Wilson afirma: «Uri, Shipi, Trini y otra mujer trataron de levantarme... Naturalmente, resultó imposible». Pero cuando Uri dirige un esfuerzo concertado, señala el pie de foto, «inmediatamente el autor comienza a levantarse en el aire». En este caso se supone que los cuatro individuos no pudieron levantar al autor, y se sugiere que repentinamente se levantó y flotó gracias a la acción de poderes misteriosos. Esto es evidentemente falso.



Don LePoer, quien afirma levitar, explica «el poder» otorgado a aquellos que levantan a la víctima. No sólo su explicación es absurda sino que en una ocasión dejó caer a un hombre en su intento de hacerlo levitar. Metromedia TV.

Por último, si realmente observamos la historia de ese juego de salón, descubrimos hasta qué punto constituye un fraude. Samuel Pepys, en su famoso diario, registró que ese truco lo realizaban escolares franceses como entretenimiento, allá por el año 1665, ¡y ya entonces era viejo! Los franceses usaban un extraño poema para realizar el truco. Uno supone que no tuvieron éxito al utilizar la expresión «abracadabra», ya que la ciencia moderna mostró que esa palabra resulta ineficaz. Sabemos esto porque ha sido investigado nada menos que por un parapsicólogo de primera línea. Aquí está el poema utilizado en la búsqueda del Secreto de la Levitación:

Voyci un Corps mort
Royde come un Bastón,
Froid comme marbre,
Leger come un esprit.
Levons te au nom de Jesús Christ.

Mi traducción del francés antiguo es la siguiente:

He aquí un cadáver
Rígido como un palo
Frío como el mármol,
Liviano como un fantasma,
Levantémoslo en nombre de Jesucristo.

Un amigo de Pepys le había contado la proeza, que había presenciado en Francia, incitándole a señalar que «es una de las cosas más extrañas que he escuchado jamás, pero me lo dice como testigo del hecho y creo sinceramente que es verdad».

El número del mes de mayo de 1978 del periódico británico *Psychic News* publicó en sus titulares la noticia de un gran «descubrimiento» en la investigación de lo paranormal cuando Brian Inglis, autor de muchos otros disparates del mismo tipo, escribió «La experiencia histórica de doblar objetos». Pronto fue evidente qué tipo de cosas habían sido realmente dobladas. Sirviéndose de un relato que figura en el número de septiembre de 1977 del *Journal of the Society for Psychical Research* (JSPR), Inglis ofreció su versión llena de omisiones de un experimento dirigido por John Hasted, profesor de Física en el Birkbeck College de Londres. Se suponía que era un informe de un gran avance en parapsicología, pero cierto número de verdades fueron hábilmente dejadas de lado.

Hasted había llevado a cabo muchos experimentos para probar que los niños tienen poderes que les permiten doblar cantidades de clips colocados dentro de unas esferas de vidrio. El número de diciembre de 1976 del JSPR describió esas pruebas, admitiendo que había sido necesario hacer unos agujeros en las esferas y afirmando que el «chasquido» obtenido de los clips «no podía ser producido físicamente dentro de una esfera de vidrio con un agujerito». Pero «unos niños sí que podían producir ese chasquido de forma paranormal». Más tarde, en una carta complementaria dirigida al JSPR en junio de 1977, Hasted admitió que dos experimentadores (uno de ellos era Denys Parsons, de la CSICOP en Gran Bretaña) estuvieron en condiciones de mostrar que los «chasquidos» podían hacerse fácilmente a través de medios perfectamente normales en las esferas de vidrio con un orificio de hasta 2,5 milímetros. Era la muerte del experimento.

Abordaré a continuación algunos de los informes que demuestran un pensamiento y un procedimiento desordenados, frecuentemente empleados por este tipo de individuos. Me serviré de los poderes de razonamiento del profesor John Hasted para ilustrar el caso. En diciembre de 1977 escribí al JSPR expresando mi sorpresa de que los científicos se toparan con tantas dificultades para concebir una simple prueba a fin de determinar la validez de la PE. Hice referencia a las pruebas para doblar cucharas de Julie Knowles y otros, provocando así una respuesta por parte de Hasted. Enumeraré y comentaré a continuación algunos de los puntos que utilizó a modo de refutación.

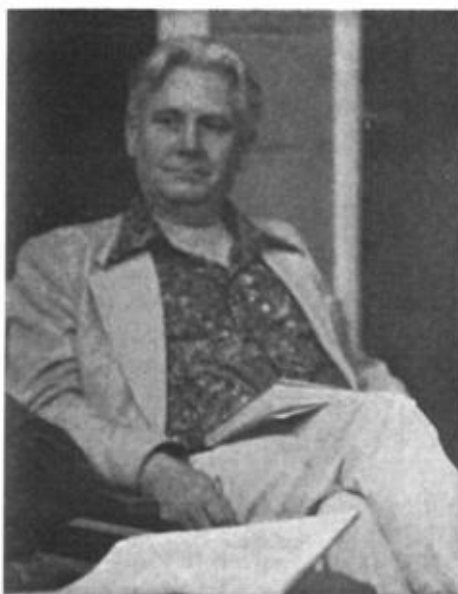
Haciendo referencia a mis intenciones, afirmó que yo decía que podía «refutar la existencia de un fenómeno sin ni siquiera comenzar a entender de qué se trataba». No es así. Nunca dije que fuera capaz de probar algo negativo, una imposibilidad. La carga de la prueba le corresponde a Hasted, quien tiene que demostrar que efectivamente existe un fenómeno; yo no tengo por qué probar que no existe ninguno. La «experiencia histórica» descrita anteriormente no es suficiente. Hasted también sostiene que «el señor Randi... exige que el metal que debe ser doblado sea colocado en tubos de “plexiglás” (plástico acrílico)». Tampoco es así. Nunca exigí semejante cosa. Fue el tonto que investigó el asunto de los niños que doblaban cucharas el que afirmó que los chicos podían hacer eso. El mismo Hasted afirmó, en la Royal Institution, que sus niños podían hacerlo. Todo lo que pido es que lo hagan para mí. Entonces recibirán mis 10.000 dólares y una disculpa.

Hasted afirma: «El doctor Z. W. Wolkowski [dice] que Jean-Pierre Girard dobló un clavo, una lámina de metal y un resorte dentro de unos tubos de vidrio sellados sin ningún orificio en un laboratorio». ¿Está seguro, John? Wolkowski también afirmó que el profesor John Taylor, del King's College, presencié ese milagro llevado a cabo por Girard: «Estoy absolutamente seguro de que Girard no intentó hacer algo en mi presencia... Espero... que los recuerdos de Wolkowski sobre esa situación se vuelvan un poco más precisos». Sin embargo, Wolkowski se niega a responder una simple pregunta que le hice en varias ocasiones: ¿dónde están esos tubos sellados?



Julie Knowles sentada frente a la vela, el espejo y el reloj, y sosteniendo la cuchara. La ennegrecida parte cóncava de la cuchara puede verse en el espejo.

Julie Knowles era una joven muchacha inglesa que trabajaba con John Hasted como «dobladora de cucharas». La descripción de este último la mostraba como alguien que se llevaría mis 10.000 dólares. A mi llegada a Inglaterra para otros asuntos, recibí varias llamadas telefónicas urgentes y varias cartas de parte de la señora Hasted, rogándome que fuera a la Universidad de Bath para observar las pruebas de Julie en un laboratorio local. Encontré el tiempo para hacerlo y fui a Bath en compañía de algunos colegas para presenciar el maravilloso fenómeno. Julie se sentó en el laboratorio y nosotros nos retiramos a otra habitación desde la cual podíamos observarla para así no perturbarla. Su madre, mirando ceñudamente, permaneció en una habitación distante, negándose a acercarse a mí excepto para cobrar el cheque. La muchacha estuvo sentada allí durante dos horas sosteniendo una cuchara, cuya parte cóncava fue teñida con carbón para evitar que ella la tocara sin dejar alguna prueba de ello. Hasted iba comentando cómo la cuchara se doblaba, asintiendo y sonriendo de forma alentadora. Había firmado un acuerdo en el que se afirmaba que nuestro protocolo era satisfactorio. Yo sabía muy bien que en cuanto se descubriera que Julie no tenía ningún poder psíquico, él realizaría todo tipo de racionalizaciones. Estaba en lo cierto.



El profesor John Hasted en la prueba de Knowles, en la Universidad de Bath. Hasted se mantuvo apartado de la actuación, negándose absolutamente a participar en los controles y en las observaciones.

Hasted se quejó luego de que el protocolo era complicado (no lo era), que había afirmado que Julie fue «totalmente influenciada» (así fue, tanto por parte de Hasted como de su esposa), y que no había investigado la cuchara no doblada respecto a las modificaciones sufridas en cuanto a «la tensión nominal, la presión residual, las dimensiones del espécimen, etc.». Ignora el hecho de que, a diferencia de ciertos experimentadores deficientes, nosotros, los que concebimos el protocolo para poner a

prueba a Julie Knowles, especificamos de antemano que la prueba consistía en doblar de forma visible una simple cuchara de té, una proeza que la muchacha era capaz de realizar. No pretendíamos investigar oscuros efectos periféricos y decidimos después del hecho que cualquier descubrimiento resultaba significativo. Cuando Hasted va a las carreras, no puede cobrar en la ventanilla de apuestas si el caballo por el que apostó como ganador llega en sexto lugar. ¡Simplemente no es capaz de reconocer a simple vista un experimento apropiado y adecuado!

Hasted calificó de «duras» mis condiciones para el experimento. No, John, eran simples y directas. Hasted afirmó que las cucharas utilizadas no fueron etiquetadas. Sí lo fueron, de forma adecuada y permanente. Se quejó de que sólo una parte de la cuchara había sido teñida de negro. Eso es verdad. Dado que habíamos decidido que se intentaría doblar la cuchara hacia abajo (¡una vez más esa insistencia en anunciar de antemano lo que pretendíamos hacer, en términos muy claros!), sólo era necesario teñir de negro una cara de la cuchara, en la que tendría que aplicarse la presión. Teñir las dos caras habría permitido la posibilidad de que Julie confundiera la parte teñida inferior de la cuchara, lo cual habría invalidado el experimento. Sabíamos lo que estábamos haciendo. En su refutación a mi carta en el JSPR, Hasted afirma que señala esas cosas «a fin de bajarles los humos a las afirmaciones de Randi en el sentido de que él es mejor testigo que los científicos». Nunca hice semejante declaración. Pero diré que soy mejor testigo que algunos científicos.



Las cucharas podían doblarse «fácilmente» de este modo.

Hasted terminaba sus denuncias con el comentario de que «la concepción experimental tendría que haber sido dejada en manos de experimentadores profesionales y no en las de embusteros profesionales». No, profesor Hasted, digamos mejor que la concepción experimental tendría que haber sido dejada en manos de experimentadores competentes. Entonces, nosotros los embusteros profesionales podremos volver al negocio del entretenimiento.

Espero que mi lector haya reconocido en estas réplicas a mi carta publicada en el

JSPR las técnicas de citar de forma equivocada, de inventar afirmaciones, de dejar de lado los hechos, de exagerarlos y de implicar la inferioridad del oponente. Son disparos baratos, en el mejor de los casos ineficaces. Admitiré que no puedo manejar los cálculos como él lo hace y que no puedo igualar su educación, ¡pero sin ninguna duda puedo desenmascarar a un niño doblando una cuchara! En realidad, toda persona moderadamente inteligente puede hacerlo, salvo que sienta el impulso de jugar a ser obtuso.

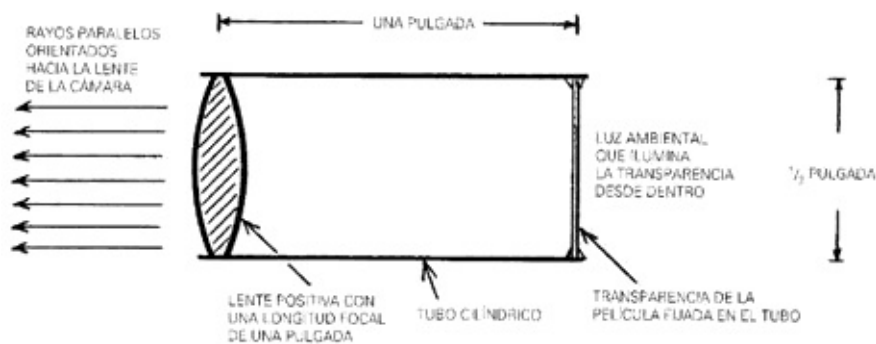
Otra *cause célèbre* que se desvaneció, pero que provocó mucho ruido mientras duró, fue la hazaña de la «psicofotografía» o «fotografía del pensamiento» de Ted Serios, ex botones convertido en «psíquico», quien descubrió que usando un simple dispositivo y reuniendo unas pocas mentes simples a su alrededor podía hacer magia. Serios le dijo al doctor Jule Eisenbud, un psiquiatra de Denver, que podía hacer que aparecieran imágenes en la película de una cámara Polaroid. Durante dos años Eisenbud engrosó las arcas de la Empresa Polaroid comprando grandes cantidades de película para que Serios pudiera tomar fotografías absurdas. Todo aparece en un libro de Eisenbud, *The World of Ted Serios*, que explica con qué facilidad un psiquiatra puede equivocarse al descubrir sus propias ilusiones. En un episodio, se le pidió a Serios que presentara una fotografía del Thresher, un submarino nuclear que acababa de desaparecer. Serios le entregó una imagen que Eisenbud confirmó como el submarino Thresher, aunque de forma metafórica. Para una mente no entrenada, parecía la fotografía de la reina Isabel II de Inglaterra con el vestido del día de la coronación, pero eso muestra cómo nosotros, la gente común, no logra entender las grandes verdades de la ciencia al no tener una capacitación que nos permita ver más allá de la mera superficialidad. Ya que, como demuestra el doctor Eisenbud, la reina Isabel puede fácilmente transformarse en el submarino.

Hay que admitir que Liz ha ganado unos kilos en los últimos años, pero su perfil de ningún modo se parece a un submarino atómico. La prueba del doctor es todavía más esotérica, como corresponde a un parapsicólogo. Eisenbud explica que el nombre de la reina en latín es «Elizabeth Regina», ¡y ahí tenemos la mitad del misterio! ¿Cómo? ¿No lo entiende? ¡Nunca será un parapsicólogo! Veámoslo de nuevo. «ElizabeTH REGina». ¿Está mejor ahora? ¡La aguda mente de Eisenbud descubrió la primeras cuatro letras de Thresher en medio del nombre latino de la reina! ¡Qué inteligente! Al ser un psiquiatra freudiano, podría esperarse que sacara a relucir a Mamá en alguna parte, y así lo hace. La reina Isabel es una figura materna para millones de personas. Y el mar es la madre de toda vida, según se afirma. El Thresher está en el mar. La palabra francesa para «madre» es mère. La palabra francesa para «mar» es mer. Obsérvese que esas dos palabras son similares. Ted Serios se siente vinculado a su madre y su nombre es... ¡Esther! ¿No es cierto que la parapsicología es grandiosa? ¡Porque en el nombre de Esther tenemos las letras sher que buscábamos

para completar thresher!

Serios desapareció de escena, aunque fue el niño mimado de los locos de la parapsicología durante cierto tiempo. La revista Fate trató de hacerle regresar hace poco, publicando un artículo con dos fotografías muy confusas que supuestamente habían sido obtenidas «psíquicamente» por Serios: las fotografías mostraban a la entonces fugitiva Patty Hearst con el pelo corto. Le eché un vistazo a esas fotografías y no pude distinguir una persona y menos aún a Patty. Unos días después del artículo de Fate, Patty Hearst fue detenida. Tenía el pelo largo. ¿Un error? No, por supuesto que no. La explicación dada para el disparate de Serios fue que sus fotografías mostraban cómo ella quería ser. ¿O perdí el hilo en alguna parte?

Serios llevó a cabo esas maravillas mediante un simple dispositivo que puede fabricarse con facilidad. Usted necesitará una lente pequeña, positiva (de aumento), preferentemente de una pulgada de diámetro, y con una longitud focal de aproximadamente una pulgada y media. Esto puede averiguarse midiendo la distancia entre la lente y la imagen de un objeto distante dibujado sobre un trozo de papel. Necesitará un pequeño tubo —tan largo como la longitud focal— para sostener las lentes. De cualquier transparencia en colores (una diapositiva de treinta y cinco milímetros o un fotograma de película de dieciséis milímetros, por ejemplo) corte un círculo que pueda ajustarse en un extremo del tubo y péguelo con cola. La lente se fija en el otro extremo.



Dibujo del artilugio de Serios. El extremo izquierdo se mantiene junto a la lente de una cámara Polaroid enfocada hacia el infinito y la imagen sobre la transparencia se proyecta sobre la película de la Polaroid.

Usted utiliza el artefacto de Serios sosteniéndolo en la mano con el extremo de la lente hacia la palma. La víctima —sosteniendo la cámara Polaroid, que ha sido enfocada hacia el infinito— debe disparar el obturador mientras la mano se mantiene frente a la lente. Mantenga el tubo apuntando en línea recta hacia la cámara. Si está fuera del centro, saldrán fotografías manchadas, como hizo Serios en varias ocasiones. La fotografía que sale es habitualmente defectuosa pero interesante. Las imágenes aparecen en general en el medio de los márgenes de una Polaroid, con una

forma circular rodeada de negro, como podría esperarse. Si usted desea, puede asegurarse de que el dispositivo no sea detectado colocando un tubo suelto de papel a su alrededor. El dispositivo se deslizará con facilidad, y entonces usted puede ofrecer el tubo de papel para su examen, aunque cualquier parapsicólogo dudará en mirar con demasiada atención.



El artilugio de Serios tal como se sostiene frente a la lente de una cámara Polaroid. Puede ser ocultado dentro de un tubo de papel más grande. Luego, el dispositivo desaparece fácil y secretamente.

En 1967, el escritor Paul Welch publicó un artículo sobre Serios en la revista *Life* en el que le respaldaba totalmente. El tubo de papel, que era utilizado para ocultar su dispositivo óptico, nunca fue mencionado. Aunque se destacaba en todos los trabajos de Serios y aparecía en la mayoría de las fotografías, *Life* eligió censurar cualquier referencia al mismo para fabricar una historia más interesante.

Pero Eisenbud, saltando sobre la carnada proporcionada por el artilugio, se apresuró a proclamar que aunque a Serios le gustaba usar el tubo de papel, a menudo no lo hacía; simplemente colocaba su mano allí. Cuando dos fotógrafos —Charles Reynolds y David Eisendrath— y Persi Diaconis, un importante prestidigitador de la Universidad de Stanford, fueron a Denver para ver al superpsíquico en acción, obtuvieron la misma evasiva maliciosa. Después de un intento, Serios colocó rápidamente su mano en el bolsillo. Diaconis intentó impedirlo, tratando de interceptar el artilugio antes de que pudiera ser vaciado. Eisenbud se arrojó entre los dos hombres y se opuso a esa acción, olvidando aparentemente que había invitado a las tres personas para que observaran su actuación. Un momento más tarde, Serios mostró el tubo de papel ya vacío, sacándolo de su bolsillo para su examen. Un poco tarde.

Los observadores son invitados para observar, pero se impide que lo hagan cuando se acercan demasiado...

Diaconis señala que en cierto momento el doctor Eisenbud había preguntado a los observadores «si sólo es genuino el 10% del tiempo, ¿no es eso suficiente para

ustedes, muchachos?». No, no lo es. Porque ese 10% está bien dentro del nivel de ruido de sus «experimentos», doctor. En realidad, un porcentaje mucho más elevado seguiría ubicándose dentro de esos generosos límites, dadas las observaciones de los expertos Reynolds, Eisendrath y Diaconis. Pero admitiremos que si los experimentos hubiesen sido hechos con la seguridad adecuada y un apropiado control del sujeto, el 10% resultaría impactante. Tal como fueron las cosas, nadie se sintió impactado ni satisfecho.

Life no hizo referencia a la investigación de Reynolds, Eisendrath y Diaconis, la que había demostrado que los experimentos observados, contrariamente a lo que había declarado Eisenbud en su libro, «carecían de un control adecuado sobre los materiales esenciales» y había revelado «defectos metodológicos irreparables en todas las fases de los experimentos». Life tenía pleno conocimiento tanto del uso del artilugio como del informe decisivo de los tres competentes observadores, pero para poder presentar algo convincente, ignoró las pruebas contradictorias. Cuando interrogué al personal de la revista acerca de esas omisiones, me dijeron que «un borrador anterior de la historia de Welch incluía la mención de un artilugio que fue eliminado en la versión final, ya que Serious no lo usaba siempre». Es verdad. Pero un asesino tampoco mata a todas las personas con las que se encuentra. ¿Y qué hay de la exposición de Reynolds, Eisendrath y Diaconis? Ni una sola palabra por parte de Life al respecto.

Eisenbud, demostrando perfectamente la irracionalidad de su clase, me lanzó un desafío después del programa de televisión «Today» de la NBC, en el que habíamos aparecido juntamente con Serious y una personalidad de la televisión, Hugh Downs. Su absurda idea fue que yo me sometiera a un descabellado conjunto de controles — esto después de que había quedado perfectamente claro para todos los investigadores que su personaje había sido autorizado a operar conforme a las circunstancias más flexibles e increíbles. Yo debía permitir que me revisaran, incluyendo una «inspección completa de los orificios corporales», y luego que me desvistieran, que usara un uniforme y que fuera encerrado en una cámara con paredes de acero, recubiertas de plomo, a prueba de sonidos y sin ventanas. También tenía que estar ebrio. Sólo entonces estaba en disposición de producir las imágenes. ¿Por qué? porque Ted Serious operó en esas condiciones, afirmó Eisenbud. ¿Ah sí? Cuando Reynolds, Eisendrath y Diaconis estuvieron presentes, doctor, la seguridad era tan mala que no sólo se le permitió a Serious que deambulara dentro y fuera de la habitación, sino que Diaconis pudo cambiar un fragmento completo de la película justo delante de sus narices, ¡y usted ni siquiera se enteró de ello! Y dispongo de los tres testimonios (sobrios y sin uniformes).



Fotografía que aparece en *Technology Review*, revelada en el Massachusetts Institute of Technology. En la foto resulta visible una silla, superpuesta sobre una toma de la mano del autor mientras era mantenida contra la lente. Como puede observarse por el edificio que aparece en un lado, la cámara enfocaba hacia el «infinito» para esta toma que fue sacada en las mismas condiciones que las famosas «psicofotografías» de Ted Serios.

Si este gran investigador y observador sin par hubiera solicitado que Serios actuara en las condiciones establecidas para mí, ¿por qué no lo mencionó antes? Remito a los curiosos al *Journal of the American Society for Psychical Research* (JASPR). En dicha publicación, Eisenbud escribió miles de palabras acerca de sus experimentos con Serios, refiriéndose muchas veces a pruebas realizadas en habitaciones selladas y en las que la cámara estaba aislada del sensitivo. Quisiera saber dónde se menciona en esos relatos una prueba del tipo que él afirma haber llevado a cabo. Simplemente no existe. Inexistentes son también los poderes de Serios y la objetividad de aquellos que le investigaron.

El doctor Eisenbud está en su ambiente cuando escribe para los periódicos de parapsicología. Allí puede desparramar una terminología que confunde maravillosamente los hechos básicos. En el número de julio de 1967 del JASPR, Eisenbud y sus socios se condenaron a sí mismos con su propia pluma. Allí analizan el artilugio y afirman que sin él, Serios obtiene resultados «que no son diferentes a los resultados obtenidos con su uso». Proceden luego a describir un intento efectuado en marzo de 1965 en el que Serios llevó a cabo proezas maravillosas. Los seis «socios» sugirieron diferentes objetivos y el doctor Johann R. Marx sugirió un avión de la Primera Guerra Mundial. Serios y el doctor Marx habían pasado mucho tiempo hablando de los principios de la aviación, un tema de gran interés para los dos hombres, y no me sorprende descubrir que Serios apareció esa noche sabiendo que

Marx estaría presente, equipado con un artilugio apropiadamente preparado para la ocasión. Eisenbud señala cuidadosamente que Serios, durante esa sesión, usó unas veces el artilugio y otras veces no, y presentó cinco dibujos, todos con imágenes del mismo objeto general: parte de un avión antiguo.

Al principio del artículo del JASPR, Eisenbud agrava su ingenuidad diciendo a propósito del artilugio «que, en efecto, no se ha descubierto aún ninguna otra razón para su existencia que la de facilitar la concentración». Si Eisenbud hubiese examinado cuidadosamente esos datos, hubiese observado que el uso del dispositivo sugería ciertas cosas, ya que Serios presentó imágenes sólo en las pruebas 15, 20, 22, 26 y 33, las únicas en las que utilizó el artilugio.

Hasta el día de hoy, conforme a lo que me han dicho, Eisenbud cree que un botones de Chicago pudo producir imágenes sobre película a través de medios milagrosos. Su ego simplemente no le permite darse cuenta de que fue engañado, por lo que llevará consigo sus ilusiones hasta la tumba. Quizás el doctor Börje Löfgren, en un escrito aparecido en el *Journal of the American Psychoanalytic Association*, acertó cuando describió a Eisenbud y a otros entusiastas de la parapsicología como «mentes en decadencia» con «defectos de pensamiento y relaciones perturbadas con la realidad». En última instancia, parece que el doctor Eisenbud no está remando con los dos remos en el agua.

El estadístico Persi Diaconis, a quien conozco desde hace muchos años (desde su temprano interés por la prestidigitación), se sitúa en una sólida posición desde la cual puede juzgar el valor de las afirmaciones parapsicológicas. Su conocimiento de la prestidigitación y el mentalismo es único, y no digo esto a la ligera. Persi, mediante el uso de cartas, es capaz de realizar milagros que avergonzarían a muchos magos profesionales. Su conocimiento de las sutilezas psicológicas del prestidigitador le capacitan para dichas investigaciones. Desafortunadamente para el arte, el señor Diaconis eligió hace mucho una profesión más seria y actualmente se dedica a los problemas estadísticos. Su ayuda como consultor contribuyó enormemente a mi tarea, y aunque ya no participa activamente en la CSICOP, presta su ayuda a nuestros esfuerzos cuando el tiempo se lo permite.

Un artículo reciente que publicó en *Science*, el periódico de la American Association for the Advancement of Science, provocó una gran agitación entre algunos paracientíficos que fueron castigados por el artículo. Diaconis señalaba correctamente que la «investigación parapsicológica moderna es importante... [pero] era pobremente concebida, mal dirigida, además de que ciertos experimentos no analizados apropiadamente parecían constituir un obstáculo mayor que las trampas hechas por algún sujeto... Siempre parece haber muchas excusas y cabos sueltos. Los mismos errores se cometen una y otra vez». Queda claro que si el sujeto hace trampas o se sigue un procedimiento experimental negativo, la tarea del parapsicólogo queda

desacreditada; por lo tanto, una combinación de esos dos elementos la desacreditan doblemente.

Diaconis examinó durante mucho tiempo el trabajo parapsicológico, no como un observador pasivo sino como un investigador comprometido. Además de haber sido uno de los expertos convocados para examinar el episodio de Serios-Eisenbud, analizó de cerca la tarea de Charles Tart, prominente parapsicólogo. El caso de «B.D.», un artista de trucos de cartas que engañó a varios expertos en parapsicología, cayó en pedazos con el examen de Diaconis.

Pero, evidentemente, siempre existen ejemplos de esas maravillas a los que no puede acceder, debido al carácter secreto que a menudo los rodea, a la renuencia de los investigadores a revelar importantes detalles de los experimentos o simplemente a las barreras del tiempo y la distancia. «Ciertamente, he leído acerca de acontecimientos que no puedo explicar», afirma Diaconis. Por supuesto, debo admitir lo mismo. También estoy totalmente de acuerdo con su opinión en otra declaración: «He podido observar personalmente más de una docena de experimentos y he conocido en detalle a través de otras personas unos veinte más. En todos los casos, los pormenores de lo que realmente ocurrió no permiten considerar el experimento como una prueba de los fenómenos paranormales».

Existe en física moderna un concepto muy delicado, novedoso y aparentemente intelectual que me resultará muy difícil de aclarar. Reducido a términos simples por medio de analogías, comprende una idea asombrosa. Supongamos que eliminamos los dos reyes de un juego de ajedrez. Uno es negro, el otro blanco. Cerramos a ambos en cajas idénticas y mezclamos las cajas. Ahora usted no tiene idea de cuál es cuál. Envía uno por correo a un lugar distante y vuelve a casa para contemplar la otra caja. Ahora prepárese porque viene la parte más difícil.

Usted no puede decir, en ese momento, cuál es el color del rey ausente. Hablando desde un punto de vista matemático, es evidente que tiene exactamente una probabilidad del 50% de ser o negro o blanco, cualquiera que sea el que usted elija. Si abre la caja que está en su casa, sabrá seguramente de inmediato cuál es el color del rey ausente, ¿verdad? No, de acuerdo con ese concepto. Este sostiene que hasta que usted no abra la caja que tiene en su casa, la caja ausente no contiene ni el rey negro ni el rey blanco, ¡sino un rey que es «medio negro y medio blanco», para decirlo de alguna manera! Al abrir la caja usted hace que el otro rey sea del color opuesto.

Quizás usted espera que lo dicho anteriormente sea una confusión tipográfica o la escritura de un lunático, pero ilustra de una forma simple lo que afirman los físicos modernos que realmente sucede en la física de partículas, sólo a nivel subatómico.

Una pequeña digresión. Todos sabemos algo acerca de la física de Newton — manzanas caídas y fórmulas simples para calcular el comportamiento de objetos influidos por la gravedad—. Después llegó ese hombre molesto llamado Albert

Einstein que lo confundió todo con su Teoría de la Relatividad, que decía que era mucho mejor que la de Newton. Pero se trata de un juicio sujeto a interpretación. Por ejemplo, las manzanas que caen encajan bien y con exactitud en las fórmulas de Newton. Einstein no agrega nada a esos cálculos. Pero cuando consideramos los movimientos y el comportamiento de cuerpos muy grandes (estrellas, galaxias), de cuerpos muy pequeños (electrones) o de objetos que se mueven a velocidades muy altas, Newton fracasa lamentablemente y Einstein aparece para proporcionar las herramientas necesarias. Todo es cuestión de escala, con nuestro mundo cotidiano cubierto por un conjunto de normas y los mundos más exóticos por otro. Las leyes que Einstein introdujo para la física no funcionaban en la escala manejada por Newton; las variables están allí pero equivalen a cantidades insignificantes.

Por la misma razón, no podemos suponer que las conclusiones alcanzadas en la física de Einstein puedan aplicarse para responder preguntas relacionadas con la caída de la manzana de Newton. Eso es justamente lo que han hecho los «parafísicos» en su ímpetu por desarrollar una teoría que explicara lo que erróneamente piensan haber probado que existe; en su mundo, las observaciones no son respetables sin una teoría que las acompañe para explicarlas.

Una de las autoridades destacadas de la mecánica cuántica está furiosa con los parafísicos por este mal uso de una construcción teórica perfectamente razonable. Se trata de John Archibald Wheeler, ex director de la American Association for Advancement of Science, ex presidente de la American Physical Society y, actualmente, director del Center for Theoretical Physics y profesor de Física en la Universidad de Texas en Austin. Wheeler está muy familiarizado con lo que se conoce como el «problema de la medición» y su abuso.

Pero volvamos a nuestras piezas de ajedrez. Lo que se considera verdadero en el mundo de los electrones no rige para el mundo del ajedrez y de las manzanas. Por ejemplo, se puede crear un par de fotones que sabemos que deben tener direcciones de vibración opuestas, una vertical y la otra horizontal. Se separarán, viajando hacia direcciones diferentes. El descubrimiento de la dirección de vibración de cualquier fotón es un proceso simple. Pasa a través de un dispositivo de medición y entonces se determina la dirección de la vibración. Pero el fotón es alterado —a veces aniquilado— a través del proceso de medición. Tenemos que interferir en el sistema a fin de observarlo o medirlo. Sin embargo, una vez hemos determinado la dirección de la vibración, conocemos de inmediato la dirección de vibración del otro, el fotón remoto que no hemos medido y en el cual no hemos interferido. De lo que se deduce que para llevar a cabo mediciones en ese nivel, debemos interferir de forma sustancial en la cosa que se mide. Lo peculiar es que también medimos la otra mitad del conjunto, ¡y sin interferir en la misma!

Recuerdo una broma que le hice a Mike Douglas, una conocida figura de la

televisión. Estaba hablando acerca de dinero falsificado y le pedí que me permitiera mostrarle una prueba para determinar si un billete de veinte dólares era falso o no. Me ofreció uno para ese fin; lo arrugué haciéndolo una bola y lo cambié simultáneamente por otro hecho de nitrocelulosa, producto que se enciende con facilidad y no deja cenizas. Encendí un fósforo y lo coloqué sobre lo que él creía que era su billete; desapareció. Le aseguré que se trataba de un billete verdadero. Los falsos no harían eso. Su expresión era impagable y yo sin duda había demostrado la regla que se conoce como el Principio de Heisenberg: el acto de medir algo interfiere en el fenómeno.

Nuestro ejemplo del fotón, un fenómeno conocido como la Paradoja de Einstein-Podolsky-Rosen, parece mostrar que la información puede ser transmitida de forma instantánea de un fotón a otro fotón a años luz de distancia. Esto provocó el deleite de los parafísicos. Uno de ellos, el doctor Evan Harris Walker, se lanzó a la locura al postular que el secreto residía en la consciencia del ser humano que efectuaba la observación. Pero parte de su problema, para consternación de John Wheeler, es que no interpretó de forma correcta el lenguaje en el que se encuentra expuesta la cuestión. En física, «observación» es sinónimo de «medición»; Walker supuso que un observador humano debe llevar a cabo la operación de medición e interferir así en la cosa medida. Lo que se quiere decir en realidad es que un dispositivo u otra influencia externa —no necesita ser un ser humano y la «consciencia» inherente en dicho término— interfiere en el acontecimiento observado en el proceso de su medición. Sobre la base de este malentendido, los parafísicos se apresuraron demasiado por la senda de la ciencia.

Al referirse a las opiniones de Walker sobre este tema, el profesor R.A. McConnell, otro trabajador en el campo de la parapsicología, empleó un término que yo no puedo usar en este libro. El doctor David Bohm, del Birkbeck College de Londres, siente lo mismo por el conocimiento de Walker acerca de la mecánica cuántica y su aplicación a la teoría de la parapsicología. Pero Walker se convirtió en niño dorado de la parafísica con su teoría de la mecánica cuántica aplicada a la psi, hasta que el doctor Wheeler decidió poner las cosas en su lugar.

En enero de 1979, en una sesión sobre «Ciencia y consciencia» durante una conferencia de la American Association for the Advancement of Science en Houston, el doctor Wheeler descubrió para su amargura que se había programado que hablaran, entre un largo listado que incluía a algunos parapsicólogos, Harold Puthoff y Charles Honorton. Wheeler describió las nociones de los parapsicólogos como «ideas absolutamente locas presentadas con el fin de establecer un vínculo entre la mecánica cuántica y la parapsicología» —como si la parapsicología existiera realmente. Con términos claros se quejó de que la American Association for the Advancement of Science hubiese cometido el error de admitir a los parapsicólogos como asociados y

que éstos hubiesen usado esa circunstancia para darle un aire de legitimidad a sus afirmaciones.

El doctor Wheeler, haciendo referencia a la década que pasó desde que la American Association for the Advancement of Science admitió a los parapsicólogos, hizo una simple pregunta: «¿Acaso ese campo de investigación... produjo algún resultado probado?». Su conclusión final frente a los deficientes resultados obtenidos, que fueron exagerados por los parapsicólogos al atribuirles una supuesta gran significación, fue simplemente la siguiente: «Donde hay humo, hay humo». El doctor Wheeler reclamó que la American Association for the Advancement of Science expulsara a la Parapsychological Association de sus filas.

Sobre la base de una falsa teoría de la mecánica cuántica de psi, los parapsicólogos clamaron para que los escépticos reconocieran que la física cuántica —con el Principio de Heisenberg, la Paradoja de Einstein-Podolsky-Rosen y otros temas de análisis recientemente populares— ha dado crédito a sus afirmaciones en el sentido de que las actitudes escépticas y los observadores escépticos pueden inhibir los acontecimientos psíquicos y que, por fin, existe una transferencia de información más rápida que la luz. La fuerza propulsora de estas afirmaciones señala que sólo los aspectos más modernos de la ciencia, y no el anticuado principio de la causa y el efecto, pueden ser utilizados para convalidar la parapsicología. Y quisieron utilizar a John Wheeler como prueba de este punto de vista. Un parafísico, encontrándose con Wheeler en una conferencia en Europa, le abrazó y anunció el gran placer de escuchar que por fin había aceptado el fenómeno paranormal. Indignado, Wheeler negó de forma categórica esa absurda suposición antes de una reunión de la American Association for the Advancement of Science.

«En lo sucesivo, excluyamos la consciencia de la carga de la magia. Reconozcamos que es una parte racional de la maquinaria bioquímico-electrónica del mundo. No invoquemos ni el “estado consciente” ni un “observador” como requisito previo para lo que en física cuántica llamamos el acto elemental de observación». En otras palabras, el observador no debe confundirse con el instrumento de medición. El hecho de que algún fenómeno haya sido registrado como una imagen sobre una película fotográfica satisface los criterios de la física, y un ser humano que observa el desempeño de un «psíquico» o que registra los efectos físicos relacionados con dicho desempeño no tiene más influencia que un simple instrumento que lleve a cabo las mismas operaciones. El efecto inhibitorio del escéptico sobre los poderes sobrenaturales queda así relegado a una esfera apropiada. Es mera fantasía.

Al concluir su discurso, el doctor Wheeler incitó a todos los presentes a «continuar insistiendo en la secular tradición de la ciencia, de la que excluimos todo misticismo e insistimos en la regla de la razón. Y no permitamos que nadie utilice el experimento de Einstein-Podolsky-Rosen para afirmar que la información puede

transmitirse a mayor velocidad que la luz o para postular cualquier “interconexión cuántica” entre consciencias separadas. Ambas carecen de base. Ambas son misticismos. Ambas son ilusorias».

Recientemente, mientras asistía a la proyección de una película sobre acrobacias llevadas a cabo por un grupo de devotos indonesios de las artes marciales, expresé mis dudas acerca de las afirmaciones «místicas» efectuadas. Fui abordado por un furioso caballero que comenzó a gritar «Heisenberg» frente a mí. Estaba tratando de hacerme comprender que yo, como observador, estaba interfiriendo en la demostración debido a mi actitud escéptica. Simplemente le corregí insistiendo en que el Principio de Heisenberg sólo puede aplicarse en un nivel atómico o subatómico. Empalideció un poco, ya que no suponía que yo estuviese enterado de esas cosas, ¡pero luego reaccionó y replicó que estaba hablando del Principio psicológico de Heisenberg! ¡Qué fácil le resulta a la pseudociencia adoptar los descubrimientos básicos de la verdadera ciencia para luego desfigurarlos! El truco en este caso era utilizar el principio en una escala para la que no había sido previsto, luego aplicarlo a otra disciplina y finalmente darle un nuevo nombre y aplicarlo de forma errónea. ¡*Voilà!*

A pesar de las numerosas cabezas cortadas en la jerarquía de la parapsicología, hasta hace poco era difícil para este escéptico ocuparse del problema planteado por el trabajo efectuado en los años cuarenta por el doctor S.G. Soal en Inglaterra. Soal informó de que había descubierto a un poderoso psíquico, Basil Shackleton, y el medio millón de pruebas a que fue sometido parecían probar de forma concluyente que poseía genuinos poderes de PE. Parecía ser un caso herméticamente cerrado, sobre todo después de la muerte de Soal hace unos años, lo que clausuró el asunto para nuevas investigaciones, en especial por el hecho de que había informado de que sus datos originales se habían «perdido» en un tren. Se trataba de un caso en el que había que elegir entre creer sus afirmaciones o rechazarlas. Y hasta hace poco uno tenía que creerle, según parecía, o decir que todos los investigadores eran mentirosos.

Soal utilizó una tabla de logaritmos para completar una lista de números del 1 al 5 al azar. Eligió el octavo dígito de cada cien logaritmos, restando 5 cuando se encontraba entre 6 y 0; de ningún modo era un sistema perfecto, pero era relativamente bueno. Se sentaba con su lista y trataba de transmitir cada imagen (representada por un dígito) a Shackleton. Este expresaba oralmente la respuesta, que se escribía ante numerosos testigos.

El profesor G.E. Hutchinson, de Yale, declaró que el sistema constituía «la investigación más cuidadosamente dirigida de ese tipo jamás efectuada». El profesor R.A. McConnell, de la Universidad de Pittsburgh, afirmó en referencia a los trabajos publicados de Soal: «Como informe para los científicos, éste es el libro más importante sobre parapsicología desde... 1940... Si los científicos lo leyeran

cuidadosamente, la “controversia sobre la PE” llegaría a su fin». C.D. Broad, el filósofo, dijo que el trabajo era «sobresaliente... Las precauciones tomadas para impedir el fraude deliberado [fueron] absolutamente estrictas». Incluso el parapsicólogo J.B. Rhine manifestó su ardiente aprobación respecto a la concepción y los resultados de Soal. Dichos resultados eran fantásticos, en el orden de miles de millones a uno en contra del simple azar. Las críticas elogiosas continuaron llegando de todos los rincones del globo. Haciendo referencia a parte del trabajo de Soal, sir Cyril Burt afirmó: «Creo que debo mostrarme de acuerdo con el hecho de que los experimentos de Soal no tienen igual en todo el corpus de la investigación psicológica». Recientemente, se descubrió que sir Cyril había falsificado una extensa cantidad de datos en una investigación sobre una herencia; había incluso inventado testigos y autoridades para sus informes. Un prominente parapsicólogo, el profesor Beloff, de la Universidad de Edimburgo, calificó los informes de Soal como «la prueba más impactante de que disponemos en favor de la realidad de la PE». Hace muy poco que ya no comparte esa opinión.

Poco después de estas aclamaciones, comenzó a vislumbrarse la posibilidad de que podría haber habido algún manipuleo secreto en el trabajo. Una observadora informó de que había visto cómo Soal cambiaba algún 1 por un 4 ó un 5; sus unos eran muy cortos, por lo que se podían modificar fácilmente para obtener las cifras deseadas. Soal decidió que no era «suficientemente importante» como para informar de ello oficialmente. Pero en 1973, cuando Christopher Scott y P. Haskell investigaron el asunto, la acusación relacionada con el engaño de Soal se hizo muy fuerte. Había demasiados pocos unos y demasiados cuatros y cincos en las cifras de los objetivos. Muchos de los cuatros y cincos de la lista resultaron ser «aciertos» en las pruebas de Shackleton. Aparentemente, cuando el objetivo era 1, y el sujeto gritaba 4, resultaba simple y tentador para Soal «corregir» el 1 por un 4. Pero —y es un «pero» fundamental— incluso con la explicación de esos dígitos, los resultados de las pruebas eran mucho mejores de lo que se habría conseguido por mero azar; de manera que las pruebas, aunque oscurecidas, seguían considerándose como el mejor ejemplo nunca alcanzado en favor de la existencia de la PE.

En el libro *Proceedings of the Society for Psychical Research*, Betty Markwick, una estadística, reveló en 1979 hechos concluyentes acerca de Soal que nunca habían sido imaginados. Además de cambiar unos pocos dígitos cuando se presentaba la oportunidad, parece que también puso en práctica una simple astucia. Markwick descubrió los lugares en las tablas de logaritmos donde Soal había elegido sus dígitos. No sólo había repetido algunas series en las listas, sino que también había dejado espacios en su lista de objetivos cada cinco dígitos, en los que insertaba dígitos de objetivos «acertados» a medida que las pruebas se llevaban a cabo. Nadie había observado esta trampa, y de hecho no podían hacerlo, dado que, conforme a las

reglas, se suponía que su lista era secreta hasta ser presentada para su verificación. Pero las pruebas estaba allí, porque los «D.E.» (dígitos extra) que habían sido descubiertos eran «aciertos» que estaban de acuerdo con las conjeturas de Shackleton. De repente, ya no había ningún misterio para saber de dónde habían salido esos resultados.

Soal había sido descubierto de una vez y para siempre, y el último gran éxito en la materia había sido desacreditado. Pero J.G. Pratt, un parapsicólogo, proporcionaría la racionalización más sorprendente alguna vez escuchada en este campo, un campo célebre por sus trampas y sus magníficas coartadas. Aunque Pratt admitió que «tenía que dejar todo ese trabajo de lado para arrojarlo a la basura», no pudo reprimir la innata tendencia de disculpar las faltas obvias de su ex colega. El trabajo de la señorita Markwick, afirma Pratt,

«no proporciona una interpretación sin ambigüedades... que justificaría, por ejemplo, nuestra conclusión de que Soal hizo trampas de manera consciente en sus investigaciones... Yo mismo sugerí que Soal podría haberse convertido en su propio sujeto en el momento de preparar a veces las listas de números al azar sobre las hojas de registro antes de llevar a cabo las pruebas. Esta explicación sugeriría que utilizó cierta precognición cuando insertaba los dígitos en las columnas de números que estaba copiando, eligiendo inconscientemente números que registrarían aciertos conforme a lo señalado más tarde por el sujeto. Para mí, esta explicación de “experimentador psi” tiene mucho más sentido desde el punto de vista psicológico que el hecho de afirmar que Soal falsificó de forma consciente sus propios registros».

¡Lo que el profesor Pratt está tratando de decirnos, señores, es que S.G. Soal tenía poderes de precognición que le permitían predecir de forma inconsciente los números que Shackleton iba a señalar al día siguiente y que insertó, inconscientemente, esos números predichos en la lista! Pratt agrega que «no podemos juzgar a Soal respecto a su comportamiento, motivos y carácter».

Sí podemos. Lo hemos hecho y ha sido declarado culpable.

A medida que Walter Levy, Targ y Puthoff, Soal y otras «grandes cabezas» entre los paracientíficos comenzaron a desmoronarse una a una, a los periodistas les resultó más difícil encontrar héroes para exaltar. Michael Brown, en un artículo que apareció en la revista *Atlantic Monthly* en 1978, descubrió una nueva persona excitante, un científico de la Mind Science Foundation en San Antonio, Texas, llamado Helmut Schmidt. Parecía que sus experimentos eran los únicos que habían sido efectuados bajo un control apropiado y sus resultados parecían ser prometedores. Trabajaba con un equipo muy sofisticado y unas metas básicas. Los únicos problemas eran que (1)

sus experimentos no habían sido controlados por observadores externos, (2) los experimentos no habían sido apropiadamente repetidos, y (3) por lo menos un conjunto de resultados era tan extraño en cuanto a sus consecuencias que incluso los paracientíficos más luchadores se mostraron poco dispuestos a analizar las conclusiones, en especial porque éstas dependían totalmente de la teoría mecánica cuántica de psi que había sido refutada por John Wheeler.

Me encontré con Schmidt en una reunión de la American Physical Society en Nueva York. Schmidt es una persona sincera. Pero considero que es un hombre ingenuo que abrazó el principio básico de lo paranormal. Cualquier contradicción absoluta es prueba de profundidad. Su ponencia se titulaba «¿Existe algún efecto PK?». Afortunadamente, era una pregunta y no una conclusión.

Schmidt habló sobre unos experimentos en los que un generador, que operaba en varios niveles de azar a alta velocidad, fue utilizado para actuar como una «máquina de monedas» que hacía aparecer al azar una «cara» o una «cola» (o un «sí»-«no», «rojo»-«verde», «más»-«menos»). Se les solicitaba a los sujetos que intentaran influenciar el generador para que hiciera aparecer, por ejemplo, más «caras» que «colas», y parecía que eran capaces de hacerlo.

Ciertos procedimientos matemáticos se encuentran involucrados en dichos experimentos. Si uno lanzara una moneda cualquiera varias veces y obtuviera un resultado diferente del 50% de la proporción de «caras»-«colas», tendría que aplicar simples reglas estadísticas a dicho resultado para descubrir si éste resultaba significativo más allá del azar. Fundamentalmente, 100 lanzamientos deben dar 60 «caras» para ser considerados significativos más allá del azar. Está un 10% por encima de las expectativas. Pero en 50.000 lanzamientos, un margen de sólo 224 «caras» (0,45%) por encima del 50% resulta significativo, y en un millón de lanzamientos, el 0,1% sería aclamado. Por supuesto, estamos suponiendo que se trata de lanzamientos y métodos de registro totalmente correctos.

En los experimentos del doctor Schmidt, todos los resultados fueron automáticamente registrados y el sujeto recibía una información completa e inmediata; de esta manera, el sujeto sabía siempre cómo se estaba desarrollando. El número de pruebas era decidido de antemano. Al principio, como informó, no obtuvo resultados porque, según él, no creía con la suficiente energía. Lo que observó fueron pequeños resultados negativos, casi oscurecidos, cuando utilizó a sujetos comunes. Luego puso a prueba a personas dotadas y los resultados fueron muy negativos. Pero él había calculado eso, como dijo, ya que tenía la costumbre de efectuar un conjunto de pruebas preliminares para descubrir si un sujeto particular en el día del experimento tendía a obtener resultados negativos o positivos, y si dicha tendencia sería entonces decidida como el objeto de esa prueba.

«Tengo otros experimentos —afirmó Schmidt— que no funcionaron». No nos

dice cuántos. El número de éxitos que resultaron de los «buenos» experimentos parecía realmente muy reducido. El profesor Beloff, de la Universidad de Edimburgo, había intentado llevar a cabo el mismo experimento con un generador de números al azar y no había descubierto nada.

En el período de preguntas y respuestas posterior a la conferencia de Schmidt, se planteó el recurrente problema de la «interrupción opcional». En síntesis, si el sujeto está autorizado a detenerse cuando él quiera, el experimento no tiene valor, dado que el sujeto puede detenerse o ser detenido en el momento de estar progresando y el resultado total se convierte en un acierto, sin tener en consideración lo que hubiera ocurrido en caso de continuar la prueba. Por esa razón, el experimento debe tener un número de pruebas establecido de antemano, tal como se hizo. Pero la interrupción opcional también puede ser una continuación opcional. Estamos ante el mismo problema. Si los resultados no parecen muy buenos —y recuérdese que los sujetos de Schmidt recibían información inmediata que les indicaba si iban bien o no—, resulta fácil agregar unas docenas de pruebas para ver si podemos mejorar antes de detenernos.

Schmidt afirmó que efectuaba hasta 4 millones de «lanzamientos» del generador en una prueba para ver si se estaba desarrollando de forma apropiada con una distribución del 50%. La máquina parecía funcionar bien. Sin embargo, afirmó, los «lanzamientos» tendían levemente para un lado u otro de la línea media, ¡como si una fuerza paranormal estuviera operando! Pero, como ya se ha mencionado anteriormente, las series breves tienden a mostrar un mayor desvío. Sin ninguna duda, la serie de pruebas tendría que haber sido de la misma magnitud que la serie experimental. En cuanto a los resultados normales de la serie más larga de pruebas, cualquier tendencia de la máquina a producir una desviación periódica en favor ya sea de las «caras» como de las «colas» hubiera sido efectivamente corregida. Esto supone, por supuesto, que la distribución del 50% es la única característica que señala que los 4 millones de «lanzamientos» son usados para la prueba.

También resultaba sospechosa la práctica de llevar a cabo una serie de pruebas antes de determinar hacia qué dirección (positiva o negativa) tendía ese día el sujeto puesto a prueba, ya que si la máquina tenía cualquier inclinación que durara unos miles de «lanzamientos», las pruebas se harían siguiendo esa inclinación y, posteriormente, la serie oficial sólo tendería a exhibir dicha tendencia. La audiencia de la American Physical Society recibió la seguridad, sin embargo, de que los generadores de números al azar eran periódicamente sustituidos por otros durante las pruebas. Se parecía al hecho de iniciar un viaje en un globo defectuoso y llevar una gran cantidad de materiales de reparación, en lugar de despegar en un globo en buenas condiciones.

La incómoda conexión que se percibía a través de toda la charla del doctor

Schmidt era que los defectos básicos se justificaban o se disculpaban mediante lo que parecían ser ajustes posteriores de los hechos. Cuando los resultados experimentales no mostraban más que la ley de promedios, era porque no había «entusiasmo». Los resultados negativos eran evaluados de nuevo como positivos después de llevar a cabo ciertas ceremonias estadísticas. Había aspectos del procedimiento que quedaron en evidencia sólo después de un exigente interrogatorio. El momento revelador de la noche se produjo cuando el doctor Ray Hyman, un gran investigador de los procedimientos aplicados a las pruebas parapsicológicas, afirmó que el doctor Schmidt estaba usando la ciencia de las estadísticas, superando exageradamente los límites normales y extrayendo de las mismas mucho más de lo que los resultados exhibidos justificaban. Pareció existir un considerable consenso sobre este punto entre los miembros presentes de la American Physical Society.

A pesar de todo, mi primera impresión y presente convicción respecto al doctor Helmut Schmidt es que es un hombre sincero, por lo que no veo razón alguna para condenarle.

Todos tienen algún engaño reservado para ellos... ¿acaso puede probarse que alguna vez haya hecho daño a alguien?

Tony Curtis

actor, en un comentario sobre Uri Geller y otros psíquicos

Difícilmente el tema religioso tenga algo que ver con este libro, pero ciertos aspectos deben ser incluidos. La naturaleza misma de la religión indica que no necesita ofrecer o reivindicar pruebas científicas de sus enseñanzas. (La prueba filosófica es otra cuestión). Ocasionalmente, alguna que otra secta se atreve a presentar pruebas científicas y eso la convierte en un blanco legítimo para preguntas que tienden a indagar dichas afirmaciones. Algunas religiones utilizaron el engaño abierto de la misma forma que los individuos y los grupos menos respetables. Las analizaremos aquí de forma apropiada.

Una batalla que está haciendo furor es la lucha entre los creacionistas que aporrean sus Biblias apoyándose en la idea de que Dios creó cada especie de forma independiente e instantánea y luego sembró huesos de fósiles en la tierra para poner a prueba nuestra fe, y los evolucionistas, que predicán el darwinismo y la evolución de las especies. Están también los evangelistas de la televisión que ofrecen a sus espectadores lo que parece ser buena ciencia y que fracasarían en cualquier sencilla prueba escolar.

Jack Van Impe, un evangelista de la televisión que transpira y predica su versión de la ciencia de forma regular para millones de fieles, nos ofreció recientemente un mensaje de Pascua que reflejaba su ignorancia de la ciencia. Hizo referencia al disparatado «Efecto de Júpiter» tan apreciado por algunos locos, que se suponía que debía causar maravillosas catástrofes en 1982. La Tierra debería ser un caos después de esa supuesta alineación de los planetas. Estoy ansioso por ver el espectáculo. Jack afirmó: «La Tierra estará siete veces más caliente». Tonterías. El término no tiene sentido. Siete es un número, Jack. Si uno considera que la temperatura normal es de 21 grados centígrados, ésta se transformaría en 147 grados centígrados.

Pero, según Jack, la Biblia nos dice que una de las visiones de naves espaciales de Ezequiel era «del color del berilo». Eso es verde. Oh, afirma este gran pensador, ¿no es sorprendente que el berilo (palabra que ni siquiera pronuncia bien) se utilice en la fabricación de aleaciones para los satélites espaciales? ¡La Biblia seguramente lo dice, muchachos! Y para subrayar esta conclusión, Jack Van Impe nos asegura que «estamos leyendo las mismas verdades en el Reader's Digest». Bueno, eso me convence.

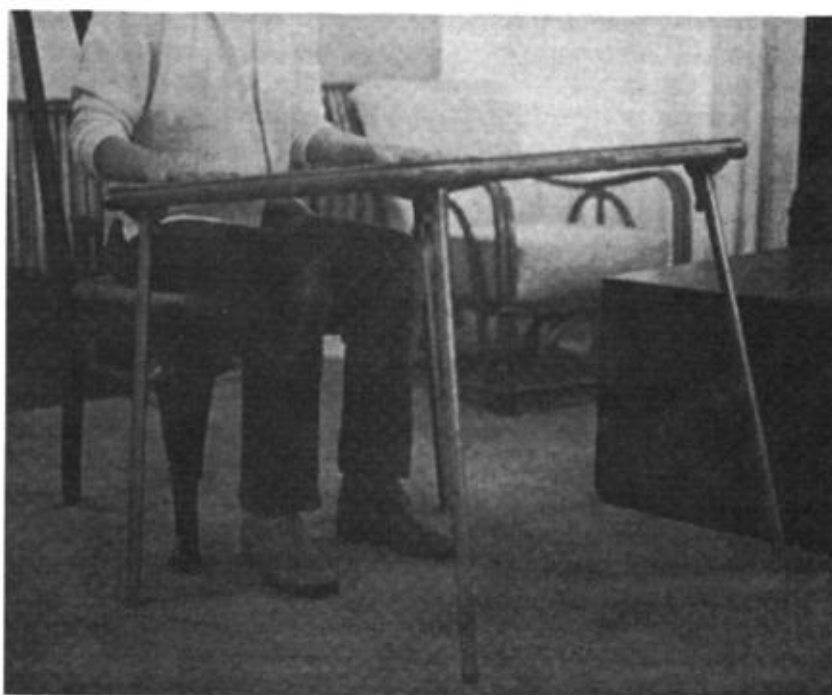
Cuando ciertos individuos ingenuos se aferran a cualquier idea carismática que surge, uno pensaría que más adelante la idea será rechazada y, luego, el incauto se espabilará. No necesariamente. Un tipo llamado William Miller, allá por el siglo XIX, predijo para sus fieles seguidores (a través de numerosos cálculos aritméticos) que entre el 21 de marzo de 1843 y el 21 de marzo de 1844 se produciría el Fin del Mundo. Cerca de la fecha límite, sus partidarios se reunieron en la cima de las montañas para esperar ese importante acontecimiento. Este no se produjo y Miller le echó otro vistazo a sus cálculos. Parece que había obviado algunas fracciones. Una vez solucionados los problemas, estableció una nueva fecha: el 22 de octubre de 1844. Y los muy estúpidos nuevamente se reunieron expectantes. Cuando la predicción falló de nuevo, unos pocos abandonaron el grupo. Pero no todos. Hoy, más de 135 años después del fiasco, los milenaristas siguen estando entre nosotros, predicando el Fin del Mundo y haciendo advertencias sobre la condena de los seres humanos. Pero ahora son conocidos con el nombre de Seventh-Day Adventists o Advent Christians Church. Nada tiene más éxito que el fracaso.

Aunque se atribuye a los Estados Unidos la invención de la «religión» conocida como espiritismo, en Inglaterra es donde sigue floreciendo con más vigor. En los Estados Unidos encontramos varios centros donde este invento de las famosas hermanas Fox se ha desarrollado más profundamente: Ephrata, Pennsylvania; numerosas ciudades en Florida; Camp Chesterfield y, por supuesto, California son los centros principales que existen hoy en día. Pero en el Reino Unido, cada pueblo posee su practicante local. Además, los diarios están llenos de anuncios que exaltan las especialidades de los diversos médiums que ofrecen diariamente sus lecturas. Si usted busca una sesión que ofrezca «voces en lenguas desconocidas» o una que prometa la «proclamación de una comunicación», seguramente en alguna parte podrá satisfacer su particular necesidad.

Allá donde voy, trato de asistir a la mayor cantidad de sesiones posible. En general, encuentro dificultades para ser admitido, dado que me conocen. El Diablo no es bienvenido en la boda. Cuando me las arreglo para mezclarme entre la multitud, observo exactamente los mismos métodos utilizados para engañar a los fieles de todos los países. Dos de los trucos más comunes constituyen los puntos fuertes del negocio: el golpeteo de la mesa y la lectura a ciegas. Un breve análisis de estos

procedimientos servirá para ilustrar hasta qué punto son simples, aunque tortuosos, los métodos utilizados.

Las hermanas Fox —hijas de una familia rural, por lo demás perfectamente normal, de Hydeville, Nueva York— descubrieron en la niñez con qué facilidad podían producirse golpes cortos y secos de forma secreta que se atribuían a seres descarnados. De los golpeteos de los dedos de los pies sobre el extremo de sus camas, pasaron a las mesas, alrededor de las cuales se sentaban los fieles. Cualquier tipo de ruido, un crujido o un temblor, se consideraba una comunicación que provenía de la tierra del estío (su bonita terminología para cielo). Pero cuando la mesa comenzaba a ladearse y a levantarse del suelo, el espiritismo era transportado en el aire. Y nada podía hacerlo bajar.

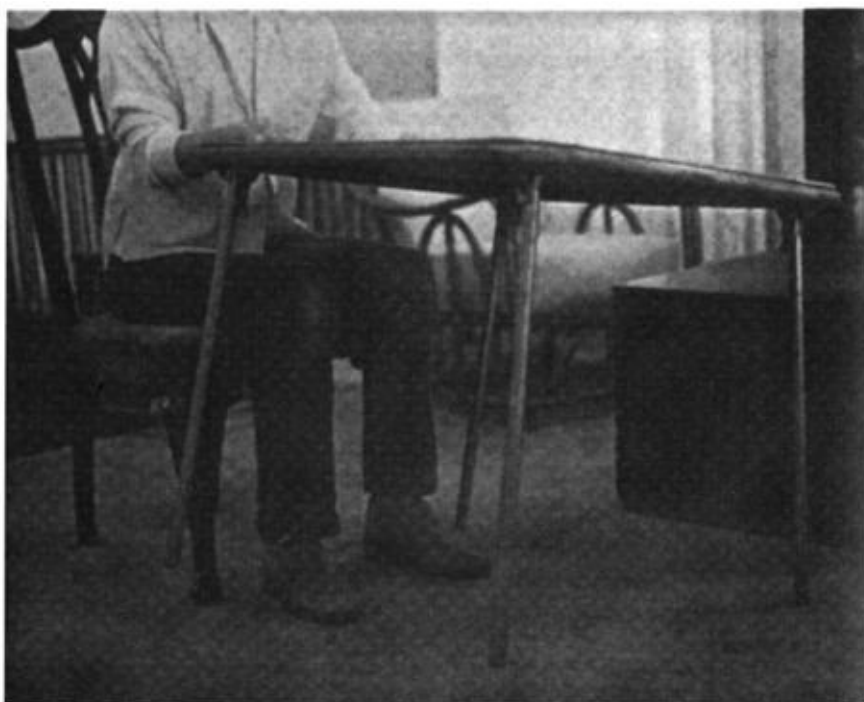


El hecho de presionar las manos hacia abajo y de atraerlas hacia el cuerpo hace que las patas de la mesa ubicadas más lejos de uno se levanten del suelo.

Existen varios grados de ese milagro, y la descripción del verdadero acontecimiento, como de costumbre, siempre se eleva uno o dos grados; nunca baja. En su manifestación más simple, una mesa ligera, como por ejemplo una mesa de juego plegable, se inclina hacia arriba sobre dos de sus patas cuando cuatro personas se encuentran sentadas a su alrededor con las palmas de las manos presionando su superficie hacia abajo. A menudo los dedos de los extremos se tocan para establecer un «control» (una palabra libremente empleada en este asunto), asegurando de esta manera que ningún engaño es posible. Es como asegurar el corcho en una botella con un agujero en la base. Las explicaciones del truco del golpeteo de la mesa resultan obvias.

Cuando la NBC-TV (anteriormente, esta cadena apoyaba totalmente estas cuestiones) me llamó a principios de los años sesenta para que examinara una sesión de golpeteo de mesa llevada a cabo en la casa de la viuda de Nandor Fodor, el prolífico escritor sobre espíritus y otras maravillas, la planeada filmación del episodio se esfumó cuando fui capaz de establecer el *modus operandi* de aquella actuación. En ese caso, los médiums eran una mujer y su hijo adolescente, cuyo método era sentarse uno frente a otro mientras la mesa jugueteaba. De inmediato surgieron quejas acerca de mi «presencia negativa», de manera que decidí abandonar la sesión después de decir al equipo de la NBC-TV cómo podían establecerse condiciones adecuadas. Se le solicitó al médium que se sentara contra la pared, con las manos estiradas sobre la mesa y los codos presionando dos trozos de cartulina contra la pared. Cualquier intento de arrastrar las manos hacia delante para que la mesa se inclinase haría que los trozos de cartulina se cayeran al suelo. Esto sucedió varias veces y el experimento fue suspendido.

Estas pruebas simples y directas pueden ser concebidas por cualquiera. Pero inhiben los fenómenos psíquicos por alguna extraña razón...



El hecho de presionar con firmeza sobre la parte superior de la mesa y de empujar hacia la izquierda hace que las dos patas de la derecha se levanten.

La segunda etapa del golpeteo de la mesa comprende una «levitación» real, facultad característica de la famosa Eusapia Palladino, una médium italiana que visitó los Estados Unidos y que fue finalmente descubierta —no por sus fieles— por expertos que se molestaron en abrir sus ojos y declarar la verdad. Utilizaba varios métodos, a juzgar por los informes, pero el recurso habitual incluía el uso del pie y de

una mano en lo que se conocería como «la sujeción humana». Para ello se necesita mucha fuerza y algunos subterfugios, pero a ella le sobraban las dos cualidades requeridas.

Se coloca el borde de la suela del zapato debajo de la punta de la pata de la mesa. Luego, se coloca una mano justo encima de la pata de la mesa utilizada. Presionando con firmeza hacia abajo con la mano y levantando el pie, el operador puede hacer que la mesa se levante de forma recta unos centímetros del suelo.



El borde del zapato es introducido debajo del extremo de la pata de la mesa; se presiona la mano firmemente hacia abajo y se levanta el pie. Como resultado, la mesa se levanta sin que ninguna de las patas toque el suelo.

El arte de la lectura a ciegas, otro recurso de los espiritistas, se hace a plena luz del día, utilizando la más simple de las astucias. Por el hecho de ser tan simple, resulta muy engañosa. El observador espera algo más sofisticado.

En 1960, recibí la visita del escritor William Lindsay Gresham para asistir a una reunión en Camp Silver Bell, en Ephrata, Pennsylvania, una fortaleza espiritista de la cual Bill había obtenido un informe acerca del correo de visitantes que había sido abierto en el hotel adyacente a la iglesia. Nos acompañó Stewart Robb, un conocido escritor que creía en los fenómenos psíquicos y a quien queríamos demostrar la verdad en la que él había creído siempre: la genuina capacidad de los médiums.

Tratamos de participar en algunas de las sesiones especializadas, observando en algunos establecimientos un gran tablón donde aparecían escritas actuaciones como «mensajes de pizarra», espíritus que se comunicaban en egipcio (antiguo, por

supuesto) y una gran variedad de sesiones de golpeteo de mesa. Pero éramos desconocidos para los severos guardianes de dichos espectáculos y no pudimos pasar la inspección. Nos contentamos con la lectura a ciegas ofrecida en la iglesia principal. En la entrada se nos pidió que rellenáramos una tarjeta con nuestros datos personales y luego se nos indicó que la colocáramos en un sobre con la solapa doblada hacia dentro. Teníamos entonces que escribir nuestros nombres en la parte externa y depositar el sobre en una enorme urna. Así lo hicimos todos.

Después de muchos cantos de «Rock of Ages», dio comienzo el espectáculo principal. (Oh, casi lo olvido. Se realizó una colecta para sufragar los gastos. Un aspecto muy importante y nunca descuidado de todas estas actividades religiosas). Un insípido hombrecito subió a la plataforma, caminó hacia el atril llevando la urna de los sobres y sintetizó lo que se nos había solicitado. Nos enteramos, demasiado tarde, de que sólo teníamos que escribir las iniciales en el sobre y que en la tarjeta tenía que aparecer una pregunta personal que necesitaba una respuesta. Al haber cometido un error en el procedimiento, nos sentimos como idiotas. Pero —y éste es el punto importante— supusimos erróneamente que todos los demás habían hecho lo correcto, que los otros sobres sólo llevaban las iniciales y las preguntas.

Para probarle a Stewart el método de engaño practicado en esa reunión, habíamos preparado un plan. La solapa del sobre de Stewart había sido levemente humedecida y pegada a la tarjeta de dentro, y después éste había sido doblado de un modo diferente. De esa manera, podríamos reconocerlo fácilmente si aparecía durante la sesión. Nos sentamos y esperamos a que sucediera. El operador comenzó echándole un vistazo al primer sobre; leyó las iniciales y lo sostuvo por encima de su cabeza. Balbuceó algo acerca de fantasmas y otros temas oscuros, abordando al final el contenido del sobre y ofreciendo una inocua respuesta a la pregunta que había escrita en su interior, aparentemente sin haberla visto. Luego abrió el sobre para controlar el contenido, asintió con satisfacción y lo puso a un lado. Le tocaba a otro.

El operador aparece en escena conociendo de antemano el contenido de uno de los sobres. Dicho sobre fue colocado en la parte superior de la urna. Al coger otro sobre, él leyó las iniciales errónea y deliberadamente, gritando las del sobre descartado. Todos habían supuesto que él sostenía ese mismo sobre en la mano en ese momento. En realidad, el que sacudió le era totalmente desconocido. La lectura que dio incluyó la adivinación de todo el nombre a partir de las iniciales, pero sólo parecía estar haciendo esto, porque otros habían hecho lo mismo que nosotros, es decir, escribir sus nombres completos en la parte delantera del sobre. Habían seguido las mismas instrucciones que nosotros. Luego, usando la declaración que había escogido previamente, la convirtió en una pregunta. El hecho de abrir el sobre que había sostenido para controlar el valor y la verdad de su respuesta le sirvió para recibir otro mensaje y otro nombre que aplicaría al próximo sobre desconocido que

sostenía por encima de su cabeza.

Cuando el médium tomó un sobre doblado, Stewart se incorporó y prestó atención. Siguió un largo mensaje digresivo, que nada tenía que ver con la declaración de Stewart, y las iniciales que había gritado no eran las de Stewart. Sin embargo, el sobre que sostenía parecía ser el suyo, una suposición que fue confirmada cuando el operador lo abrió —supuestamente para controlar su respuesta— y la solapa se arrancó de forma audible con la tarjeta que sacó de su interior. No sorprendió el hecho de que el sobre siguiente que tomó fuera anunciado con las iniciales S.R.

El desarrollo del mensaje resultó interesante. El operador recibió inmediatamente «una impresión» de un niño, cuyo nombre comenzaba con una P, Peter, conocido cariñosamente como Petey tanto en esta vida como en la otra. Con él, continuó el hombre, se encontraban Jimmy, Annie y Bobby. ¿Alguno de esos nombres resultaba familiar? Sí, respondió Stewart, que una vez había conocido un Bobby. La lectura del mensaje finalizó y el operador abrió el sobre que sostenía. Asintió y sonrió como si el hombre hubiera obtenido una gran satisfacción de la información recibida por los espíritus.

El mensaje que había sido escrito era el siguiente: «Petey es un espíritu. Espero que se encuentre con sus amigos». Petey, desconocido tanto para el operador como para sus amigos los espíritus, era un periquito que había muerto el día anterior. Los otros nombres dados por el hombre tenían que encajar en algún lado. Había poco misterio en la lectura recibida por Stewart.

El proceso habitual en este tipo de sesiones consiste en proporcionar sólo una docena de lecturas. Luego se invita a aquellos cuyos mensajes no habían sido usados para asistir a una sesión privada, concertada a través de la recepción. Después de haber visto la «prueba» de los milagros prometidos, muchos tendrían ganas de concertar una lectura privada y cara. Y los sobres que llevaran los nombres y las declaraciones completas representarían un instrumento poderoso para esos encuentros posteriores. Estos operadores se aprovechaban de todo menos de las denuncias de las víctimas.

Téngase en cuenta que éste es sólo uno (aunque el más usado) de los métodos de la lectura a ciegas. Se han escrito libros enteros sobre este tema que describen las numerosas técnicas existentes. Hay dos elementos que deben considerarse: en primer lugar, determinar lo que está escrito en el papel sin que sea evidente que esto ha sido hecho; en segundo lugar, desarrollar esa información de tal forma que implique un mayor conocimiento de lo que había sido escrito. En Camp Silver Bell vimos que los operadores tenían unos recursos muy pobres en comparación con otros que yo había conocido. Un verdadero profesional no habría tocado un sobre doblado bajo ninguna circunstancia.

En 1976 Lamarr Keene, un médium espiritista que había estafado a miles de residentes de Florida, decidió abandonar el negocio. Confesó todos sus engaños a los lectores de su libro *The Psychic Mafia*. En 1977 le entrevisté y descubrí que no conocía demasiado los métodos más sutiles del engaño. Me explicó que no necesitó conocer muchos trucos. Cualquier cosa que hiciera servía para convencer a los fieles, afirmó. Eran engañados con la astucia más transparente, muchas de las cuales eran pensadas impulsivamente. Y él y sus colegas charlatanes se reían tontamente al final de un día fácil de trabajo mientras recordaban lo sencillo que había sido entretenerlos. El libro de Keene provocó una tormenta en los círculos espiritistas. Amenazado por teléfono y por carta por sus antiguos amigos, se mudó a otro lugar. Se ocupó del negocio de las importaciones, cambió de nombre y tuvo la esperanza de poder comenzar una nueva vida. Sin embargo, su libro no se había equivocado en el título. Una noche, cuando salía de su tienda, un coche avanzó y se oyeron unos disparos. Lamarr Keene cayó sobre el asfalto, alcanzado por las balas. Mientras se escribía este libro, se estaba restableciendo de una prolongada hospitalización. Sus «amigos» habían intentado concretar sus amenazas.

Una voz que fue silenciada a través de diferentes medios es la de Paulette Cooper, una escritora independiente. En 1971, escribió *The Scandal of Scientology*, un libro que criticaba ese culto. El libro fue casi inmediatamente retirado de circulación por el editor cuando los «cientólogos» la demandaron por daños y perjuicios. Las copias restantes fueron destruidas y la Iglesia de la Cientología, fundada por L. Ron Hubbard, inició un proyecto para desacreditar y acosar a la señorita Cooper. Como respuesta a su decisión de seguir hablando, todavía sufre hoy las consecuencias. Robaron en su casa, la amenazaron con un arma y fue difamada en unas cartas enviadas a sus vecinos en las que la calificaban de degenerada sexual con enfermedades venéreas. La incriminaron por realizar amenazas de bomba contra la iglesia —un delito federal—, por lo que casi fue encarcelada. Sus esfuerzos para defenderse le costaron más de 32.000 dólares. Luego, repentinamente, se produjo un giro total cuando se introdujo un elemento nuevo en el caso.

Órdenes de prisión federales llovieron sobre los cientólogos cuando se descubrió que estaban saqueando los archivos de funcionarios gubernamentales que estaban investigando sus asuntos. Como resultado de ello, en octubre de 1979, ocho cientólogos fueron declarados culpables de conspiración en los tribunales federales. Los acusados, incluyendo la nueva cabeza de la iglesia, fueron condenados a prisión. También se descubrió información acerca de su proyecto contra la señorita Cooper, que demandó a sus opresores por 40 millones de dólares.

Hubbard, ansioso por proteger las bases endebles sobre las que había construido su culto casi religioso y casi científico, señaló de forma muy directa cuáles eran los medios que debían utilizarse para librar una guerra. Emitió una «carta de política» (de

la cual se filtraron algunas copias) especificando que las demandas judiciales deberían usarse como armas en contra de los enemigos —conocidos por los cientólogos como «PR» («personas represivas»)— para que, a pesar de no tener esperanzas de ganar los juicios, los dejaran en bancarrota. La Cientología, con sus 4 millones de militantes (la cifra real probablemente sea de cerca de 50.000), posee una riqueza que alcanza millones en efectivo y en propiedades no declaradas, y está en mejores condiciones para afrontar una prolongada batalla legal que sus oponentes.

Otro aspecto encantador de esta «religión» es una directriz que anunció la política del «juego limpio». Conforme a este principio operativo, cualquier persona que abandona la iglesia puede ser «demandada, embaucada, engañada o destruida» a través de cualquier medio. Un hermoso pensamiento, ¿verdad?

A finales de 1979, un periodista de un diario de Toronto estaba examinando los archivos de la Cientología incautados por el gobierno de los EE.UU. que estaban disponibles en Washington. Eran los archivos sobre los que se basó la acción federal final. El periodista se topó con un montón de documentos con el encabezamiento (al más puro estilo de una historieta de ciencia-ficción) «Orden del programa de custodia 1074». Hacía referencia a una orden confidencial emitida en Inglaterra para las oficinas de «TM» (todo el mundo) de la Iglesia de la Cientología. Se llamaba «Programa: HUMILLACIÓN HUMANISTA». Se trataba de un plan para «acabar» con la CSICOP y *The Skeptical Inquirer*, el periódico oficial de esta comisión.

En este documento se advertía a los lectores de que la «seguridad debe mantenerse para que no haya retroceso (sic)». La idea era la de crear la impresión de que la CSICOP estaba respaldada por la CIA. De esta manera, argumentaban los cientólogos, el público creería que la CIA estaba tratando de monopolizar la investigación parapsicológica para mantenerla ultrasecreta. Desde el punto de vista de los cientólogos, desacreditar a la CSICOP resultaba fundamental, ya que la ridiculez de Hubbard depende de una creencia en lo paranormal.

Otro aspecto de la Orden 1074 era el de convencer a los líderes de las principales religiones de que la CSICOP también tenía la intención de desacreditarlas a ellas. Esto se conseguiría haciendo circular cartas falsas con el membrete de la CIA. Aunque todo este cuento de hadas nunca se llevó a cabo, se enviaron varias cartas falsas con los membretes de la CIA, pero eran falsificaciones demasiado obvias como para engañar a alguien.

El descubrimiento de los numerosos programas simplones descritos en los archivos incautados destruyó toda la operación y los cientólogos quedaron al descubierto por lo que son.

Tardará cierto tiempo, pero creo que Paulette Cooper asistirá al desmoronamiento del coloso de la Cientología. En París, en 1978, Hubbard fue condenado *in absentia* por solicitud ilegal de fondos. Recibió una importante multa y fue condenado durante

un tiempo a prisión. En Inglaterra, se le negó a un grupo de científicos la entrada al país para celebrar una convención, porque, según las leyes británicas, ese culto no cumplía con los requisitos de una religión. Michael Meisner, que llegó a ser el quinto funcionario más importante entre los científicos de los Estados Unidos, informó de que la iglesia le había puesto bajo arresto domiciliario, le había amordazado y esposado, y habían intentado hacerle un lavado de cerebro que ellos llamaban «auditoría». Su deserción, por supuesto, le convierte en objeto del «juego limpio» conforme a las normas de la Cientología. ¡Vaya banda!

A finales de 1978, el mundo se vio sacudido por un episodio horroroso que hubiera sido rechazado por el editor más caritativo de la fantasía de ficción como algo demasiado disparatado para poder ser tenido en cuenta. ¿Quién creería que cerca de mil seres humanos adultos podrían estar al lado de aquellos que asesinaban a niños y amigos cercanos, y que beberían de forma voluntaria una pócima con gusto a uva que ellos sabían que había sido mezclada con cianuro? Sin embargo, con las instrucciones de un egomaniaco que se llamaba a sí mismo ministro y dios —y era creído como tal— los habitantes de una fracasada utopía llamada Jonestown, en Guayana, Sudamérica, hicieron exactamente eso. La pregunta de «¿Por qué?» ha sido repetida desde entonces.

El «Reverendo» Jim Jones fue un líder tan carismático como cualquiera que se aparta de la razón. A pesar de su ridícula filosofía, se las arregló para convencer a un número considerable del populacho de California que tenía una conexión directa con los dioses y la salvación. Con los juegos de prestidigitación que caracteriza a dichos charlatanes, «probó» que podía resucitar a los muertos —realizó el «milagro» cuarenta y siete veces en su iglesia— y les mostró a sus seguidores que era capaz de curar el cáncer y otras aflicciones, eliminando ciertas masas de residuos orgánicos de sus cuerpos. Después de su muerte, los miembros del culto se presentaron para atestiguar que, después de haber recibido amenazas de Jones, ellos habían convenido en simular sus muertes y luego las resurrecciones. La cirugía era incluso más simple que aquella que siguen llevando a cabo los «cirujanos psíquicos» de Brasil y Filipinas. Jones simplemente introducía la mano debajo de las ropas de los intimidados fieles y sacaba a relucir mollejas de pollo y otros materiales, según los testigos. Aquellos que no percibían los trucos estaban convencidos de su poder; aquellos entre sus leales seguidores que sí reconocían los trucos cuando los veían, perdonaban a ese buen hombre por el pequeño engaño que cometía para que sus ideas se vendieran.

Porque los efectos del ministerio de Jones parecían tan beneficiosos y por el hecho de que utilizaba su ministerio con fines políticos, figuras prominentes le enviaban cartas y declaraciones juradas de aprobación además de ofrecerle cargos importantes. Los «milagros» que realizaba eran muy graciosos, después de todo;

¿quién saldría perjudicado por unos pocos trucos de prestidigitación en nombre de la caridad? El matadero de Jonestown constituyó una tétrica respuesta a dicha ingenuidad.

Considérese, por un momento, la siguiente información: un hombre que predica el amor y la tolerancia es reconocido por líderes políticos y civiles como un hombre de Dios. Dirige una iglesia rica y creciente. Puede demostrar su capacidad de resucitar a los muertos y curar las enfermedades fatales, capacidad que nadie niega. Crea y promueve intereses en una comunidad de otro país donde los seguidores estarán a salvo de los males de la contaminación y de los prejuicios. Les enseña métodos de autodefensa, les lanza advertencias en contra de los «extraños» y es obedecido y creído en todo lo que hace. ¿No sería lógico seguir a este hombre hasta donde ordene? Este es el pensamiento de las almas idealistas y perdidas que son fácilmente engañadas por las apariencias.

Algunos quizás pensaron lo siguiente: si todo hubiera sido un fraude, no hubiera recibido el respaldo que exhibía y los avales que él mencionaba. Aquellos cuyas declaraciones hubieran sido tergiversadas por él seguramente se hubieran opuesto, ¿no es verdad? Sus trucos —si es que los tenía— sin duda hubieran sido descubiertos de inmediato. Pero nadie denunció a Jones al principio de su juego ni antes de los asesinatos/suicidios masivos del 18 de noviembre de 1978. El miembro del Congreso de los EE.UU. Leo Ryan, sin duda un héroe entre héroes, fue uno de los pocos que se molestó en hacer oír su voz crítica al respecto. Ryan, que voló al asentamiento de la jungla para investigar los rumores de extraños acontecimientos que allí sucedían, fue borrado del mapa por su preocupación. Darle las gracias a un hombre como él resulta imposible, excepto siguiendo su ejemplo cuando otro Jones aparezca. El rostro y el nombre serán diferentes, pero la metodología tendrá las mismas características. Y hay otros, incluso ahora, que están bregando por reemplazar a Jones.

Aparte del fracaso de aquellos que saben dar la voz de alarma, la razón principal por la que las personas siguen a individuos como Jones es que abandonan el juicio crítico suponiendo que su líder es infalible. Téngase en consideración la Iglesia de la Unificación del «Reverendo» Sun Myung Moon. Este afirma a sus fanáticos que un «Nuevo Mesías» está a punto de llegar y que será un varón coreano nacido en este siglo. Moon es un varón coreano. Nació en este siglo. Afirma que este «Tercer Adán» se convertirá en el padre de una «Familia Perfecta» que redimirá a la humanidad. Moon, que se ha casado varias veces, ciertamente es un padre para sus siete hijos. Cuando le hacen preguntas incómodas, Moon responde a sus discípulos —que recorren las calles de Nueva York pidiendo dinero— «Yo soy su cerebro». Obviamente, los jóvenes que viajan por Manhattan (desde las sedes de la iglesia hasta el antiguo Hotel New Yorker) para solicitar fondos para el período de felicidad y prosperidad proclamado, creen en lo que él les dice y se sienten felices. ¿Beberían

ellos también cianuro si Moon lo ordenara?

Synanon es una organización cuyo líder ha sido actualmente acusado de intento de asesinato con una víbora venenosa. ¿Beberían veneno sus miembros si éste lo ordenara? L. Ron Hubbard, un escritor de ciencia-ficción, le contó a una audiencia selecta hace unos años que el secreto del éxito es descubrir lo que la gente necesitaba y vendérselo. Luego cogió la máquina de escribir e inventó la pseudociencia conocida como Dianética. Esta derivó en una supuesta religión, con toda la protección que ello implica, llamada Cientología. Para sus partidarios, Hubbard también es infalible. La acción judicial federal en su contra ya nos ha señalado la devoción que Hubbard inspira. ¿Es suficiente para conducir a los fieles a beber cianuro?

Los Niños de Dios, Eckankar y la Meditación Trascendental son sectas dirigidas por líderes que obtuvieron respuestas fanáticas como resultado de charlatanerías filosóficas y otras farsas. Se reivindicaban milagros y se atrapan chivos expiatorios. Unos pocos hablan claro. ¿Cuándo tendrá lugar la próxima fiesta del veneno?

En 1977, durante la reunión anual de la CSICOP, surgió una pregunta en la conferencia de prensa. Un periodista quería saber qué daño podía causar la creencia en los fenómenos paranormales. ¿No era acaso una búsqueda inocua e inútil? Nuestra respuesta fue que dichas irracionalidades hacían que las víctimas perdieran su buen juicio, su dinero y, a veces, su salud y sus vidas. En respuesta a este comentario, el Washington Star sacó a relucir su mejor estilo editorial para tratar a la CSICOP como a un grupo de ancianas que sermoneaba con demasiada frecuencia. El diario señalaba:

No hay nada más gracioso que la aplicación errónea de una disciplina rigurosa a tareas desproporcionadamente triviales. Es exagerar las cosas hasta el límite. Equivale a matar un mosquito con una maza. A ametrallar mariposas... la línea entre lo que tiene sentido y lo que no lo tiene no es, pensamos, tan rígida como esos vigilantes de la ciencia creen, ni tampoco son tan amenazadores los peligros de un engaño popular masivo.

¿Dónde está su sentido del humor?

No sé quién escribió eso, pero debe saber que encolerizó a más de un miembro de la CSICOP. Ese escritor nunca vio los rostros enloquecidos de padres cuyos hijos eran atrapados en algún culto estúpido que prometía milagros. Nunca tuvo que enfrentarse con un hombre que había perdido sus ahorros para poder eliminar un hechizo maligno. Nunca sujetó durante una sesión a oscuras la mano de una mujer que esperaba que su ser querido regresara tal como había prometido un estafador que alimentaba su creencia en lo irracional. ¿No hay nada más gracioso? Díganselo a los académicos que perdieron su credibilidad al aceptar el disparate de la telepatía que surgió del Stanford Research Institute. «¿Ametrallar mariposas?». Explíquesele a

aquellos que desperdiciaron tiempo y dinero en tratar de flotar en el aire porque un gurú les dijo que podían hacerlo. «¿Los peligros del engaño popular masivo no son tan amenazadores?». Señor, vaya a excavar la tumba de alguno de los 950 cadáveres que hay en Guayana y grítele a la cara que el Reverendo Jim Jones no era peligroso. ¿Qué sucedió con su «sentido del humor»? Eso merece una respuesta. Nuestro colectivo sentido del humor se apagó por el pesar, la frustración y la ira de haber predicado en el desierto. Aparentemente, el Star quiere que el desierto siga careciendo de fuerzas racionales.

Espero que gocen de la diversión.

Nada se vuelve real mientras no es experimentado

John Keats

Durante un debate realizado en un programa de radio allá por el año 1964, fui cuestionado enérgicamente por un parapsicólogo. Mi respuesta fue tajante: ofrecer la suma de 10.000 dólares a cualquier persona que demostrara un poder paranormal bajo condiciones satisfactorias de observación. Desde entonces, he llevado siempre conmigo un cheque con esa cantidad, para pagar de inmediato a aquella persona que tuviera éxito. Como respuesta a ese desafío, más de 650 personas se presentaron. Sólo 54 (hasta el momento de escribir este libro) pasaron las pruebas preliminares pero ninguna de ellas obtuvo ni un solo centavo.

La oferta sigue en pie y seguirá estándolo durante toda mi vida. En mi testamento se estipula que si la cantidad de dinero sigue estando disponible después de mi muerte, la misma oferta seguirá en pie a través de mi herencia de forma perpetua. El dinero nunca estuvo más seguro.

Dado que el reino de lo paranormal es un extraño mundo de fantasías, los parapsicólogos me atacan por haber realizado la oferta. Ahora me llaman artista barato que depende de efectos teatrales para impactar al público. Uno no puede ganar. Los chiflados están tan acostumbrados a ganar que quieren que así sea en todos los campos. Dicen que morirán y también que vivirán. Cuando una prueba de PE tiene éxito, ésta constituye un punto a favor de sus afirmaciones; cuando fracasa, estamos ante un «acontecimiento negativo», pero sigue siendo un punto a favor. Quieren una investigación científica y luego afirman que es demasiado «artificial».

Hay que tener en cuenta que desde el principio decidí —cuando recibí la llamada de un contendiente de Oregón solicitando un pasaje aéreo para volar a Nueva York a fin de mostrarme algunos trucos— no invertir ningún dinero «por adelantado» en esta cuestión. Esas personas deben pagarse el viaje. Pero nunca rechacé a un candidato y nunca lo haré si el ofrecimiento se hace de forma seria. La siguiente, para aquellos a los que les pueda interesar, es mi última oferta formal:

La presente declaración comprende las reglas que cubren la oferta de James Randi con respecto a fenómenos psíquicos. Dado que las afirmaciones variarán mucho, se formularán reglas específicas para cada individuo. Sin embargo, todos los candidatos deberán estar de acuerdo con las reglas enunciadas en la presente antes de llegar a cualquier acuerdo. Los candidatos expresarán su acuerdo enviando una carta al señor Randi. Toda la correspondencia debe incluir un sobre con sello en el que se indique la dirección del candidato. Gracias.

Pagaré la suma de 10.000 dólares a cualquier persona que pueda demostrar cualquier capacidad paranormal bajo condiciones satisfactorias de observación. Dicha demostración debe llevarse a cabo en virtud de las siguientes reglas y limitaciones:

1. El candidato debe declarar previamente qué tipo de poderes y capacidades demostrará, los límites de la demostración propuesta (en cuanto al tiempo, la ubicación y otras variables) y qué constituirá un resultado positivo o uno negativo.
2. Sólo se aceptará la actuación real siempre que se lleve a cabo de la manera anunciada previamente y dentro de los límites convenidos.
3. El candidato conviene en que todos los datos, materiales fotográficos, cintas de vídeo u otros materiales obtenidos, pueden ser usados por el señor Randi de la manera que crea adecuada.
4. En el caso de que se requiera un procedimiento de evaluación, dicho procedimiento será decidido previamente después de declarar cuál será el fenómeno que se mostrará. Todas esas decisiones serán tomadas por el señor Randi y el candidato, para mutua satisfacción, antes de cualquier nueva participación.
5. El señor Randi puede solicitar al candidato que lleve a cabo la actuación prevista frente a un representante designado, en lugar de él, si la distancia y el tiempo dictaran dicho procedimiento. Dicha demostración se hace sólo con el fin de determinar si el candidato es capaz de actuar conforme a lo prometido.
6. El señor Randi no se comprometerá a pagar ningún gasto del candidato, como el transporte, el alojamiento, etc.
7. El candidato renuncia a los derechos para llevar a cabo acciones legales en contra del señor Randi o cualquier otro organismo o persona participante, dentro de los límites legales señalados por las leyes actuales, con respecto a daños, accidentes o cualquier otro perjuicio de naturaleza física o emocional, o con respecto a pérdidas financieras o

profesionales de cualquier tipo.

8. En el caso de que el candidato tuviera éxito en virtud de los términos y las condiciones del acuerdo, el cheque del señor Randi por la cantidad de 10.000 dólares le sería inmediatamente pagado en su totalidad.
9. Las copias del presente documento estarán a disposición de cualquier persona que lo solicite enviando un sobre con sello en el que se indique su dirección.
10. El señor Randi efectúa la presente oferta personalmente y no en nombre de algún organismo u organización, aunque otras personas puedan verse involucradas en el examen de las actuaciones.
11. La presente oferta queda abierta a cualquier persona de cualquier parte del mundo, sin considerar el sexo, la raza, los antecedentes educativos, etc., y seguirá vigente hasta que el premio sea otorgado.
12. El candidato deberá estar de acuerdo con lo que constituirá una conclusión en el sentido de que no posee la mencionada capacidad o los mencionados poderes. Esto resultará decisivo para la aceptación o el rechazo de los candidatos.

Firmado:

JAMES RANDI

CERTIFICACIÓN NOTARIAL:

Estado de Nueva Jersey

Jane V. N. Conger

Condado de Monmouth

Firmado en mi presencia el 18 de junio de 1981

¿Quién se presentó en los últimos quince años para reclamar esta bonita suma? Sólo dos tipos de personas: aquellos que sinceramente creían tener los poderes mencionados y aquellos que únicamente son farsantes. El primer grupo supera ampliamente al segundo, según he descubierto. Los farsantes no se muestran muy dispuestos, si son inteligentes, a aceptar mi oferta.

Un aspecto encantador caracteriza al segundo grupo. Es el rechazo del dinero si la prueba tiene éxito; de todos modos, ninguno llegó ni siquiera a acercarse a dicho logro. Cuando los contendientes renuncian a la suma de 10.000 dólares, un manto de santidad parece caer sobre ellos. Pero yo no creo mucho en los santos, de manera que no me siento de ningún modo impactado. Soy simplemente un poco más precavido.

Por ejemplo, Jean-Pierre Girard, en Francia, y Suzie Cottrell, en los Estados

Unidos, —dos psíquicos que sólo mostraron un simple juego de prestidigitación— rechazaron el premio de antemano en el caso de que tuvieran éxito. Los acompañantes de los dos psíquicos me dijeron que el premio monetario daría lugar a una «atmósfera negativa» que inhibiría su trabajo. Extrañamente, una vez las condiciones para la observación fueron las apropiadas, no pudieron demostrar nada por más que lo intentaron.

Relatar todos los casos que he examinado escapa del alcance de este libro. No estoy escribiendo *Paradise Lost* (El paraíso perdido). Pero dedicaré unas pocas páginas para detallar algunos casos típicos del desarrollo general de los intentos que fueron efectuados por ciertas personas para hacerse ricas a mis expensas. En algunos, se trataba de un intento de lo más simple que seguía patrones previsibles; en otros, el enfoque era novedoso e inteligente. Comenzaremos con un ejemplo que tuvo lugar en Buffalo, Nueva York, en 1978.

Suzie Cottrell es una muchacha de veinte años, rubia y muy bonita, de Meade, Kansas. Algunos meses antes llamó seriamente mi atención y la de la CSICOP, cuando apareció en el programa de la NBC-TV «Tonight Show», realizando un truco de cartas que engañó aparentemente a la estrella del espectáculo, Johnny Carson, un reputado mago. Carson me había dicho previamente que no permitiría la presencia de nadie en el espectáculo que afirmara tener poderes paranormales si dicha persona no se sometía a ciertos controles. Un tal Mark Stone se había acercado al equipo del programa de Carson afirmando que lo que él mostraba era real. Esa noche, Carson le aniquiló sugiriendo un simple cambio en las condiciones del truco. Johnny me dijo que el representante de Stone había insistido en que el truco fuera presentado como genuino, y que deseaba ser puesto a prueba. Así fue.



Suzie Cottrell. Buffalo Evening News.

No fue muy difícil darse cuenta del motivo por el que Carson había sido engañado por Suzie. Carson es un hombre agudo y observador, pero una bonita granjera de veinte años fue capaz de engañarle con un truco de cartas muy oscuro que posiblemente él desconocía. Por otra parte, escuché una historia acerca de un tal Jimmy Grippo, un conecedor de las cartas muy famoso en Las Vegas, de quien se decía que había brindado información a Carson acerca de Cottrell y que había arreglado una demostración de los talentos de esta última para Carson antes de la aparición en el programa de la NBC. Y de repente todo el mundo guarda silencio con respecto a esta historia, y Grippo niega tener algo que ver con la bonita Suzie. Uno se pregunta...

Resultó que fue el padre de Suzie el que se había puesto en contacto con la CSICOP, solicitando que su hija fuera cuidadosamente puesta a prueba. Se especificó también que mi oferta ni siquiera tenía que ser mencionada, para evitar que el procedimiento se viera envuelto en un clima comercial. Después de ciertas negociaciones, se decidió la fecha del 16 de marzo de 1978 para realizar el examen, y Paul Kurtz, presidente de la CSICOP, nos dio la responsabilidad a Martin Gardner y a mí para controlar el procedimiento. Preparamos un sector de pruebas instalando una cámara de vídeo y delineando con cinta blanca el área exacta que debía cubrir la cámara. Ése tenía que ser el sector de pruebas limitado en el que toda la actuación debía tener lugar. Si las manos de Suzie o cualquier carta se desviaban del sector de pruebas, el experimento debía detenerse de inmediato y empezar desde «cero», confiscando todos los materiales para su examen. Teníamos un buen número de barajas de cartas, todas etiquetadas y nuevas. Y, lo más importante de todo, entrábamos en la lucha con una declaración clara que había sido leída, entendida y aceptada por Suzie Cottrell y su grupo.

Cabe señalar algo sobre esta última circunstancia. En mis treinta y cinco años de investigación sobre estas cuestiones, descubrí que la razón más común para no llegar a ninguna conclusión firme en dichos procedimientos de prueba es la falta de una firme comprensión de las condiciones y los parámetros desde el inicio. Por eso insisto en que el sujeto debe saber de antemano exactamente lo que se espera, debe estar de antemano de acuerdo en que las condiciones son satisfactorias para la demostración de cualquier milagro que deba ser mostrado, debe saber exactamente qué es lo que será aceptado como prueba y, finalmente, debe respetar las decisiones alcanzadas conforme a dichas condiciones. De esta manera, las explicaciones justificativas y las racionalizaciones endebles frente al fracaso no son aceptables.

Le dijimos a Suzie que desde el momento que entrara en la habitación de pruebas, quedaría bajo la atenta vigilancia del vídeo. Suzie se mostró de acuerdo. Le preguntamos si todo estaba bien —las «vibraciones», el clima, la hora del día— y afirmó que las cosas estaban estupendamente bien. Había convocado una conferencia

de prensa en la que afirmó estar muy nerviosa. Nosotros queríamos eliminar esa coartada como motivo de su fracaso. Pero nos aseguró que su mente estaba en un excelente estado. Todos estábamos preparados para iniciar la prueba. Después de que Suzie y su padre firmaron el acuerdo, entramos en la habitación de pruebas.

Se había colocado una cámara de televisión sobre un trípode, con la lente fija en la mesa. Desafortunadamente, también había un equipo de filmación de la ABC-TV y, a pesar de mis advertencias de que no bloquearan nuestra cámara, lo hicieron varias veces, pero por suerte no lo hicieron en ningún momento importante. La historia no fue usada por la ABC en un documental que estaba preparando acerca del fenómeno paranormal. La razón de ello no fue aclarada, pero pienso que, dado que Suzie fracasó totalmente, no había «historia». Sin embargo, si de algún modo ella hubiese tenido éxito, sospecho que se habría programado un documental especial a una hora de máxima audiencia. Así suceden las cosas en el mundo de los negocios: los éxitos son glorificados y los fracasos, mucho más numerosos, son descartados.

Habíamos colocado una máquina de vídeo sobre la gran mesa. Los psicólogos Irving Biederman y Jim Pomerantz, de la Universidad de Nueva York en Buffalo, se encontraban presentes, ya que necesitábamos sus cuidadosas observaciones y registros para un análisis futuro de lo que íbamos a observar. Martin y yo nos sentamos detrás de la silla sobre la que se sentaría Suzie, uno a cada lado, a una pequeña distancia. Otras personas de la universidad estaban presentes para actuar como sujetos de Suzie.

Hicimos algunas preguntas a Suzie sobre su capacidad. Afirmó que «algunas veces» era capaz de identificar todas las cartas en una baraja colocada boca abajo. Expresamos nuestra insatisfacción por la imprecisión de dicha estimación. Ella calculó entonces su proporción de éxito con un promedio de cuarenta y ocho sobre cincuenta dos. En relación con otras proezas que le habían atribuido los periódicos y que ella había mencionado en algunas entrevistas, ofreció estimaciones similares en cuanto al éxito alcanzado. Pero una demostración, el juego realizado en el espectáculo de Carson, era, según ella, su fuerte. Con ella, el éxito era casi total.

Brevemente, la rutina en cuestión consiste en la predicción, por parte de ella, por escrito, de la carta que será elegida por una persona de una baraja extendida boca abajo. La baraja que se utiliza es nueva y está bien mezclada. Ella escribe la predicción con mucha anticipación. Y el papel lo guarda otra persona, no Suzie.

Lo que usted acaba de leer es la descripción que hace la prensa popular de la rutina de Cottrell. Como descubrirá el lector, hay algunas «peripecias» involucradas que hacen que como maravilla psíquica resulte muy poco convincente.

Pero volvamos al laboratorio: Suzie estaba autorizada a llevar a cabo su rutina especial sin ningún tipo de control, mientras la cámara de vídeo estaba preparada pero no en funcionamiento. Pero se le dio también a entender que eso no formaría

parte de la prueba, sino que sería simplemente un calentamiento. Estuvo de acuerdo, pero esperó hasta que su padre salió de la habitación. La ponía nerviosa, según nos dijo Suzie; el padre afirmó que así ocurría habitualmente y que él estaba acostumbrado a salir de la habitación cuando ella trabajaba. Había un tono de burla en ese comentario y Martin y yo cruzamos nuestras miradas. Algo parecía más evidente; su método era un poco más claro.

Le dimos una baraja de cartas. Ella observó que las cartas estaban «cubiertas con plástico» y dijo que no le gustaba mucho trabajar con ese tipo. De inmediato le ofrecí una baraja estándar, pero ella decidió usar la que le había sido ofrecido primeramente. Era importante que no tuviera ninguna excusa para justificar el más que seguro fracaso. Incluso una baraja de cartas con la que no se sentía cómoda podía proporcionar una excusa adecuada (en términos del habitual razonamiento parapsicológico de las vibraciones negativas) que justificase su fracaso.

Mezcló y cortó la baraja muchas veces, comentando en cierto punto con una bonita sonrisa que «no era muy hábil en esas labores». Martin y yo no sonreímos para nada, reconociendo una actuación en el primer rubor. Manoseó interminablemente las cartas hasta que llegó el momento de la verdad. Suzie pidió entonces un pedazo de papel, escribió algo y continuó. Martin y yo observamos los movimientos necesarios que se estaban llevando a cabo y luego observamos cómo colocó repentinamente la baraja sobre la mesa y comenzó a esparcir las cartas alocadamente de forma circular con las dos manos, volviéndolas a poner bien varias veces y moldeándolas a golpecitos con formas aparentemente casuales. Las empujó formando varias configuraciones mientras hablaba, pidiendo que su sujeto, una muchacha que ella había elegido, se sentara frente a ella a la mesa y seleccionara «cinco cartas». Cuando extraía una carta del montón, Suzie la volvía a poner bien, aparentemente al azar. En cierto momento, sin embargo, ella dejó de hacer eso y se alejó de la mesa.

El sujeto eligió cinco cartas que estaban boca abajo. Suzie las fue separando hasta que quedó una (después diré algo más al respecto); a continuación anunció la carta requerida. De las cuatro veces que actuó para nosotros, acertó en tres.

Las probabilidades para obtener ese resultado eran de 1 sobre 36.000, suponiendo, por supuesto, que no se utilizara ningún truco.

Pero el truco era muy obvio para Martin y para mí. La rutina era muy conocida para los magos que hacían juegos de cartas en sus actuaciones. La distribución que Suzie hacía con las cartas era muy fortuita hasta que, en cierto punto, reunía la baraja y la colocaba derecha. En ese momento —el «momento de la verdad»— ella vislumbraba la carta superior mientras caía en su lugar. Esa era la carta que luego escribía en un pedazo de papel como la que sería elegida. Las mezclas posteriores eran más ordenadas, y cada mezcla y corte mantenía la carta superior en su lugar. De repente, la baraja era colocada violentamente sobre la mesa y comenzaba a esparcir

las cartas con rapidez, con el curioso movimiento circular. Pero, según pudimos observar, la carta superior era inmediatamente empujada a un lado, cerca de su brazo, que la cubriría durante la distribución desordenada. Luego presionaría su pulgar contra la carta y haría que se deslizase un poco, y por último la dejaría caer nuevamente en una posición diferente pero siempre accesible.

Finalmente, Suzie introducía la carta elegida en la baraja principal de cartas, arreglándolo todo con pequeños golpecitos de manera que la carta importante quedara en una posición donde muy posiblemente resultara escogida. Luego comenzaba el proceso de selección. Si la carta no era elegida enseguida, un golpeteo adicional servía para empujarla de inmediato al alcance del sujeto.

Después de todo, tenía cinco oportunidades entre cincuenta y dos para que la carta requerida fuera elegida. Además, la mayoría de las cartas se movían o estaban a su alcance, así que no podía haber ninguna controversia. Pero con la carta correcta entre las cinco seleccionadas, ¿cómo se las arreglaba para que la elección final fuera justamente ésa entre las cinco?

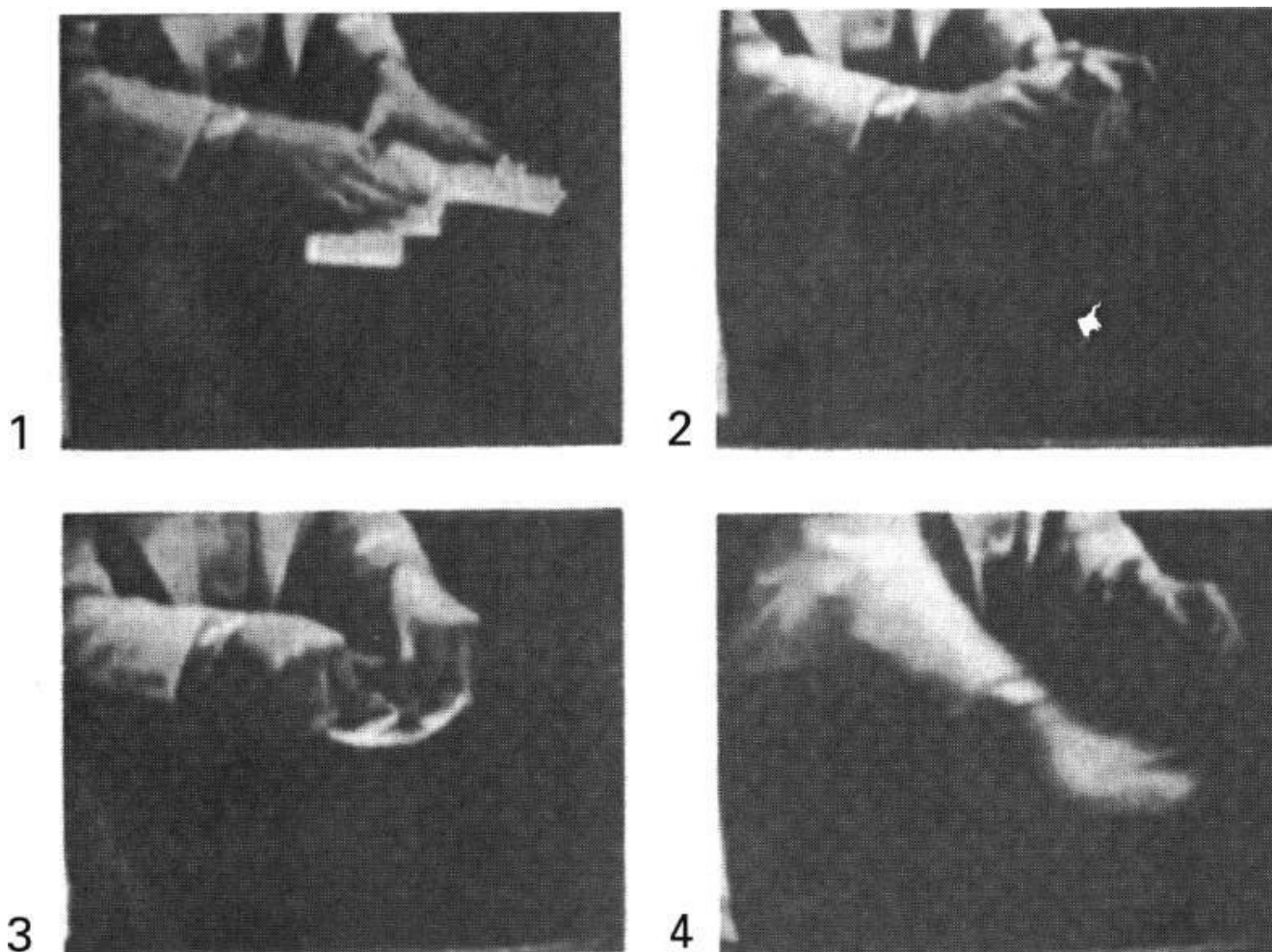
En este punto fue justamente donde la demostración se desmoronó. Suzie utilizaba diferentes procedimientos para adivinar la carta correcta. Supongamos que la carta deseada se encuentra en la cuarta posición. Entonces ella decía: «Diga dos números entre el 1 y el 5». Si la respuesta era «1 y 3», ella sugería brillantemente que 1 más 3 es igual a 4. ¡Un acierto! O bien, si los números dados eran 1 y 2, ella eliminaba enseguida las cartas número 1 y 2 y reducía las oportunidades a las tres cartas restantes, diciéndole a la víctima que eligiera «otro número». De esta manera, ella jugaba hasta que sólo quedaba la carta deseada. O podía convertir un 2 en un 4 empezando a contar desde la última de las cartas. Las variaciones son numerosas y estoy seguro de que la señorita Cottrell las conoce todas.

En el programa de Carson, al ver el as de espadas en la parte superior de la baraja después de que Ed McMahon las mezclara, Suzie pidió la presencia de cuatro personas para que seleccionaran las otras cartas. Vio que McMahon cogía la carta correcta y luego, girada de espaldas, pidió a los sujetos que eligieran «la carta más alta». Por supuesto, resultó ser el as de espadas que tenía McMahon. ¿Cómo podemos estar tan seguros de eso? Porque varias personas registraron la actuación.

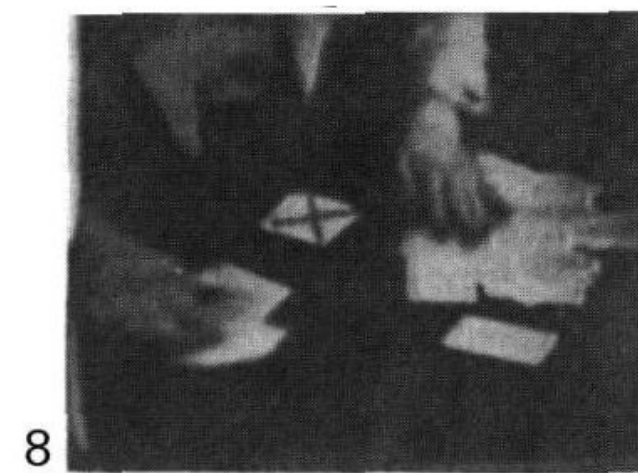
Todo esto nos lleva hasta un punto que seguramente estará preocupando al lector inteligente que ha seguido el protocolo y la puesta en práctica del mismo en este relato. Dije que Suzie había aceptado ser grabada en vídeo desde el momento de entrar en la habitación de pruebas, pero luego hice referencia a la cámara de vídeo que «estaba preparada» pero no en funcionamiento después de haber entrado nosotros en la habitación. Es verdad, esa máquina no estaba funcionando pero en la habitación contigua la verdadera cámara sí estaba funcionando y registró todas las pruebas «informales» y no controladas de Suzie con gran detalle, sin que ella lo supiera. De

esta manera, no se había preocupado de ocultar sus métodos, imaginándose que nos habíamos tragado el anzuelo.

Más tarde, por supuesto, pudimos verificar nuestras observaciones con mucha facilidad. Vimos cómo ella atisbaba la carta superior y observaba los falsos cortes y las falsas mezclas. De esta forma, pudimos detectar también la manipulación final de la carta requerida. Frank Garcia, el famoso experto en juegos de cartas, vio la cinta y certificó que las observaciones de Martin Gardner y mías eran correctas.



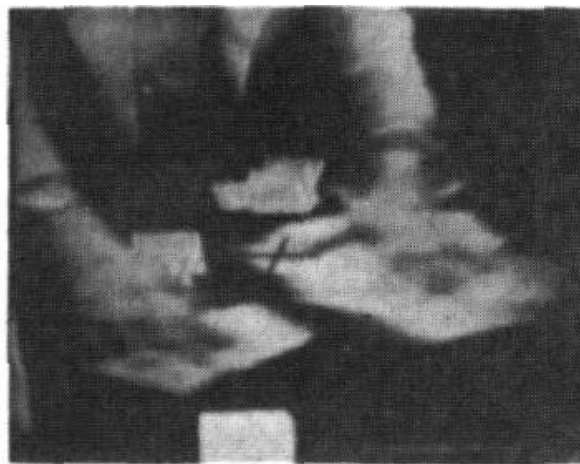
Estas fotografías fueron preparadas a partir de la cinta de vídeo (filmada sin que ella lo supiera) del juego de cartas de Suzie Cottrell. (1) Cottrell extiende las cartas al azar, con la cara hacia abajo, para «mezclarlas». (2) Reúne las cartas y las pone derechas. La cara de las cartas está girada hacia ella y los dedos de su mano derecha hacen deslizar hacia arriba la carta superior (marcada con una «X») para poder atisbarla. Después sigue cuidadosamente el rastro de la carta superior, el Tres de Corazones. Los movimientos para «atisbar la carta superior» parecen inocentes. (3) Mezcla las cartas, asegurándose de que la superior permanezca en ese lugar. Se realizan varias mezclas más. (4) En un movimiento súbito, se inclina hacia delante y extiende la baraja.



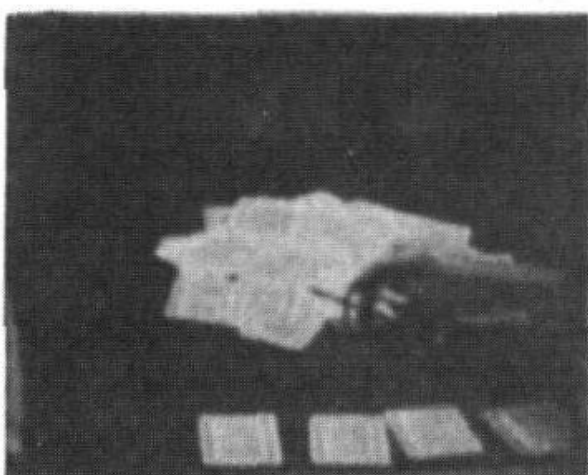
(5) De inmediato, un pequeño grupo de cartas de la parte superior es empujado hacia un lado. (6) La mano izquierda vuelve a coger el grupo superior mientras la derecha empuja las otras hacia delante, formando un arco. (7) Después de extender en círculo las cartas varias veces, la carta superior sigue estando cerca de ella, bajo control. De vez en cuando la toca ligeramente, pero sigue estando identificada. (8) Ella se detiene durante un momento; la carta superior sigue estando a su alcance.



9



10



11



12

(9) Mueve nuevamente las cartas y el pulgar izquierdo, que es utilizado para controlar y mover la carta que deberá identificar. (10) Después de darles un golpecito a las cartas, la carta superior está en el interior, parcialmente debajo del montón. Es una posición ideal para que el espectador la elija. (Las cartas marcadas con una «O» y una «X» son las cartas que están a punto de ser seleccionadas.) (11) El espectador elige cinco cartas. La quinta es la carta superior. Entonces solicita al espectador que elija dos números del 1 al 5. Este elige el 1 y el 4. «Bien —afirma la operadora—, eso suma cinco. Gire la quinta carta». (12) La carta que se gira resulta ser la prevista por la operadora.

Bien, Suzie Cottrell, sin darse cuenta de que ya habíamos descubierto el truco, convino que la actuación podía comenzar. Pusimos en marcha la otra cámara de vídeo y Suzie intentó varias veces más su truco. Ahora, sin embargo, hubo un leve cambio en el procedimiento.

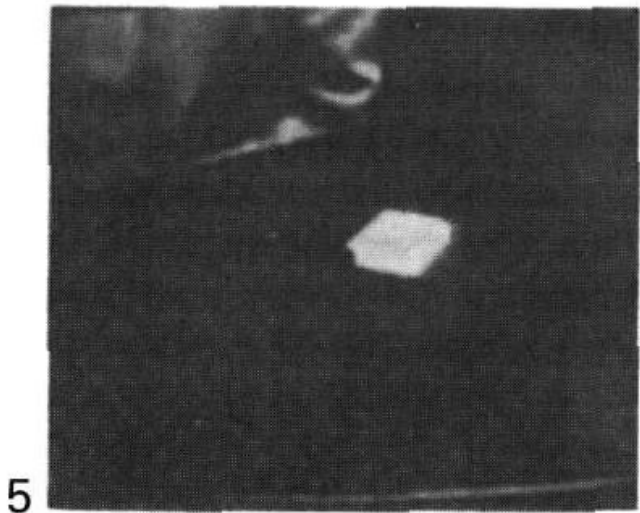
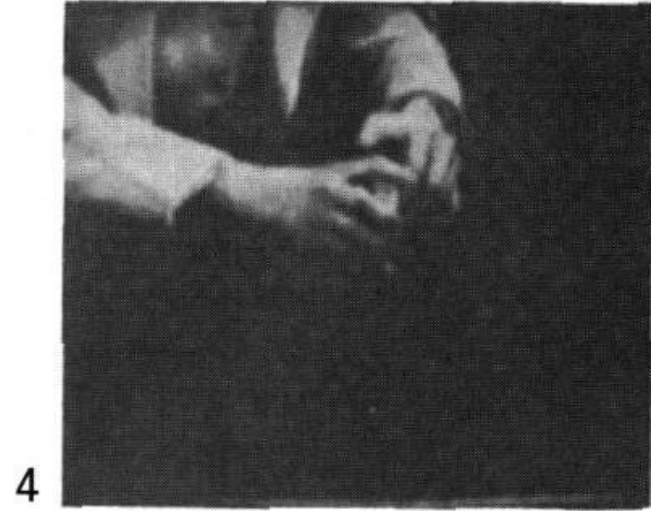
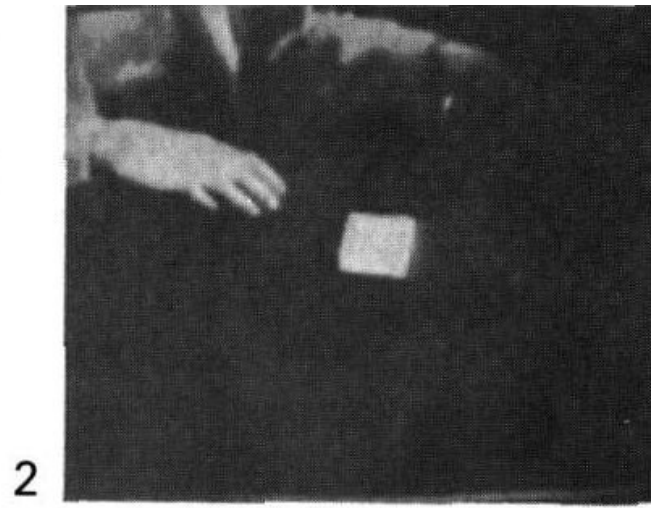
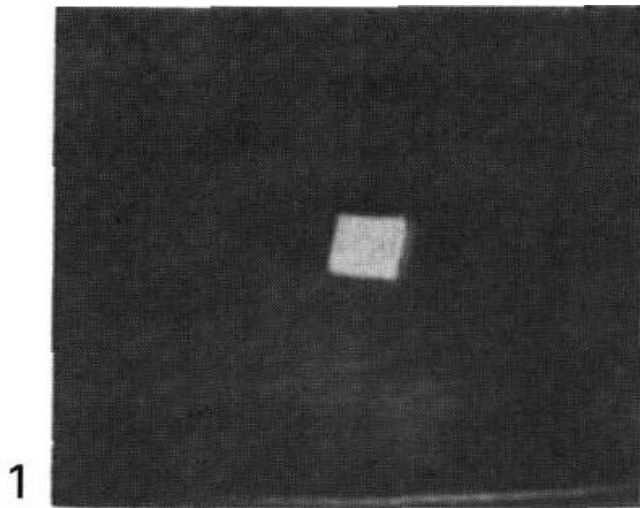
Cortamos la baraja justo antes de que ella extendiera las cartas, y de allí en adelante no acertó más. Para su interés, sus oportunidades de obtener cero aciertos en otro conjunto de cuatro intentos era del 92,5% en una prueba debidamente controlada.

Más tarde, en una entrevista, Suzie se quejó de que yo había «producido bloqueos mentales». En realidad, me había ofrecido para abandonar la habitación y el edificio,

oferta que ella había declinado. Era una pobre excusa para justificar su fracaso, pero una excusa prevista, invocada desde la bolsa sin fondo de las excusas con las que este tipo de gente recorre el país.

Pero hay dos cosas que todavía no he revelado. En primer lugar, en el documento que Suzie Cottrell firmó antes de comenzar las pruebas, había un número de declaraciones con las que ella estuvo de acuerdo de forma explícita. Certificó que en el pasado no había usado ningún truco, que no lo utilizaría en esa ocasión y que no se sentiría forzada por la presión de la situación a recurrir a ninguno de esos métodos. Sin embargo, llevó a cabo cualquier tipo de engaño.

En segundo lugar, yo había estado mezclando para ella una baraja que coloqué sobre la mesa, dentro del alcance de la cámara, por supuesto. Cuando regresó después de un descanso, Suzie vio que la cámara de vídeo no estaba funcionando, y entre el alboroto tomó la baraja de forma casual y se fijó en la carta superior; luego volvió a dejar la baraja en su posición inicial. Más tarde, en voz alta, anunció que ya estaba preparada. Por supuesto que lo estaba. La otra cámara de vídeo registró toda su actuación.



(1) Se deja la baraja de cartas sobre la mesa, después de haber sido mezclada por uno de los experimentadores. (2) Después de un descanso de cinco minutos, Cottrell regresa y se sienta a la mesa. Los espectadores siguen dando vueltas por los alrededores, sin prestarle mucha atención. Ella necesita saber cuál es la carta superior. (3) Coge la baraja y la coloca sobre la mesa. (4) Coloca el dedo índice izquierdo sobre la carta superior y la levanta levemente para que quede visible. Ya la ha atisbado. (5) Vuelve a colocar la baraja boca abajo y, recostándose hacia atrás, anuncia que está lista para seguir

con los experimentos. (Sin embargo, como la baraja fue cortada nuevamente por uno de los experimentadores, ella no pudo identificar la carta requerida).

Suzie Cottrell hace trucos con las cartas. Los métodos son los de un prestidigitador estándar. De ningún modo estamos ante milagros psíquicos. Sus intenciones resultan atractivas: afirma que desea desarrollar sus poderes para ayudar a los niños autistas, que no quiere dinero y que no tiene interés en convertirse en un psíquico profesional. Después del encuentro en Buffalo, ella no necesitaba especificar la última intención. Parece bastante obvio, sobre la base de ciertos aspectos del examen, que su padre no estaba enterado de los trucos y que creía que Suzie poseía poderes genuinos.

Al abandonar la sesión con lágrimas en sus ojos, Suzie Cottrell se giró hacia uno de los psicólogos que habían controlado las pruebas. «Voy a olvidar lo que ustedes me han hecho hoy —gritó— y si alguna vez tienen un niño autista, lo ayudaré dentro de mis posibilidades, ¡a pesar de lo que ha pasado aquí!». Martin y yo nos alejamos desalentados. Más tarde, Irving Bierderman, el psicólogo, sintetizó el examen de la siguiente manera: «Sobre la base de las pruebas, resulta imposible discriminar entre Suzie Cottrell y un fraude». Amén.

En enero de 1978, el presidente de la CSICOP, Paul Kurtz, y yo participamos en un programa de televisión llamado «Point Blank», presentado por Warner Troyer. Se trataba de un debate en el que participaba el doctor Howard Eisenberg, autor del libro *Inner Spaces*, que abordaba el tema de lo paranormal, y Geraldine Smith, una famosa psíquica de Toronto. Esta última afirmaba tener poderes de psicometría, la supuesta capacidad de adivinar los hechos sosteniendo objetos. Varios relatos periodísticos habían exaltado sus capacidades y yo estaba preparado para ponerla a prueba.

Geraldine, que había sido acompañada por algunos miembros de su familia al estudio, me había echado varias miradas furibundas. Después de los preliminares habituales durante los cuales el presentador dejó muy en claro su escepticismo con respecto a las proezas «psíquicas», comenzamos a trabajar. En un sobre, el presentador guardaba un número de cucharas, además de su reloj de pulsera. En una bolsa misteriosa que me pertenecía había un artefacto oculto y varios artículos elegidos por el presentador para la realización de algunas pruebas. Decidió probar primero con un brazalete de plata.

PRESENTADOR: Dígame algo acerca del propietario de esto [alcanzándole un brazalete magnético].

SMITH: [risas] Está bien. En primer lugar, estoy percibiendo un oro muy fuerte. Yo trabajo también con lo que conocemos con el nombre de «aura». Ahora estoy captando las vibraciones y los colores del artículo que esa persona ha llevado

durante cierto tiempo. El primer color es el oro; se trata de un color extremadamente sensible. También es, por supuesto, color de alergia. Es el color de un gran nerviosismo. Siento que esa persona tiene problemas físicos en la zona superior e inferior. También veo que algo está sucediendo en la parte superior del estómago. ¿Conoce usted a esa persona?

PRESENTADOR: Sí.

SMITH: ¿Personalmente?

PRESENTADOR: Sí.

SMITH: Muy bien, hay algo en esta zona [señala el pecho]. Verá usted, en cuanto tome un artículo, sentiré físicamente las distintas zonas afectadas de esa persona. Siento esta zona [indica el pecho], siento esta zona [indica la frente] —dolores de cabeza, cansancio de la vista, algo así—. Las zonas superiores e inferiores de la espalda. También es el color intuitivo. Diría también... que la persona propietaria de este artículo es muy intuitiva, probablemente clarividente, lo que se observa con toda claridad en las zonas correspondientes a los intestinos.

PRESENTADOR: ¿Qué más puede decirnos?

SMITH: Me pregunto si la persona está [risas] muerta o si tuvo algunos problemas muy, muy serios de salud, porque me siento realmente muy débil. Interesante. Veo el mes de enero —en el que estamos ahora—. Tiene que haber una relación fuerte entre la persona y el mes de enero.

PRESENTADOR: Está bien. ¿De qué color es mi aura?

SMITH: Capto el color azul, el oro, el verde.

PRESENTADOR: ¿Qué significan esas cosas? ¿Qué es un aura?

SMITH: Un aura es... percibo que es un color. Una vibración de energía que rodea el cuerpo de una persona. Me señala la personalidad mental, física, espiritual... eh... general. El verde es el color del comunicador. Cualquiera en el área de las comunicaciones tiene que tener el color verde en su aura. En otras palabras, en cualquier área...

PRESENTADOR: Así que usted puede decírmelo sin mirar, ¿no?

SMITH: Sí. En otras palabras... sí. En otras palabras, usted tiene que tener buena comunicación en todas las áreas. Lo que capto ahora es que el verde está ligeramente bloqueado en el área mental de su aura, lo que significa que usted se ha sentido muy frustrado en el área de las comunicaciones a nivel personal. Es casi como si usted hubiera estado hablando con una pared. Veo

muchas [risas], muchas vibraciones allí. Y se encuentra más en un área personal que en, usted sabe, un trabajo... una situación comercial.

PRESENTADOR: Está bien...

El presentador, que se había mostrado muy cauteloso para no proporcionar ningún indicio, siguiendo las instrucciones que le di antes del programa, era el propietario del brazalete magnético. No había intentado ocultar el hecho; simplemente lo había tomado de una mesita para alcanzárselo a la psíquica. Ésta supuso que pertenecía a otra persona y le ofreció una «lectura» basándose en esa suposición. Obsérvese que no nos dijo la edad, el sexo o la relación de esta mítica persona. Trató de sonsacarle información al presentador preguntándole si conocía a la persona. Warner contestó cuidadosamente. Sí, él conocía a la persona. Estoy orgulloso de él.

Obrando con anticipación, supuso que la persona estaba ausente y luego cubrió todas las bases con una generalización clásica: «Me pregunto si la persona está muerta o si tuvo algunos problemas muy, muy serios de salud». Obsérvese que ella sólo «se pregunta» sin afirmar que lo sabe, y que esta frase implica una pregunta que podría impulsar una respuesta, pero en este caso, dicha respuesta no se produjo.

El presentador no estaba muerto. Su espalda, le aseguró a la psíquica, estaba en un excelente estado, no tenía nada malo en la zona del pecho y cuando ella trató de agregarle rápidamente a la lectura una zona entre el cuello y la parte superior del hombro en el momento en que él le mencionaba su buen estado de salud, éste negó nuevamente la posibilidad. Mientras él subrayaba sus buenas condiciones físicas, ella murmuró un alentador «excelente... muy bien» para cubrir el hecho de que estaba totalmente equivocada. El no estaba ni nervioso ni era alérgico, continuó afirmando, y no tenía problemas de estómago. Tampoco tenía dolores de cabeza ni la vista cansada, agregó.

Pero debo señalar que nuestro presentador cayó en uno de los trucos más comunes de dichas lecturas. Se le permite y se alienta a la víctima a leer más en la lectura de lo que realmente hay. Smith había dicho: «Ve el mes de enero». Y durante la negación del presentador acerca de la exactitud de su lectura, ¡éste admitió que ella había efectivamente determinado que su cumpleaños era en enero! Pero ella no había dicho nada acerca de un cumpleaños y en particular de su cumpleaños, ¡dado que ni siquiera sabía que el brazalete le pertenecía a él! Cuando confrontó todas esas pruebas, la señorita Smith explicó: «Lo que pasa es que, para mí, leer implica un rápido cambio de situación, que significa o bien abandonar este lugar, o bien abandonar el país —una rápida partida». Quizás estuviera expresando sus propios deseos delante de aquella situación; ciertamente, no tenía ningún sentido para mí. Mirando hacia Paul Kurtz y hacia mí, intentó llevar a cabo un nuevo plan de acción. «Puedo entender totalmente lo que ustedes dos están diciendo. El hecho de que me

haya alejado un poco del objetivo es porque... mis lecturas, como muchas cosas, pueden aplicarse a muchas personas. ¿No hay muchas similitudes en la vida? (Se produjo en ese punto una pausa de sorpresa mientras todos tratábamos de imaginarnos qué trataría de decir). Ya sabe, nos casamos o no, somos varón o mujer, tenemos niños o no».

Querido lector, lo dejo a su criterio.

Después de esta confrontación, la señorita Smith se mostró un poco deprimida pero sonrió con coraje. Todavía tenía que someterse a prueba con un objeto que yo había traído específicamente para ese fin. Era algo que me había pertenecido durante algún tiempo y conocía su historia completa. Para una lectura psicométrica constituía un material excelente. Revertiré el procedimiento habitual diciéndole de antemano todo lo referente al objeto y luego le transmitiré toda la lectura al respecto, palabra por palabra, por parte de la señorita Smith. Entonces usted estará en las mismas condiciones que yo y podrá hacer su propio análisis sobre la exactitud de dicha lectura.

El objeto era una pequeña cerámica, de color negro, de origen peruano. Medía unas siete pulgadas de longitud y tenía la forma de un pájaro con un pico en la parte superior. Era una falsificación, una réplica de un objeto mochica genuino hallado en una tumba, hecho por un amigo en Lima, que es peruano de nacimiento pero de descendencia china. Es un hombre pequeño y pesado, con los cabellos lisos de color negro y con unos rasgos totalmente chinos. Tiene veintiocho años. Es soltero, o lo era en el momento en que la lectura fue hecha. Sólo habla español. Se dedica a hacer réplicas exactas del arte peruano original y a reparar cerámicas. Me dio la cerámica porque estaba rota. Yo mismo la reparé cuando regresé a los Estados Unidos. Tengo una gran colección de piezas similares. Había llevado esa pieza conmigo al programa para no romper un valioso original y para soslayar la tendencia de los psíquicos de hacer interpretaciones sobre gente fallecida hace mucho tiempo y establecer ciertas relaciones con un objeto semejante.

Geraldine Smith respiró hondo y comenzó su lectura del artículo, mientras yo permanecía sentado sin pestañear.

SMITH: Muy bien. En primer lugar, me veo rápidamente orientada hacia México, Estados Unidos. Veo tres personalidades muy fuertes, dos mujeres y un hombre, que describiré a continuación. En primer lugar, el hombre que veo es pequeño. Tiene el cabello castaño oscuro, con entradas en las sienes. Lleva unas gafas muy gruesas. Obviamente, no ve muy bien. Veo una especie de camisa de cuello redondo. No es del tipo de las que se llevan ahora. Supongo que está más en la línea de lo que él lleva puesto ahora [señaló a dos de nosotros]. Ahora paso a las dos mujeres. Oh, no les di la

edad del hombre. Tiene que tener entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Algo así. La primera mujer que veo es muy pequeña. La otra mujer es bastante más alta. Una es muy, muy, muy gruesa y pequeña, con el cabello rizado, pero esponjoso. Y la otra, la más pequeña, es... bueno no hay nada especial que la caracterice. Veo a estas tres personas muy relacionadas con esta pieza. ¿Las reconoce?

RANDI: Ahora usted me está preguntando algo. Se supone que es usted la que tiene que contarme cosas y no yo.

SMITH: Quiero decir, ¿las reconoce?

RANDI: ¿Quiere usted escuchar ahora la historia del objeto? ¿Terminó la lectura?

Algunas observaciones acerca de lo que se dice más arriba resultan obvias. Señaló un origen indígena, pero se equivocó. Dijo que captaba a tres personas para «engañar»: yo todavía estoy tratando de encajar a las dos mujeres, sin éxito. La vista del hombre es excelente: no usa gafas. En cuanto a la altura, acertó. Y el muchacho efectivamente lleva camisas de cuello de tortuga. No tiene entradas en el cabello, sino todo lo contrario. En relación con la edad, se había equivocado por lo menos en diecisiete años.

Cabe señalar otros dos aspectos con respecto a esta prueba. En primer lugar, le dije a Geraldine Smith con toda claridad que ésta no debía ser considerada una prueba formal. Mis razones deberían ser obvias: era muy posible que ella hubiese investigado mis antecedentes y hubiese descubierto mi interés por la arqueología peruana, y pudo haber visitado un museo y haberse preparado para adivinar el origen del objeto. En segundo lugar, se mostró de acuerdo en que la CSICOP la sometiera a prueba prescindiendo del resultado de aquella demostración. Desde entonces no hemos sabido nada más de ella.

En abril de 1978, recibí una carta de una tal Rosemary DeWitt, que representaba a «un grupo de investigación privado». La carta me informaba de que iba a perder mis 10.000 dólares como consecuencia de una demostración de «un talento paranormal inimitable». Me tranquilicé con respecto a la integridad del grupo gracias a una declaración que afirmaba que «como científicos con antecedentes de investigación, empleamos las técnicas científicas más avanzadas en nuestra metodología».

Respondí de inmediato y no supe nada más de ellos hasta el mes de agosto. Le envié a la señorita DeWitt una prueba preliminar por correo, dado que sus afirmaciones parecían aceptar dicho tratamiento. Me había descrito su capacidad de «inspeccionar» un mapa para localizar ruinas y artefactos antiguos. Estuve de acuerdo en que efectivamente dicho talento podía optar a mi premio y le dije que prepararía cuidadosamente un mapa de un área en la cual yo sabía que se encontraban diferentes reliquias. Ella tendría la libertad de marcar sobre el mapa los lugares que

ella considerara importantes y luego me lo devolvería.

Para tales fines dibujé un mapa (con la ayuda de fotografías tomadas por satélites de la Earth Resources Transmission Satellite) de un área que yo había visitado con frecuencia. El hecho de que la señorita DeWitt pudiera tener conocimiento de eso carecía de importancia, ya que sólo se trataba de una prueba preliminar. Sin embargo, al preparar el mapa, denominado «mapa A», me aseguré de que no tuviera ninguna indicación de orientación y escala. Las posibilidades de que ella pudiera localizar esa parte del globo eran realmente remotas.

Muy pronto recibí una respuesta. Cito una parte de dicha carta para que mi lector pueda ver hasta qué punto ese tipo de respuestas pueden ser indeterminadas y difusas. Se trata de un ejemplo típico:

La localización de por lo menos dos lugares arqueológicos pareció ser lo que usted había solicitado, aunque creo que hay más. Usted no pide la totalidad de los lugares, de manera que esta vez no incluiré ninguna otra información.

Hay tres áreas que encuentro prometedoras desde un punto de vista arqueológico. Aparentemente, existen muchas más que podrían ofrecer material adicional dentro de esos confines. Mi información sugiere que hay lugares en el área que usted dibujó que son hasta ahora desconocidos. Sería muy interesante para mí conocer a través de sus informaciones hasta qué punto esto es «real» según nuestra percepción de la realidad en el plano físico en el que vivimos.

Obsérvense las generalidades y las declaraciones imprecisas que aparecen en la carta. No solicité ningún número específico de lugares. Simplemente le pedí a la señorita DeWitt «que trabajara sobre esa muestra». Ella sugiere que yo había solicitado «por lo menos dos» y agrega que «cree» que hay «más». Esto cubre la posibilidad de que haya otros lugares omitidos por ella y sin embargo no afirma que sí hay más, simplemente cree que pueden haber más. Asimismo, afirma que «esta vez no incluiré ninguna otra información». Esto le da la posibilidad de agregar algo más tarde.

Las áreas marcadas son «prometedoras en términos generales». Pero ella ha marcado sólo dos áreas sobre el mapa; ¡afirmó haber encontrado tres! Así deja suspendida en el aire otra localización que quizás sea definida cuando sepa dónde tendría que haber indicado otro lugar. Luego afirma que «aparentemente existen muchas más» dentro de esos confines que «podrían» ofrecer material adicional. Todas son posibilidades imprecisas, un intento de darle cierta flexibilidad a sus descubrimientos limitados. Y afirma que su «información sugiere» que hay lugares

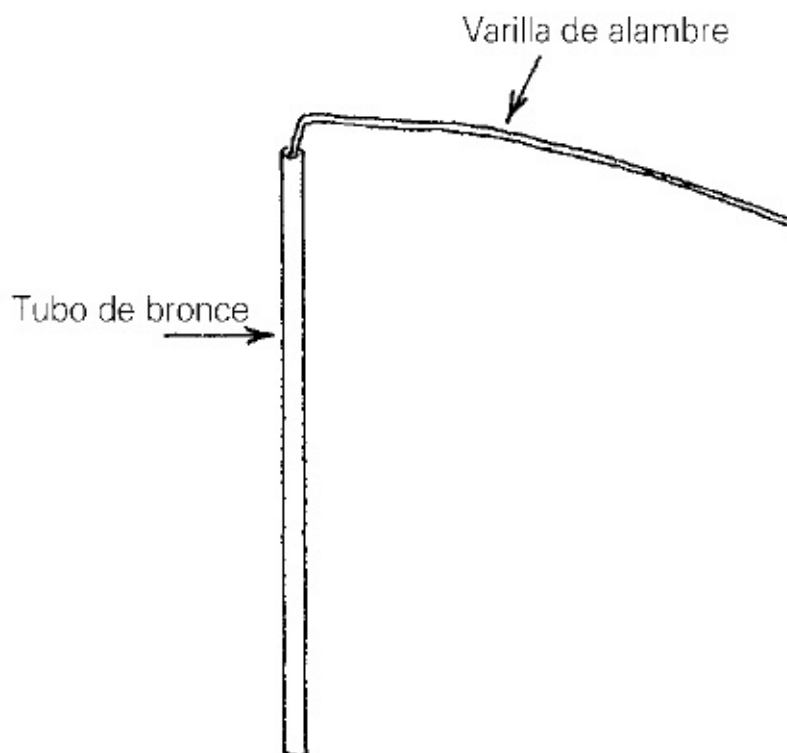
adicionales «aún desconocidos». De manera que, si la elección no es correcta, es sólo porque todavía no se conocen como las maravillas que ella determinó que eran.

Menciona otra suposición interesante. Afirma: «Sería muy interesante de su parte... enterarse a través de sus informaciones». Yo no estaba dispuesto a proporcionar ningún tipo de información. Ella tendría que actuar como quisiera. Yo no exigiría nada ni ofrecería nada excepto la materia prima básica para la prueba. Asimismo, la señorita DeWitt se reserva una posible vía de escape con su declaración de que quiere saber «hasta qué punto eso es “real” según nuestra percepción de la realidad». En otras palabras, si ella se equivoca totalmente conforme a la lógica de nuestro mundo real, puede inventar algún universo oscuro en el que los errores resultan tener validez debido a normas nuevas y maravillosas. Se trata de un umbral a menudo empleado por los psíquicos, que nos avisan con frecuencia para que pensemos en esas maravillas en términos normales.

Atento a este *tour de force* semántico, con sus múltiples evasiones y conocidas racionalizaciones para posibles fracasos, preparé una nueva prueba para comprobar su capacidad, dado que una rápida mirada a los resultados había mostrado que en todos sus esfuerzos para determinar puntos de interés, la señorita DeWitt había elegido dos lugares en un área de la jungla bien explorada que no tenían ruinas antiguas conocidas. La señorita DeWitt había afirmado que ella se había desenvuelto mejor con las numerosas ruinas prominentes que se encontraban sobre la tierra, estructuras que efectivamente existían en el área que le envié. En realidad, yo había elegido un área que contenía probablemente las ruinas más impactantes y conocidas del hemisferio occidental y, ciertamente, las más famosas y prominentes del mundo. Pero continuemos con la prueba.

El 19 de septiembre de 1978 visité Washington, D.C. e hice los arreglos necesarios para encontrarme con la señorita DeWitt en compañía de Philip Klass y Robert Sheaffer, los dos miembros de la CSICOP. Estábamos equipados con un magnetófono y una cámara, y yo había preparado un nuevo mapa, el «mapa B», para esta nueva prueba. Por primera vez pude ver el mecanismo utilizado por la señorita DeWitt en sus determinaciones. Era un simple tubo de bronce de unas seis pulgadas de largo, con un trozo de percha que formaba casi un ángulo recto e iba insertado en el tubo.

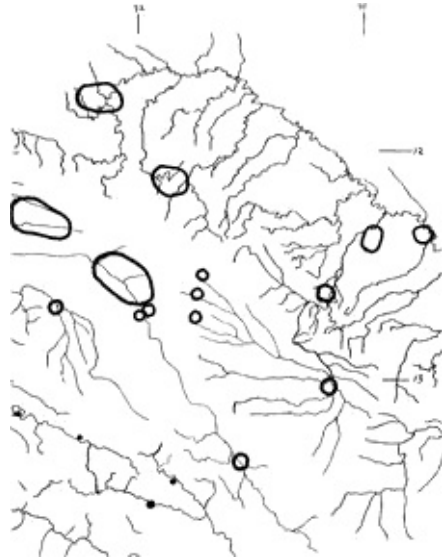
Cuando la señorita DeWitt acercaba el dispositivo a una zona «caliente» del mapa, éste tenía que oscilar. El mecanismo también respondía a preguntas rotando en un sentido para decir «sí» y en el otro para decir «no». Klass filmó el dispositivo en acción y esas tomas revelaron claramente el método utilizado por DeWitt. Esta —quizás de forma inconsciente— le daba al dispositivo un impulso que provocaba una rápida rotación con muy poca energía debido a la naturaleza equilibrada del mecanismo. Cualquier inclinación vertical provocaba un movimiento.



El dispositivo utilizado por Rosemary DeWitt. Se sostiene derecho tal como puede observarse en la ilustración. La varilla gira como resultado de un leve movimiento circular de la mano.

Pero la acción que producía la rotación no constituía el aspecto más importante del fenómeno. La pregunta fundamental era: ¿funcionaba realmente? En primer lugar, eligió hacer otro intento con el «mapa A». Hizo girar la varilla con fuerza, creando una brisa, mientras nosotros observábamos. Me quedé mirando por encima de su hombro. Pero, sin que ella lo supiera, yo no estaba mirando el mapa sino que observaba con atención la varilla. Hacía esto para no dar ninguna pista ya que yo era el único que conocía la naturaleza del mapa.

La señorita DeWitt determinó otros siete lugares posibles en el «mapa A»; ahora había nueve lugares marcados en ese mapa. No hice ningún comentario, aceptando lo que ella marcaba y haciendo que los testigos firmaran y fecharan la actuación. Luego le di el nuevo mapa, el «mapa B». Trabajó sobre el mismo, expresando mucha incertidumbre acerca de todas las decisiones que tomaba. Decía que «quizás» había un lugar aquí, pero quizás no. Esta o aquella área parecían «prometedoras» pero no positivas. «¿Qué le parece ésta?», preguntaba con frecuencia, y efectuaba entonces unas marcas de tanteo sobre el mapa. Esta vez fueron determinados cuatro lugares.



Uno de los mapas sobre el que la zahorí Rosemary DeWitt intentó marcar las localizaciones de artefactos. Las áreas con un círculo son las que fueron señaladas por DeWitt; los puntos indican los verdaderos lugares.



Rosemary DeWitt marca el «mapa B» mientras el dispositivo gira en su mano izquierda. Philip Klass.



El dispositivo está estacionario en esta exposición de dos segundos. El tubo no está en movimiento.



El rotor comienza a girar rápidamente. Se observa un movimiento obvio de la mano y del tubo en esta exposición de dos segundos. Philip Klass.

Nos informamos un poco sobre sus antecedentes. Nos contó que trabajaba en tres facultades distintas en Washington, enseñando una «ensalada» de cursos no acreditados que abordaban temas paranormales. Se parecía mucho a ese tipo de clases orientadas a los adultos: astrología, psicoquinesia, curación, etc.

Poco después del encuentro del mes de septiembre en Washington, le envié a Rosemary DeWitt un tercer mapa, llamado «número 3», esta vez con las coordenadas claramente marcadas sobre el mismo. Dado que había fracasado completamente con los dos primeros mapas, estaba interesado en comprobar si repentinamente sería capaz de descubrir los lugares de las ruinas sobre un mapa que ella podía identificar. Si fallaba en esta oportunidad como lo había hecho con los dos mapas anteriores, por lo menos significaría que era sincera y que no había recurrido a ningún otro mapa para determinar las localizaciones de las ruinas antiguas.

No recibí ninguna respuesta de su parte durante tres meses. Finalmente, durante un encuentro en Washington a principios de diciembre, me puse en contacto con la señorita DeWitt: ella estuvo de acuerdo en visitarme a mí y a otros miembros de la CSICOP para contarnos sus descubrimientos relacionados con el tercer mapa. Estaban presentes el doctor Ray Hyman, Robert Sheaffer y Michael Hutchinson. Este último había llevado a cabo recientemente una prueba concluyente con un «fotógrafo psíquico» japonés en Inglaterra y quería ver con qué tipo de hacedores de milagros estábamos trabajando.

En menos de quince minutos descubrimos la verdad. Rosemary comenzó diciéndome que ella «sentía» que estábamos en Perú, en la zona de Machupicchu, ubicación de la antigua ciudad inca. ¡Afirmó también que sentía que los tres mapas eran similares! Me increpó por haber negado en el curso de la reunión anterior que la zona señalada en el mapa era la del Machupicchu y señaló que, dado que yo la había despistado, ella había acertado al recibir la impresión de una «P» y al suponer que ésta significaba Panamá en lugar de Perú. Se trataba de un invento total. Cada palabra expresada durante la reunión previa había sido grabada y ni Perú ni Machupicchu habían sido mencionados. Ni tampoco se señaló una «P». En realidad, no hubo ningún intento, en nuestros encuentros o relatos escritos, de identificar, ni siquiera de forma imprecisa, algún lugar.

La señorita DeWitt colocó su varilla de rotación e inmediatamente se desplazó hacia el sector derecho del mapa. Pero luego dudó entre dos ríos adyacentes, decidiéndose finalmente por el río equivocado. La conclusión era clara y el veredicto obvio. Rosemary DeWitt había fracasado en las pruebas.

En resumen, DeWitt identificó quince lugares distintos en tres versiones diferentes del mismo mapa, ya que en cada caso ella había estado mirando el mismo sector arqueológicamente rico de Perú, un área con la que estoy muy familiarizado. No sólo no pudo identificar ningún lugar dos veces en tres intentos diferentes, sino que no pudo localizar los lugares más significativos de todos: Cuzco, Machupicchu, Pisac, Urubamba, etc. Por el contrario, las áreas que había señalado estaban en plena jungla y en otros lugares inhabitables sin ruinas y artefactos de ningún tipo. Sólo cuando le fueron comunicadas las coordenadas pudo adivinar que el área del mapa se encontraba en Sudamérica. Su afirmación de que no tenía un globo terráqueo constituye una débil excusa.

Sin duda este episodio queda probado. Quizás Rosemary DeWitt realmente crea que tiene poderes psíquicos. Ciertamente no fue capaz de probarlo. Y si sus otros supuestos éxitos se basan en pruebas tan débiles como las que nos presentó a nosotros, podemos descartar completamente sus pretensiones.

Mi trabajo durante dos años en un programa nocturno de la emisora de radio WOR, en Nueva York, me puso en contacto con mucha gente interesante. Un sábado de madrugada, cuando nuestro grupo se separó cansado pero feliz, un invitado del programa me llamó aparte y me relató un asunto en el que yo podía ser útil. El hombre, un psiquiatra, me informó acerca de una serie de experimentos que se estaban llevando a cabo silenciosamente en un laboratorio del New York State Department of Mental Hygiene. Una muchacha de un pequeño pueblo de Massachusetts que supuestamente era capaz de ver mientras tenía los ojos vendados estaba siendo sometida a diferentes pruebas allí. Los dos jóvenes graduados que se encargaban del proyecto habían solicitado a mi invitado que me pidiera que yo visitara el laboratorio. Como mi invitado, los dos estaban convencidos de que la muchacha estaba haciendo trampas, pero no podían descubrir el truco.

El psiquiatra le había sugerido al director del proyecto que yo fuera consultado, pero éste le había dicho que no necesitaban mis servicios. Al escuchar esto, decidí que asistiría a toda costa a las pruebas. Mi informador y yo elaboramos un plan para que así pudiera asistir.

Tomamos el desayuno cerca de allí y luego fuimos al laboratorio. En un armario de la planta baja encontré una bata blanca que parecía muy oficial; vestido de esa manera, y llevando mi propia tablilla con sujetapapeles y un formidable conjunto de lápices, me adentré en el laboratorio disimuladamente. Unas pocas personas me miraron con cautela pero decidieron no cuestionar mi presencia. Un hombre con

barba encaja bien en un lugar así, especialmente con las gafas en la frente. Uno de los graduados me reconoció y casi descubre toda la farsa, pero hablé con él y su compañero para evitar cualquier malentendido. Me enteré por ellos que estaban ansiosos por liberarse de la tarea con el fin de poder dedicarse a trabajos más importantes.

La muchacha se llamaba Linda Anderson y tenía quince años. Según sus padres, había descubierto sus «poderes» mientras estaba en la iglesia. Ella afirmó que mientras estaba leyendo el libro de oraciones se dio cuenta de que podía ver el suelo a través de éste. Como había ocurrido en la iglesia, no podía ser algo malo. Fue su padre Arthur quien había atraído la atención de estos hombres de ciencia, los cuales habían concebido ciertos experimentos —absolutamente incorrectos— para poner a prueba su capacidad de ver con los ojos vendados.

La venda que usaba era una que ella había traído. Esto fue permitido por los experimentadores del laboratorio que previamente la habían examinado a fondo. Y por otra parte, Linda trabajaba mucho mejor con su propia venda que cuando usaba otras. Mediante estos medios, los ratones engañan a los hombres. Su venda favorita consistía en un par de gafas protectoras de aviador pintadas de negro en su interior, con una esponja de goma en los bordes. Se sujetaban con un elástico. Todos los presentes habían probado la máscara y no habían podido ver nada con ella. Pero yo estaba convencido de que Linda sí podía ver.

Sentada en una silla en una habitación bien iluminada, Linda era capaz de leer el New York Times de esa mañana con la venda puesta. Sostenía el diario en la parte izquierda de su cuerpo. De vez en cuando un experimentador cubría el área del ojo izquierdo o derecho con un trozo de papel. Cuando se cubría el ojo izquierdo de ese modo, podía seguir leyendo con normalidad. Cuando se cubría el área del ojo derecho, leía solamente unas pocas palabras, y luego se detenía o comenzaba a cometer errores. Observé que durante un intento, unos segundos después de que deslizaran un papel sobre el área del ojo derecho, ella no leía el texto sino que inventaba la copia. ¡Parecía que yo había sido el único que había verificado eso! Cuando hice hincapié en ello, Linda inclinó hacia atrás su cabeza, dijo que estaba cansada y solicitó una pausa.

En ese punto, mi identidad se hizo conocida. Aunque surgieron algunas objeciones, la mayoría de los presentes estuvieron de acuerdo en que permaneciera en el lugar. Linda había tenido éxito hasta ese momento y no parecía importarle, aunque me miró fijamente.

Durante la pausa, señalé algo de interés para los presentes. El rostro de Linda había sido fotografiado desde varios ángulos diferentes contra un segundo plano cuadriculado. Las fotografías parecían grandes tomas de algún rufián y habían sido hechas con el fin de estudiar y delinear varias áreas de su rostro. Se creía que ella

«veía» con una porción de su piel facial cerca de la nariz. Estaban cerca de la verdad.

La fotografía de perfil enfatizaba algo inusual de los rasgos de Linda. Tenía una nariz corta y cóncava que le permitía tener una capacidad que muy pocos poseen. Si mi lector quisiera llevar a cabo un pequeño experimento, descubrirá lo que quiero decir. Cierre su ojo izquierdo y mire hacia la izquierda con su ojo derecho. Probablemente usted estará mirando directamente hacia su nariz. ¡Pero Linda Anderson miraba más allá de su nariz cuando hacía lo mismo! Después de una pequeña investigación, su método se hizo evidente. En el sector izquierdo de la mitad derecha de las gafas protectoras, entre la lente derecha y su recubrimiento de esponja, había una pequeña hendedura. Linda, al sostener el diario sobre el lado izquierdo, era capaz de leer a través de ese agujero ¡con su ojo derecho! De esta manera, el hecho de cubrir el ojo izquierdo no inhibía su visión.

Llegó el momento de otro experimento. Comience a leer un diario en voz alta. Dígale a alguien que coloque un trozo de papel en blanco sobre la parte que ha sido leída y continúe «leyendo» todo lo que pueda. Se sorprenderá al descubrir que conoce las cuatro o cinco palabras siguientes a la última palabra leída. La razón es que la mayoría de las personas escudriñan un poco hacia delante cuando leen en voz alta, y esa información adelantada es la que recuerdan. Linda debe haber descubierto ese hecho con gran deleite. De esta manera se explica su capacidad para continuar leyendo cuando se cubría el área alrededor de su ojo derecho.

Después de la pausa, comenzó otra prueba, pero esta vez pregunté si podía aplicar la venda, y así me lo autorizaron. Le coloqué la misma venda a Linda y agregué unos pedazos de cinta adhesiva negra sobre la evidente separación que existía cerca de su nariz. Ella solicitó un corto período de acomodamiento antes de comenzar la prueba, por lo que nos sentamos a esperar. Linda pidió un poco de chicle, lo que la «hacía sentir cómoda», según me dijeron. Yo sabía la verdadera razón, pero deseaba que mis colegas (¿probablemente?) la descubrieran. Ella comenzó a mascar el chicle con mucha violencia, haciendo contorsiones con el rostro de forma grotesca hasta que la cinta adhesiva se soltó en los bordes. En ese momento anunció que estaba preparada... pero yo no lo estaba.

Le sugerí que no debería mascar chicle, porque su acción de mascar había hecho que la cinta adhesiva se despegase. Se disculpó, pero no sin hacer rechinar levemente sus dientes. Tratamos de volver a colocar la cinta, pero Linda pidió que la disculpasen por un momento. Cuando regresó y se sentó para soportar nuevamente mi atención, observé que se había maquillado. Señalé que la cinta no podría adherirse a su maquillaje, por lo que tomé un pañuelo humedecido. Linda se opuso a que le quitasen el maquillaje afirmando que el agua jabonosa le producía acné. «Entonces no tenemos por qué preocuparnos —repliqué arremetiendo contra sus mejillas con el pañuelo—, porque esto es agua de hamamelis». No pude evitar la utilización de esa

expresión. El diablo me incitó a hacerlo.

Finalmente, vendada de forma apropiada, Linda se sentó en silencio. Bostezó mucho y llevó sus dedos hacia el rostro. Cada vez que la venda se movía, yo la volvía a colocar bien. Linda se enojó mucho conmigo. Pidió hablar a solas con su padre. La dejamos con su padre durante unos minutos y mientras esperábamos fuera yo afirmé con fiabilidad que la cinta estaría de nuevo suelta cuando regresáramos. Y así fue. Su padre nos dijo que Linda se sentía incómoda cuando le colocábamos la venda de esa manera.

Comenzamos el capítulo final del drama. De un pedazo de tela negra corté dos elipses lo suficientemente grandes como para cubrir las órbitas de sus ojos, y los puse en su lugar. Si las lágrimas hubieran podido filtrarse a través de la cinta, Linda habría inundado el lugar. No era capaz de ver con esta mínima expresión de venda. El área del rostro que los científicos habían pensado que ella utilizaba para «ver» había quedado bien expuesta, de manera que no tenía excusa alguna.

En un estado de gran perturbación e intentando, sin duda, sacar algo positivo de la sesión, exigió que le volvieran a poner la venda anterior. ¡Yo estuve de acuerdo y afirmé incluso que no le colocaría la molesta cinta adhesiva en los bordes! Ella estaba inmóvil y las figuras vestidas de blanco a mi alrededor pensaron que yo estaba loco. Pero yo guardaba un as en la manga. Después de haberle colocado la venda, simplemente le pegué sobre el caballete de la nariz un trocito de cinta sin que aparentemente ella se diera cuenta, que por más que girase el rostro con todas sus energías no podía ver. Miraba ahora hacia la cinta como la mayoría de nosotros miramos hacia la nariz, y el juego concluyó.

Pero yo insistí en asestarle un *coup de grâce*. Ya le habíamos preguntado a Linda varias veces si sus ojos se mantenían cerrados debajo de la venda cuando ella leía. Ella insistió en que cerraba los ojos con mucha firmeza. Yo quería probar que no era así; necesitábamos una manera de ver su ojo abierto cuando leía el diario. Con este fin, le dije cautelosamente a uno de los hombres lo que tenía que hacer. Se colocó sobre el suelo y miró hacia arriba; el diario le impedía ver el rostro de Linda. Yo sostuve el diario, y quité el pedacito de cinta que había colocado antes sobre la nariz de la muchacha. Ahora Linda podía leer. Le pedí que lo hiciera, y cuando comenzó a hacerlo, retiré bruscamente el diario. El hombre que estaba en el suelo se levantó. «Vi su ojo —afirmó— y estaba abierto».

Quedaba una cosa por hacer. El personal del laboratorio y yo regresamos a la antesala donde había sido instalado el magnetófono. Allí leímos los resultados finales de las pruebas del día. Mientras estábamos haciendo eso, la puerta se abrió y un hombre mayor, que, según me enteré más tarde, era el director del proyecto, irrumpió en la habitación y denunció a todo el mundo por haber dejado entrar a un mago en el laboratorio. Se desvinculó de las pruebas y se fue. En un informe publicado más tarde

en la revista Science, el investigador Joseph Zubin relató el desarrollo de las pruebas. El informe finalizaba con una observación breve e ingrata: «Resultó útil contar con la presencia de un mago profesional». «Necesario» hubiera sido la palabra adecuada.

Linda Anderson esperó encontrar a otro investigador ingenuo en el profesor James A. Coleman, del American International College. En una conferencia de prensa organizada en Auburn, Massachusetts, Coleman le ofreció a Linda cien dólares si podía convencer a un jurado de que era capaz de ver utilizando poderes paranormales. Un miembro del jurado era Sidney Radner, un hombre que tenía una vasta experiencia con la magia y que seguramente no sería engañado. Yo también estaba presente pero había entrado sin ser visto porque Linda podría salir huyendo si se enteraba de mi presencia.

Un periodista del Boston Record American había sido capaz de ver más o menos de la misma forma que Linda, utilizando la misma venda. Dada la controversia suscitada por la máscara, el profesor Coleman sugirió que Linda simplemente cerrara los ojos y no atisbara. Linda vaciló, pero finalmente estuvo de acuerdo en que Coleman le colocara cinta adhesiva en los ojos. Tal como yo había descubierto previamente, su maquillaje era excesivo, por lo que la cinta no podría sujetarse. Finalmente, le fue colocada después de haber limpiado parte del maquillaje. Como comenzaron a aparecer ciertas aberturas, Coleman las obturó con un ungüento de óxido de cinc, un método inteligente, dado que el material era muy opaco y resistía adecuadamente. Aunque Linda podía leer unas pocas palabras cuando aparecía alguna grieta, quedaba cegada, tal como se había planeado, cuando se efectuaban las reparaciones.

Hubo quejas acerca de la «presión» de la cinta adhesiva. Transcurrían largos períodos en los que no ocurría nada, luego Linda leía unas pocas palabras del texto, Coleman le aplicaba un poco de ungüento y se producían otra vez largas esperas. Era un fiasco. El señor Radner se mostró muy duro con la señorita Anderson. Afirmó que esa actuación debería aparecer en un espectáculo de variedades y nada más. Se produjeron ciertos gruñidos.

Finalmente, Coleman le preguntó al padre de Linda si le gustaría hacer algún comentario acerca de las pruebas que habían sido llevadas a cabo en Nueva York. El padre dijo que no podía hacerlo, dado que los resultados todavía no se sabían. Aunque no lo sabía, el veredicto acerca de las pruebas de Nueva York ya se conocía desde hacía tiempo. Fui convocado para hacer algún comentario sobre las pruebas, lo cual hice, para consternación de los interesados.

Linda Anderson había proporcionado a la policía una descripción del lugar donde se encontraba Kenneth Mason, un niño de cinco años de Lowell, Massachusetts, que había desaparecido hacía cuatro meses. Linda había dicho que el niño se encontraba en una casa y no en el río que atravesaba el pueblo, como se esperaba. Se equivocó

nuevamente: Mason apareció en la orilla del río Merrimack. Se había ahogado.

Debo mencionarles un extraño comentario respecto al caso de Anderson que continuó resonando en mis oídos durante cierto tiempo. Cuando abandoné la conferencia de prensa en Auburn, me encontré con una deprimida Linda, sus padres y un joven que dijo ser un amigo cercano. El novio se me acercó y me tomó por las solapas. Con lágrimas en sus ojos, me miró fijamente y me preguntó: «¿Por qué hizo eso, señor Randi? ¿Usted no cree en Dios?».

Pocas veces no tengo una respuesta a punto. Esa vez no pude encontrar una apropiada.

Piero Angela es un periodista que trabaja para la RAI. Cuando en 1978 produjo una serie de cinco programas especiales de una hora cada uno acerca de sus investigaciones sobre el fenómeno paranormal, llovió sobre su cabeza una retahíla de amenazas, rechazos y quejas difíciles de creer. Individuos y grupos tanto de Italia como del extranjero, basándose en la falta de una investigación concluyente sobre sus afirmaciones, sintieron con fuerza esa interferencia, y tanto la RAI como Angela recibieron montones de telegramas y cartas que exigían que se retractaran de las declaraciones con las que habían denostado a los parapsicólogos y a toda la industria «psi». Angela no lo haría, y para reafirmar sus descubrimientos publicó un relato de sus investigaciones, *Viaggio nel mondo del paranormale*. Las objeciones se duplicaron.

Conocí a Piero Angela por teléfono. Había llegado a los Estados Unidos para visitar varios centros de trabajo «psi» y me había llamado para pedirme consejo sobre los individuos a los que podría interrogar. Le sugerí, por supuesto, a los príncipes del reino parapsicológico, Russell Targ y Harold Puthoff. Incluí en la lista a Charles Honorton, del Maimonides Hospital, con su juego telepático de sueños por diapositivas, y a Charles Tart, famoso por su uso de la PE. También se encontraba en la lista un investigador prominente, Helmut Schmidt, que en esa época era un misterio para mí. Le advertí a Angela que si su experiencia era similar a la mía, no sacaría mucho de esos funámbulos a menos que estuvieran convencidos de que él era creyente. Una semana más tarde, cuando me llamó desde California para contarme que todos parecían incapaces de responder simples preguntas sin apelar a declaraciones evasivas, le sugerí que consultara a Ray Hyman, Martin Gardner para poder acorrallar mejor al sujeto evasivo. Así lo hizo. El resultado fue su devastadora serie en la RAI.

Si Piero no hubiera sido el excelente periodista que es, podría haber aceptado fácilmente las palabras almibaradas ofrecidas por los brujos semánticos del «psi». Una historia favorable sería bien acogida de regreso a casa y una negativa resultaría difícil de ser aceptada. Pero Angela estaba acostumbrado a desafiar las convenciones. Estaba decidido a descubrir los hechos y a pasar por alto las fantasías. La serie, como

apareció finalmente, representó una poderosa denuncia contra los parapsicólogos, la literatura sobre el tema y la vergonzosa aceptación de semejante charlatanería por parte de los medios de comunicación. Y me atrevería a decir que esta excursión por la pseudociencia produjo un cambio enorme en la vida y en la carrera de este gran periodista.

A principios de 1979 Piero me invitó a Italia nuevamente (había estado allí el año anterior realizando unas filmaciones para la serie de televisión) a fin de responder a más de cuarenta hacedores de milagros que habían aceptado mi oferta de 10.000 dólares. En el tiempo que transcurre entre mi aceptación y mi partida hacia Italia en el mes de marzo, los desafiantes habían abandonado uno por uno. Esto se debió en parte a las condiciones impuestas por mí que ellos tenían que aceptar previamente, en el sentido de que la presencia de un observador escéptico como yo no inhibiría los resultados. Además, tenían que autorizarme a usar cualquier dato obtenido durante las pruebas. Algunas de esas personas creían que me iban a convencer para que no revelase (tal como había hecho Uri Geller con muchos de sus investigadores) los resultados si fracasaban. Cuando llegué a Roma para encontrarme con los candidatos, sólo quedaban diez.

Acompañado por un colega, William Rodríguez, me reuní con Piero Angela. La RAI estaba cubriendo el acontecimiento y realizó dos programas especiales el domingo en base a la película que habían filmado. Los aspirantes llegaron de toda Italia, divididos, como de costumbre, en dos grupos distintos: aquellos que erróneamente creían tener poderes genuinos y aquellos que únicamente eran farsantes. El último grupo era más reducido y se limitaba a los que hacían el truco del golpeteo de la mesa. A continuación aparecen las estrellas de nuestro drama:

- La señora Antonetta Petrignani, que produce «imágenes espirituales» con una cámara Polaroid.
- El profesor Giuseppe Festa, que momifica frutas y carne. Sostiene la muestra entre sus manos para «irradiarla».
- El señor M. Salvatori, especialista en proyectar las imágenes de un sueño en los pensamientos de sus sujetos.
- La señora Catarina Zarica, especialista en el golpeteo de la mesa, asistida por su esposo.
- La señora Clara Del Re, especialista en el golpeteo de la mesa, asistida por su marido y su hija.
- El señor Fontana, el profesor Borga, el señor Stanziola y el señor Senatore, zahoríes capaces de encontrar agua con una varilla; algunos también capaces de encontrar metales.

- El señor Jacovino, experto en doblar llaves y detener relojes (que en el último momento no apareció).

Por lo tanto, había nueve aspirantes preparados y dispuestos que iban a someterse a diversas pruebas.

Mis treinta y cinco años de experiencia en este campo me dictaron que debían tomarse ciertas medidas. Dichos aspirantes son coherentes sobre todo en una cosa: ofrecen las racionalizaciones y excusas más disparatadas cuando fracasan en una prueba. A fin de desbaratar dichas coartadas, insistí en que respondieran antes que nada a un largo cuestionario, para entendernos mutuamente. Analizaré uno por uno a los candidatos, detallando las principales características y problemas de cada caso.

En primer lugar tenemos a la señora Petrignani de Milán. Esta pequeña dama, debo decirlo desde el principio, se sentía sinceramente decepcionada por su incapacidad para tomar buenas imágenes. Esto se tornó tristemente evidente cuando examiné un enorme paquete de varios cientos de fotografías Polaroid que ella había traído y cuando escuché sus interpretaciones de lo que veía en ellas. Una fotografía mostraba —por lo menos a los ojos de ella— a un hombre agachándose sobre una tabla con una roca debajo. Yo no pude ver más que una mancha gris y blanca contra un segundo plano negro. Mientras ella escogía las fotografías, yo aparté ésa para utilizarla más tarde en una prueba que tenía en mente. La señora Petrignani había tomado esas fotografías con una cámara Polaroid, utilizando un formato cuadrado y una película en blanco y negro. Habitualmente oprimía el obturador con la cámara apuntando hacia su rostro. Siempre con poca luz. Al principio estaba tranquila y serena. Oprimió el obturador lentamente, permitiendo que el obturador automático efectuara una exposición correcta. Pero al continuar, entró «en trance», se sacudió y tembló, empujando el obturador de forma violenta y espasmódica. No permitió que operara el automático y, de esta manera, todas las imágenes eran negras con manchas grises. El tiempo de revelado, normalmente 10 segundos, alcanzó los 35 segundos. El resultado fue que las primeras fotografías eran casi nítidas, a pesar del hecho de que sostenía la cámara a unas 20 pulgadas de distancia cuando el foco estaba preparado para 39 pulgadas (un metro). Las tomas posteriores, realizadas a 8 pulgadas de distancia y mientras ella se movía, produjeron las manchas que ella interpretaba como psíquicas.



La señora Antonella Petrignani se concentra en la toma de otra fotografía borrosa.

Durante mi examen de sus resultados, giré la fotografía del hombre sobre la tabla 180 grados y se la presenté nuevamente como si la hubiera escogido entre las fotografías no seleccionadas. Esta vez, al verla al revés, dijo que veía parte de un viejo edificio y un perro. Un nuevo examen mostró que de las doce tomas de mayor éxito sobre escenas psíquicas, seis eran vistas al revés, dos habían sido giradas 90 grados hacia la izquierda, otras dos 90 grados hacia la derecha y dos estaban en la posición normal. El poder psíquico no conoce direcciones...

Los resultados de nuestra prueba fueron interesantes. Cuando el estudio estaba bien iluminado, todas sus fotografías eran razonablemente nítidas. El automático del sistema Polaroid brindaba suficiente exposición a pesar de oprimir brevemente el obturador. Cuando la luz disminuía a niveles mucho más bajos, aparecían las manchas, pero todas eran atribuibles a características faciales fuera de foco o a un revelado defectuoso. Debo decir una cosa: por lo menos la señora Petrignani siguió las instrucciones y limpió los rodillos de la cámara antes de tomar las fotografías. No se veían «barras de contaminación», algo que había sucedido con otros «fotógrafos psíquicos» a los que yo había examinado.

La señora Petrignani reconoció que nunca podía decir cuál sería el resultado final y que sólo obtenía imágenes reconocibles «algunas veces». Estaba dispuesta a escuchar razones si yo le ofrecía una explicación lógica. Escuchó, pareció aceptar mi análisis y se retiró de la escena con garbo. Ni siquiera preguntó por los 10.000 dólares.

El profesor Giuseppe Festa era una persona muy animada. Como prueba de sus poderes curativos, afirmaba que era capaz de momificar con la radiación que

emanaba de sus manos. La prueba fue fácilmente preparada; el cuestionario resultaba muy revelador. ¿Alguna vez había realizado la prueba con las muestras envueltas en plástico? No. ¿Había hecho pruebas controladas con algunas muestras tratadas y otras no? No. ¿Las hamburguesas, el pollo y la carne de ternera eran satisfactorios para las pruebas? Sí. ¿Cuántas veces había hecho eso antes? Unas cuatro o cinco veces (?!). ¿Porcentaje de éxito? ¡Cien por cien!



El profesor Giuseppe Festa, que afirmaba que era capaz de momificar alimentos como prueba de su toque curativo.

Las pruebas de Festa duraron nueve días. Esto se debió al hecho de que las muestras debían madurar —y así lo hicieron— durante al menos tres días. Las reglas especificaban que llevaría a cabo tres pruebas, dos de las cuales tenían que tener éxito para que yo entregara el premio de 10.000 dólares. Comencé a preocuparme cuando vi que el profesor Festa miraba fijamente un costoso equipo electrónico que había en una tienda el primer día de las pruebas. La hamburguesa fue dividida en diez porciones y cada una fue envuelta en un plástico. Cada trozo de hamburguesa fue numerado. De un sombrero, Festa eligió un número y sostuvo la muestra correspondiente entre sus manos durante diez minutos. Luego la volvió a colocar sobre la bandeja. Las muestras fueron mezcladas de manera que nadie supiera cuál era la que había sido tratada; después la bandeja fue guardada en un lugar seguro. Tres días más tarde nos reunimos para observar los resultados.

Se le hizo a un juez una simple pregunta: ¿Alguna de las muestras había sido momificada, y si era así, cuál(es)? La respuesta fue negativa. Todas estaban en avanzado estado de putrefacción, lo que era muy evidente por el olor. Festa preguntó si se podían conservar las muestras durante más tiempo y yo estuve de acuerdo, señalando que él había especificado setenta y dos horas más, y que una mayor retención de las muestras debía considerarse como algo fuera de los límites del

procedimiento de la prueba. A continuación, probamos con un trozo de pollo, con el que, según Festa, había tenido un gran éxito. Anteriormente nos había mostrado muestras de pollo, una pera y una naranja que había «momificado» en su casa. El pollo era como un cristal, la pera era negra y estaba arrugada, y la naranja estaba dura, encogida y desecada. Festa reveló a través de unas preguntas que había dejado las muestras al aire libre. En mi opinión, las muestras simplemente se habían secado. En realidad, en este momento tengo ante mis ojos una naranja que mi gato envió hace unos meses debajo de un mueble. Es en todos sus aspectos idéntica a la naranja de Festa, ya que también se ha secado de forma natural.



La prueba de Festa: una naranja seca, una pechuga de pollo y una pera, todo psíquicamente «curado», según él.

Después de que la prueba con las pechugas de pollo también fracasara (¡con manifestaciones olfativas mucho más dramáticas!), Festa anunció que no estaba satisfecho con el procedimiento de la prueba, afirmando que las nueve muestras no tratadas habían afectado a la muestra tratada por su proximidad. En una tercera prueba, esta vez con carne de ternera, todas las muestras fueron separadas pero mantenidas en condiciones similares de humedad, temperatura y así sucesivamente. Nuevamente, la momificación fracasó. Festa se refirió entonces a los factores de inhibición. Como psíquico no resultó.

Creo que el profesor Festa realmente piensa que posee esos poderes. El hecho de que nunca antes había sido objeto de una prueba controlada era importante. Un fenómeno perfectamente normal se había convertido, para él, en un milagro.

El señor Salvatori era la próxima víctima. Este afirmaba que si proyectaba un «objetivo» a un sujeto durante la noche, dicho objetivo penetraría en el(los) sueño(s) del sujeto. En primer lugar tenía que conocer al sujeto: necesitaba una fotografía del sujeto con el que se pondría en contacto. Dijo que teníamos la libertad de elegir al sujeto. Asimismo preparamos una lista de veinte objetivos diferentes para poder

escoger. La lista contenía temas tales como pollos, una ejecución, París, cavar en el jardín, pasear un perro, caminar sobre la luna y la Navidad. Se le mostró a Salvatori la lista numerada de objetivos y eligió del inevitable sombrero un número del uno al veinte. Era el único que sabía cuál era el número y el objetivo; firmó el papel numerado, lo mezcló entre los otros en un sobre, cerró el sobre y se lo entregó a una persona junto con la lista. El sujeto había sido fotografiado y avisado antes de este proceso. Luego fue rápidamente conminado a soñar.

Al día siguiente, seguros de que Salvatori no se había puesto en contacto con el soñador, presentamos la lista de objetivos al sujeto. Debía determinar si había allí algún objetivo que hubiese definido o sugerido fuertemente su(s) sueño(s) la noche anterior. Se llevaron a cabo tres pruebas como ésta y en ninguna de las tres el sujeto pudo encontrar ni siquiera uno de los objetivos de la lista que encajara con su sueño. Sin embargo, había un aspecto en este caso que me interesaba mucho. En primer lugar, las conversaciones con Salvatori revelaron que tenía la costumbre de inventar su propio objetivo para después transferirlo al sujeto. Esto le daba una ventaja: descubrimos que tendía a elegir temas —tales como volar o caer— que tenían muchas probabilidades de aparecer en los sueños de un sujeto.

En segundo lugar, descubrimos que el señor Salvatori siempre pedía que los sujetos describieran sus sueños antes de decirles el objetivo, conduciéndolos de esta manera hacia el objetivo y aceptando cualquier conexión vaga y periférica como prueba de éxito. Sabiendo todo esto, permití que Salvatori analizara los sueños de sus sujetos con ellos sólo después de que éstos hubieran examinado la lista y hubieran llegado a una conclusión. De acuerdo con las expectativas, trató de hacer encajar cualquier tema de los sueños con los objetivos elegidos. En el primer caso, cuando se eligió como objetivo «una ejecución», el sujeto había soñado que recibía una llamada telefónica de la esposa de un hombre que había sido asesinado. Para Salvatori, ese caso era un éxito.



El señor Salvatori, que proyecta sueños por telepatía. Perdió 3 a 0.

El caso de Salvatori es un buen ejemplo de una persona que no sabe lo que es una prueba controlada y que trata de ajustar los hechos a una teoría. Es una vieja historia. Salvatori nos había dicho, en el cuestionario, que estaba satisfecho con los objetivos y los sujetos que habíamos seleccionado, que «de todos modos» él seleccionaba habitualmente sus propios objetivos, que nunca antes había pasado por una prueba controlada como ésta y que su poder funcionaba a cualquier distancia. También afirmaba que «un psicólogo» le había sometido a prueba y había convalidado su capacidad, pero cuando le presionamos para conocer el nombre de esa persona, Salvatori nos dijo que el investigador no quería involucrarse. El señor Salvatori se retiró de la competición.

Catarina Zarica, una dama muy parsimoniosa y misteriosa, nos dijo que los espíritus se manifestaban cuando ella y su esposo colocaban sus manos sobre una mesa. Pero necesitaba una mesa de tres patas. Recorrimos Roma de punta a punta para encontrarla. Los comerciantes pensaban que éramos un poco extraños cuando rechazábamos mesas en perfecto estado sólo porque tenían cuatro patas. Finalmente, tuvimos que encargarnos que nos hicieran una mesa especial siguiendo las especificaciones de Zarica. Mientras tanto, seguiremos adelante con Clara Del Re y sus asistentes.

Nos habían asegurado de antemano que la señora Del Re era «muy religiosa». Si es así, me gustaría saber cómo se ajusta su filosofía religiosa a semejantes embustes. Su esposo, que hablaba un buen inglés (mi italiano se limita a la expresión *E pericoloso sporgersi*), mantuvo una larga conversación conmigo en la que prometió que una mesa «caminaría hacia usted» durante la sesión. Nos dimos la mano y convine en que me sentiría muy impactado —por un valor de 10.000 dólares— por

semejante acontecimiento.

La familia Del Re resultó un fracaso. Se sentó alrededor de la mesa (mamá, papá e hija) aparentemente para siempre. Nadie se movía. Bajamos las luces. Seguían inmóviles. El crucifijo y el rosario fueron agitados por encima de la mesa y los miembros de la familia cambiaron de posición. Nada. Admitieron la derrota pero prometieron que más tarde, esa misma noche, durante una demostración informal, florecerían los milagros. Me costaba esperar, en especial porque sabía la razón por la que no se habían visto milagros. Hay que mencionar algunos temas fundamentales de la física para explicar mis precauciones.



La señora Clara Del Re, experta en el golpeteo de la mesa. Bajo unas condiciones apropiadas, ella y su familia no fueron capaces de mover la mesa.

Existen dos métodos básicos en el truco del golpeteo de la mesa. Si una zona de la mesa que se encuentra fuera del posible punto de apoyo es presionada hacia abajo, el lado opuesto se levantará. En el Diagrama 1, la aplicación de presión en la dirección D con las manos en la posición marcada por las estrellas hará que la mesa se incline hacia arriba en la dirección R, actuando las patas en F como punto de apoyo. Así, el que está sentado en el punto S1 es el instigador, mientras que S2, S3 y S4 pueden ser muy inocentes, aunque S3 debe cooperar aplicando una presión muy leve en ese lado. La segunda contribución es un movimiento que consiste en colocar las manos hacia abajo firmemente, en la posición de las dos flechas, y atraer la mesa en la dirección H, horizontalmente. El resultado es el mismo, actuando F como punto de apoyo e inclinándose la mesa hacia arriba en la dirección R. El hecho de presionar hacia abajo dentro del área delineada por las líneas punteadas, sin embargo, no provocará ningún movimiento de la mesa; sólo el acto de tirar de forma horizontal lo logrará siempre que las manos estén en esa área. Para eliminar cualquier movimiento de la mesa por

uno de esos medios, primero se debe insistir en que las manos se mantengan dentro del área limitada por las cuatro líneas punteadas, sin permitir que parte de la palma o cualquier dedo tome contacto con la mesa fuera de dicha área, y con todos los brazos fuera de la mesa. Luego coloque dos hojas de papel encerado, una encima de la otra, debajo de las manos del psíquico. Obtendrá los mismos resultados que la familia Del Re y la familia Zarica. La mesa no puede moverse. El hecho de tirar de forma horizontal sólo hace que las manos resbalen sobre el papel y el hecho de presionar hacia abajo no tiene sentido. (En este análisis no tenemos en cuenta la posibilidad de usar los pies o las piernas).

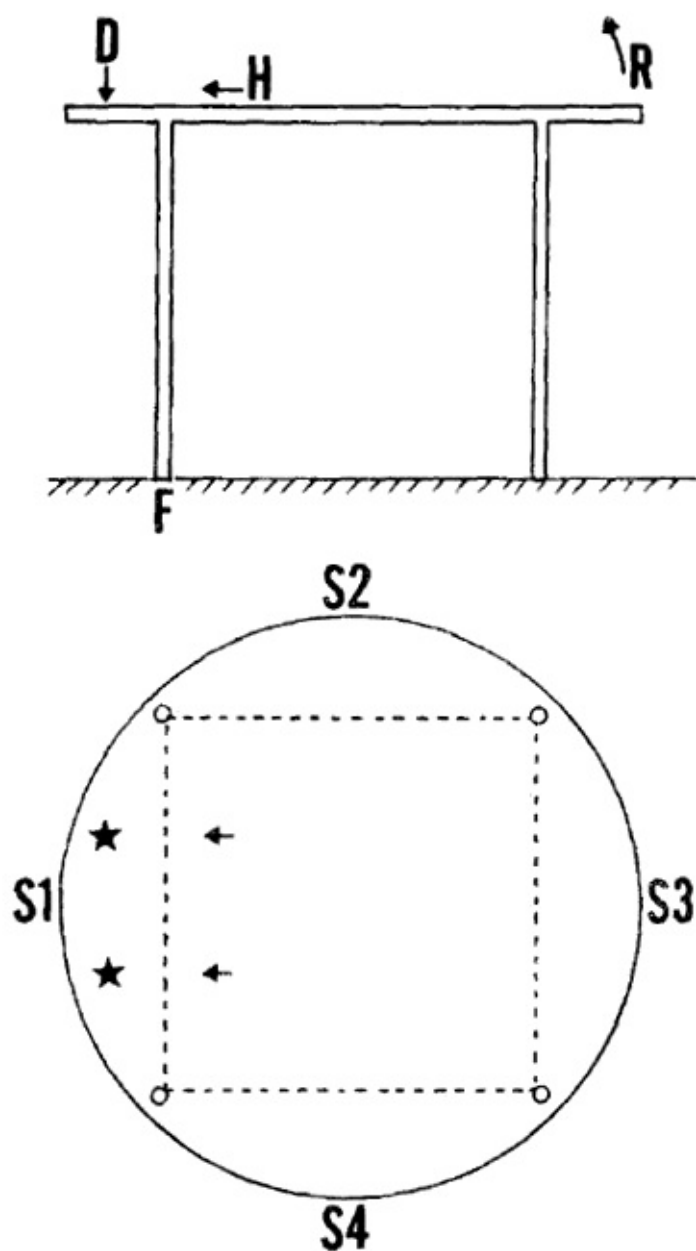


Diagrama 1. El hecho de presionar hacia abajo en D y atraer la mesa en la dirección H hace que ésta se incline hacia arriba en R.

El equipo de Zarica, a pesar del hecho de haber conseguido la mesa conforme a

sus especificaciones, no pudo moverla. Dicha mesa, representada en el Diagrama 2, pesaba unos treinta kilos y otorgaba enormes ventajas a los operadores. Una vez más, el hecho de presionar en los lugares marcados por las estrellas más grandes haría que la mesa se inclinara con facilidad. Incluso el hecho de presionar en la posición indicada por las estrellas más pequeñas hacía que la mesa se inclinara un poco. Una de las personas del equipo de televisión, presionando dentro del área triangular, pudo inclinar la mesa levemente, aunque tenía que estar de pie para poder lograrlo. Presionar es mucho más fácil si el operador está sentado en una posición elevada. A pesar de que proporcionamos a Catarina y a su esposo sillas de una altura estándar, éstos pidieron unos almohadones. Incluso con esta ventaja, la mesa no se movió.

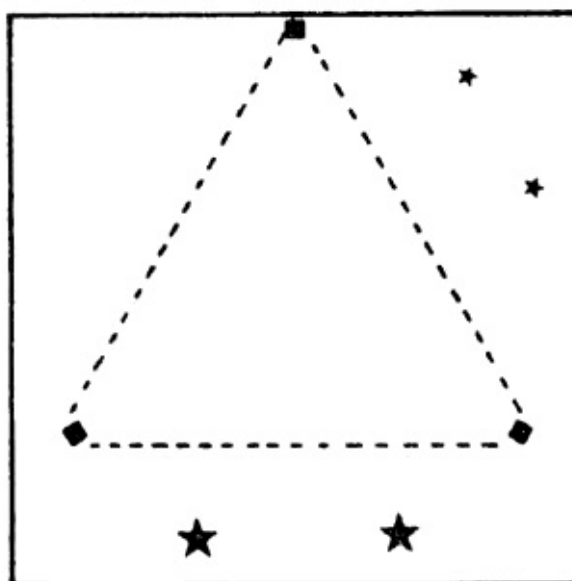
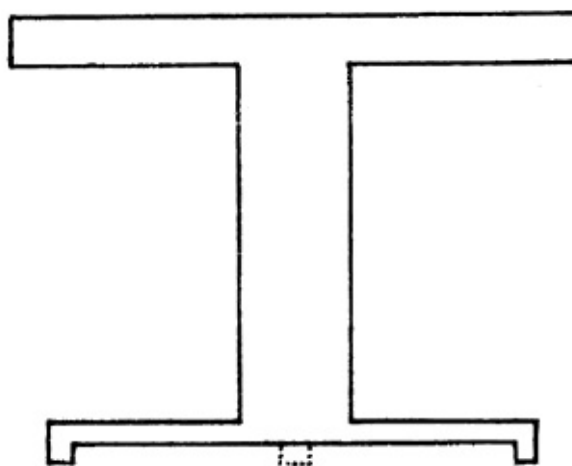


Diagrama 2. La mesa especial hecha para los Zarica. La presión sobre las estrellas más grandes hace que la mesa se incline fácilmente. La presión sobre las estrellas pequeñas también hace que la mesa se incline, pero con mayor dificultad.

Los Zarica se quejaron de que la mesa era demasiado pesada. Pero les recordamos que nos habían dicho que en su casa utilizaban normalmente una mesa con esas dimensiones, ¡y pesaba 110 kilos! Sí, replicó el señor Zarica, para satisfacción de Catarina, pero ésta tenía dibujado un triángulo en blanco sobre la parte superior, y eso, como todo el mundo sabe, era el signo del diablo, lo que inhibía el efecto. Se procedió a borrar el molesto triángulo, pero los Zarica sintieron que ya habían soportado lo suficiente y comenzaron a manifestar enfados individuales, alegando que había vibraciones negativas en todas partes y una falta general de sinceridad.



El señor y la señora Zarica examinan con recelo la mesa hecha según sus especificaciones.

Aquella noche nos habían prometido grandes resultados, en unas condiciones informales, con poca luz y sin cámaras. Informé cuidadosamente a todos los presentes de que no toleraría que dijeran que habían tenido éxito si esa noche, en condiciones no controladas, la mesa comenzaba a hacer cabriolas. No les agradó, pero se vieron obligados a estar de acuerdo.

Con el equipo de filmación preparado, fui invitado a sentarme a una mesa redonda normal. Los Zarica se sentaron uno junto al otro y los Del Re y yo completamos el círculo de seis. De seguida comenzó el juego. La mesa comenzó a correr de manera alocada, obviamente empujada por el señor Zarica, cuyos esfuerzos no eran resistidos por los demás. Las ilustraciones mostrarán cómo el movimiento se tornaba evidente. Después de que el señor Zarica empujó la mesa durante un rato con sus manos firmemente presionadas contra la superficie, anunció que todos debíamos tomar contacto con la mesa de forma muy leve y llamó la atención sobre el hecho de que ahora sólo la punta de sus dedos la tocaban. Pero la señora Zarica, respondiendo a la indicación, presionó sus manos con fuerza hacia abajo y se encargó de la acción. Me sorprendió observar que cometía un error muy descuidado y evidente. La mayor parte del tiempo tuvimos que ponernos de pie, dado que la mesa se movía

enérgicamente. Entonces pude ver cómo justo antes de que la mesa comenzara a moverse por sus esfuerzos ¡ella daba pasos en la dirección en que la mesa estaba a punto de moverse! De esta manera, no sólo descubrí de qué manera los «espíritus» iban a sacudir la mesa sino que también pude observar quién la estaba moviendo. Los presentes tenían que ser muy estúpidos para creer en esa actuación.



La sesión de los Zarica. Obsérvese que cuando las cámaras estaban presentes, los Zarica tocaban la mesa levemente. Entonces no ocurría nada.



Los Zarica y otro participante no pueden mover la mesa con sus manos dentro del área de «seguridad».

Después de transferir en vano nuestros esfuerzos a la mesa especial de los Zarica, sugerí algunas preguntas. Ofrecí señalar la verdad o la falsedad de las respuestas que ellos decían que mi abuela podría darme. Para obviar cualquier excusa en el sentido de que yo simplemente podría negar la verdad de las respuestas, había preparado las respuestas por escrito y había guardado el documento en el bolsillo de mi camisa. Los psíquicos afirmaron que se habían puesto en contacto con el espíritu apropiado.

Entonces, comencé la serie de preguntas. Las respuestas eran dadas mediante golpes cortos sobre la mesa: un golpe para un «sí», dos para un «no». A continuación aparecen las preguntas y las respuestas:

Pregunta: ¿El nombre de su marido era George?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Era Nicolai?

Respuesta: No.

Pregunta: ¿Era Walter?

Respuesta: Sí.

No ofrecí ningún tipo de reacción durante este intercambio, negándome a indicar si las respuestas eran correctas o no hasta el final de la prueba. En realidad, todas las respuestas eran incorrectas. En efecto, el nombre de mi abuelo era George Nicolai Zwinge; la mesa había respondido a las tres preguntas de forma incorrecta. Pregunté también cuáles eran los nombres de las hijas de mi abuela, con los mismos resultados. Me sugirieron luego que ellos podían decirme algo para lo que podríamos tener una verificación inmediata. ¿Quizás algo de mi pasaporte? Bien, nos alojábamos en el mismo hotel donde esta sesión había sido preparada y gran parte de la información de mi pasaporte se encontraba allí registrada. Pero yo sabía que una cosa de mi pasaporte no estaba registrada: era un nombre escrito en la última página. Ante la posibilidad de que me hubieran cogido el pasaporte, envié a buscarlo a mi colega Rodríguez. Cuando regresó sosteniéndolo en sus seguras manos, pedí que me dieran el nombre, que, como les dije, tenía seis letras.



La señora Catarina Zarica, experta en el golpeteo de la mesa. Ella y otros se turnaron para empujar la mesa enérgicamente.

La mesa comenzó a dar poderosos golpes, uno para cada letra del alfabeto, pero dado que el alfabeto italiano carece de algunas letras del alfabeto inglés, tuvimos que contar los golpes y traducirlos de dos formas distintas. Ninguna de las dos tenía algún

sentido. Una de ellas dio como resultado Itpbmt, la otra Ivrbv. Ninguna de las dos se acerca a Marvin, el nombre que aparece en el pasaporte. Tampoco conoceré nunca al señor Itpbmt...

William Rodríguez, que había sido previamente excluido de las sesiones por tener una actitud «frívola», observó algo que estaba fuera de la línea de mi visión. Sucedió mientras la pequeña señora Zarica llevaba a cabo el golpeteo de la mesa, presionando la parte superior de la mesa en el lugar apropiado y tirando al mismo tiempo de forma horizontal. Esta combinación de maniobras, hecha de forma apropiada, hace que el lado opuesto de la mesa se levante satisfactoriamente. Pero con todas esas manos sobre la mesa, y el gran esfuerzo requerido, Rodríguez observó que cada vez que la mesa se inclinaba, ¡sus pies se levantaban del suelo! Era la consecuencia inevitable de tener que empujar como loca para producir la inclinación. Quedaba demostrada la tercera ley de Newton. Si la mesa se hubiese inclinado por otros medios, sus pies hubieran tendido a empujar hacia abajo, nunca hacia arriba.

Sin embargo, los misterios persisten. ¿Qué función cumplían los Del Re en este drama? Era evidente que el señor Del Re ayudó cuando la mesa se desplazó enérgicamente, pero permaneció en una posición pasiva, como hicieron los otros, cuando la mesa golpeteó sus errores. ¿Contribuyeron los otros en el fraude? Sin ninguna duda, estaban familiarizados con esos métodos, de manera que uno puede suponer que estaban bien enterados de lo que estaba ocurriendo.

Los Del Re tomaron su derrota con garbo, aunque no sin numerosas excusas cuando se reunieron para irse. Los Zarica enviaron un telegrama desde Palermo en el que proclamaban su victoria. Cuando les notifiqué que habían sido sorprendidos haciendo trampas, me informaron de que rechazaban mi competencia y no aceptaban mi opinión. Chicos duros. Fracasaron en toda la línea. No tienen premio.

Sin embargo, todavía tenía que considerar algunos asuntos importantes. La señora Del Re me había informado de que su contacto con la Abuela le había permitido obtener la siguiente información: yo había nacido en Nueva Jersey. No es verdad; nací en Canadá. Había un juguete que yo apreciaba particularmente durante mi niñez. ¿Quién sabe? Una circunstancia normal, pero que no recuerdo.

Ya sólo quedaban cuatro. Mientras todas estas ridiculeces ocurrían, un pequeño equipo de hombres estaba trabajando a cincuenta kilómetros de Roma, en un pequeño pueblo llamado Formello. En relación con unos cuidadosos planos que yo había diseñado, estaban construyendo una red de tuberías de plástico que usaríamos para poner a prueba a los zahoríes buscadores de agua que seguían reclamando el premio de 10.000 dólares. Llegaron al hotel, se sometieron a nuestros cuestionarios y se instalaron cómodamente hasta el día de la batalla.

Sin embargo, surgieron algunos problemas. El primer ingeniero quería tres millones de liras por hacer el trabajo y tuve que despedirle y cambiar el diagrama. El

asistente de Piero Angela contrató a otra persona que resultó ser un idiota. El plano tuvo que ser revisado nuevamente. Cuando terminó la obra, habían pasado tres días y las narices de los zahoríes y las varillas mágicas estaban inquietas. Reuní a los cuatro aspirantes en Formello para ponerlos a prueba individualmente. Después de la prueba, cada uno tenía que ser enviado fuera de la ciudad para que no informara a los otros de la disposición concebida. No se anunciarían los resultados hasta que los papeles no fueran evaluados, de manera que dichos resultados estarían disponibles al día siguiente.

Dado que esas pruebas fueron, por lo que yo sé, los primeros tests apropiados para enfrentarse con ese tipo de afirmaciones relacionadas con la búsqueda de agua con la ayuda de una varilla, describiré el procedimiento con detalle. Evidentemente, resultaba fundamental eliminar las posibles condiciones que pudieran afectar a los resultados y que pudieran ser utilizadas como excusas frente a un eventual fracaso. El cuestionario fue concebido con sumo cuidado a fin de asegurar que todo fuera entendido y explicado previamente. Las condiciones fueron las siguientes:

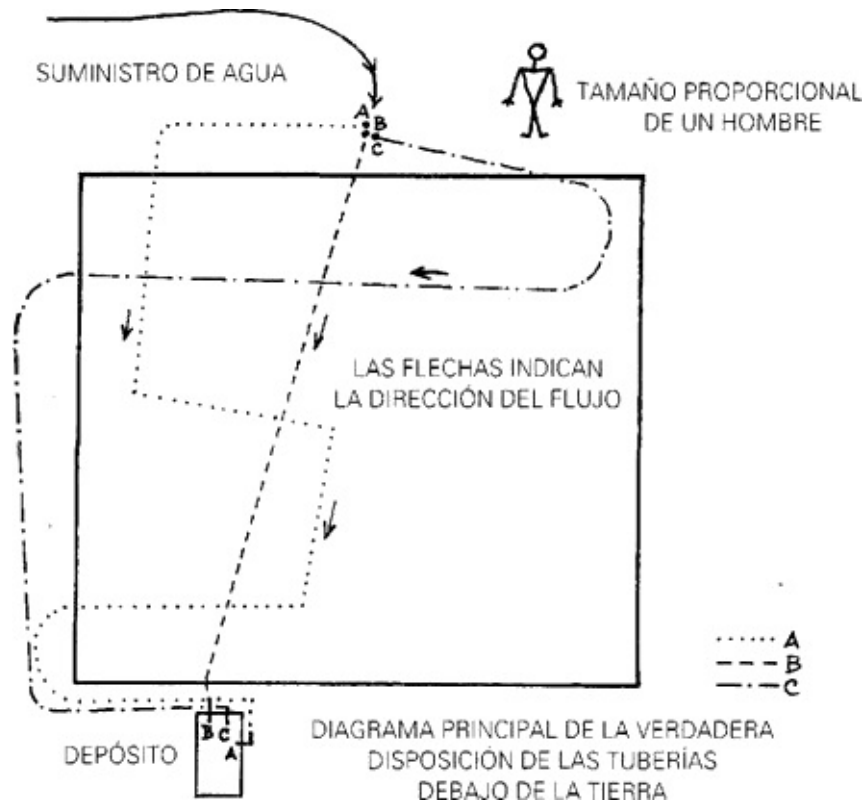
1. En un área de 10×10 , han sido enterradas unas tuberías de 3 centímetros de diámetro a 50 centímetros de profundidad.
2. Existen tres trayectorias diferentes de tres longitudes diferentes; debe elegirse una al azar para cada prueba.
3. Cada persona pasará tres pruebas; la misma trayectoria puede ser seguida más de una vez, dado que la elección se hace al azar.
4. La trayectoria elegida puede comenzar en cualquier punto de cualquier lado del cuadrado y salir por cualquier punto de cualquier lado del cuadrado.
5. En primer lugar, el zahorí debe inspeccionar el área buscando agua natural u otros elementos (metal, objetos), y marcar esos lugares «naturales».
6. Cualquier perturbación secundaria será marcada sobre el terreno de manera visible.
7. En segundo lugar, el zahorí debe demostrar, sobre una tubería por la que circula el agua, la reacción de la varilla.
8. El zahorí determinará la trayectoria del agua que fluye por la tubería y dicha trayectoria será marcada sobre el terreno.
9. El zahorí colocará entre diez y cien estacas en el terreno a lo largo de la trayectoria trazada.
10. Para ser contada, una estaca debe colocarse dentro de los 10 centímetros del centro de la tubería trazada.

11. Dos tercios de las estacas colocadas en el terreno en cada una de las tres pruebas deben colocarse dentro de los límites especificados en el punto 10 para que la prueba sea considerada un éxito.
12. La colocación de cada estaca será trasladada a un diagrama a escala por el supervisor de acuerdo con el zahorí, el cual firmará dicho diagrama junto con el señor Randi, el abogado y otros testigos.
13. No se anunciarán los resultados hasta que todas las pruebas hayan finalizado y la ubicación de las tuberías haya sido revelada.
14. Después de que un zahorí haya finalizado la prueba, será aislado de los que todavía tienen que pasarla.
15. Dos de las tres pruebas deben tener éxito.
16. Si un zahorí supera la prueba (puntos 11 y 15), el cheque por 10.000 dólares, que ha sido depositado en la oficina del abogado, le será entregado. Si ningún zahorí tiene éxito, el cheque será devuelto al señor Randi.
17. Si la prueba es considerada un fracaso, no podrá hacerse ninguna nueva reclamación en contra del señor Randi.

Después de consultar con los zahoríes, se agregaron unos pocos puntos adicionales. Especifiqué que ninguna tubería se cruzaba a sí misma, aunque podía cruzarse con las otras. Sólo por una tubería pasaría agua en cualquier momento.

Se leyó luego la declaración de los ingenieros:

1. Existen tres trayectorias, dispuestas según las instrucciones de James Randi.
2. Las válvulas A,A controlan el flujo en la trayectoria de la tubería A. Las válvulas B,B controlan el flujo en la trayectoria de la tubería B. Las válvulas C,C controlan el flujo en la trayectoria de la tubería C.
3. Cuando las dos válvulas están abiertas sobre cualquier trayectoria, el agua fluye conforme a un caudal de por lo menos cinco litros por segundo.
4. No comuniqué ninguna información acerca de este plano a nadie, excepto a aquéllos directamente involucrados en la construcción.



La disposición de las tuberías. El lugar se redujo a un área de 9 x 10 metros debido a unos problemas en el último momento en dicho emplazamiento.

Finalmente, una lista de preguntas para los zahoríes:

1. ¿Es usted profesional, semiprofesional o aficionado?
2. ¿A qué atribuye su poder?
3. ¿Leyó y entendió la lista de condiciones?
4. ¿Son satisfactorias estas condiciones?
5. ¿Se siente capaz de actuar hoy?
6. ¿Alguna vez llevó a cabo una prueba tan cuidadosamente controlada?
7. ¿Leyó y entendió la declaración del ingeniero?
8. ¿El flujo de agua es suficiente para su actuación?
9. ¿Está usted de acuerdo en que esta prueba determinará la validez de sus poderes?

La última pregunta fue tachada por todos los zahoríes, una elección afortunada para ellos, como veremos.

Todos estaban convencidos de que tendrían éxito. Entonces pensé que los resultados ayudarían a explicar por qué tanta gente inteligente piensa que tiene el

poder de encontrar sustancias ocultas con la ayuda de una varilla. Todas las excusas habían sido cubiertas y el resultado podía incluso convencer a los mismos zahoríes de que sus actuaciones eran la combinación de una «instrumentación» peculiar y una normas defectuosas de convalidación.



Construcción de la red de tuberías. Las válvulas de entrada se ubicarán a la derecha, las de salida a la izquierda.



Las válvulas de entrada antes de ser cubiertas. Desde la parte superior izquierda, en sentido contrario al de las agujas del reloj, encontramos las trayectorias A, B y C.



Las trayectorias B y C se cruzan, pero el agua fluye sólo a través de una tubería.



Las válvulas de salida son comprobadas antes de cubrir las tuberías.



Las válvulas de salida de agua como las vieron los zahoríes.



Se cubre la red de tuberías y se nivela el terreno.

Los instrumentos usados deben ser analizados y evaluados. La herramienta más común, particularmente en los Estados Unidos, es la varilla en forma de horquilla. Cuando se toma la varilla de forma apropiada y se ejerce una presión moderada para extenderla aún más, se obtiene rápidamente un estado de desequilibrio. Sin esfuerzo por parte del usuario, la varilla se inclina hacia arriba o hacia abajo para liberarse de la presión aplicada, aunque dicho movimiento es mantenido bajo control a través de pequeños ajustes en la posición de la muñeca. La fuerte tendencia de la varilla a moverse parece ser independiente de la voluntad del usuario. Incluso se tiene la impresión de que cierta fuerza externa actúa sobre la varilla. He podido observar cómo dicha varilla se mueve hacia arriba y golpea al zahorí, rompiéndole las gafas. Mi lector debería intentarlo y experimentar el fenómeno.



La tradicional varilla para buscar agua (en los Estados Unidos). Una varilla en forma de horquilla, sostenida como se muestra, recibe tensión cuando las muñecas son giradas hacia el cuerpo. Cuando se hace esto, resulta muy difícil mantener la varilla en posición horizontal y cualquier movimiento de la mano o de la muñeca provocará una inclinación hacia arriba o hacia abajo.



Un leve giro de las muñecas hace que la varilla se incline hacia abajo; la posición de las manos cambia para seguir sosteniéndola.

¿Por qué se mueve la varilla cuando el zahorí cree que está sobre el agua? Porque resulta muy fácil inclinar cualquiera de las dos muñecas muy levemente para que la varilla se mueva. Además, si el zahorí descubre por dónde fluye el agua, puede guiar la varilla muy fácilmente y de forma inconsciente.

He escuchado que algunos zahoríes afirman tener el 100% de éxito en sus intentos de encontrar agua, mientras que otros sólo afirman tener el 90%. Los zahoríes tienen la extraña noción de que el agua viaja por ríos subterráneos y rastrean alegremente esos torrentes ocultos para usted. Pero los geólogos piensan de otra manera. Bob Huguley, un geólogo que trabaja para el Planning Board del condado de Monmouth, Nueva Jersey, no conoce a un solo zahorí que alguna vez haya tenido éxito. También estima que menos del 1% del agua subterránea de la tierra fluye realmente debajo de la superficie. Esa pequeña fracción se limita a áreas ricas en piedra caliza y cuevas donde pueden encontrarse verdaderas corrientes subterráneas. La mayor parte del agua se obtiene a partir de pozos o embalses subterráneos. No fluye.

La razón por la que los zahoríes creen tener éxito puede descubrirse fácilmente. Cuando el cliente de dicho zahorí excava y encuentra agua, éste se atribuye el éxito de la ubicación del lugar correcto. Nadie se molesta en perforar cerca del lugar y descubrir la misma fuente. Como tantos otros psíquicos autoengañados, ellos simplemente eligen creer.



La varilla salta hacia abajo. El movimiento hacia arriba o hacia abajo, que responde a cambios muy leves en la tensión y en la dirección de la presión, es involuntariamente controlado por el zahori.

La prueba que yo había concebido no permitía que los zahoríes encontraran alguna excusa para su fracaso. Habían demostrado que podían detectar el agua que fluye por una tubería cuando sabían dónde estaba. Habían determinado las ubicaciones del agua natural debajo de la tierra. De esta manera, no podían alegar alguna interferencia una vez consumado el fracaso. Y después de la prueba sabrían de forma definitiva dónde estaba realmente el agua. Además, habíamos determinado el flujo mínimo que necesitaban (por lo menos cinco litros por segundo).

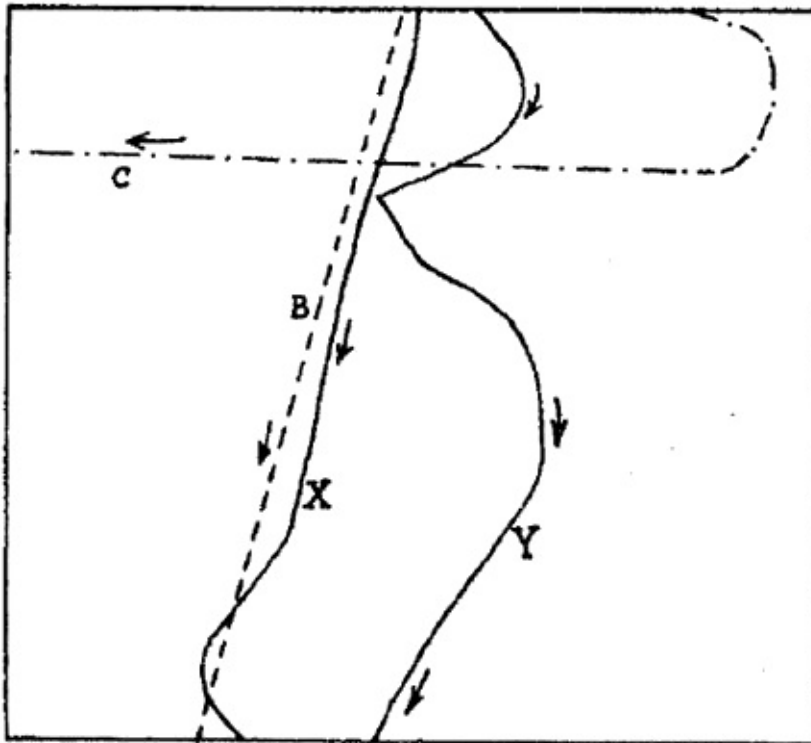
Después de los increíbles problemas que tuvimos con el sistema de bombeo, fotografiamos y delimitamos el lugar con gran exactitud. Todo quedó certificado y comprobado por varios testigos. Era la hora del primer contendiente.

El señor Fontana provenía de Pisa. Nos había dicho que podía detectar el agua que fluía por las cañerías que hay debajo de las calles. Además, inspeccionaba mapas en búsqueda de petróleo con el «100% de éxito». Otras preguntas revelaron que nunca había comprobado ninguno de sus descubrimientos de petróleo.

Fontana rastreó el área en busca de agua natural. Determinó que dos corrientes subterráneas se cruzaban en un punto determinado y las marcó para su referencia. Pensó que no interferirían en la prueba. Usando una varilla de sauce recta, tal como lo haría más tarde Stanziola, descubrió lo que él creyó que era la válvula de entrada de la tubería. Luego utilizó un péndulo. El mapa adjunto muestra la trayectoria que trazó. Y muestra por qué temí por mi premio mientras este primer contendiente trabajaba.



El señor Fontana (su nombre significa «fuente») hace oscilar un péndulo mientras sigue la inexistente trayectoria de agua subterránea.



Fontana atravesó la línea vertical «X» en su intento de seguir la trayectoria «C» (la trayectoria horizontal en la parte superior) y luego la línea «Y» en otro intento de localizar «C». Decidió no hacer un tercer intento. Podíamos usar su primer intento (X) como el tercero. De esta manera, su primer y tercer intento eran en realidad paralelos a la trayectoria «B», la línea directa entre la válvula y el depósito!

Fontana había dibujado la trayectoria C en su primera prueba. Comenzó en la posición opuesta a las válvulas de entrada y se movió rápidamente por el lugar, haciendo oscilar el péndulo con violencia y señalando los lugares donde deberían

colocarse las estacas. En este primer intento, se acercó asombrosamente a la trayectoria B, aunque estaba vacía en esos momentos. En realidad, algunas de sus estacas se encontraban dentro de los límites de la prueba, si teníamos en cuenta la trayectoria B. Al observar esto, temí que quizás el plano de las tuberías había sido revelado (no sabía qué vía había sido elegida) y que me habían atrapado.

El señor Fontana era un hombre directo y sencillo. Había supuesto que las tuberías entraban por una parte y salían por otra. Casi tenía razón. Yo había colocado una simple tubería, la B, para demostrar que incluso un flujo directo y recto no podía ser detectado por los zahoríes. Esto quedó demostrado ampliamente en el resto de la contienda.

Sucedió que la trayectoria B era la tercera de las pruebas de Fontana. Decidió que ésta era una repetición de la primera (que en realidad era la C) y concluyó sus esfuerzos. Así, en una prueba, la tercera, obtuvo muy pocos puntos. Estaba muy lejos de ganar y de ningún modo había demostrado algún tipo de capacidad para descubrir agua, pero Fontana fue el mejor de los cuatro zahoríes que pusimos a prueba.

Estábamos ahora preparados para el extravagante profesor Borga, de Trento. Borga afirmó que podía detectar «casi cualquier flujo» de agua y dijo ser sensible al petróleo. Sin embargo, cuando recorrió los alrededores tratando de encontrar el agua natural, no encontró nada. (Nos preguntamos qué había sucedido con las dos corrientes subterráneas que Fontana había detectado).



Hora cero. El señor Borga comienza la prueba. El área de entrada está a la izquierda; la posición de inicio está marcada por una estaca.

Borga usó dos varillas articuladas y rígidas que giraban en sus manos, que le producían callos en el borde inferior de las manos. Desde una posición recta, el eje bajó y se alejó de su cuerpo, formó un arco, luego se movió hacia su rostro y se alejó para repetir el movimiento circular. De vez en cuando se detenía e invertía su dirección. El hecho de presionar los brazos juntos mientras sostenía el dispositivo producía la tensión característica de la varilla en forma de horquilla o de la varilla flexible de Fontana. Es un sistema inestable; cualquier pequeño cambio en la posición

de la muñeca o cualquier tensión hace que el dispositivo gire. Estos pequeños ímpetus son transmitidos por el zahorí de forma sencilla e involuntaria al dispositivo.

Las varillas del profesor giraron como el tiovivo de un parque de atracciones. Caminó en círculo por el lugar como una grulla a rayas en época de celo, dándole breves órdenes al asistente, que insertaba las estacas mientras se reía y mascullaba cosas para sí, obviamente deleitado por las visiones de riqueza y fama. Resulta interesante la tercera prueba, en la que Borga muestra lo absurdo de dichas creencias y establece, sin lugar a dudas, que la búsqueda de agua por medio de varillas se encuentra en la imaginación del zahorí. Los cinco mil litros que estaban en el camión que suministraba el agua comenzaron a circular en ese momento. Cuando Borga se dirigía hacia el final, el ingeniero me indicó que mirara hacia el depósito: vi que el agua había dejado de fluir. Le avisé que no dijera nada, y Borga continuó. El sonido de la bomba era tal que no podía darse cuenta de que el flujo había cesado. Cuando Borga llegó un poco más lejos, le dijimos que el agua «estaba fluyendo». De inmediato sus varillas apuntaron hacia abajo mientras nos gritaba para que notáramos que sus poderes habían detectado el hecho.



Borga en acción.



Las inusuales varillas de Borga: dos varillas rígidas, articuladas por medio de un alfiler. El aparato supuestamente gira cuando detecta agua.

En realidad, ése fue el momento más importante de todo el experimento. Borga estaba seguro (afirmaba estar totalmente seguro) de que había localizado las tres trayectorias. Sus varillas reaccionaron con fuerza. Llegó incluso a «ajustar» uno de sus intentos, moviendo las estacas unos centímetros para garantizar la mayor exactitud. Pero Borga no detectaba nada. No había tuberías allí, con o sin agua. Y — un hecho más importante aún— seguía detectando agua en el lugar y en la dirección equivocados, ¡incluso después de que el flujo hubo cesado! No me sentí culpable por no haberle dicho que el agua había dejado de fluir, ya que a esa altura ya había fracasado en la prueba de forma espectacular.

Borga se retiró después de hacer una declaración frente a las cámaras de televisión en la que expresó su confianza en los resultados. El siguiente en demostrar sus facultades fue Stanziola, un muchacho joven que resultó ser un alumno de Borga. Su intento tendría una corta vida. Después de haber encontrado una corriente natural que según él fluía a través del lugar señalado, se acercó hacia la tubería expuesta para detectar el agua corriente, colocando su pie sobre ella y mirando hacia la salida, que no podía ver desde donde estaba. Su varilla se negó a sumergirse; afirmó que por allí no pasaba ninguna corriente de agua. En mi opinión, Stanziola pensó que estábamos engañándole, ya que no podía sentir ninguna vibración en el lugar donde estaba situado. (Debido a que la alimentación se hacía por gravedad, las tuberías no vibraban. Esto era fundamental, ya que podría haberse detectado la trayectoria de esa forma, aun cuando la tierra cubriera las tuberías). Dejamos fluir el agua hasta que ésta se convirtió en torrente, pero Stanziola seguía sin detectar nada. Decidió que no podía completar la prueba y fue oficialmente descalificado.



Los tres intentos de Borga se ubicaron lejos de la marca. Trazó la línea sobre la derecha como la trayectoria B (línea interrumpida); luego la trazó nuevamente como la trayectoria A (línea punteada). A continuación siguió un curso indicado por la línea entera de la izquierda, en un intento por rastrear otra vez la trayectoria A. La sección del curso de Borga entre las estrellas fue atravesada por el zahorí después de que el agua ya había dejado de fluir en la trayectoria A; Borga continuó la prueba sin saberlo.



El supervisor localiza la posición de las estacas que fueron colocadas por el profesor Borga. Aunque Borga ajustó cuidadosamente dichas estacas, modificando su posición unos dos centímetros «para un ajuste fino», estaba a unos dos metros y medio de distancia del agua más cercana.

Sin embargo, le ofrecí la oportunidad de que repitiera la prueba informalmente, pidiéndole que volviera a encontrar la corriente natural con una venda en los ojos. No rechazó el ofrecimiento. Sólo dos de los puntos que eligió se acercaron a un metro de la trayectoria original. Finalmente, llevó a cabo una última prueba: tenía que averiguar si estuvo o no sobre agua natural. De las cuatro veces en que sí estaba en posición, dijo «no» en dos oportunidades, y de las cuatro veces en que no estaba en posición, dijo «sí» en dos oportunidades. Por lo menos mostró coherencia.

Era el turno del señor Senatore. Éste demostró ser el más dramático de todos los zahoríes. Utilizó un pedazo de caña, quebrada casi en dos en el centro para proporcionar un punto flexible. El dispositivo era similar al de Borga, pero cuando Senatore lo usó, nos mantuvimos aparte. Volaba continuamente de sus manos; una vez golpeó al que filmaba la operación. Además, fue reemplazada cinco veces después de romperse. Tiraba la cabeza hacia atrás y fruncía el ceño poderosamente, caminando por los alrededores y ajustando las estacas minuciosamente. Se había decidido que Senatore podía solucionar sólo una prueba en lugar de tres para decidir el asunto, ya que estaba a punto de oscurecer. El expresó su acuerdo por escrito. Su ubicación fue absolutamente inexacta. ¿Necesito agregar que declaró frente a las cámaras que había obtenido un éxito del cien por cien?



El señor Stanziola, usando una varilla de sauce, busca agua «natural».



El señor Senatore, utilizando su pedazo de caña torcida, se concentra poderosamente y fracasa.

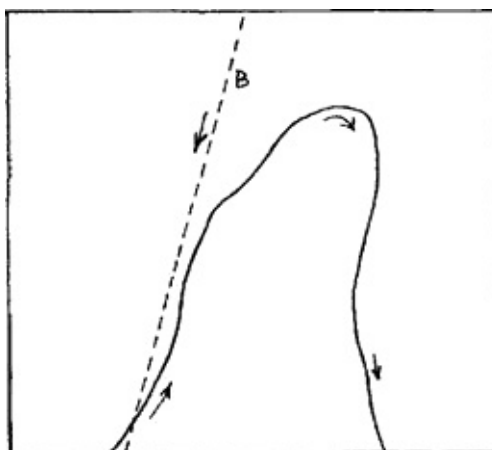
Piero y yo abandonamos el lugar dejando instaladas las tuberías por si alguien quería controlar la disposición, aunque pensamos acertadamente que los zahoríes aceptarían las declaraciones juradas de los ingenieros, los supervisores y el abogado en cuanto a la posición de éstas. Habíamos sido escrupulosamente sinceros con ellos acerca de las declaraciones juradas y las condiciones, y vimos que ellos se comportaron de forma recíproca. Piero estaba preocupado por el hecho de que si le decíamos al profesor Borga que había fracasado, eso le destruiría, ya que había insistido tanto acerca de sus éxitos pasados y futuros. Pero le aseguré a Piero que él y los otros reaccionarían con rapidez. Los fanáticos no pueden ser desalentados con facilidad por los hechos y la verdad. Cuando nos dirigimos al restaurante donde tendría lugar el desenlace, los tres zahoríes (Fontana había regresado a su casa, dejando que Borga le representara) estaban hablando entre sí, tratando de racionalizar las discrepancias surgidas de sus resultados.

Después de llegar al lugar de la cita junto con los zahoríes y los funcionarios, tuve la impresión de estar viviendo una extraña situación. Angela, Rodríguez y yo éramos los que nos sentíamos incómodos, y no los zahoríes. Alejé esa impresión y decidí contar los hechos tal como eran. Presentamos el plano oculto de las tuberías a la asamblea y observamos la expresión de sus rostros. Se produjo un breve silencio. Luego Borga habló en nombre del grupo, acomodándose en su silla. «Estamos perdidos», dijo.

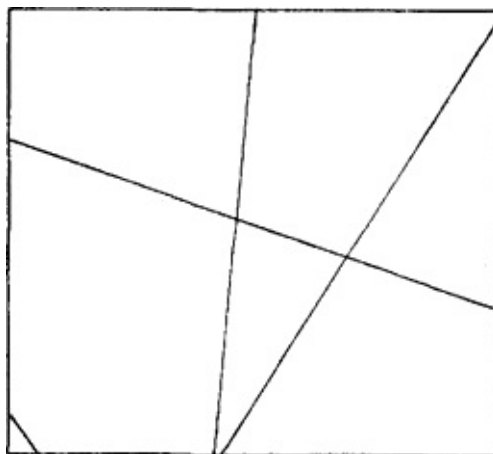
Pero dos minutos más tarde lanzó una larga diatriba acerca de todos los aspectos que podían haber inhibido el proceso, desde las manchas solares hasta las variables

geomagnéticas, aunque nada de lo que dijo disculpó el terrible fracaso resultante de las pruebas. Antes del almuerzo, ya les habíamos proporcionado generosas cantidades de vino como anestesia general, esperando que cuando llegara la comida Borga ya se hubiera callado. No tuvimos éxito. Continuó hablando entre bocado de pasta y bocado de carne.

Los cuatro zahoríes habían fracasado. Los dos que «descubrieron» agua natural discrepaban de forma espectacular y los que no encontraron agua tampoco estaban de acuerdo. Todos habían percibido las vibraciones y estaban seguros de tener razón, pero, en realidad, no habían detectado nada en absoluto. Todos tenían una considerable reputación como adivinadores, ¡pero todos afirmaron que ésa había sido la primera vez que habían pasado una prueba controlada en la que se había verificado la exactitud de los hechos! Sólo un método como el que yo había concebido podía resolver el asunto de una vez por todas. Estas pruebas habían confirmado que los sujetos no tenían la capacidad de encontrar agua. Sin embargo, estoy seguro de que esas personas siguen afirmando que son zahoríes. ¿Increíble? Sí, pero típico.



La trayectoria trazada por Senatore. Sólo pudo realizar un intento debido a la falta de tiempo. Cruzó la verdadera trayectoria de agua sólo una vez, y tomó el camino equivocado.



Sólo dos zahoríes, Fontana y Stanziola, decidieron que había agua «natural» en el lugar. De esta manera, discreparon con los otros dos, quienes dijeron que allí no había agua. Como se ve en el diagrama, Fontana y Stanziola discreparon incluso entre ellos acerca del lugar en que se encontraba el agua.

Antes de dejar este tema, hay que informar de que un tal Michele Giovannelli de Génova, autor de varios libros sobre parapsicología, me ofreció realizar incontables maravillas para mí si yo cumplía una larga lista de sus condiciones para las pruebas. Quería, entre otras cosas, disponer de la presencia de un grupo de científicos especializados y hombres de iglesia, además de ciertas circunstancias que resultaban, según él, fundamentales. El señor Giovannelli recibió varias veces la misma respuesta. Le dije que cuando yo ponía mi dinero, yo era el que establecía las reglas. Entonces reclamó el dinero por incumplimiento de palabra. Este comportamiento no tiene sentido según disposiciones normales, pero en términos paranormales resulta muy lógico. Piero Angela me previno que no dijera nada acerca de ese hombre, ya que usaría mis palabras fuera de contexto. Michele Giovannelli realizaba la habitual serie absurda de demostraciones que constituyen los típicos recursos de los psíquicos. Afirma, por ejemplo, que puede decirme el color de un libro con sólo sentir su superficie. Está bien, Michele, hazlo conforme a un grado estadístico significativo y te entregaré el cheque de 10.000 dólares. Pero —y esto vale para todos los psíquicos que han llenado mis archivos con una correspondencia interminable y poca acción— ponte a hacerlo. No se puede pedir nada más.

El desafío es claro: hágalo o cállese.

Las carretas están ahora vacías pero preparadas para otro viaje hacia el patíbulo. Los candidatos no parecen agotarse nunca. En cuanto a mis lectores, debo decirles que escribí este libro impulsado por el sentimiento de que tenía que decir lo que aquí se revela. Creo que cada palabra del mismo es cierta y ustedes han leído lo que creo que es una prueba adecuada. La parapsicología es una farsa y una ilusión, junto con otras afirmaciones sobre maravillas y poderes que nos abruman cada día de nuestras vidas. Sabiendo que las opiniones que sostengo no han hecho que este mundo fuera menos maravilloso y desafiante para mí, tampoco debería serlo para ustedes. Por el contrario, sé que uno es un individuo que no ha sido colocado aquí por alguna razón misteriosa a través de medios sobrenaturales; sé que uno no está protegido por poderes ignotos de otros seres; sé que uno es el producto de millones de experimentos en el proceso evolutivo y no el resultado de una semilla arrojada en este planeta por extraterrestres. Eso, para mí, es algo muy excitante. ¡Soy un miembro responsable de una raza que alcanzó el espacio y pisó la luna! De alguna manera, yo también la pisé, así como ustedes. ¡Y me siento emocionado por ello!

Despréndanse de las cartas del Tarot e ignoren la astrología. Son productos ofrecidos por charlatanes que piensan que ustedes no son los seres humanos maravillosos, capaces e independientes que son.

El absurdo ha reinado demasiado tiempo como Emperador de la Mente. Fíjese bien. ¡El emperador está desnudo!

Hollywood tiene el Oscar, la televisión el Emmy y la industria discográfica el Grammy. Creí que era justo crear un premio para el mundo de lo paranormal. La parapsicología es la fachada respetable de adivinos, gitanos, curanderos, pseudocientíficos y charlatanes que se esfuerzan por producir milagros y se ocultan detrás de la más nebulosa de todas las filosofías. Por lo tanto, presento mi premio anual personal, conocido como el Uri (en honor a una antigua estrella psíquica que ustedes recordarán muy bien) y concedido en cuatro categorías el primero de abril de cada año.

Las categorías son las siguientes:

1. Al científico que diga o haga la mayor tontería relacionada con la parapsicología durante el transcurso de los doce meses anteriores.
2. A la organización que financie o respalde el estudio parapsicológico más inútil del año.
3. A los medios de comunicación que hayan tratado como un hecho real la reivindicación paranormal más disparatada.
4. Al operador psíquico que engañe al mayor número de personas con el menor esfuerzo durante dicho período de doce meses.

Periódicos como Fate no son candidatos al premio otorgado en la categoría 3, ya que se supone que sus editores realmente creen en lo que imprimen y, por lo tanto, no pueden ser considerados responsables. Sin embargo, Fate puede recibir un premio honorífico como resultado de una concepción particularmente imaginativa.



El «premio Uri» de parapsicología.

El trofeo consiste en una cuchara de acero inoxidable doblada (de forma paranormal, por supuesto), apoyada sobre una base de plástico. Quiero observar que la base es frágil y muy transparente.

Yo soy personalmente responsable de la nominación de los candidatos. Los sobres cerrados serán leídos por mí, con los ojos vendados, durante la ceremonia oficial. Cualquier afirmación sin base recibirá una explicación y será aprobada de forma parapsicológica. Los resultados serán publicados de inmediato sin ningún tipo de verificación. El premio será notificado a los ganadores de forma telepática. Éstos podrán predecir su victoria.

Ya es hora de que la parapsicología sea reconocida por lo que es. El premio Uri da un paso en ese sentido.

Los ganadores del premio en sus primeras ediciones son los siguientes:

Año 1979:

- El profesor William Tiller, de la Universidad de Stanford, que afirmó que, aunque las evidencias para los acontecimientos psíquicos eran inciertas y se originaban en personas de dudosa credibilidad, deberían ser tomadas en serio por lo numerosas que son.
- La McDonnell Foundation, que entregó 500.000 dólares a la Universidad de Washington, St. Louis, para que estudiaran a los niños que doblaban cucharas.
- Prentice-Hall y la American International Pictures, por *The Amityville Horror*,

etiquetada como «una historia verdadera».

- Philip Jordan, que fue contratado por el defensor público del condado de Tioga (Nueva York), R.L. Miller, para que ayudara a seleccionar a los jurados observando sus «auras».

Año 1980:

- Isaac Bashevis Singer, por declarar su creencia en los demonios.
- La Millennium Foundation, que entregó un millón de dólares para la investigación parapsicológica.
- El programa de televisión «That's Incredible», por declarar que un simple truco de magia, admitido como tal por el mago James Hydrick, era real.
- Dorothy Allison, la psíquica que fue a Atlanta, Georgia, para resolver una serie de asesinatos. No pudo hacer otra cosa que vagabundear por la ciudad, dándole a la policía 42 nombres diferentes del presunto asesino. Fue enviada nuevamente a su casa.

Año 1981:

- Charles Tart, parapsicólogo, por descubrir que cuanto más se adentran los acontecimientos en el futuro, más difícil resulta preverlos.
- El Pentágono, por gastar seis millones de dólares en un proyecto para determinar si el hecho de quemar una fotografía de un misil soviético lo destruiría realmente.
- El canal de televisión KNBC, de Los Angeles, por aceptar el engaño de Tamara Rand como real sin molestarse en comprobarlo.
- Tamara Rand, que afirmó haber predicho un intento de asesinato contra el presidente Ronald Reagan meses antes del acontecimiento; en realidad, lo hizo 24 horas después.

Bibliografía

- Angela, Piero, *Viaggio nel Mondo del Paranormale*, Roma, Aldo Garzanti Editore, 1978.
- Bok, Bart, y L. Jerome, *Objections to Astrology*, Buffalo, Prometheus Books, 1975.
- Cayce, E.V., y H.L. Cayce, *The Outer Limits of Edgar Cayce's Power*, Nueva York, Harper & Row, 1971.
- Christopher, Milbourne, *Mediums, Mystics & the Occult*, Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1975.
- Christopher, Milbourne, *ESP, Seers & Psychics*, Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1975.
- Crosby, Jan, *Sannheten om Uri Geller*, Osol, Bjornsen & Schram, 1974.
- Dingwall, E.J., y Harry Price, *Revelations of a Spirit Medium*, Londres, Kegan Paul, 1925.
- Doyle, Arthur Conan, *The Coming of the Fairies*, Londres, Hodder & Stoughton, 1921.
- Eisenbud, Jule, *The World of Ted Serios*, Nueva York, William Morrow & Co., 1967.
- Evans, Bergen, *The Spoor of Spooks and Other Nonsense*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1954.
- Evans, Bergen, *The Natural History of Nonsense*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1946.
- Evans, Dr. Christopher, *Cults of Unreason*, Londres, George G. Harrap & Co., 1973.

- Fair, Charles, *The New Nonsense*, Nueva York, Simon & Schuster, 1974.
- Fuller, John G., *Arigo: Surgeon of the Rusty Knife*, Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1974.
- Gardner, Edward L., *Fairies*, Londres, Theosophical Publishing House, 1945.
- Gardner, Martin, *La ciencia: lo bueno, lo malo y lo falso*, Alianza, 1988.
- Gardner, Martin, *Fads & Fallacies in the Name of Science*, Nueva York, Dover Publications, 1957.
- Geller, Uri, *Mi fantástica vida*, Barcelona, Grijalbo, 1975.
- Goldsmith, D., *Scientists Confront Velikovsky*, Nueva York, W.W. Norton & Co., 1977.
- Houdini, Harry, *A Magician Among the Spirits*, 1924.
- Jerome, L., *Astrology Disproved*, Buffalo, Prometheus Books, 1977.
- Kammann, R., y D. Marks, *The Psychology of the Psychic*, Buffalo, Prometheus Books, 1980.
- Keene, M. Lamar, *The Psychic Mafia*, Nueva York, St. Martin's Press, 1976.
- Klass, Philip, *UFO's Explained*, Nueva York, Random House, Vintage Books, 1974.
- Krippner, Stanley, y A. Villoldo, *The Realms of Healing*, Millbrae, Celestial Arts, 1976.
- Kusche, L., *The Bermuda's Triangle Mistery-Solved*, Nueva York, Warner Books, 1975.
- MacDougall, Curtis, *Hoaxes*, Nueva York, Dover Publications, 1958.
- Mackay, Charles, LL.D., *Extraordinary Popular Delusions and the Madness of Crowds*, Londres, 1841.
- Majax, Gérard, *Te Grand Bluff*, Paris, Fernand Nathan, 1978.
- Menzel, D., y E. Taves, *The UFO Enigma*, Nueva York, Doubleday, 1977.
- Mulholland, John, *Beware Familiar Spirits*, Nueva York, Charles Scribner's Sons,

1938.

Nolen, William A., M.D., *Healing: A Doctor in Search of a Miracle*, Nueva York, Random House, 1974.

Panati, C., *The Geller Papers*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1976.

Perera, Ramos, *Uri Geller al descubierto*, Madrid, Sedmay Ediciones, 1975.

Puharich, A., *El misterio de Uri Geller*, México, Diana.

Randi, James, *The Magic of Uri Geller*, Nueva York, Random House, Ballantine Books, 1975.

Rawcliffe, D., *Illusions & Delusions of the Supernatural and the Occult*, Nueva York, Dover Publications, 1959.

Ridpath, Ian, *Messages from the Stars*, Nueva York, Harper & Row, 1978.

Sagan, Carl, *The Dragons of Eden*, Nueva York, Random House, 1977.

Sagan, Carl, *La conexión cósmica*, Plaza & Janés, 1990.

Sagan, Carl, *Broca's Brain*, Nueva York, Random House, 1979.

Sagan, Carl, y Thorton Page, *UFO's: A Scientific Debate*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1972.

Seabrook, W., *Doctor Wood*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1941.

Sklar, Dusty, *Gods & Beasts*, Nueva York, Thomas Y. Cronwell Company, 1977.

Smith, Richard F., *Prelude to Science*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1975.

Story, Ronald, *The Space-Gods Revealed*, Nueva York, Harper & Row, 1976.

Taylor, John, *Science and the Supernatural*, Nueva York, E.P. Dutton, 1980.

Thiering, B., y E. Castel, *Some Trust in Chariots*, Nueva York, Popular Library, 1975.

Thommen, George, *La ciencia del biorritmo*, México, Diana, 1978.

Thommen, George, *Is This Your Day?* Nueva York, Crown Publishers, 1964.

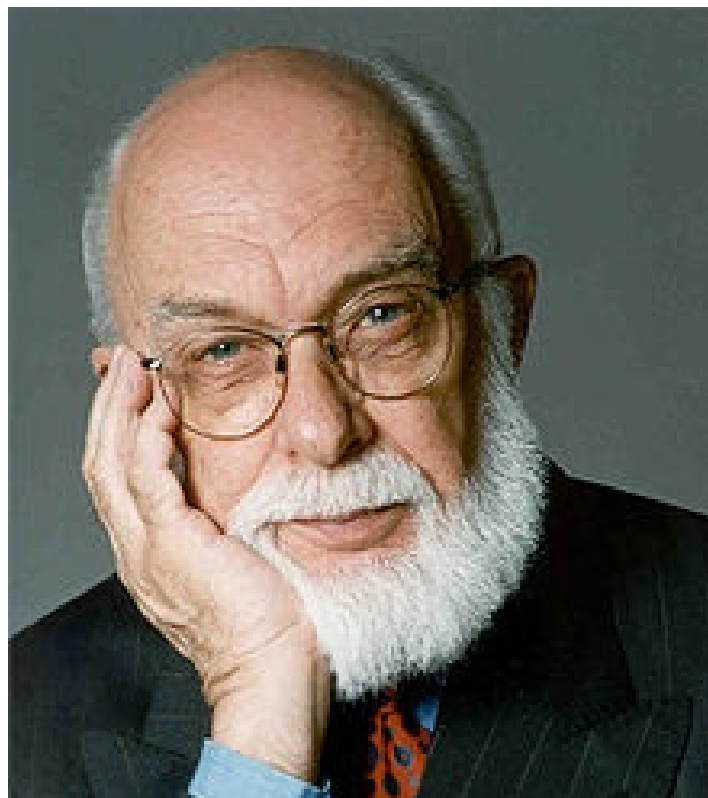
Vandenberg, Philipp, *La maldición de los faraones*, Plaza & Janés, 1986.

Vogt, E.Z., y Ray Hyman, *Water Witching*, U.S.A., Chicago: University of Chicago Press, 1979.

Ward, Philip, *Common Fallacies*, Cambridge, Inglaterra, Oleander Press, 1978.

Wilhelm, John, *La búsqueda del superhombre*, Aura, 1980.

Wilson, Colin, *The Geller Phenomenon*, Londres, Aldus Books, 1976.



RANDALL JAMES HAMILTON ZWINGE, más conocido como James Randi (Toronto, 7 de agosto de 1928) es un ilusionista, escritor y escéptico canadiense; figura conocida de los medios en los Estados Unidos por exponer fraudes relacionados con la parapsicología, la homeopatía y otras pseudociencias. Randi se desempeñó como ilusionista durante casi 50 años por lo que posee gran habilidad para detectar los engaños de personas que alegan tener poderes sobrenaturales.

Trabajó como ilusionista profesional y escapista desde los años cincuenta en un programa en directo para la televisión titulado *Wonderama* (en 1955, donde aparecía como «The Amazing Randi» —El Asombroso Randi—). En los años setenta se dio a conocer internacionalmente cuando retó públicamente a Uri Geller. Randi acusó a Geller de no ser más que un charlatán que usaba trucos conocidos entre los magos para hacerlos pasar como poderes paranormales, e insistió en su reto en el libro *La magia de Uri Geller*. Este respondió a Randi con varias demandas judiciales, y su rivalidad continúa desde hace ya tres décadas.

[1] Resulta triste observar que efectivamente hace falta valor, ya que el hecho de tratar de arrancar la insensatez de la mente de aquellos que han sido sus víctimas es a menudo muy similar al hecho de tratar de arrancarle un hueso a un perro. Si los seres humanos no encontraran la insensatez tan atractiva, no habría problemas, ya que, como dijo alguien: «Si hubiera menos insensatos, los bribones se morirían de hambre». <<